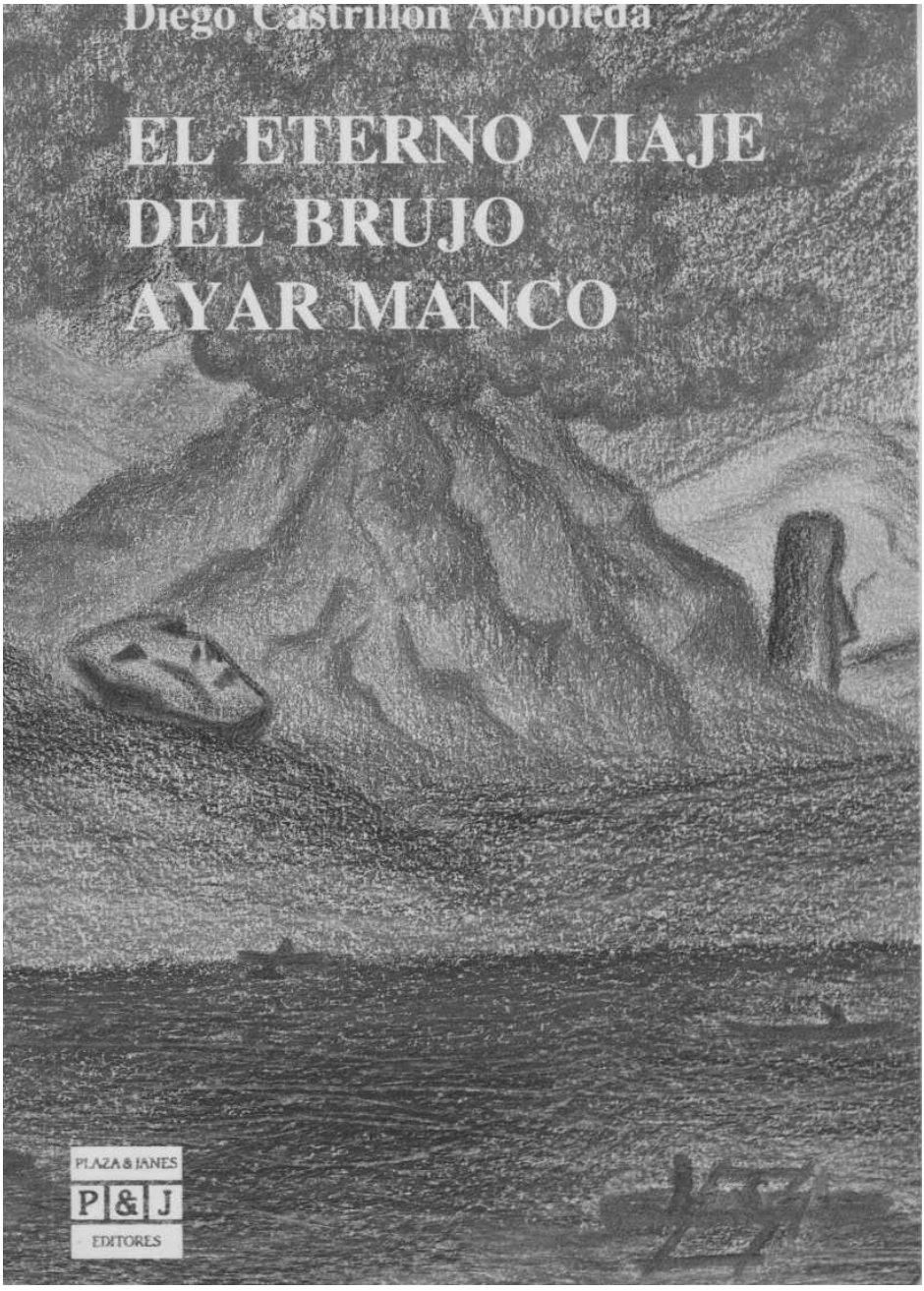
Diego Castrillón Arboleda

EL ETERNO VIAJE DEL BRUJO AYAR MANCO



PLAZA & JANES
P & J
EDITORES

Diego Castrillón Arboleda

El eterno viaje

del Brujo Ayar Manco

Producciones Plaza y Janés Ltda.

Ilustración carátula:

Nineyi Cárdenas B.

© 1992

Diego Castrillón Arboleda

© 1992

PRODUCCIONES PLAZA Y JANES LTDA.

Calle 23 N” 784

Santafé de Bogotá, D.C. Colombia

ISBN: 9583400017

Printed In Colombia

INTRODUCCIÓN

Esta novela, (que podríamos calificar de histórica), es un eslabón, una pieza cultural que viene a exaltar aún más la hazaña de Cristóbal Colón, cuando no sólo cerró el círculo geográfico, sino también el étnico, al fusionar el mestizaje del mundo occidental, representado en la raza española, con el mundo oriental, el asiático, a través del indio americano. No es sólo ficción; es la narración de sucesos que presumiblemente se desarrollaron en épocas prehistóricas a lo ancho del océano Pacífico con los humanos que por esta latitud concurrieron a poblar el continente americano, al tiempo en que la península ibérica acogía y mezclaba el flujo de todas las razas que conformaban el mundo occidental, creando el fundamento de lo que los hispanoamericanos hemos dado en llamar la raza cósmica. Por ello, para juzgar la verdadera dimensión del aporte español en el suceso, creemos que es necesario presentar al lector, antes de leer el libro, un breve trazo de cómo se formó la raza de este gran país y se trasladó a América a raíz del Descubrimiento, para realizar el cruce mencionado con el indio americano.

Todo comenzó en el llamado paleolítico inferior, si nos basamos en un cráneo femenino encontrado en la región de Gibraltar y en una mandíbula fósil en Bañólas, pertenecientes a la era humana denominada Neandertalensis. Esta raza primigenia debió extenderse por toda la península y, en época posterior, entrar en confrontación selectiva con otra raza más evolucionada, la CroMagnon, emigrada del norte por efecto de las severas glaciaciones, dejando valiosos testimonios arqueológicos como el cráneo de Cammargo y la mandíbula de la Cueva de Castilla.

PENÍNSULA ANTARTIDA

RUTA DEL BRUJO

AYAR MANCO Y SU DESEDENCIA

Con posterioridad aparecen pinturas rupestres que sugieren nuevas migraciones, unidas a grupos de origen africano, los iberos. A éstos “se los considera la base étnica del pueblo español y eran morenos y dolicocéfalos”, escribe José Terrero

Pero es realmente en la protohistoria, en las edades del Bronce y del Hierro, cuando aparecen más vestigios que señalan la presencia de otras razas, los licuros y vascos y los celtas. Una cultura de esta época, acaso hebrea, venida por mar, calificada también de ibera, es la de los tartessos, aunque ha sido cuestionada y relacionada con la época del rey Salomón.

La península ibérica, dada su posición geográfica en la esquina de Europa, se convirtió desde entonces en territorio de convergencias para todos los pueblos y razas nómadas y navegantes que se desplazaban a lo largo y ancho de Europa y del Mediterráneo.

Los fenicios aparecen en el año 1100 a.C. con la fundación de Cádiz (Gadir), sucedidos por los egeos, predecesores de los griegos. Estos fundaron colonias y crearon obras de arte, entre las cuales son notables la cabeza de Artemisa y la estatua de Esculapio.

Después de la batalla de Alalia, en el 535 a.C. (final de los tartessos), vinieron los cartagineses, que permanecieron hasta cuando fueron expulsados de Cádiz por los romanos.

La dominación romana que sobrevino perduró más de

seis siglos y dejó monumentales testimonios arquitectónicos y humanísticos. Séneca, el filósofo de Córdoba, nació en esta ciudad y, en materia política, cinco emperadores, entre ellos Adriano y Trajano, fueron españoles.

En el curso de la desintegración del Imperio Romano, el año 409 comenzó la invasión de las hordas germanas, por la ruta de los Pirineos Sembrando el terror llegaron grupos de suevos, alanos y los vándalos asdingos y silingos. Los visigodos aparecieron después, Cuando Ataúlfo se tomó a Barcelona y sentó los primeros lineamientos del imperio Don Rodrigo, el último de sus gobernantes, cayó denotado por el general árabe Djebel Tarik.

La musulmana se caracterizó por la convivencia del cristianismo con el islamismo y la formación de la cultura mudéjar. Del Indo árabe quedaron la famosa mezquita de Córdoba y la deslumbrante alhambra de Granada, los emires, los califas, las poetisas, filósofos y matemáticos; en el cristiano surgieron Don Pelayo y Reconquista, don Alfonso el Sabio y las Siete Partidas, los reinos de Castilla y Aragón, doña Isabel y don Femando y la toma de (¡ranada, el 6 de enero de 1492.

Fue cuando Cristóbal Colón, nueve meses más tarde, con un grupo de marinos españoles llegó a las tierras de América e inició la fusión de las razas y cultura del hemisferio occidental con la raza del indio americano, proveniente del Asia. El ilustre investigador francés Paul Rivet, nos ha demostrado en sus Orígenes del hombre americano, los pormenores de esta aseveración. Son cuatro las rutas que él señala desde el punto de vista científico (así como a través de esta novela se ha intentado hacerlo desde el punto de vista narrativo):

Uroaltaica, por el estrecho de Bering, dando origen a los esquimales; mongólica, que, siguiendo la cadena de las

islas Aleutianas, se diseminaron por Norte y Mesoamérica; australiana, por este continente y la Antártida, para formar las culturas del cono sur; malayo polinesios, fuente de inspiración de esta novela los cuales generaron, entre otras, la cultura inca.

En todo esto se refleja la mano de la Providencia. Es una sucesión cronológica concordante y consecuente. El futuro universal se funde como dentro de un crisol en Hispanoamérica en secuencias inexorables bajo el influjo de un medio ambiente heterogéneo y un territorio espectacular, rico y novedoso. La gloria para España es haber aportado la primera gestación y el orgullo para América poseer el privilegio de constituirse en el continente del futuro. Llevamos en nuestra esencia el contenido de todas las razas del orbe, y fundamentados en la ley de la selección de las especies, que conduce siempre al perfeccionamiento, nuestra presencia tiene la responsabilidad histórica, si la enfocamos a través del horizonte cosmológico.

El autor

“La historia no es una ciencia, es un arte, y el hombre sólo tiene éxito en ella empleando la imaginación...”.

ANALOTE FRANCE

CAPÍTULO I

Cubierto con gruesa manta de lana de alpaca, el Brujo Ayar Manco, embelesado, miraba el fuego chisporrotear, atizándolo con chamizas recogidas de los alrededores, mientras el líquido espesaba. Venía de siglos atrás, con la misión de fundar un pueblo de seres conducidos desde lo más lejano del mar, y debía comunicarse con su dios, Pachacamac, para vaticinar el futuro.

El Brujo Ayar Manco, el joven hechicero, el vencedor de Guayuco, extrajo de su mochila una callana cuidadosamente separada de las hojas de coca y de la porción de cal traídas de Tiahuanaco les mezcló cuatro trozos de bejuco yagé o ayahuasca1 desmenuzados. Siempre solemne, se acercó a la vertiente y remojó la fórmula con quince porciones de agua fresca medidas en las cuencas de sus gruesas manos, para

terminar, agregando seis hojas de otro bejuco yagé oco que arrancó del monte vecino. Colocó la callana a la entrada de la gruta, en cuyo interior extendió paja y yerbas hasta formar un nido. Oteó el firmamento, y cerciorado de que el sol descendía al ocaso, sopló el fogón y avivó la llama. El líquido de la callana comenzó a hervir y a consumirse. El Brujo se inclinó devotamente ante el Huaca y unió de nuevo su pensamiento con su dios.

Cuando oscureció y en el fondo de la callana quedó una pócima turbia, de color moreno, el Brujo Ayar Manco la retiró del fuego y se tendió en el nido dando un gran suspiro, mientras la dejaba enfriar a su lado. Al cabo, ceremonialmente la tomó entre los dedos y bebió de un sorbo el contenido, de sabor amargo, nauseabundo. Se le atrajeron los maxilares, apretó los dientes y vio cómo se despejaba su espíritu un ámbito de luces y movimientos confluentes y veloces dirigidos a un vórtice hondamente negro, morada del Gran Frajapaty2, el cual explotaba y todo comenzaba a palidecer y originar una conflagración de ráfagas y formas difusas... Un orgasmo cósmico que engendraba resplandores y colores lanzados por todos los confines del espacio...

De un amarillo tierno y del azul apacible y profundo del cielo vino un verdor indefinido y brotaron las plantas, los ríos, piedras, cosas, animales...

El Brujo Ayar Manco vio entonces cómo el mundo con su inconmensurable Vida, sus Poderosos Procreadores, sus Dominadores, desfilaba por una rendija de luz, curva y brillante como el novilunio, formada arriba, en el cielo, dejando reflejar destellos de universo proyectados a la Tierra para integrarse a un grupo de hombrecillos oscuros, desnudos, peludos y cabezones, agrupados llenos de terror ante un corpulento tamarindo de la India, botado a la playa por la

resaca de las olas del mar de Andamán, de cuyo ramaje deshojado y enjuto se había desplomado el cuerpo fornido de su progenitor Pirú, semienterrado en la arena, cubierto de heridas y llagas.

Del grupo de hombrecillos salió el Brujo con cabeza y piel de orangután sobre los hombros y corrió hacia los acantilados para recoger la Bola de barro que guardaba los Vientos, pues la aparición de este personaje tan extraño, en forma inesperada y misteriosa, podía tener relación con otro hecho similar acaecido lunas atrás, cuando llegó Mahinda de las tierras de Borneo y, en lucha franca, mató al jefe guerrero y se tomó el poder.

La Bola de barro, del tamaño de una calabaza, se encontraba en una cima rocosa que formaba colmena de grutas, de una de las cuales, especie de santuario, el Brujo la tomó con reverencia y, custodiado por una hilera de aquellos hombrecillos, regresó a la playa. Levantó la Bola por sobre la cabeza del hombre y, mirando a lo alto, le preguntó:

—¿No tama tasi? (¿Viene del sol?).

Pirú permaneció inmóvil. El Brujo le retiró el roído taparrabo de piel de liebre que expedía acre olor a sexo, le examinó y sobó los órganos genitales para comprobar si estaba vivo y le depositó la Bola sobre el vientre. El náufrago movió la cabeza levemente.

—¿Ma las cutía inya? (¿Ve el sol?) —le volvió a preguntar.

Pirú abrió los ojos e hizo ademán de enderezarse. El Brujo se dirigió a deliberar con los Mandamás, distinguidos por llevar filudas picas de bambú, plumas a través de las orejas y hachas de pedernal. No llegaron a ninguna conclusión y debieron recurrir a la anciana Matriarca y a Mahinda,

invencible y poderoso, grande, peludo y cazcorvo como Pirú.

La sentencia no se hizo esperar: como el misterioso personaje presumiblemente venía amparado por Rango, el Cielo y los otros Procreadores del Mar, no podían destruirlo sin permitirle luchar porque su muerte indefensa traería graves males a Andamán. Aunque, como era gigantesco y fornido —como ladinamente lo expresó Mahinda—, para vencerlo necesitarían untarlo con sangre de mujer en brama.

Para sanarlo fue trasladado a lugar seguro, distante de las olas, cubierto con palos atravesados y hojas de palma, mientras con el torso inclinado sobre él, una madre recién parida le daba de mamar leche de su pecho izquierdo, pues no siéndoles aún conocida la relación entre el sexo y la maternidad, el otro pecho no podía ser profanado por boca distinta a la de su propio hijo, el que había depositado Tuu, el Progenitor, en su vientre para que lo pariera en Andamán. Cumplida esta ceremonia, una hembra virgen le escurrió jugo de frutas en los labios y le destiló agua con miel.

El traslado a la cueva donde debía permanecer se llevó a cabo bajo la dirección personal de Mahinda. Con grandes precauciones lo encerraron en una gruta cercana a la de la Bola de barro que guardaba los Vientos, prácticamente una jaula formada con gruesos palos entrelazados de pandauk, amarrados con bejucos, colocados a la entrada.

☆☆☆

Extenuado por las vicisitudes padecidas, Pirú se sumió en un letargo que hundió su mente en el terreno de los acontecimientos recientes que habían perturbado la paz en su lejana aldea de la Birmania. Se halló en el pantano amarillento de aguas que se escurrían cañada abajo en donde sembraban el arroz del sustento. De este arroz dependía la vida de los

aldeanos durante la sequía y, cuando germinaba, era como si el sol estallara; saltaban elevando los cuerpos rechonchos y graznaban imitando a los buitres y cuervos, venerando los rebaños de búfalos que pacían escogiendo con el hocico ávido el pasto nutricio perdido entre la hojarasca. Empalizadas de troncos clavados entre los líquenes gelatinosos los protegían del asedio de las fieras que vagaban rugiendo en las noches de luna. Los animales eran tabúes, su presencia horrorizaba y las serpientes y la oscuridad que los agobiaba, cuando las nubes eclipsaban la luna, solían ser medrosas y ellos, frotando el pedernal, encendían hogueras para ahuyentarlos, hasta cuando los vendavales alimentados en la meseta de Shau, apagaban la lumbre y diluían las cenizas del rescoldo, transformadas en caldo de lodo.

Acurrucado como un leopardo en la horqueta de un viejo y opulento olivo silvestre que sobresalía de la empalizada, Pirú esperaba el paso de los elefantes anunciado por la huida de una manada de hienas que se disputaba, a carcajadas, la carroña de un zorro. La tormenta de la mañana había sembrado destrozos por doquier y un haz de ramas perfumadas arrancadas de un bosquecillo de sándalos y arbustos de té había triturado a una mangosta que peleaba con la cobra sobre la bejuquera y hojarasca podridas. Tenía angustia, más que por su vida, por la suerte que pudiera haber corrido su prole enviada con las hembras a refugiarse en la aldea, cuando presintió el vendaval, mientras él se quedaba rezagado en el arrozal para protegerlas ahuyentando a los animales asustados que pudieran venir huyendo en desbandada. Aún se confundían en su mente elemental las voces infantiles de los niños apagadas por el bronco estallido del trueno. Su instinto le transmitía tensión al cuerpo cubierto con taparrabo de antílope y adormidera blanca.

De improviso, una manada de búfalos pasó a la estampida y sólo quedó en el ambiente el chillido de una turba de gibones colgados como marsupiales de las ramas de una teca frondosa, sucedida de lejano vocerío hacia el lado de la aldea. Los gritos se hicieron perceptibles, en aumento hasta el terror y, movido por un impulso de lucha, Pirú saltó de su refugio, y acudió en apoyo de los suyos, cuando hacia la cañada que se despeñaba sobre el río vio los rostros embarrados y contraídos por el pánico de un grupo de aldeanos que venía huyendo. Sus cuerpos rechonchos, peludos y terrosos como sátiros se atropellaban despavoridos por entre la maraña armados de mazas y pequeñas hachuelas de pedernal agarradas desesperadamente. Los perseguía una montonera de guerreros invasores, de piel tostada y rubicunda, cubierto el pecho con cueros de toro y correas cruzadas con apliques metálicos, ojos como lapislázuli relampagueantes y venerables barbas doradas como el sol, a horcajadas sobre enormes cuadrúpedos que pisoteaban con sus duros cascos lodo lo que veían con vida, botando espumarajos y relinchos por sus hocicos temblorosos. Sin vacilar, se les enfrentó confiado en el tabú de su taparrabo, su macana y el filudo pedernal con empuñadura de teca, pero un mandoble de plano dado con la enorme espada de bronce que esgrimía el contendor, al impulso de su bestia al galope, lo derribó inconsciente sobre la barriga de otro aldeano que expiraba destripado.

En medio de gritos espantosos los invasores desaparecieron al galope. Cuando Pirú recobró el conocimiento, sólo vio cadáveres despedazados de sus guerreros entre el fango, dispersos como gusanos, gibones joviales meciéndose entre las ramas o retozando colgados de los bejucos y, a poco trecho, la cascada, lodosa e hinchada, despeñándose con estruendo sobre el río Irawady que bajaba

por los montes.

Con gran dificultad se enderezó; sentía fuerte dolor en la espalda, pero recogió sus armas y se encaminó a la aldea, contigua al arrozal. De las matas pisoteadas sólo verdeaban ramas temblorosas buscando emerger de entre las aguas sucias, que lentamente llenaban los huecos formados por los cascos de las bestias. Y, al fondo, sumida entre la maraña a la orilla de la selva, la empalizada levantada para atajar a los tigres, en cuyo interior, unidos a los destrozos y palos renegridos aún humeantes dejados por el fuego, los chacales comenzaban a desgarrar los cadáveres crispados de los infantes y las hembras de su grupo familiar que no se dejaron llevar. Pirú se les acercó lentamente, amenazante, con su maza en una mano y la hachuela en la otra, gruñendo como un lobo. De súbito, se lanzó sobre ellos y los dispersó. Se encorvó luego y, con la ayuda del pedernal, escarbó jadeante la tierra pantanosa, hasta abrir una sepultura.

Los cuerpos estaban rígidos y comenzaban a descomponerse bajo el calor fatigante cuando los arrastró para enterrarlos con los tiestos de barro cocido que encontró dispersos; acumuló encima pedazos de roca y piedras y se dejó cobijar mansamente por la oscuridad. Fue cuando tomó conciencia de la soledad que lo rodeaba y lloró. Lloró de desolación; con lágrimas que se mezclaron con la lluvia y el lodo deslizado por su rostro moreno y peludo mientras se entregó a caminar sin cesar. Se sintió ausente, brizna de una naturaleza acrecentada en la medida de su cansancio.

Confundido con los monos, los ratones, los Heléchos, las serpientes y los pájaros que se alborotaban a su paso y llenaban la selva de chillidos y gritos estridentes, comiendo hojas de murray y granos de jowar y bajra silvestres, una mañana se halló nuevamente a la orilla del Irawady, con las

entrañas corroídas por el hambre. A falta de alimentos, enfrentó su ancestro vegetariano a los despojos de un carabao que se disputaban los buitres junto a un torrente de aguas lluvias. El suave y cálido efluvio de la cadaverina que comenzaba a saturar el lugar y la voracidad con que los buitres se disputaban a aletazos y graznidos la presa, arrancando y engullendo la carne con el pescuezo arqueado, estimuló su apetito y lo indujo a lanzarles pedradas hasta ahuyentarlos. Despejado el campo, se abalanzó sobre la carroña y desgarró con los dientes pedazos de entrañas, hasta saciarse.

Estirado de panza poco después junto al torrente bebió gruesos sorbos de agua que le provocaron náuseas. Quedó exhausto y dormido.

Lo reanimó la tormenta y permaneció boca arriba para mitigar la sed. Lo acosaba de nuevo la languidez propia del hambre, y como la lluvia y la tempestad arreciaban y las aguas encrespadas del torrente amenazaban arrastrarlo, recogió su hachuela y se refugió en una roca saliente en forma de gruta, a orillas del Irawady, que debió disputar a pedradas y hachazos con una serpiente Python enroscada entre la maleza. Era pequeña y pudo matarla con certero golpe en la cabeza, antes que la cola del animal le aprisionara la pierna, y para ahuyentar a los bichos formó una pila con hojas secas y trotó el pedernal en una piedra, soplando a intervalos suavemente, hasta obtener leve línea de humo que se extendió entre sus dedos y se transformó en lumbre Atizó la pequeña llama con chamizas secas, quedando sobre la cola de la serpiente que se chamuscó y expelió olor a carne asada. Instintivamente le acercó el olfato y le posó la punta de la lengua, para terminar, arrancando con fuertes impulsos pequeños bocados y poniendo el resto de la serpiente en el rescoldo.

La tormenta había arreciado entre tanto y las aguas del

río lamían el piso de la gruta amenazando apagar el fuego que ardía con vigor. Era una breve lucha entre la amenaza del Irawady y la muerte por inanición que se jerarquizaba en alternativas de supervivencia. Cuando terminó, ya no pudo regresar al monte porque las aguas inundaban el refugio y le salpicaban el cuerpo. Dobló las rodillas como rana para saltar y una centella deslumbró el aire y desplomó pesadamente el corpulento tamarindo que lo arrastró, amparándolo entre sus ramas para llevarlo al golfo de Bengala, sobre las aguas correntosas del Irawady.

☆☆☆

El sueño, en aquellos tiempos distantes, hacía parte de la realidad, y la vida discurría entre la fantasía y la creatividad. El instinto tenía fuerza de reflexión y el hombre combinaba estos elementos con el mito para el desarrollo de sus planes. Por ello cuando, ya recuperado y vuelto a la realidad, Pirú recibió la visita de tres jóvenes adolescentes (dos mellizas y la otra alta y hermosa), las tomó como venidas del viento, fruto de su prole desaparecida en la lejana Birmania, y no del vientre de la Matriarca, apareada con Mahinda.

Ataviadas con enredaderas anadendron3 en la cabeza y cintura para protegerlas de los efectos perniciosos de la sangre del sexo, las jóvenes colocaron a Pirú un vistoso taparrabo de piel de serpiente y lo obsequiaron con toda suerte de frutas, arroz, jugo de caña y té, carne de tortuga y camarones. Solícitas, le lamieron las heridas y llagas hasta que lo vieron sanar. Le sobaron el cuerpo con ocre amarillo enrojecido al calor de la lumbre para brillarlo y engordarlo, en previsión del combate que libraría ante el poderoso Mahinda.

Las visitas se repitieron a diario. Terminaron acurrucadas provocativamente a su lado, riendo cuando Pirú les comenzó a husmear el sexo. Todas eran vírgenes destinadas por

el Brujo y Mahinda para que Pirú las poseyera y, atraídos los espíritus perniciosos por la sangre que les manara del sexo desflorado, lo invadieran y le chuparan la fuerza, imposibilitándolo para derrotar a Mahinda y disputarle el poder. Pirú las veía llegar con el Brujo y, aunque esta circunstancia le suscitaba desconfianza, en la medida en que se recuperaba, más le interesaban las hembras y menos el comportamiento del Brujo.

Fue de tarde cuando se apareó con Mujer, la más alta y vigorosa de las tres adolescentes. El brillo de sus grandes ojos negros y el olor que emanaba su cuerpo, más cálido e incitante que de costumbre, lo fascinaron. Le pasó las manos por los muslos, la lamió acariciadoramente, le sobó el cabello y le olió el vientre con delectación. Anhelante, ella le retiró el taparrabo y, aunque se sintió temerosa y evasiva cuando él la atrajo con fuerza, de modo instintivo le pasó los dedos por la ingle. Él se le montó en la rabadilla y, ansiosamente, le hizo girar el cuerpo y le buscó el sexo hasta conseguir poseerla. Los muslos de Pirú quedaron impregnados con la sangre de Mujer. Mujer.

Poco tiempo tardaron en llegar Mahinda y la turba de andamanenses a la cueva. Mahinda, libre de la responsabilidad ante los espíritus del mar por haber fortalecido a Pirú para pelear con él sin ventaja, iba armado hasta los dientes: pica de bambú larga y punzante, gruesa maza de raíz petrificada en el mar y filuda piedra arrancada del acantilado; fuertes bejucos le protegían la cintura y le afirmaban el taparrabo y sendas plumas atravesadas le adornaban las orejas. De un empellón derribó los gruesos troncos de pandauk que obstruían la entrada y, con gran agilidad, levantó la piedra para descargarla sobre la cabeza de Pirú. Este esquivó el ataque como un felino y le respondió con un golpe en la nuca que lo lanzó de bruces. Le saltó sobre el lomo y cayeron los contendores al suelo

gruñendo como bestias. Las armas quedaron dispersas y ellos se revolcaban dándose mordiscos, arañándose y golpeándose, tratando de hundir sus enormes uñas en los ojos, en medio del griterío de los hombrecillos y el estupor de las hembras refugiadas en un rincón. El Brujo, con su figura espantable de orangután, saltaba y vociferaba agitando una rama de hubiscus para ahuyentar a los espíritus del mar que pudieren acudir en defensa de Pirú.

El combate finalizó de manera imprevista; en un momento en que Mahinda tenía recuperada la filuda pica de bambú y su cuerpo quedó bajo las rodillas de Pirú presionándole el vientre, se defendió clavándole el arma en la piel del pecho. El dolor y la sangre de la herida llenaron de rabia a Pirú, quien apretó entre sus manos los testículos del andamanés, con las uñas le desgarró el forro y de un jalón lo castró. El andamanés lanzó un grito de dolor y lo soltó, circunstancia que aprovechó Pirú para cercenarle la yugular con los dientes. Los pies y las manos de Mahinda se estiraron y encogieron convulsivos hasta quedar inerte. Pirú se irguió y en actitud desafiante se armó con la maza de Mahinda recogida del suelo.

Consagrado Jefe Guerrero de Andamán, como en épocas remotas había acontecido con Mahinda, fue dotado de gran poder, superado tan sólo por el del Brujo y la Matriarca, cuyas cuevas, orientadas con vista al mar, los mantenían en comunicación permanente con los Procreadores, a través del Viento.

Mas este triunfo no bastó a Pirú, porque el Brujo lo miró como a un intruso y, sobre todo, descubrió en él los poderes sobrenaturales de que Mahinda carecía, como lo demostró su fuerza con desmedro de los efectos perniciosos de la sangre de Mujer. Por ello se preparó para defender su

privilegio. Su comportamiento fue claramente hostil y desafiante y, aunque lo evadió para evitar un enfrentamiento personal en el que sin duda resultaría vencido, se tatuó el cuerpo con símbolos de lucha y se cubrió con unturas y amuletos mágicos, saltando y emitiendo gruñidos en la playa, con la Bola de los Vientos levantada para fortalecerse, encantarse y amedrentar a su enemigo, todo lo cual llenó de zozobra y expectativas a los hombrecillos del lugar, pendientes de otros acontecimientos graves, aún peores que la confrontación que terminó con la muerte de Mahinda, a la postre devuelto su cadáver al mar, en el interior de una chalupa. Al fin y al cabo, los poderes del Brujo venían del mundo del misterio y de la magia.

Aunque nada de todo esto captó Pirú durante los primeros días, distante de los hombrecillos por el desconocimiento de su lengua y sus costumbres, la fuerza del instinto y, sobre todo, sus antecedentes como Jefe de aldea, lo llevaron a la convicción de que su llegada a Andamán y su triunfo sobre Mahinda encerraban una misión ordenada por los Procreadores del Mar y por Prajapaty, para que él dispusiera a su antojo de todos los seres que tenía ante sí. Desde este punto de vista, todo coincidía con las sospechas del Brujo.

Se entabló entonces una lucha sorda entre los dos personajes, entre la magia del uno y la fuerza y predestinación del otro. Empero, Pirú que no entendía de magia, precipitó las cosas cuando se despojó de la gruesa e incómoda maza que había arrebatado a Mahinda y la reemplazó por una nueva y filuda hachuela de piedra pedernal, como la que poseía en su aldea.

Todo se desprendió de la sublevación de los hombrecillos del desventurado Mahinda, el día en que apoyaron al Brujo, cuando éste, para recuperar su prestigio, se

atrevió a disputar a Pirú el sexo de Mujer, de nuevo en celo. Causó consternación porque la autoridad del Brujo, fundamentada en la magia que le daba su rostro de orangután, hasta entonces había sido incontrastable y temible.

En un gesto de desprecio Pirú tiró la hachuela de pedernal y, enfurecido, apretó contra su pecho con sus gruesos brazos el cuerpo endeble del Brujo hasta quitarle la respiración, lo abofeteó y derribó con un golpe dado en el vientre, dejándolo revolcarse y llorar, con las manos sobándose la ingle para mitigar el dolor. Lo arrastró a la playa ante la mirada asombrada de los nativos y, con todos sus arreos, lo colocó en el fondo de su chalupa, como un fardo. Ayudado por Mujer, impulsó la nave por sobre la arena y, aprovechando el reflujo, lo abandonó a su suerte.

Como un gorila triunfante, con su pecho peludo y potente y sus piernas recias plantado en la arena, Pirú terminó aquella tarde mirando al sol, desafiante, esgrimiendo su fino pedernal, pasado por Mujer, temerosa de que el Brujo regresase con Tawhiri y Tañe y los demás Procreadores del Mar, para tomar venganza.

Los hombrecillos, aterrorizados por todas estas cosas, situados lejos de su alcance, aguardaron hasta ya entrada la noche algún suceso extraordinario que les devolviera al Brujo y castigara a Pirú su osadía, pero todo fue en vano; con lamentos y gruñidos de dolor, portando tizones humeantes tomados de la hoguera que encendieron en la playa, abandonaron el lugar y, uno tras otro, subieron al acantilado para refugiarse en sus cuevas.

En este nuevo triunfo Pirú se apoderó de toda la autoridad guerrera de la isla, siendo reconocido como una especie de áulico consejero i. Iu Malí ¡arca y macho apareado de Mujer, con derecho para poseer a las hembras en celo que

deseara. No obstante, por este aspecto afrontar nuevas dificultades y enfrentamientos, cuando por el ir de las hembras o de las cuevas despertaba la ira o celos de los olios machos, pues de todos modos carecía de la aureola de misterio y de magia que amparaba al Brujo y de la divinidad propia de los «'íes sobrenaturales, como lo era la Matriarca—madre de dos infantas en un solo parto—, para infundirles respeto e impedir que alguno fuera a enfrentársele. Esto acontecía cuando se ausentaba de su cueva

< pindó de Mujer; como la veían entregársele gozosa si él la requería, intuidos por su olor los adolescentes la asediaban inducidos por la temeridad y el ardor propios de la edad. Para impedir que la violaran, Pirú la llevaba siempre consigo y, cuando alguno se atrevía a disputársela, lo rechazaba a golpes o lo mataba a hachazos.

Todas estas dificultades terminaron por aislarlos y, para protegerla. enseñó a Mujer a usar taparrabo de piel de zorro como las mujeres de Birmania, a hablar su lengua nativa, a fabricar cuchillos y hachuelas de pedernal y ollas de barro cocido, a mantener la lumbre en el interior de la cueva y a practicar los ritos sagrados al Gran Prajapaty, su Gran Procreador:

—Pajcha... Caty... —musitaba ella con la lengua trabada mientras tomaba un tizón de la lumbre y encendía la hoguera.

En otras ocasiones desplumaba los pájaros que Pirú mataba en el monte, lanzaba las plumas al aire para infundirle los poderes de la caza e imploraba con los brazos en alto cuando las fieras se paseaban rugiendo amenazadoras frente a su nueva gruta, descubierta entre las rocas con el ánimo de aislarse.

—Pajcha... Caty... —repetían los dos hasta que él la

tomaba impulsivamente de los muslos, le arrancaba el taparrabo, la abrazaba y caían al suelo revolcándose, tocándose y lamiéndose, en un rito sexual desenfrenado.

Mujer le retribuía a Pirú sus enseñanzas conduciéndolo a los secretos del mar, a navegar en una chalupa rudimentaria de uso cotidiano fabricada con gruesos troncos de mangle vaciados con fuego, a pescar en la ensenada, a ensartar cangrejos y animalillos

con astillas puntiagudas de bambú, a sobreaguaren la resaca. Durante la temporada buscaban tortugas; las volvían patas arriba y, sin detenerse a matarlas, desgarraban y engullían su carne fresca y palpitante, hincándole los dientes o hundiéndole las uñas y, si era adulta, limpiando con los raspadores los residuos de carne adheridos al reverso de la concha, para almacenarla luego junto a la gruta y usarla para recoger cangrejos.

Mas el quehacer habitual, cuando el aire ardía, era dormir y roncar con la cara al sol, protegidos de sus rayos bajo la sombra del palmar o en el interior de la gruta: fabricar utensilios y, cuando el viento refrescaba la tarde, salir a cazar o a pescar en el remanso de la ensenada. Cuando el tiempo era propicio tomaban la chalupa, diariamente mejorada, que Pirú aprendió a mantener escondida en el follaje, junto al estuario del río. Esta elemental chalupa terminó provista de estabilizadores de bambú y sendos troncos laterales de mangle amarrados con bejucos, como lo acostumbraban los nativos, propia para aventurarse más allá del arrecife, en donde abundaba la pesca. El sistema era sencillo y fue para Pirú algo así como una diversión: botaban por la borda trozos de carne y, cuando los peces se acercaban y sacaban la cabeza, los golpeaban con las pagayas. Reían estrepitosamente cuando los heridos se invertían para morir; se lanzaban al agua para

atraparlos. Si los asediaba el hambre se ahitaban masticándolos crudos o, en caso contrario, regresaban al flujo de la pleamar unidos a la flotilla de los otros pescadores, para volar a la gruta y asarlos en la lumbre o en el rescoldo de la hoguera.

☆☆☆

Este comportamiento de la pareja carecía de antecedentes entre los andamanenses, cuyos machos poseían a las hembras cuando el olfato los inducía, atenidos a la ley de la fuerza y de la horda. En ocasiones las disputaban entre sí y el triunfador las fecundaba hasta cuando se sentía saciado o ella lo rechazaba porque estaba poseída. Pero no se apareaban en forma permanente, como acontecía con Pirú y Mujer.

Convivieron en esta forma durante muchas lunas, hasta cuando ella comenzó a eludir el asedio de Pirú. Regresó al uso de taparrabo y con ademanes bruscos, rechazó sus requerimientos. Sentía espasmos y vómitos y el sexo no le volvió a sangrar. Los hermosos ojos negros que la hacían tan vivaz perdieron el brillo de la sensualidad v una inusitada expresión de alegría iluminó sus facciones oscuras y apacibles.

Dominado por la ira, acostumbrado a que las hembras se le entregaran sumisas, Pirú reaccionó con agresividad, como lo hacían los otros machos cuando las hembras se rebelaban y, frente a la entereza de Mujer, tuvo el impulso de golpearla y obligarla; mas, cuando le percibió ausencia de olor en el sexo y la vio llorar desconsolada y vencida, se interpuso el nuevo aliento que ahora dirigía sus sentimientos y, conducido por ella, acudieron en consulta donde las hembras que habían recibido de los Procreadores el privilegio para llevar en su vientre a los infantes que ahora poblaban Andamán. Eran las Madres Menores, el cortejo de la Matriarca, que vivían en un grupo de grutas unidas, en lo alto del acantilado. Se sintieron alborozadas cuando recibieron la noticia y se hincaron

reverentes ante el vientre de Mujer, en actitud de observación, mirándose entre sí.

La sentencia vino de la Matriarca; con su cuerpo voluminoso y sus amplios pechos descolgados, sus profundas y fecundas caderas v sus poderosos muslos asentados sobre un cuero seco de tigre, ante la lumbre que ardía en forma perenne en el interior de su cueva, explicó que el vientre de su hija Mujer se hallaba poseído por Tuu, el Procreador, y pasadas nueve lunas radiantes éste haría que diera a la luz del mundo un nuevo infante. Por ello, la carne del hombre, así fuese la de Pirú, no podía volver a profanar sus sagradas entrañas hasta después de haber cumplido su misión y, para garantizar la sentencia, Mujer sería aislada en una cueva distante. En caso conmino —¡ay de Andamán! — Padecería la furia terrible de los Procreadores, se apagaría la lumbre y vendrían grandes fríos y oscuridad, Lis fieras y las serpientes saldrían del monte y las olas del mar estallarían sobre el acantilado y despoblarían las grutas hasta extinguir lodo vestigio de vida.

Precedida de extraña procesión de mujeres adultas que avanzaban portando cocos, pescado ahumado, dos cueros de tigre y un tizón encendido para la lumbre, Mujer fue conducida al atracadero, en donde se encontraba fondeada la chalupa de las mujeres escogidas por Tuu, el Procreador, las cuales debían emprender solas el viaje por mar, bordeando la costa, para ascender a lo más elevado de la región rocosa, a la orilla del monte, en donde abundaban los huevos de tortuga y los camarones, cocoteros, muchos frutos nutritivos y se hallaba la cueva, amplia y aireada, provista de abundante leña para mantener viva la hoguera que la protegería de las fieras. El mar estaba tranquilo aquel día y, acomodados en el interior de la chalupa los presentes que llevaban las acompañantes, Mujer se colocó sentada en la proa de la nave, la cual impulsó con las

pagayas suavemente, a lo largo de la costa. Pirú, solo y triste, se quedó parado en la arena de la playa, viéndola alejarse.

☆☆☆

La inesperada separación de Mujer llenó de amargura el corazón de Pirú. El calor femenino y la ternura que ella le daba, habían conseguido desplazar la congoja dejada por el recuerdo que le traían los cuerpos ensangrentados de su prole y sus hembras sepultados bajo la tierra del arrozal, en su lejana aldea de la Birmania. Aún experimentaba la sensación del ardor en sus uñas desgarradas mientras escarbaba entre sollozos y soberbia la tumba. Todos estos hechos traían a su espíritu un sentimiento recóndito y desconocido, equivalente al dolor.

Se hizo hosco y más agresivo que antes, rechazó a las hembras en celo que buscaban provocar su apetito y golpeó con sevicia hasta matar a dos machos que se resistieron a acoger su mandato. A otros los obligó a huir y remontarse. Se paseaba por los alrededores del acantilado, solitario y pensativo. Cada día que transcurría anhelaba más ardientemente volver a ver a Mujer, hasta terminar por frecuentar los contornos sagrados de su gruta, detener su canoa en el atracadero donde ella tenía fondeada su chalupa y, contemplando las volutas de humo espeso que surgían por entre la fronda del palmar, imaginar que los movimientos y figuras caprichosas moldeadas por la brisa, eran las formas voluptuosas de su cuerpo. Concentró todos estos sentimientos en un trozo de madera blanca que halló en la playa, labrándola con el filo del pedernal hasta imprimirle rasgos femenino, La dejaba escondida entre las rocas para reanudar más tarde el trabajo, como lo hacían los lobos con los sobrantes de alimentos.

Así transcurrieron las cosas y, en una ocasión, la sorprendió distante subiendo del atracadero a la gruta con un manojo de camarones llevados en hojas, recolectados en la

playa. Intentó acercársele, Pero ella desapareció inexplicablemente en la espesura. Pirú se alejó, aunque no compartía las creencias de los andamanenses con respecto a la maternidad de origen divino.

El episodio se repitió días después cerca de la costa. Allí estaba Mujer más atractiva que antes, las caderas más amplias, los pechos hinchados y tensos y las carnes más suaves y vibrantes. Mas, cuando ella advirtió su presencia, hizo ademán de alejarse; él se lo impidió, la alcanzó y la sintió temblorosa. Le pasó la lengua cariñosamente por las mejillas y los muslos y su olor lo incitó. Mujer se resistió con vehemencia, arañándolo y mordiéndolo hasta sacarle sangre. Cada vez más ardiente y rabioso Pirú la sacudió, lleno de lascivia la tendió en la maleza que cubría la pendiente y la poseyó varias veces, revoleándola y bramando.

Saciado, terminó y se alejó lentamente sin separar la mirada de ella. Mujer irrumpió en llanto, desesperada y rabiosa, pues la falta cometida condenaba a la extinción la vida de la isla. Se sintió profanada, sucia, temerosa, e invadida por la angustia corrió lejos de la gruta, llevando entre los pechos la pezuña arrancada con los dientes a una de las pieles de tigre que le servían de nido. Vagó por las crestas de las rocas durante varios días. Presa de la desesperación, comprendió que solamente en el mar, desapareciendo como Mahinda y el Brujo, entregada a la voluntad de los Procreadores, borraría los efectos de la profanación. No lo dudó y, ocultándose de los nativos, se dispuso a alistar su chalupa.

Reforzó los flotadores y acondicionó en las bordas de popa y proa juncos liados con bejucos frescos, como lo hacían los pescadores cuando se aventuraban al cayo; se cercioró de que estuvieran en el fondo de la chalupa una concha de tortuga, las dos pagayas y la pezuña de tigre; se abasteció de cangrejos

y langostas vivas con las patas enredadas para inmovilizarlas, de cocos llenos de jugo y tubérculos alimenticios y se instaló en la borda de popa a esperar el reflujo de la bajamar, hasta cuando la resaca con su corriente en aumento la separó de la tierra y la internó en el mar. Llorando, se entregó a los designios que tuviera con ella Tuu, el Procreador. En la medida en que declinaba el sol, perdía de vista los contornos de Andamán. Terminó en la soledad y las sombras de un mar ligeramente rizado por el viento que hendió los juncos, y la chalupa, balanceándose y saltando al suave impulso del oleaje, tomó rumbo al oriente de una noche espesa y profunda. Se tendió en el fondo y se abandonó al sueño.

Al día siguiente la sorprendió el mar picado. Aunque desde la borda trataba de mantenerse con las pagayas en dirección a las olas, la nave sesgaba y escoraba levantando los troncos laterales hasta casi zozobrar. Hizo mucha agua, pero Mujer la aligeró febrilmente con la concha y, por primera vez, desde su propio espíritu, brotó la evocación a Prajapaty, como Pirú le había enseñado.

☆☆☆

Notas:

En la cultura inca, Huaca era un lugar de concentración para evocar al dios Pachacamac: el rincón de un aposento, pedruscos acumulados en algún lugar del camino, una sepultura...

CAPÍTULO II

Mas el mar es un inmenso pulmón y su aliento el ritmo permanente de las olas que expulsa sobre las costas del mundo todo lo que perturba su pureza. O lo asimila, llevándolo a sus profundas entrañas para triturarlo con su pecho poderoso cuando provoca su pasión. Basta observar cómo estira sus brazos de agua y abre sus garras de espuma al llegar a la playa para depositar con suavidad lo que no es suyo. O cómo se agita y afronta nuestra osadía socavando voluptuosamente la pequeña área de arena que nos sustenta el pie, para devoramos arrastrándonos a la sima abisal cuando excitamos su apetito. Es esta la fuerza esencial que ha llevado la contaminación de la vida a todos los confines de la Tierra. De los humanos, que por alguna u otra causa se extraviaron en su estremecedora soledad, sólo una ínfima parte fue seleccionada para no sucumbir a tan insondables designios, como aconteció a Mujer.

Todo había sido para ella como un sueño emanado de las aguas encrespadas que la recibieron al pasar del estrecho de Malaca al mar de Java. El torbellino de la tempestad lanzó la débil chalupa contra los arrecifes de un cayo vecino de la isla de Burú, haciéndola encallar. De entre una inquieta familia de

ballenas que retozaban en medio del oleaje se desprendió una hembra, exploró el cayo y se sumergió emitiendo su canto de embrujo, seguida de un pequeño ballenato. Pocos minutos después volvió a emerger lanzando un chorro de vapor y, acercándose a donde estaba aprisionada la chalupa, de un tremendo coletazo levantó una ola que puso a flote la nave y la arrastró hasta la playa.

Retrocediendo con estupor por lo que presumieron fuera un prodigio, los negroides huesudos y saltones que habitaban en pequeñas chozas de Heléchos y bambú junto al palmar de la isla volaron donde el Brujo de Andamán, traído por el mar días atrás y refugiado a la orilla de un manantial, en el interior de una cueva formada en la raíz de un inmenso samán. Precavido, el Brujo se acercó a la playa y, al reconocer a Mujer, la levantó entre sus brazos y la llevó a su albergue. Sumido en su piel de orangután —que siempre conservó—, con frutas, pescado y jugo de coco recuperó a Mujer en pocos días. En la isla todos cooperaron hasta cuando el Brujo pretendió violarla. Lo contuvieron la ferocidad con que ella se defendió y los sordos ruidos de Paapa, la Tierra, que hizo temblar el suelo y el mar, formando grandes olas. Llena de pavor, entre gestos, sollozos y voces guturales, Mujer le transmitió al Brujo todo lo acontecido en Andamán y la razón de su presencia allí. Atemorizado, éste sólo pensó en deshacerse de ella, antes que los Procreadores tomaran venganza contra él por haber querido profanarla y contra los nativos de Burú, quienes con desordenada actividad abastecieron y dotaron de alimentos la mejor chalupa de que disponían, provista de fuertes flotadores. Formaron una flotilla con las naves restantes y, en peregrinación, la acompañaron hasta alta mar. Pero, antes de abandonarla para que cumpliera su destino, unieron en círculo ceremonialmente sus chalupas y degollaron y devoraron a un adolescente gordo,

compartiéndolo con ella para aplacar a Tawhiri.

Algunos zozobraron al regresar y el Brujo se quedó parado con tristeza, mientras la chalupa de Mujer se desvaneció tras la curva del mar.

Nadie supo cuántos días transcurrieron desde entonces y, paulatinamente, la chalupa se desplazó hacia el sol naciente, en el mar de Arafura, tranquilo y ligeramente lluvioso. La pesca abundaba y Mujer no tuvo dificultades para abastecerse dando golpes de pagaya sobre el oleaje, observada por las enormes ballenas en celo que la rodeaban lanzando chorros radiantes y quejidos amorosos y profundos.

Fue una mañana brumosa cuando la pleamar la dejó flotando en el interior de una ensenada de la isla Saibay, rodeada de palmas y espinos, contigua a la desembocadura de un riachuelo. Racimos de vampiros que colgaban del acantilado le dieron la bienvenida alborotándose, aleteando y chillando, para retomar a sus rocas cuando la chalupa, al impulso intermitente de las grandes olas formadas y acrecentadas en el trayecto, era impulsada hasta quedar Milite la arena.

Encogiéndose y estirándose como un ciempiés, Mujer abandonó su nave y consiguió arrastrarse hasta el palmar. Se llenó la boca con florecillas amarillas de un racimo de cocos desplomado por el vendaval. hizo esfuerzo para arrancar uno, pero se desvaneció.

El feroz dingo surgió de la maleza y se acercó cauteloso, gruñendo quedamente, le olió el taparrabo en repetidas ocasiones, y una pareja de canguros, sentados sobre sus grandes patas, la observaba desde el promontorio, cubierto de eucaliptus.

Ya de tarde, Mujer se recuperó y se sintió sedienta.

Instintivamente escarbó en la arena para humedecerse los labios agrietados y sangrantes y descubrió un trozo de raíz petrificado. Desgarró en otra la parte filuda la corteza de coco, lo golpeó contra la roca y chupó con ansiedad el contenido. Se quedó masticando la semilla v sus ojos descubrieron el agua del riachuelo. Mas, de nuevo la abandonaron las fuerzas.

El mar estaba picado aquella tarde, venteaba a intervalos y la fina llovizna que venía impulsada la refrescó. Dejando el ancho de su cuerpo marcado a lo largo de la arena, se arrastró y sus dedos aprisionaron un cangrejo entre las piedras. Lo devoró y sumergió el rostro en el agua del riachuelo.

El lugar era acogedor, rodeado de palmeras y, a corto trecho, un promontorio cubierto de eucaliptus y pinares iniciaba una meseta hacia el interior. El cielo estaba umbrío y el ambiente ligeramente húmedo.

Comenzaba a declinar el día; Mujer, nuevamente fatigada, se tendió en la arena de espaldas y sus ojos negros, absortos, se hundieron en un mundo novedoso: gaviotas que planeaban desde el mar, vampiros revoloteando entre las rocas, cacatúas y loritos copetones saltando entre los espinos, dingos aullando en lo alto del promontorio y, en el horizonte, el mar en reflujo se iba difundiendo en la bruma azulosa y encrespada.

A Mujer la venció el sueño y, de madrugada, contempló el prodigio del nacimiento del sol; una grulla robó un huevo de emú fecundado junto a las araucarias para dejarlo caer desde el cielo y, al golpearse en el arenal de la playa, se rompió y todo se volvió luz.

☆☆☆

Muy pronto Mujer descubrió una gruta amplia en lo alto del acantilado, orientada hacia el bosquecillo de eucaliptus,

para llegar a la cual debió escalar una pendiente. Como la maleza la invadía, temerosa de los bichos y las serpientes aprisionó fuego del aire con una piedra pedernal encontrada en el riachuelo y un leño seco de las araucarias que se daban en la meseta. Dejando al fuego obrar, bebió agua de la quebrada y, como la temporada era propicia, buscó huevos de tortuga en la arena, como lo hacían en Andamán. Mientras los devoraba, fue para ella un don de los Procreadores escuchar el chisporroteo del incendio que ya invadía los contornos del lugar y dejaba el terreno calcinado, cubierto de leños humeantes. Con los tizones que recuperó encendió una hoguera protectora como lo acostumbraban hacer los de Andamán, junto a la entrada de la gruta, en un lugar de la roca resguardado de las lluvias y del viento.

Inicialmente siguió alimentándose con huevos de tortuga, gusanos y raíces comestibles; después, cuando recuperó las fuerzas y el vientre comenzó a crecerle, merodeando la ensenada en busca de ornitorrincos para hundir tras ellos las manos en las aguas turbias del riachuelo y disputarles los nidos de cangrejos que ellos también consumían cerrando los ojillos, guiados por el pico.

Mas, dueña de todas sus energías, comenzó a tomar conciencia de la soledad que la rodeaba y se dio a explorar los alrededores, llena de ansiedad. Todo lo palpaba y lo miraba, se hundía en el monte y los pantanos, buscaba las cimas de fácil acceso para observar el horizonte y, cuando el calor la sofocaba o presagiaba tormenta, se sumergía en las olas del mar y retomaba a tenderse en la arena de la playa para disfrutar de su calor sensual. Al caer los primeros goterones, volaba a la gruta, animaba la lumbre y se refugiaba en su rincón.

Una mañana, mientras recogía chamizas para la hoguera, atrajo su atención un murmullo que provenía de la

meseta. Se acercó con sigilo y vio a una pareja de canguros grises copulando. A su lado, el resto de la manada pastaba indiferente. Se detuvo a observar la escena e, instada por un impulso interior, recordó el ardor frenético de Pirú cuando la poseía en Andamán y, como un secreto que llevara anidado en su pecho, hizo una especie de fusión de este recuerdo como el deseo ardiente de sentir entre los senos la ternura de un niño; de un recién nacido suyo que temblara y llorara buscando los pezones pina presionarlos con sus labios tiernos hasta hacerlos brotar leche, como lo había visto hacer a las madres menores de Andamán.

Deslizó sus dedos cálidos suavemente por la bomba de sus senos y aureolados y un fluido de esperanza y sosiego iluminó su semblante Intuyendo la paternidad de Pirú, se tocó el vientre ya voluminoso ton los dedos porque lo sintió palpitar y de una brizna de razonamiento tomó la duda de que su vientre no albergaba el fruto de I une, el Procreador, sino el cuerpo de Pirú cuando hundió su carne en la suya.

Sumida en la duda frente a lo que sobre la maternidad creían en Andamán, se familiarizó con la compañía de los animales, sin discriminar a ninguno, buscando a través de ellos la explicación del dilema. Se acercó cariñosa a los ositos, caminó detrás de los casuarios que arrancaban vegetales y subió a la meseta donde los canguros. Reconoció con alegría a la hembra que había sorprendido copulando días atrás y la encontró voluminosa, con la bolsa hinchada Con mimos y dulzura se le acercó y le sobó el vientre. El animal se movió, pero no le mostró animadversión. En poco tiempo se hicieron amigas y el episodio se repitió llevándole hierbas frescas de las que observó que le gustaban. La cangura se las arrancaba de las manos y las masticaba, mientras ella tomaba la costumbre de tenderse en un lugar fresco y umbrío, acompañando a pastar a

los animales, en donde permanecía la mayor parte del tiempo observándolos y durmiendo. Sólo se levantaba para salir en busca de alimentos o para refugiarse en la gruta, su estadero habitual, al declinar la (arde, a la hora en que Paapa, la Tierra, se confundía con Rangui, el Cielo. Esperando el prodigio, permanecía tendida sobre la comisa en actitud soñadora, seducida con el oleaje del flujo. Mas, como todo esto traía a su espíritu temores y recuerdos, para sentirse acompañada pronunciaba palabras en su lengua nativa que la llenaban de nostalgia.

—¡Ah!, Pirú..., repetía con frecuencia, trabajosamente, tomando este recuerdo como una evocación de algo íntimo que la atormentara; como buscando en la afonía de la palabra la sustancia de su destino y la explicación de la soledad que la rodeaba. Cedía la temporada invernal y, cuando la tormenta tronaba en los contornos y Tawhiri agitaba el mar, retorcía las palmeras en la playa y apagaba la llama de la hoguera dejando tan sólo la lumbre y el murmullo intermitente de la resaca, se acurrucaba en su rincón y, acariciándose el vientre que se le contraía y palpitaba, con la mirada perdida en la luz de la llama proyectada en el cauce del riachuelo, se estremecía de pavor a pesar de todo, al recordar la maldición que pesaba sobre su cuerpo, profanado por Pirú.

☆☆☆

El día del nacimiento se acercaba porque había transcurrido la temporada invernal y de nuevo aparecieron la luna y las estrellas por la noche, desde cuando la grulla robó el huevo de la emú. Mujer se sentía casi impedida para ascender a la meseta y visitar a su amiga, cuya marsupia se había inflado y por su pecho asomaba el rostro incipiente de un infante cangurillo. Impulsada por un deseo delirante de llevar a la gruta en el regazo hojas frescas de palma y hierbas tiernas para

acolchonar un nido, se paseaba trabajosamente por la playa, exploraba la maleza y se acercaba al riachuelo para beber agua y atrapar algún camarón o arrancar un hongo, que ahora tanto apetecía.

Su silueta desnuda y voluminosa, sin taparrabo, con las caderas abiertas, el sexo hinchado y humedecido, el vientre dilatado y descolgado sobre los muslos carnosos, los pechos redondos y plegados por el flujo de la leche que goteaba de los pezones y la cabellera enredada con espinos y hojas secas, se proyectaba a la luz de la luna llena que plateaba los rizos de espuma en los acantilados, cuando comenzó a sentir contracciones intermitentes. Leves espasmos pasajeros le endurecían el vientre y le arrancaban gemidos. Cuando cesaban, se daba a la tarea de recoger chamizas para atizar el fuego y buscar en la arena huevos de tortuga o cangrejos en el remanso de los ornitorrincos, que engullía con avidez y le dejaban sucia y sangrante la boca.

Ya de tarde se tendió pesadamente en la arena de la playa y la venció un sueño agitado; soñó que en su vientre Tañe y los otros alrededores gestaban su venganza deformando la criatura. Despertó resaltada. A su rededor escuchaba su murmullo, su tropel. Pero los espasmos más frecuentes y el desasosiego cada vez más inquietante, la impulsaban a caminar de un lugar a otro, emitiendo gemidos prolongados.

Abundante flujo le humedeció el sexo mientras la luna llena descendía y aún despejaba las sombras y las siluetas indecisas que poblaban fantásticamente las orillas del monte de espinos. Otra contracción le arrancó un grito desolado y la hizo revolcarse y avanzar arrastrándose por sobre las raíces que cubrían el arenal, desgarrándose las uñas en el sendero que conducía a la gruta, cuando el instinto la indujo a ascender para escapar del asedio de los espíritus

Andamán, que ya invadían la playa. Con una mano asida a la omisa coralina, acosada por el dolor que aumentaba a intervalos, alcanzó la entrada y cayó desfallecida sobre el rescoldo de la hoguera protectora que aquella noche no pudo encender. Pero cogió un grueso tizón que le embadurnó el rostro y, haciendo un gran esfuerzo, se internó en la gruta y se tendió en el nido.

Gimió y gritó, impotente, cuando las contracciones fueron intensas y prolongadas y, buscando alivio, cambió de posición hasta quedar arrodillada, con las manos sobre el suelo. Sintió que se le desgarraban las entrañas, dio un quejido prolongado y vino el primer fruto de Tuu, un hombrecito.

Sin cambiar su postura, siempre en cuclillas, mirando extasiada a la criatura luchar débilmente por sobrevivir en medio de un charco sanguinolento de tierra y las hojas del nido, incapaz de mover los brazos, con los dedos aún crispados, asidos fuertemente al tizón, ladeaba con ansiedad. Sólo cuando el niño comenzó a llorar desaforadamente, se acomodó para separar de la placenta el cordón umbilical, chuparlo y masticarlo hasta cortarlo y anudarlo como lo hacían en Andamán con el bejuco.

Los labios babosos y toda ella relajada y sucia, tendida con la cabeza sobre un brazo, presa de una dicha inefable, de un anonadamiento indescriptible, contemplaba a su hijito llorar y moverse, sintiéndose fortalecida en su compañía, recíprocamente comunicados con el llanto tenue del niño y la respiración acelerada de la madre, cuando le sobrevino otro fuerte dolor en la parte alta del vientre.

Espasmos consecutivos, cada vez más agudos y prolongados como antes del parto, y la gruta se llenó de olores densos, quejidos y gritos lastimeros, con la parturienta

revolcándose desesperada, evitando lastimar al niño. Un sudor espeso le humedecía el rostro contraído por la ansiedad y las manos crispadas arañando el suelo hasta quedar embadurnadas con el lodo formado de tierra, rescoldos de carbón y el viscoso líquido que había expulsado por el sexo. Los rumores del bosque y del mar llegaban como un viento lúgubre que se unía al drama progresivo que perturbaba el lugar. Era la comunión suprema de Tuu, el Procreador, congregado con todo su poder ante la misión divina que poseía para perpetuar la vida. Vino un momento en que Mujer se sintió vencida, los deseos de sobrevivir se retiraron más, de nuevo vino a su mente como un destello la imagen de Pirú, confundida con la del niño que ya lloraba a su lado. Y le representó el rostro del cangurito asomado en la bolsa de la cangura, días después de haberla visto copulando.

Los espíritus del mar de Andamán acudieron entonces presurosos para purificarla y animarla y, desdeñando los gemidos conmovedores que invadieron de nuevo su garganta, desgarraron sin piedad sus entrañas para arrancarle una hembrita, que inhaló sorbos de vida con vigorosos vagidos.

Sumido el corazón de Mujer en un dulce sentimiento de paz, de felicidad difundida en toda ella, de súbito le sobrevino una nueva contracción que la hizo estremecerse. Acezando expulsó la placenta y quedó extenuada. Intensamente pálida y sudorosa, con las piernas abiertas y desgonzadas rodeando a los mellizos que palpitaban y gemían sobre una masa espumosa de entrañas, hizo un esfuerzo supremo para buscar el cordón umbilical de la hembrita y lo masticó durante largo rato, como lo había hecho con el hombrecito, hasta cortarlo. Tenía sed, mucha sed, y buscó saciarla lamiendo la baba que cubría los cuerpecitos. El sabor a sal la estimuló y devoró las placentas que permanecían enredadas entre las ramas, mientras

acomodaba a las criaturas en los pechos y les guiaba los labios para que chuparan y calmaran el llanto. Eran pequeñitos y vitales y se apegaron a mamar desaforadamente el calostro que inflamaba los leones, por donde se transmitió a todo su cuerpo una infinita pación de placer, transformada en raudales de ternura.

☆☆☆

CAPÍTULO III

Los mellizos se hicieron a la vida colgados de los pechos voluminosos de Mujer como los canguros de su marsupia y, ya grandecitos, cuando la leche nutricia comenzó a secarse, mientras la hembra T ¿raleaba y lloraba esperando su tumo con los brazos en alto acostada en un nido de hojarasca bajo la sombra del palmar, el macho recibía en su boca regurgitado por la madre el bolo de comida masticada, que ella debía correr a renovar, recolectando frutos y raíces en el monte, desenterrando huevos de emú y de tortuga en la playa o balayando a los ornitorrincos para descubrir sus depósitos de camarones en el riachuelo o cangrejos en las aguas cenagosas del manglar.

Mujer no tenía sosiego; saciados sus hijos en su rezago, regresaba con ellos a horcajadas sobre las caderas, escalaba el promontorio y los acomodaba en el interior de la gruta, en un rincón en donde quedaban dormidos plácidamente al amparo inextinguible de la hoguera, situada junto a la entrada, bajo una pequeña comisa de coral que la defendía del viento. Si la leña se agotaba, volaba al monte por chamizas; si hallaba excrementos, escarbaba para dispersarlos y consumirlos revolviéndolos con la tierra o en el rescoldo de la lumbre y, si el calor los sofocaba, nuevamente salía con los hijos arrancando de paso algunas raíces o atrapando un camarón y, masticándolo y regurgitándolo sin cesar en sus boquitas

voraces, terminaban todos sumergidos en los fugaces torbellinos de espuma que saltaban en medio de la resaca de la pleamar.

Así, al tiempo que los niños se familiarizaban con el agua retozando y nadando entre las olas vigilados por su madre, a los ojos negros y expresivos de ésta retomaba el brillo de la sensualidad. La alegría clara que solía iluminarle el rostro cobrizo y terso cuando unía las mejillas a las de sus hijos en un gesto de ternura, se volvió estremecimiento y, buscando en las noches estrelladas el misterio de su ansiedad, acurrucada sobre una roca se sentía cautivada observando la turgencia brillante y oscura del mar y sintiendo el mimo palpitante de la brisa cuando acariciaba su cuerpo.

Hasta entonces Mujer había permanecido muda, desconcertada en ocasiones y distante frente a la soledad y la supervivencia. Los caudales de amor maternal, que es la suprema energía de la mujer, habían venido siendo una especie de ensueño que despojaba sus emociones del temor a la soledad y de la incertidumbre ante la naturaleza, especialmente cuando la sentía perturbada. Mas, ahora, el sexo la hizo volver la mirada al pasado y, buscando recuperarlo de algún modo, las palabras fueron su sendero:

—Prajapaty... Haha... Mu o Tu... —musitaba, buscando en el monólogo que todo esto suscitaba sentirse acompañada con su propia voz, en un esfuerzo por recordar la imagen de Pirú, cuando éste profanó su cuerpo.

Quiso rechazar de su mente el episodio, pero se hizo tan perceptible y cálido el recuerdo del olor del cuerpo y las caricias de que Pirú la hizo objeto, que su piel se erizó y, mirando el cuerpecito oscuro y fornido de su hijo, no pudo evitar llamarlo también Pirú, agregándole la voz Piedra.

En otra ocasión, la hembrita se le perdió gateando entre los espinos y desesperada, Mujer corría de una parte para otra, gritando:

—¡Inya!... ¡Inya!... (que es Yo... Yooo)—para que entendiera que la buscaba—. ¡Inya!... ¡Inya!... —la llamaba.

Cuando la encontró la estrechó contra sus pechos y le acarició la cabecita, estremecida de felicidad. Desde entonces la siguió llamando Inya.

Formando parte de una naturaleza esplendorosa y fecunda, rodeada de recursos para la supervivencia, Mujer ponía por instinto toda su fuerza interior en la mutua protección. En ello había una compañía, una esperanza, otros seres semejantes que la comprendían y hablaban su lenguaje, una reconfortante representación del acto de fecundación con que Pirú la deleitó una y otra vez junto a la gruta de Andamán. Anhelando ahora que se repitiera todo aquello, contemplaba gozosa el sexo incipiente de su hijo y lo imaginaba adulto, confundido con el de Pirú, como un reconocimiento de su pniemidad, la cual aún no vislumbraba claramente en su verdadera dimensión.

El sexo se hizo entonces tormento en el cuerpo convulsionado de Mujer, ansiosa de compañero. Lo buscaba y sólo hallaba ante sí de la presentación de las bestias. No establecía diferencia y, cuando los veía apareadas copulando, se les acercaba cálida y mimosa. Ellas la miraban con curiosidad y la olían, pero la desdeñaban. Astuta y lasciva las acariciaba, les sobaba el lomo y, sintiéndose frustrada, a alejaba melancólica arrancando hojas de las plantas a su paso con visible desazón, para retomar a la soledad, a sus hijos, su único refugio emocional, seguros en un corral de ramas entretejidas, armadas en la playa, en medio de las palmeras.

☆☆☆

Todo este conflicto encontró su expansión en un acontecimiento inesperado, cuando se desencadenó el invierno.

La lluvia sorpresiva que caía a torrentes durante la mañana, apagó la hoguera dando paso a una enorme serpiente que entró a la gruta por sobre las cenizas húmedas, persiguiendo a un pequeño tejón. Inya y Piedra, sobrecogidos de espanto contra el muro, miraban al reptil enroscarse en el animal y deglutirlo lentamente. Mujer, en la playa recolectando cocos, regresó corriendo y fue sorprendida por la escena. Con la mirada fija en los ojos encendidos y temibles del reptil, rescató a los mellizos y huyó despavorida; buscó el mar y, temblando de pavor, se protegió con ellos en medio del oleaje de la resaca, mientras se tranquilizaba.

Lo tomó como un presagio y esa tarde durmió en la playa, pero buscó un nuevo refugio: una cueva más amplia entre las rocas, azotada por los vientos que soplaban del lado del mar, cuyo ingreso se hacía por una comisa sobresaliente, propia para impedir que la lluvia apagara la hoguera. Su entorno iba con otras ventajas: sobre el acantilado, cerca de la playa y contigua al acceso del riachuelo, su fuente de agua dulce y recolección de camarones.

La instalación en este nuevo albergue estuvo precedida de una especie de ritual de Mujer después de aprisionar fuego del aire con chamizas de eucaliptus y el trozo de pedernal que recogió cuando llegó al lugar. Fue una ceremonia similar a las que había visto en Andamán la cual terminó con Inya y Piedra cargados, disfrutando de las veces que creían escuchar venidas del mar y perdidas en los filos de los acantilados, al tiempo en que ella evocaba quedamente a Prajapaty:

—Peacha... camaty... —susurraba mientras los mellizos

le chupaban los pezones untados de miel para adormilarlos y poderlos dejar en un rincón, antes de salir a buscar alimentos.

En esta ocasión, la necesidad la hizo cruel; nunca había tenido tanta, pero el fuerte invierno la acrecentó. Difícilmente reunió una pila de leña seca. Mas, cuando intentó recolectar camarones, fracasó porque el riachuelo bajaba desbordado. Miró alrededor y, como de costumbre, su vista se detuvo en los ojillos risueños de los koalas observándola con ternura por entre las ramas de los arbustos. Instintivamente, Mujer se detuvo a juguetear con ellos y, cuando los tuvo a mano, no vaciló en golpear a uno y recogerlo del suelo donde cayó sacudiéndose y chillando. Ansiosa por regresar, cargó la leña y, sin detenerse a dar muerte al animal, mientras saltaba por sobre las rocas comenzó a triturarlo con los dientes y a amasarlo con la baba, indiferente a los gruñidos de dolor que seguía emitiendo Al llegar a la cueva con la boca ensangrentada y llena, descargó la leña y se precipitó sobre sus hijos a regurgitar el bolo entre sus labios abiertos por el hambre, en cuyas bocas comenzaban a blanquear los primeros dientecillos.

Como este nuevo comportamiento de Mujer se repitió con otros animales, comenzó a sentirse marginada, pues la mansedumbre la cambiaron por temor cuando ella se acercaba y, algunos, a asumir posiciones agresivas para ahuyentarla, como las abejas cuya miel recolectaba destrozando los panales con piedras y varas.

Se sintió menospreciada y triste y quiso recuperar lo perdido intentando atraerlos con voces como “mu” a los emúes o “guro” a los canguros o con gestos y sonrisas que ellos no entendían, pero daban media vuelta y se alejaban espantados, para detenerse a lo lejos, parar las orejas y observarla.

Mujer estaba confundida; asediada por sentimientos encontrados que formaban un crepúsculo de ansiedades en su

conciencia. Ante todo esto, tuvo una reacción extraña; se armó con un grueso tizón que tomó de la hoguera y aprendió a esgrimirlo dando fuertes golpes a las olas y a los matojos de espinos. Dingo, el único ser que le causaba pánico cuando lo veía parado aullando en lo alto del acantilado, fue su primer objetivo; lo sorprendió dando muerte a un canguro con dentelladas en las patas hasta que el animal cayó vencido. Mujer se lanzó a disputarle la presa, pero debió huir porque en lo alto de la sierra apareció la manada y se le vino encima ladrando y aullando.

Días después pudo recuperar su dominio; rescató en el eucalipto un pichoncito de emú, al que dingo, agazapado entre el follaje, se aprestaba a sorprender. Al verla, dingo la atacó, pero ella lo golpeó y apabulló, dándole certeros golpes con la maza en la cabeza y obligándolo a huir.

Sobándole el espinazo cariñosamente, condujo al pichón de emú a la Cueva del Viento, ansiosa por entablar conversación con él, respondiéndole con murmullos semejantes a las voces que el animal emitía. En los primeros días lo alimentó como a sus hijos, regurgitándole en el pico las pepitas de espinos que había visto comer a sus congéneres. Después, le acomodó con hojas secas un espacio en el fondo de la cueva, en donde la llama de la hoguera no lo asustara. Inya y Piedra gateando se le acercaban y el emú los acogía cariñoso, buscando la ternura de los niños.

A pesar de todo esto, algo misterioso notaba Mujer en el comportamiento del pequeño emú y, viéndolo crecer con rapidez, eludir los peligros con destreza y picotear los matojos y arbustos para alimentarse sin necesidad de ayuda, como acontecía con sus hijos, lo encontró superior a ella misma y se sintió inducida a buscar a través de él una fuente de protección divina, tomándolo como su compañero habitual.

El emú correspondió. Si al amanecer bajaban por alimentos a un recodo poco profundo del manglar, en donde Mujer, recordando a Andamán, atraía jaibas y mujoles con trozos de carne tierna de tortuga para matarlos a zarpazos o con la pica de bambú que fabricó, el emú se mantenía a la orilla picoteando semillas y esperando que Mujer regresara a la cueva para seguir tras ella como guardián. Si sorprendía ornitorrincos en el riachuelo para arrebatarles los cangrejos o si disputaban a los buitres y lagartos las pequeñas tortuguillas marinas que comenzaban a brotar en la arena, el emú se paraba a observarlos.

Mientras los mellizos, junto al emú, también crecían y adquirían la forma y fortaleza que les permitía corretear solos por los contornos de la cueva, el animal transformaba su imagen gris y sus franjas oscuras en esbelto pescuezo de vistoso collar blanco, largas y templadas patas de muslos descubiertos y lomo de plumas tenuemente azul grisáceo, pardas sobre la cola y el buche. Avanzaba a grandes zancadas, en tanto que los mellizos se quedaban rezagados y Mujer debía cargarlos sobre su espinazo.

Una mañana que amaneció serena, de viaje a la meseta para visitar a los canguros, fueron sorprendidos por un fuerte chubasco y Mujer encaramó a Inya en el emú, pero éste saltó instintivamente y la niña cayó llorando al suelo. El episodio se repitió en otras ocasiones y, a la postre, Mujer vio cómo sus hijos establecían una íntima relación con el emú, cabalgándolo en ancas sin dificultad y alejándose solos de la cueva. Lo cual tenía sus riesgos, aunque el emú estaba presto para protegerlos. Días después, tropezaron con una manada de dingos que venían persiguiendo a dos zorras en medio de gran algarabía y, al ver a los mellizos, se lanzaron sobre ellos para impedir que les disputaran su presa. La presencia del emú fue providencial

porque mientras Piedra saltaba con Inya por una roca del acantilado y alcanzaba la repisa que conducía a la gruta donde pudieron salvarse, el emú atrajo la atención de los dingos huyendo a largas zancadas hacia la sierra.

Todos estos hechos hicieron que Mujer comenzara a observar con toda atención el comportamiento del emú, hasta descubrir en él vestigios de divinidad. Relacionó su presencia con los prodigios que habían acompañado su vida desde Andamán; con la llegada del viejo Pirú a aquella isla y los primeros placeres indecibles que éste dio a su cuerpo cuando estuvieron apareados; con el advenimiento de Inya y Piedra y el nacimiento del Sol en un huevo de emú, aquella mañana esplendorosa mientras dormía en la playa. Fascinada, miraba a su lado al pequeño animal adormecido, tierno y hermoso y lo tomaba como la reencarnación de algún poderoso Brujo del universo enviado para protegerla y acompañarla en la soledad por Tuu, el Progenitor.

Lo confirmó el día en que ascendieron a la sierra y el emú les mostró el otro lado del mar. Era muy clara la mañana y, detenidos en la cima, después de trotar todo el trayecto, divisaron en el horizonte la curva azul esmeralda del agua. Mujer comprendió entonces que su refugio era ahora un pedazo de mundo como la isla de Andamán, donde Pirú la esperaba.

☆☆☆

El tiempo alternaba entre prolongados inviernos y veranos y con el discurrir insaciable de los días Mujer fue afirmando su comportamiento frente al medio circundante, con la insensibilidad propia de lo que forma parte de la misma naturaleza. Inya y Piedra la seguían sumisos y elementales y la obedecían, asimilando todo lo que ella hacía para imitarla y, en ocasiones, para adaptarlo a sus antojos y rústicas necesidades.

Durante una de aquellas temporadas invernales, se les presenta ion grandes dificultades para abastecerse de tortugas y peces en los esteros, su recurso cotidiano. Asediados por el hambre, de tarde acorralaron a un canguro de los que pastaban en la meseta, como le veían hacer al dingo y su manada; pero el animal los atropelló y a grandes saltos rompió el cerco que le tendieron, haciendo caso omiso de los gritos con que trataron de detenerlo. Desconcertados, de regreso optaron por recoger las sobras de un casuario abandonado por los dingos entre las rocas y, como les repugnó el fuerte olor que expelían, las comieron quemadas en la hoguera. Empero, Piedra ya grandecito, durante un juego intuyó la solución; ayudado por su madre, amarró entre dos mangles un largo bejuco, le acondicionó un palo de bambú o dardo con una punta afilada en la hoguera, templó el bejuco y lo soltó una y otra vez en dirección a los salmones que iban al desove remontando las aguas del riachuelo. En una ocasión atrapó a uno. Era rollizo, lleno de huevitas. Perfeccionaron el invento y terminaron fabricando arcos manuales, con los cuales se los vio en adelante corretear por todos los contornos de la isla a caza de pájaros y animales montaraces, o ensartar peces desde la orilla del estero y lanzarse al agua para recogerlos y comerlos.

El hecho fue importante para el grupo, porque le dio mayor poder sobre los otros animales de la isla y le permitió integrarse profundamente a su sistema. Naturalmente, los animales se hacían cada día más distantes y difíciles y algunos comenzaron a remontarse.

Salían los tres entonces de madrugada, a la hora en que el dingo dejaba de aullar y, mientras Mujer regresaba con leña para la hoguera, los muchachos se precipitaban a la playa en busca de aventuras y animales para atraparlos vivos. O se dispersaban ensartando langostinos y lagartos a flechazos para

devorarlos y, cuando comenzaba la resaca de la pleamar, tirando los arcos en las rocas para sumergirse en la espuma que azotaba el arrecife. Se deslizaban asidos a troncos flotantes por el efímero remanso que los amparaba, desafiando al torbellino, sobrecogidos de un placer inexplicable que los hacía temblar en una sensualidad temprana si unían sus cuerpos para apoyarse en la lucha o descubrían desde el agua a las bestias copular a la orilla del bosque.

Mientras un reservado gesto de lascivia ensombrecía el semblante moreno de Mujer con la mirada fija en la escena, Inya y Piedra saltaban a la playa, recuperaban sus arcos y corrían a observar de cerca, para irrumpir en ingenua y espontánea risotada.

Se miraban y se iban de caza. Se internaban por los montes y, cansados, se tendían sobre las rocas o los prados frescos a dormitar. El crepúsculo con sus brillos inciertos y sus sombras intermitentes les causaba temor. Recogían presurosos los animales que tenían recolectados y regresaban a la Cueva del Viento, los descargaban y, atraídos por el ruido de las olas, olvidaban la comida y corrían al mar mientras Mujer atizaba la hoguera.

El mar los llamaba dondequiera que estuvieran o a la hora que fuera; abandonado desde la mañana, llegaban por ello alborozados y se sumergían en la resaca crepuscular. Siempre el mar en su presencia, pero aún distante para convertirse en fuente de supervivencia. Cuando el ejercicio les estimulaba el apetito, regresaban a la cueva por los animales y los devoraban chamuscados y enteros, sacados de entre el rescoldo.

Pero inesperadamente desapareció el emú: es posible que encontrara su pareja. La consternación fue profunda y todos se dispersaron para explorar los alrededores de la isla. Para reencontrarse o anunciarse ni emú, lanzaban gritos y toda

suerte de sonidos guturales, como cuando Inya se perdió; mas, como Mujer recordaba voces nativas, las aplicaba de acuerdo con el significado que tenían en Andamán y la esperanza de que el emú las entendiera y regresara:

¡Whine!, Mujer.

¡Makka!, el fuego.

¡Inya!, Yo.

¡Kono!, el mar.

¡Kallaán!, el agua.

¡Kuro!, la meseta donde pastaban los canguros.

¡Wolba!, la Cueva del Viento, su refugio.

¡Goorín!, la Sierra.

¡Hura!, la Luna4.

Pero los acontecimientos los atropellaron y, de las elementales explicaciones de carácter sobrenatural que se daban, surgían nuevas situaciones y resultados prácticos. Aún no conformes con la ausencia del emú, contemplando Mujer las llamaradas de un incendio ocasionado por un rayo caído sobre un enorme mangle derribado junto a la gruta abandonada del acantilado, pensó que ese fuego, tan súbitamente venido del aire, donde moraban Rangui y Tawhiri, contenía su magia encamada en el emú, para que éste transmitiera a Pirú el mensaje de su destino en el mar. Recordó los momentos de gozo disfrutados con él en Andamán cuando modelaba con ese mismo luego su canoa de pescar. Dedujo entonces que la centella caída sobre el mangle era una súplica de Pirú convertida en fuego para que construyera una chalupa y regresara, pues los restos de la que recibió de los nativos de Burú permanecían aún bajo el palmar, deshaciéndose como el

esqueleto de un crustáceo.

Por mucho tiempo Mujer alimentó este pensamiento, que se hizo obsesión. Con frecuencia iba seguida de sus hijos a revisar el mangle y, sin explicación, su espíritu se llenaba de nostalgia. Observaba el madero y lo medía con brazadas, como lo hacían con Pirú en Andamán. Hasta el día en que comprendió que sus hijos ya poseían la fuerza y destreza necesarias para emprender faenas rudas. De madrugada salió con ellos de la Cueva del Viento y se encaminó a la abandonada Gruta del Fuego, en la orilla del estuario, donde el riachuelo se remansaba en el mar, llevando en fila como espectros tres tizones encendidos.

Todos se entregaron con entusiasmo a la tarea; con los cachetes inflados soplando los tizones, revivieron el fuego del aire aprisionado en éstos y formaron otra hoguera debajo del extremo del tronco por donde debían cortarlo. Así comenzaron a modelar la popa. Atizaron la leña día y noche turnándose en forma permanente entre el sueño, la recolección de alimentos y el mar. Fue trabajo dispendioso de muchos soles y muchas lunas. Piedra, el más entusiasmado de todos, quedó con las pestañas y las vellosidades cerdosas, que ya cubrían su pecho, chamuscadas.

Vino la segunda etapa, la de vaciar el tronco para formar la borda. Mujer, recordando las enseñanzas de los Brujos de Andamán, les indicó cómo debían utilizar la candela para vaciar sólo un costado. El trabajo iba bien, hasta cuando las lluvias arreciaron y apagaron la hoguera, dejando tan sólo la lumbre en la Cueva del Viento. El riachuelo creció, se desbordó y su torrente barrió la pira, volcó el tronco y lo arrastró hasta la orilla del barranco, en donde quedó balanceándose con riesgo de precipitarse al estuario y perderse. Corrieron a evitarlo con piedras y palos que apoyaron en el sitio donde había ardido la

hoguera, calcinado por los efectos del fuego. Inya resbaló y cayó de bruces al agua, agitada por la marea.

—¡Atua mago! ¡Atua mago!... —, gritó con pavor Piedra viendo el agua teñirse de rojo, al tiempo que se zambullía para ayudar a Inya a defenderse de un tiburón que se abalanzaba y le cercenaba el dedo pulgar del pie derecho. La rapidez con que lanzó Mujer un enorme leño al animal, facilitó a Piedra la maniobra de evitar a Inya morir devorada por la bestia.

Lamiendo la sangre y cubriendo la herida con cenizas tomadas de la lumbre y un gran emplasto de lodo envuelto en hojas frescas amarradas con bejucos, Mujer logró contener la hemorragia y llevarla cargada con Piedra a la gruta del Viento. Inya se quejaba lastimeramente mientras Piedra, siempre a su lado, la miraba con ansiedad.

☆☆☆

Aquel mismo día, de regreso, devorando huevos y trozos de coco, ya en lo alto divisaron en la meseta a una pareja de emúes picoteando espinos y zarzas, seguidos de una pequeña cría. Dejaron a Inya en la cueva y volaron a encontrarlos. De inmediato reconocieron al emú y descubrieron que era hembra, atenidos a la cría que la acompañaba. Mas, mostrándose esquiva, la emú quiso huir tras el macho que se alejó a grandes zancadas. Con murmullos cariñosos Mujer consiguió acercársele y acariciarla como antes. Una emoción casi sensual la hacía sobarle la pierna desnuda y tomar a la cría con fruición para llevarla a la cueva, seguidas por Piedra y la madre emú. En previsión de que pudiera escapar de nuevo, le construyeron una especie de corral con ramas de eucaliptus en el costado izquierdo de la entrada, evitando que los efectos de la hoguera los espantaran, desde donde los emúes acompañaron a Inya durante los días en que duró la enfermedad, cuando

Mujer y Piedra desde muy temprano se ausentaban para ir por alimentos.

La carestía comenzó a preocuparlos, no obstante ahora disponer del arco y la honda para disputar a los dingos los animales grandes que ellos preferían.

Cuando se aplacaba el sol de mediodía y los animales llegaban a sestear, Mujer y Piedra, provistos de sus armas y un largo y fuerte tizón tomado de la hoguera, dejaban a Inya con los emúes y ellos salían a atalayar al dingo y su manada cerca del pastizal, en el territorio de los canguros. Acumulaban piedras por precaución, se encaramaban en los árboles y esperaban, hasta cuando aparecía la manada de dingos, gruñendo y ladrando sobre la presa. Les daban dentelladas a los canguros en la cola y recibían patadas que los lanzaban boca arriba aullando de dolor. En medio de la algazara, en caso de que los canguros se escabulleran, los dingos los perseguían ladrando hasta que lograban dar muerte a alguno y poner en fuga a los restantes. Se congregaban entonces a su alrededor para desgarrarlo y, cuando comenzaban a retirarse con su presa en la boca o con la panza llena, Mujer y Piedra saltaban del árbol dando gritos y lanzándoles palos y flechazos hasta lograr dispersarlos. Los dingos, ya saciados, ofrecían poca resistencia; mas, en previsión del regreso, Piedra armado con su honda hacía guardia, mientras Mujer hundía el tizón en el vientre semidestripado de lo que los dingos habían dejado del canguro. Terminaban la faena de regreso a la Cueva del Viento con la carne colgada del tizón llevado en hombros, de donde como de costumbre, la descargaban en la hoguera que chisporroteaba y olía a chamusquina.

El episodio se repetía cuando escaseaba la carne, conservada algún tiempo en el rescoldo de la lumbre, tras de ser sumergida en agua de mar para darle sabor a sal.

Tal vez todas estas cosas, unidas a los olores ásperos que saturaban la cueva cuando había canguro o casuario, atrajeron nuevamente a los vampiros pescadores y a los murciélagos que colgaban por racimos de las comisas de las rocas, llenando el ambiente de silbidos y lentos aleteos. Durante las noches entraban por bandadas golpeándose contra los muros y, cuando alguno les pasaba cerca, el pavor los invadía. El pavor que era sustancia de su existencia y los impulsaba a coger tizones de la lumbre y volar en su persecución, despedazarlos con los dientes y escupirlos en la hoguera. Hasta Inya se paraba y, aunque cojeando, se unía al ritual. Todos quedaban extenuados:

—Pachacamaty... —repetían hasta desfallecer.

Somnolientos regresaban a la cueva y, agrupados junto a la madre emú que se acomodaba el plumaje y entreabría los ojos, se entregaban al descanso arrullados por los ronquidos de Mujer y anidados entre sus muslos redondos y cálidos. Sueños fantásticos, confundidos con la realidad, desvanecían entonces su existencia en medio de las más variadas aventuras. El Gran Prajapaty, aliado con Tañe, ordenaba al invierno cesar y regresaban las tortugas marinas por oleadas a depositar sus huevos en la arena de la playa. El fuego de Tawhiri abandonaba el aire y retomaba a la hoguera de la gruta del acantilado, donde había quedado tendido el mangle para la canoa, desde el día en que Inya fue mordida por el tiburón. Mujer y Piedra reanudaban su labor sobre el tronco calcinado, mientras Inya sanaba su dolencia y ayudaba en los quehaceres cotidianos.

Mujer guiaba los trabajos sin poder alejar de su memoria el recuerdo de Pirú, cada día más vivamente representado en los gestos y el cuerpo peludo, moreno y macizo de Piedra, a quien no podía evitar mirar ahora como el fruto de los placeres que le proporcionaba a su sexo en

Andamán.

El día en que la borda fue suficientemente alta y perforaron la popa a modo de trinquete, Piedra hizo su faena con maestría y Mujer, sensual y pensativa, lo observaba. Piedra utilizó la perforación para pasar por ella una ancha soga de hoja seca de plátano y arrastrar la barca hasta la orilla del barranco. Se proveyeron de largas varas de bambú y la botaron al agua, cuidadosamente, para entregarse de inmediato, con inusitada alegría, a navegaría por los contornos del estuario.

☆☆☆

CAPÍTULO IV

La soledad abismal que los rodeaba, cuando los cuerpos requemados enjutos de Inya y Piedra comenzaron a adquirir los contornos de la adolescencia y el sexo a cubrírseles de vellosidad, los acercó con mayor intimidad que antes; se buscaban entre sí y se llamaban con voces transformadas en palabras, que sólo ellos entendían. Cuando corrían en el fondo de la cueva se acurrucaban y en la arena de la Saya se abrazaban en una simbiosis de calor y de extrañas sensaciones. Mas, como los enajenaba más que antes el deseo de dejarse llevar a lo desconocido y lejano, mientras Piedra exploraba el monte, ¿echaba animales, mataba serpientes y pescaba, perturbada por las primeras manifestaciones de la pubertad Inya subía melancólica y calentada por la orilla del riachuelo, sin entender lo que sentía, aleccionando frutos y tubérculos alimenticios, hasta detenerse en una pequeña roca por donde el agua formaba una cascada, antes de caer al mar. Con la leve sensación de dolor en el cuerpo, se tendía a descansar extasiada y soñadora mirando el agua. Sólo cuando advertía la ausencia de Piedra, lo llamaba a gritos:

—¡Piedra... Piedra!...

Al cabo, él le respondía a la distancia:

—¡Inyaaa!...

El reencuentro se ocasionaba generalmente con Piedra llevando en hombros algún animal cazado o Inya con frutos desconocidos y huevos de tortuga o cocos que perforaban con espinas o chamizas, sentados el uno junto al otro, chupaban alternativamente el contenido. Pasaban largas horas tendidos dormitando. Cualquier ruido los sobresaltaba, se miraban sorprendidos y reían. La miel les fascinaba; iban a buscar colmenas que destrozaban a palos, para huir de las abejas, reír a carcajadas y regresar con tizones encendidos para ahuyentarlos y chupar los panales con delectación. Sedientos, corrían a la vertiente por agua fresca y bebían hasta perder el resuello.

Terminaban, como cuando estaban niños, siempre en la playa, su otra dimensión, o en el estuario retozando con el agua o navegando la barca que impulsaba la pagaya, empeñados en ensartar peces en unión de Mujer, que acudía corriendo para unírseles cuando los divisaba desde la comisa de la Cueva del Viento.

Un sinuoso sentimiento de recelo comenzó entonces a aflorar en el corazón de Mujer porque advirtió que Inya la distanciaba de Piedra. Reparó en los pezones que se le comenzaban a aureolar y darles forma a sus pechos ya redondos y firmes y, sus ojos negros y profundos, maravillados ante lo que contemplaban, brillaron y se posaron con sensual intimidad en el cuerpo fornido de Piedra, cuyo sexo voluminoso y tenso aparecía ensombrecido por vellosidades incipientes.

La madrugada en que Inya, medrosa y tierna, se le acercó a Mujer y le mostró la sangre que fluía por sus muslos,

ella la ocultó de Piedra. La tomó de la mano, la llevó corriendo al mar y, después de haberla mantenido recibiendo el golpe de la resaca en la cadera adolorida, la enseñó a cubrirse el sexo con pampanillas de hojas aseguradas con bejucos, como ella lo acostumbraba con las pieles de oso en Andamán. Inya, inexplicablemente recelosa, vio venir a Piedra y se alejó hacia la meseta, en donde permaneció remontada, triste y melancólica, esperando que retomara a su semblante la alegría. Mas una avidez que la hacía devorar todos los frutos que encontraba, una vacilación y ansiedad indescriptibles, una energía difusa en todo el cuerpo la indujo a regresar.

Dichosa descubrió a Piedra buscándola en la playa, entre la desolación y la lluvia. Como la pampanilla que llevaba le pareció vistosa y anormal, un impulso de elemental vanidad y pudor la indujo a desembarazarse de ella, antes de correr a su encuentro. Tiernamente se le abrazó y terminaron entre las olas, como de costumbre.

Mujer, quien presenciaba la escena desde el palmar, montó en cólera y, con agresividad, menospreciando la resaca que los envolvía, se abalanzó sobre Inya y la cogió de los cabellos, la golpeó y lastimó el cuerpo. Inya, seguida de Piedra, se le desprendió y huyó a la playa llorando, sin poder entender por qué se la golpeaba.

Fue subiendo a la sierra, días después, mientras descansaban tendidos en un pequeño prado, cuando Piedra también advirtió las redondas turgencias aparecidas en el pecho de Inya. Las comparó a las suyas, incipientes, cubiertas de vellosidades. Se las palpó con suavidad y ella lo esquivó porque experimentó un vivo estremecimiento en todo el cuerpo. Empero, sonrió dulcemente, lo miró con ojos brillantes y, al observar lo de Piedra, se llenó de estupor al comprobar que se hinchaba como cuando se juntaban y abrazaban o

miraban a los animales copular. Inesperadamente se puso de pies v huyó perseguida por Piedra. El la alcanzó y siguieron juntos tratando de comunicarse con gestos y voces inciertas.

Desde entonces se operó un cambio en su mutuo comportamiento; Hinque se siguieron buscando y anduvieron permanentemente unidos, Inya comenzó a mostrarse contradictoria. Esquiva y jovial al tiempo, alternaba entre la curiosidad y el deseo de acariciarlo. Mirarse recíprocamente el cuerpo, tocarse el rostro y observarse los gestos y movimientos que hacían, en una mezcla de curiosidad y lascivia, constituyó un placer intenso que los hacía sentirse ansiosos y buscarse cuando se extraviaban. Indiferentes ante la naturaleza esplendorosa que los circundaba, se observaban con detenimiento cuando ejecutaban sus necesidades íntimas, como indagando la causa de los indescifrables deseos que los torturaban. La ternura de Inya asumió formas de ansia y angustia y la emoción de Piedra se transformó en vehemencia y pasión. Si la languidez del hambre los perturbaba, acudían a la caza o a la pesca en la barca por la ensenada y devoraban carne hasta quedar saciados y ensangrentados, ofreciéndose los alimentos entre sí. Sus cuerpos se esperaban temblorosos. Atraerse y provocarse era el impulso íntimo de su insatisfacción.

Mujer, desde una saliente del acantilado, los seguía observando y, tomando conciencia de la rebeldía de Inya, mató a un oso marsupial, con el raspador le desprendió la piel, la lavó en el agua salina del mar y, cuando la sintió adecuada, la obligó a cubrirse el sexo con ella. Mas, inexplicablemente desconfiada, cuando estuvo sola, Inya se arrancó la prenda y corrió adonde la esperaba Piedra.

Una prolongada aflicción los torturó durante varios días y sólo cuando Inya volvió a sangrar, Mujer no pudo ocultar el

resentimiento que se había anidado en su espíritu; no la auxilió como en la primera ocasión, aunque la vio sola y triste en la playa; pero durante la noche se deslizó junto a Piedra mientras dormían. Lo hizo tocarla como lo hacía Pirú en Andamán, se le acomodó y lo enseñó a poseerla.

Antes que Mujer y Piedra despertaran, inquieta por la sensación del flujo sanguíneo que manaba su sexo, Inya abandonó la cueva. Llamó a la madre emú para que la acompañara y bajó corriendo a la playa con la cabellera desordenada por el viento que soplaba del mar. Se sumergió en la fuerte resaca que levantaban las olas, como Mujer le enseñó y, en cierto momento, se quedó en suspenso, soñadora.

Piedra, quien la había seguido desde cuando abandonó la cueva, corrió tras ella. Se confundieron levantados por el agua y Piedra ardoroso trató de abrazarla como en otras ocasiones para hacer lo mismo que hizo con Mujer, pero ella lo rechazó con energía y, saltando, buscó la playa y huyó por entre las palmas y el bosque de espinos. Mas, Piedra la alcanzó en las rocas del acantilado y trató de violentarla halándola de una pierna, pero Inya se zafó pateándole el vientre con la otra, para desaparecer en alto de la comisa de la Cueva del Viento.

Desconcertado y rabioso, Piedra se quedó mirándola desaparecer en la distancia. Después, se sumió en la tristeza. Pero era cuestión de supervivencia y no se conformó a perderla. La llamó a grandes voces y trató de seguirla, buscándola ansioso como cuando se extraviaban en el bosque. Vagó todo el resto del día por los alrededores y sólo le respondieron la soledad y el mar. Casi agotado, regresó a la Cueva. Al verlo, Mujer se levantó del rincón donde dormía y se le acercó mimosa, más Piedra reaccionó impulsivo, la empujó lejos de sí y volvió al monte, por el recodo por donde Inya se internó.

Por cortos instantes lo absorbió el mundo de los animales que discurrían a su alrededor; periquitos, loros y koalas en las ramas de las araucarias, un casuario con su cuello rojizo y su cresta encopetada paseando por los alrededores, las cacatúas blanqueando la hojarasca de los eucaliptus y una manada de canguros grises, a la distancia, pastando apacibles y confiados. Hasta que lo venció la amargura.

Pasaron dos lunas y la desolación descendió sobre su espíritu, como una sombra:

—¡Inya...! ¡Inya...!

Pero se encontraba perdido, cada vez más lejano del mar.

Sintió hambre, estaba fatigado. Matrero y astuto, saltó sobre un lejón que dormitaba entre las ramas, lo desgarró a mordiscos y lo devoró ensangrentándose la boca y el pecho. Bebió agua en la vertiente, se tendió en el suelo y lo venció el sueño.

Guiada por sus voces, Inya descendió corriendo de la sierra, en donde se hallaba refugiada. Había encontrado un rincón entre dos pequeñas rocas que le permitían pasar el tiempo aislada. Sin despertar a Piedra, casi devotamente se acurrucó a su lado hasta cuando el sol comenzó a descender sobre el mar, observándolo con honda ternura. Entre temerosa y lasciva, a intervalos le tocaba el pecho, le acariciaba la cabellera abundante enredada de zarzas, los hombros sedosos y fuertes, los músculos que le anudaban los brazos. Pero el efluvio de su cuerpo terminó por despertarlo.

Deslizando su mirada por toda ella, a Piedra lo sedujeron sus muslos brillantes y tensos, las caderas amplias y el vientre plano con densa vellosidad en el sexo. Casi se

arrastró y avanzó como un felino y la olió con placer. Jadeante la lamió y ella, gozosa, se tendió instintivamente, dejándolo hacer. Varias veces se revolcaron en la hojarasca del eucaliptal entre gemidos y sollozos apagados y, cuando terminaron, sudorosos y calmados, se entregaron al sueño.

Inya y Piedra, aprovechando la tregua que les dieron las lluvias, se alejaron de la Gruta del Viento y se aventuraron a deambular por los contornos de la isla, disfrutando del mar cuando se acercaba a la costa, o del bosque y los animales cuando la necesidad los obligaba a cazar para comer, pues con la vecindad de la temporada de sequía comenzaban a emigrar las tortuguitas marinas y a alejarse las gaviotas. Apareados, su vida alternaba entre el agua salina de la playa, la caza de cacatúas y ositos marsupial con dardos y flechas que perfeccionaron, el sexo y la comida.

Regresaban adonde Mujer, una tarde, huyendo alegremente de una manada de dingos que los perseguía. Era un juego que, sin dejar de tener riesgo, ellos provocaban. Al divisar el humo de la hoguera, se llenaron de alegría y, viendo a Mujer parada junto a las palmeras, se le acercaron afectuosos. El instinto hizo comprender a Mujer todo lo acontecido y, como comenzaba a descamar con el raspador una tortuga marina recién atrapada en la playa, la compartió con ellos. Sentían apetito y la devoraron sin demora. Los tres se sumergieron en la resaca del crepúsculo y, cuando cayó la noche, Inya y Piedra subieron a la Cueva del Viento llevando chamizas para atizar la hoguera. Mujer se quedó tendida en la arena, observando a los vampiros revolotear entre las últimas gaviotas que surcaban la superficie del mar.

Para Mujer, el viejo Pirú, el de Andamán, que tan antiguo y distante ahora recordaba, y el niño ya formado, enviado por Tuu, el Procreador, a través de su vientre para que

la acompañara, eran el mismo ser, la misma vida y, por ello, se sentía con derecho a desearlo y disfrutarlo. El rechazo con que él respondía cuando ella se le acercaba, ahondaba su frustración. Lo seguía y observaba intensamente cuando lo veía alejarse o tenderse en la maleza con Inya, lo acechaba escondida bajo los arbustos o acurrucada entre las rocas del acantilado con la esperanza de sorprenderlo solitario, para alejarlo de algún modo del embrujo con que Inya lo atraía. Mas, cada nueva luna, se unían y se alejaban más de ella.

Comenzó a languidecer. La abandonó el apetito y, cuando los veía aparecer, generalmente gozosos, pasaba del gesto radiante de una nueva esperanza al odio y deseos ardientes de precipitarse sobre Inya y golpearla.

Mitigó esta crisis la sangre, cuando retornó al sexo. Se desvaneció el odio, se apagó el apetito, pero vino a su ánimo un lánguido sentimiento de impotencia y de cansancio. En aquellos días no regresó a la gruta, cuya hoguera comenzó a perder la llama, porque con frecuencia encontraba a la pareja con los cuerpos enredados, roncando y digiriendo el pescado comido en la ensenada, donde ellos navegaban en la barca siempre lista, atracada con bejucos en el estero. Se refugió en la meseta entre los canguros y los casuarios, por las cacatúas, los periquitos y el lejano murmullo del mar.

Sólo cuando sintió que a sus entrañas retomó la brama, que su sexo nuevamente se encendía, que sus ojos se iluminaban y sus carnés se erizaban voluptuosas, vino melindrosa a la playa donde Piedra solía permanecer con Inya, pero en esta ocasión Inya se le enfrentó; comprendió sus deseos y se le abalanzó para defender sus derechos a dentelladas y arañones. Piedra las separó y se llevó a Inya consigo.

Desconcertada, Mujer se quedó furiosa revolcándose, abrazándose los muslos y llorando a gritos.

☆☆☆

El horizonte era umbrío aquel día, con las últimas nubes invernales llenando el aire de penumbra y las lloviznas menudas arrastradas desde las regiones frías y misteriosas del sur, saturando con murmullos y voces de animales atraídos por la abundancia de comida que aún brotaba de las tierras y el mar.

Cuando se hubo sosegado Mujer, un leve punto negro, semejante a un cetáceo de los que frecuentaban el lugar, surgió de entre la bruma y atrajo su atención. En la medida en que crecía, su semblante se animaba. Nunca Mujer había percibido en la superficie de ese mar algo distinto de las nubes espesas de tormenta, a las aletas filudas de los tiburones cuando se acercaban a la playa o a las aves marinas muy lejanas y perdidas en el oleaje. Aguzó la vista y, finalmente, distinguió una pequeña embarcación provista de flotadores semejantes a los que usaban los nativos de Andamán, ocupada por una figura humana de piel oscura.

Mujer se paró y, mientras vacilaba entre esperar o correr a la gruta y esconderse, la nave, arrastrada por la resaca, atracó en la playa y un hombre desgarbado y cabezón, que llevaba arrastrada una piel de oso, saltó a la arena y la empujó para alejarla de las olas.

Sólo después de ocultar la chalupa bajo el palmar, el hombre reparó en la presencia de otro humano y, para imponerle su magia, se echó encima la piel de oso que llevaba. Luego, se le acercó a Mujer y, viéndola atemorizada, ladinamente con señas y gruñidos le pidió comida. Dispuesta a defenderse de tan extraño personaje, Mujer tomó un grueso madero, pero con rapidez el hombre la dominó y, cuando pudo soltarle los brazos, insistió en pedirle comida. Mujer, aunque

cautelosa, lo condujo al riachuelo para ofrecerle camarones, camote y raíces de batata, que terminó compartiendo con él.

Fue cuando lo reconoció. Era el Brujo de Andamán, venido de un país del Sol, de la lejana Tugula, una isla de Luisiada adonde huyó cuando debió abandonar su refugio de Burú, perseguido por una flotilla de negritos que querían sacrificarlo después de abandonarla a ella en el mar. Lo salvó la oscuridad aquel día, posiblemente protegido por Tañe, el Todopoderoso, conduciéndolo por la ruta de las ballenas, como se propuso hacerlo él desde el momento en que partió.

Devoraron todo lo que recolectaron sin medida y, cuando se sintieron ahítos y se sentaron el uno junto al otro a digerir, el Brujo percibió su olor a brama. Le acarició los muslos y como ella lo esquivó, él dejó escapar una risotada torpe y lasciva. Ella se le distanció, pero él la siguió y la asió con fuerza de la rabadilla, en momentos en que aparecieron Inya y Piedra bajando al mar. El Brujo, alarmado por el parecido de Piedra con su progenitor, Pirú, su enemigo de Andamán, se llenó de terror y, con gran agilidad, corrió a tomar la chalupa y se perdió remando angustiosamente en dirección a la ensenada. Compungida, Mujer se refugió en la Cueva del Viento, al tiempo que Inya y Piedra iban por la barca para perseguir al Brujo.

Al día siguiente, cuando Inya y Piedra regresaron a la Cueva del Viento sin indicios del Brujo, no encontraron a Mujer. La buscaron por los alrededores, pero había desaparecido también. Durante la noche, triste y desolada para ella, llorando aún, despeinada y acurrucada en el suelo sin poder conciliar el sueño por la ansiedad que le causaba la brama y todo lo acontecido, de madrugada la sorprendió la figura sombría del Brujo parado como un espectro en la entrada, junto a la hoguera. Mas, cuando se le acercó con su

gesto de idiota y le ofreció frutas, carne de koala y medio panal de miel, Mujer se dejó sobar el sexo y, sin resistirse, el Brujo la poseyó.

Culminaron su relación en lo alto de la sierra, en donde encontraron una cueva entre las rocas, la Cueva del Brujo. Allí, entre el «i ui y la comida devorada con melindrosa glotonería, terminaron unidos bajando al mar para pescar lejos de la costa, como lo hacia Mujer con Pirú en Andamán.

Este distanciamiento de las dos parejas fue transitorio; desaparecieron cuando los árboles comenzaron a mustiarse y el riachuelo a disminuir su caudal porque Tuu, el Procreador, inusitadamente sustituyo las lluvias para transformarlas en mañanas de sol calcinante y un tropel de tortugas migratorias que abandonaban sus huevos hundidos en la arena cálida para perderse en medio del oleaje de uhainar. El pavor que estos hechos les causaban los indujo a agruparse nuevamente y, cuando el Brujo, que permanecía en su gruta la mayor parte del tiempo durmiente junto a Mujer, devorando pilaros en los alrededores, raíces nutricias o copulando, les explicó con sus gestos característicos y ademanes misteriosos que en todo dio se ocultaban presagios funestos, tal vez el castigo de una sequía que ya se sentía venir desde la isla Tugula, recordando a Pirú y a Andamán, Mujer volvió a llorar a gritos, fue en busca de la madre emú y junto a la gruta evocó a Prajapaty:

—Paccha... camaty —musitaba quedamente con fervor, poniendo en la esencia de esta creencia su fe en Pirú y su esperanza de supervivir a la sequía que amenazaba su existencia.

CAPÍTULO V

Con el prestigio que le infundía su cuerpo voluminoso poseído por Tuu, el Progenitor, cada doce lunas, unido al del Brujo que la asediaba para transmitirle su magia a cambio de placer cuando su vientre estaba libre, Mujer con el tiempo conformó como era costumbre en Andamán su matriarcado y se instaló apareada con el Brujo en la Cueva del Viento, de donde desalojó a Inya y a Piedra, a quienes ordenó trasladarse a la sierra, a la llamada Cueva del Brujo. Desde este lugar lleno de vampiros impartía sus mandatos, siempre en cuclillas, mientras entrelazaba hojas de palma y secaba pieles de osito marsupial para las pampanillas de las hembras nacidas de su vientre, a quienes ya sangraba el sexo, o modelaba ollas de barro quemadas en la hoguera para evaporar agua de hacer sal, que a todos gustaba.

—¡ Whine, ihu ahi ma!5 —gruñía, hinchadas las venas del cuello y los ojos desorbitados, amenazando “quemar la nariz con un leño” a los machos que se trenzaran en disputas, repelándose y mordiéndose por comida o por las hembras en celo.

Era la temporada de la luna llena y esto los excitaba, no sólo por el temor a los gritos espesos de Mujer, sino anonadados por las amenazas histéricas del Brujo, que saltaba, escupía al aire y se les acercaba haciéndoles muecas horripilantes.

La Matriarca Mujer sólo se alejaba de su cueva para aislarse con el Brujo cuando estaba en celo. Lo hacían en el acantilado hasta la madrugada, especialmente cuando coincidía con las noches estrelladas, porque podían hablar con Rangui y tratar de comprender el horizonte del cielo, como se lo enseñaba el Brujo con sus dedos huesudos estirados, señalándole cada luz, cada estrella, las cuales terminó por fijar en su mente, incluso cuando se aventuraban al mar en la chalupa que él trajo de Tugula, para regresar en la tarde a la isla cargados de peces.

Pero lo que más sometía al grupo formado por los vástagos nacidos en el vientre de las dos mujeres durante los largos años transcurridos, era la magia aprendida por Mujer, enseñada por el Brujo, quien permanecía siempre a su lado, lascivo y servil. Con este recurso libraba a los infantes de los efectos perniciosos de los malos vientos que venían del mar, cuando se les llenaba la boca de baba espesa, el cuerpo de calenturas y sudores y los ojos de sangre hasta quedar inertes, sin espíritu, pudriéndose como los animales que caían atravesados a flechazos. Bastaba que la Matriarca Mujer se acercara al poseso del mal y evocara a Prajapaty, le hiciera sobos a lo largo del cuerpo y le diera hierbas y orines del

Brujo, para que el paciente se enderezara y reintegrara a sus actividades cotidianas. O como cuando Loro, pendenciero nieto de Mujer, le hizo fracturar la rodilla a Tapén, primera hija de Inya y Piedra. Loro encontró a Tapén comiendo un cangrejo y, con ademán agresivo, se lo arrebató; no contento con ello, la persiguió y, caída en una chamba quejándose de dolor en la rodilla, la violó a pesar de estar sangrando. Inya, enfurecida, trató de vengar a su hija matando a Loro con la pica, pero Mujer, afianzada en su autoridad, insultó a Inya, ayudó a fugarse a Lobo y, para moderar el incidente, sanó a Tapén, Utilizando los poderes maná de la ceniza y el lodo para aplicarle emplastos envueltos en hojas frescas liadas con bejuco, como lo recomendó el Brujo. Aunque coja, la pierna de Tapén sanó.

Naturalmente, con el tiempo esta especie de tiranía se hizo insoportable y condujo a un enfrentamiento entre las dos madres, poseedoras de autoridad en el seno de sus propias proles, aunque Mujer detentaba el matriarcado, reconocido en forma sobrenatural desde el nacimiento de Aire, cuando una ballena mensajera de Tuu lo depositó de un coletazo en su vientre y Mujer lo parió esa misma tarde en la playa. Por eso lo llamó Aire y le enseñó cómo ir a Tugula.

Aunque las relaciones entre las dos hembras mayores, Inya y Mujer, habían venido siendo cordiales, se rompieron cuando las adolescentes de ambas comenzaron a ser asediadas por los machos jóvenes de Mujer. Muchos de ellos de mayor edad que ellas, agrupados en pandillas, llegaban a la Cueva del Brujo a violarlas si estaban solas, alejadas de sus progenitores. Temerosas y tiernas, si los veían aparecer no esperaban y huían hacia la Cueva del Viento para buscar el amparo que les ofrecía el cuerpo voluminoso, la autoridad y el calor maternal que exhalaba la Gran Matriarca Mujer. Mas como, a pesar de todo,

las cosas no resultaban fáciles porque el asedio persistía, Mujer decidió asignarles la antigua Cueva del luego, para aislarlas como se acostumbraba en Andamán cuando comenzaron a sangrar y a brotarles los pechos, antes de la iniciación. Allí quedaban protegidas por el fuego que envió Tawhiri cuando ella llegó a la isla y, como refuerzo, por el Brujo, trasladado desde entonces al lugar con su vástago Aire, de quien éste había recibido poderes maná y eventualmente usaba su piel de lobo.

Separada de sus hembras infantas, Inya se sintió conmovida y solitaria, circunstancia que la indujo a desconocer la autoridad de Mujer y, de paso, a sacudirse la odiosa tutela y persecución del Brujo, a quien, a pesar de sus requiebros y regalos, no podía soportar y dejar de mirar como a un intruso tenebroso.

Aunque Piedra, lascivo por naturaleza, andaba la mayor parte del tiempo disputando a los otros machos las infantas en celo ya iniciadas, nunca pudo abandonar su predilección por Inya y, por ello, la apoyó abiertamente cuando ella dispuso que las hembras venidas de su propio vientre no obedecieran los mandatos de Mujer, debiendo en cambio refugiarse en una especie de colmena o aldea levantada con este propósito cerca de la Cueva del Brujo, en el alto de la sierra donde ellos vivían, aprovechando los albergues de madera y ramas inventados por Lobo y perfeccionados por Barba, hijos de Mujer.

Como era de esperarse, la Matriarca Mujer se opuso. Inya, entonces, aprovechando que el Brujo estaba ausente, acompañada de Piedra fuese a la Cueva del Fuego muy de madrugada y regresó con su grupo de hembras infantas, a las que se unió Estrella, la quinta de las hijas de Mujer, quien solía aparearse con Piedra cuando Inya no estaba en celo o se hallaba poseída por el progenitor del mar. Las instalaron en la

aldea y quedaron pendientes para protegerlas ante cualquier intento de profanación de que pudieran ser objeto.

Enterada Mujer del ultraje, especialmente por el rapto de su hija Estrella, llegó más tarde a recuperarla, respaldada por el Brujo y Aire, quienes regresaron de un misterioso y largo viaje de los que realizaban con frecuencia al interior del mar, para traer plátano y pescado. Venía enfurecida, fatigada por el ascenso de la pendiente, gruñendo y, como estaba en celo, algunos de los machos adolescentes de Inya, que acudieron a apoyarla, captaron su olor, la rodearon y trataron de violarla. El incidente evitó la confrontación entre las dos mujeres, pues el Brujo se abalanzó sobre el grupo esgrimiendo su pica y rugiendo:

—¡Muj... er... mi Mu... jer... mi...!

Y ensartó al mellizo Lobo por las nalgas; su hermana Loba, que estaba entre las cautivas, se le unió y los dos huyeron por el monte, al tiempo que los otros machos se retiraron lentamente, torvos, mirando al Brujo con rencor. Piedra, quien profesaba especial veneración a los mellizos, se enfrentó al Brujo con su pica levantada. Los dos hombres se pararon frente a frente y el Brujo, en forma sorpresiva, lanzó una pedrada que dio en la sien del contendor. Piedra vaciló, dejó caer la pica y para no desplomarse a tierra se recostó sobre el acantilado. Como fiera, Inya recogió la pica y quiso herir al Brujo, pero su hijo Aire se interpuso con un tremendo rodillazo sobre el vientre de Inya, liándose los dos en una lucha rabiosa en que se mordían, arañaban y revolcaban gruñendo. En el intervalo, Piedra reaccionó y dando un grito sordo saltó sobre el Brujo y lo apretó contra su pecho hasta que lo sintió vencido. Lo dejó caer al suelo y lo remató con un trozo de roca que le descargó en el cráneo.

Aire abandonó la lucha con Inya para auxiliar a la Gran

Matriarca Mujer que lloraba a gritos sobre el cuerpo inanimado del Brujo. Entre quejidos y lamentos, halándolo de los pies éste fue arrastrado con dificultad por la pendiente para regresar con él a la Cueva del Viento y enterrarlo bajo la comisa del acantilado, en medio de los alaridos de dolor de sus vástagos, agrupados en círculo, mientras los adolescentes machos de Inya y Piedra, temerosos y excitados, se alejaron en tropel a buscar a las hembras menores que jugaban revolcándose en el lodo y comiendo lombrices. Al verlos venir, asustadas huyeron al monte para no dejarse violar. Enfurecida, Inya recriminó a gritos a Lobo y a Viento que estaban rezagados y envió a unas hembras adultas de las suyas para que los complacieran, ya hundidos en un pequeño promontorio acondicionado sobre la roca, llegaban pasando colgados como micos por el palo tendido tullir una honda grieta que daba al mar.

☆☆☆

Quedaron instituidos así dos clanes rivales. Naturalmente, esta nueva división implicó el deslinde de territorios y el usufructo de recursos y olios elementos de subsistencia como las chalupas para la pesca v las grutas y cuevas para habitación, ya todas agotadas.

Inya y Piedra, con su sede en la Cueva del Brujo, en lo alto de la sierra, sólo disponían de una frágil chalupa de reciente construcción, eran poco expertos en la pesca y, para llegar a la playa, debían cruzar por el territorio de Mujer y el Brujo Aire, el representante de la nueva dinastía. Estos, a su turno, hábiles pescadores y conocedores de los misterios del mar, poseían tres confortables chalupas construidas por Balba, cuyo viejo matriarcado les daba además derechos a lo largo de la playa, con acceso a la meseta en donde aún había canguros y otros animales, entre los que se encontraba la descendencia de la Gran Madre Emú, desaparecida una tarde en el mar. Tanto

para el clan de Inya como para el de Mujer, la situación que afrontaban era cada día más difícil porque la principal fuente de alimentos era el mar y la recolección de recursos internos de la isla se convertía, cada vez más, en motivo de enfrentamientos.

Así aconteció cierto día en que, hallándose ausentes Piedra, Inya y Arbol, se sintieron hambreados. Los infantes mamones estaban inconsolables y los que salieron a cazar sólo hallaron erizos y cacatúas, difíciles de atrapar. Lobo, que vino de la meseta, les dio la solución; sin demora, los hizo armar con sus picas y mazas y los condujo hasta donde dormitaban los emúes, en el pinar, sin el consentimiento de Inya y menospreciando la divinidad que representaban. Los rodearon y, de sorpresa, les hundieron las picas en el buche y les dieron golpes con las mazas en la cabeza, matando a tres, para comenzar a devorarlos en el lugar, mientras el resto del clan venía presuroso a participar del festín, en medio de gran rebatiña. La Madre Emú logró huir con algunos sobrevivientes y se refugió en la Cueva del Viento, en donde se encontraba la Matriarca Mujer descamando una tortuga que casualmente habían encontrado sus predilectas Tana e Himena en la ciénaga del riachuelo. La Madre Emú que, como Aire, también ostentaba la dignidad sagrada de su desaparecida progenitora, venía ensangrentada y dos de sus pequeños nietos heridos.

Mujer, sin sospechar lo acontecido en el pinar, culpó de todo esto a los dingos y, para ahuyentarlos, a la misma hora del día siguiente, decidió que fuese el Brujo Aire con todos sus amuletos y su piel de lobo al mando de sus guerreros adultos, entre los que iban Balba, Padre, Trueno, Pez. y Oso, bien armados para atalayar a los dingos y proteger a los emúes. Escondidos en la maleza poco más tarde vieron llegar a Lobo y su grupo de hembras y machos dispuestos a repetir la hazaña

de la víspera. Comprendiendo su intención, sin vacilar Aire delante de todos y dando saltos y pases mágicos como le había enseñado su padre, seguido de sus guerreros, les cayó encima a los de Inya y se trabaron en desigual combate. Triunfaron los de Aire. Los de Inya, hembras en su mayoría, sin la dirección de Piedra se dieron a la fuga dejando muertos en el campo a una hembra —la pobre Tapén, que no pudo correr por ser coja— y otros dos emúes, entre ellos la sagrada heredera de la desaparecida Gran Madre.

No hubo persecución y los vencidos instintivamente se replegaron a la cueva de la sierra, adonde llegaron de madrugada Piedra y Arbol llevando los restos de Tapén, encontrados en el camino. Fue conmovedor el llanto de las que estaban poseídas cuando los pequeños trataron de comerla, porque estaba fresca. Los machos adultos se la arrebataron y la enterraron cubierta con grandes piedras. Inya, creyendo ver en todo esto el castigo de los Procreadores, consternada y llena de dolor por la forma como se fue el espíritu del cuerpo de Tapén, no pensó en tomar venganza; desde ese momento se conformó con asumir estrecha vigilancia sobre las hembras que estaban poseídas, para evitar que alguna fuese profanada por los adolescentes machos —los más necios y lascivos— y despertaran nuevas iras en Tuu, el Progenitor. Piedra se mantenía aislado, impredecible.

La reacción de Mujer, por lo contrario, vino de la divinidad que representaba para ella la Gran Madre Sagrada Emú. Triste y apesadumbrada a pesar del triunfo, llorando copiosamente, recibió a sus machos que llevaban en hombros ensartados en varas de eucaliptus los cadáveres de los emúes. Habían dejado al acecho de los dingos y los buitres los restos de la pobrecita Tapén, de donde más tarde los recogieron Piedra y Arbol. Por orden de la Matriarca Mujer, la Madre

Sagrada Emú fue enterrada con honores de Gran Tótem en la parte alta de la cueva, al final de la comisa, en el sector rocoso, casi junto al Brujo.

La Matriarca Mujer tampoco asistió a esta ceremonia; las contrariedades le precipitaron síntomas de parto, con lamentos profundos que llenaron de zozobra a Aire. Aunque pronto cesaron, funestos presentimientos comenzaron a atormentar lo más hondo de su espíritu y le arrancaron íntimas evocaciones a Prajapaty.

Esta nueva situación planteaba a los dos clanes dudas inquietantes desde el punto de vista de la supervivencia, pues la leyenda de la Gran Sequía propalada por el viejo Brujo vino de las depredaciones causadas a lo largo de la isla por la prole con que los vientres de las hembras correspondieron a la fecundidad que les concedieron Tuu, el Progenitor, y los otros formadores del mar.

En la medida en que los infantes nacían y crecían como los marsupiales, invadiendo y consumiéndolo todo con voracidad, sus gritos estridentes y sus travesuras, se disminuyeron los racimos de vampiros que colgaban del acantilado y se dificultó la pesca de mujoles en los esteros, se remontaron los casuarios y canguros, temerosos de los dardos con que los espantaban, y se agotaron las cuevas y las grutas, por lo cual Yal, cuando se emancipó con Guara —destrozada días después por la voracidad de los dingos—, fabricó su primer albergue de palos entrelazados amarrados con bejucos y cubiertos con hojas de palma, muchas lunas más tarde, al retomo de las lluvias. Fue el origen de la tala: las palmeras y espinos de la playa, las araucarias de la meseta y las altas varas de eucaliptus que servían de espacio a centenares de pájaros y familias de koalas, comenzaron a caer derribados por las quemas de sus raíces y las hachas de pedernal.

Inya y Piedra por todo esto comprendían que en adelante su clan se vería aislado porque la Matriarca Mujer y Aire no les permitirían regresar a la meseta ni a la playa; esta circunstancia les señalaba dos caminos: lanzarse a luchar por alimentos y espacios en el interior de la isla, invadiendo el territorio de la Matriarca Mujer y Aire, corriendo el riesgo de comerse los unos a los otros, o buscar una salida al mar, en donde los recursos abundaban.

La decisión surgió de la misma necesidad; bajo la protección de Tawhiri, el Hijo de las Tormentas, Inya y Piedra avanzaron con toda su prole por entre los arbustos y montes de casuarinas y pinos, para establecer su salida al mar. Cruzaron las cabeceras del riachuelo en donde encontraron la fuente de agua dulce para abastecerse y descendieron la pendiente hasta descubrir una playa estrecha, apropiada para fondear la vieja barca de pescar, la cual solían dejar en un recodo de la ensenada, en territorio de la Matriarca Mujer y de Aire.

Formado el sendero, esa misma noche, saltando rocas y evadiendo baches, Piedra cruzó silencioso y solo el territorio de Mujer y, como esperaba, encontró la barca balanceándose amarrada con bejucos de una palma cocotera. Bordeando la costa, sin contratiempos, de madrugada llegó batiendo las pagayas a la nueva playa. Los de Mujer no advirtieron la maniobra, atentos al estado deplorable en que se hallaba la Matriarca, cada vez más grave.

Aunque el uso de esta barca resolvió momentáneamente el problema de alimentos para los de Inya, flotaba en el ambiente la expectativa de una nueva hambruna, por lo cual fue preciso acudir a toda suerte de recursos.

La necesidad estimula la creatividad y esta especie de impulso o energía los llevó a pensar en construir más chalupas

y extenderse; extenderse explorando y ocupando nuevas tierras para eludir la muerte, algo así como viajando a Tugula, la isla vecina de donde vino el viejo Brujo, como éste lo propuso años atrás, en los tiempos de la Gran Sequía, cuando aún no habían nacido tantas hembras.

Mas, de nuevo, los detuvo la dificultad: el manglar, la madera para construir las chalupas, que crecía formando un bosque marino contiguo a la ensenada y lindaba con el territorio de la Matriarca Mujer y el Brujo Aire, imposible de explorar por este costado.

Corno en la ocasión pasada, fue preciso posponer el proyecto porque las cosas empeoraron con el advenimiento de la nueva luna; con ronzaron a parir las jóvenes poseídas por Tuu, el Progenitor, las que habitaban la cueva de la sierra, lo cual vino a crear la necesidad de levantar más refugios de los ideados por Pez para ampliar la aldea y buscar más alimentos, porque los que proporcionaba el riachuelo estaban desapareciendo a causa de la depredación de sus cabeceras.

En la medida en que fueron sanando estas hembras y necesitaron albergues propios, para todo aquello recurrieron a las más diversas ubicaciones. Al tiempo que los de Inya comenzaron a derribar araucarias y bejucos del bosque vecino y, amparados por la noche, se aventuraron hasta la meseta para hurtar a la Matriarca Mujer eucaliptus tiernos y arrastrarlos hasta la cima de la sierra, Piedra, jefe de los guerreros, encabezaba un grupo de éstos para salir a buscar comida. Aunque este procedimiento solía ser efectivo, los pocos animales para la caza se remontaban más y, por su velocidad, no servían ni dardos ni flechas.

Recordando entonces el Gran Trueno —adolescente nieto de Mujer, emancipado para aparearse con Himena— que su vieja Matriarca, cuando quería un animal del monte, calcaba

en el muro de la Cueva del Viento con el filo del pedernal la imagen del animal que apetecía, el cual quedaba allí atrapado como la sombra de su mano proyectada por la hoguera, pensó en imitarla con un enorme casuario que venía persiguiendo desde días atrás, sin poderlo matar. Regresó malhumorado a la cueva y, como había heredado de su abuelo el Brujo el temperamento lascivo, después de poseer a Inya que estaba en celo, tomó su raspador de pedernal y grabó en el muro la figura del casuario. Al día siguiente encontró al casuario al ir al mar y lo hirió lanzándole la pica de frente sobre el buche. Entusiasmado por el éxito obtenido, tomó la cresta, la secó al sol y la frotó sobre el grabado para transmitirle su maná, llevándola desde entonces colgada unida a un bejuco, como lo hacía el Brujo Aire, de quien había aprendido muchas cosas.

Nada de esto sirvió a Trueno días después, cuando regresó a la meseta apareado con otra de las hembras de Inya y cuatro de sus compañeras para ayudarles a hurtar más eucaliptus y construir más albergues. Dejando en el suelo a los hijos mamones de ellas, traídos a horcajadas, estaban machacando con los pedernales las raíces de las plantas para derribarlas, cuando fueron sorprendidos por una turba de machos de la Matriarca Mujer encabezados por el Brujo Aire, que venían portando tizones encendidos y picas, en medio de gran algazara. En el choque cayó heroicamente Trueno defendiendo a las hembras que venían con él, mientras éstas recogían a los hijos que lloraban a gritos y se escabullían por la espesura.

A Trueno lo enterraron con honores de Gran Guerrero y, sobre su tumba, en la cima de la sierra, cavaron una roca alta en el lugar donde se supuso que vendría Tuu, el Progenitor, a llevar su espíritu. Desde entonces las mujeres subían hasta la cima del Trueno, cuando sentían los primeros síntomas de

parto, para invocar buena suerte, encomendándose a él.

☆☆☆

La Matriarca Mujer, quien venía participando tan abiertamente en todos estos conflictos, tampoco pudo sustraerse a los efectos negativos que emanaban. Digiérase que un sino de fatalidad la poseía.

Su estado, más delicado cada día, después de los dolores que sintió a raíz de la matanza aleve de los emúes, de súbito empeoró y trató de escalar la pendiente de la sierra para llegar a la piedra de Trueno. No lo logró, porque expulsó una criatura deforme, inanimada y sin espíritu, de color oscuro, igual al del viejo Brujo—como si Tuu, el Progenitor, le hubiese impedido integrarla al clan—, seguida de una hemorragia que la dejó ensangrentada y sucia, tendida junto a la hoguera que ardía contigua a la Cueva del Viento, con las mejillas sumidas y terrosas, la quijada sobre los pechos llenos de calostro y los ojos desorbitados e inmóviles, mirando al mar.

El Brujo Aire, con su capa de lobo saltaba y gruñía, lloraba y con gestos grotescos evocaba el espíritu de su progenitor, sin dejar de escupir gruesos buches de hierbas masticadas, haciendo pases y caricias por todo el cuerpo desnudo y voluminoso de Mujer con su pezuña colgada al cuello.

Nadie pensó en rebanar alguna presa de su cuerpo rollizo para mitigar el hambre, cada día más aguda; por respeto a su alto rango, los machos del clan cavaron una sepultura en la comisa, contigua a la de la Madre Sagrada Emú, la arrastraron de los pies y, unida a sus enseres, la taparon con pedazos de roca, encomendando su espíritu a Tañe y a Tawhiri, los Poderosos del Mar.

El gobierno del clan, como legado de la Gran Matriarca,

fue sustituido por Estrella, intrépida y tenaz, la menor de todas las hijas, recientemente apareada con Aire, aunque en materia de consejos se inclinaba más a la hechicería que le enseñó el viejo Brujo, compañero de su madre. Inya y Piedra se mantuvieron silenciosos y, al cabo, Inya irrumpió en un llanto convulsivo, conmovedor.

☆☆☆

A pesar de todo, a partir de estos adversos acontecimientos las cosas en la isla parecieron tomarse especialmente dramáticas y difíciles para Inya y su clan, amedrentados por las amenazas de la nueva Matriarca, quien no cesaba de acusarla por la muerte de Mujer, por la nueva hambruna y, sobre todo, por el asesinato de la Madre Sagrada Emú.

Es posible además que, como el espíritu de Mujer aún navegaba por la isla persiguiendo a Inya y a Piedra, estuviese asociado a la madre emú y, la hambruna en aumento dramático, fuese provocada por ella. Surgieron indicios para reforzar esta aseveración, como la ferocidad inusual de los dingos para asolar la sierra, no sólo matando los pocos canguros y casuarios que aún quedaban sino atemorizando a los infantes del clan de Inya que deambulaban por los alrededores hambrientos y, para alimentarse, se veían obligados a conformarse con las raíces de cunare y los pocos peces que lograban atrapar, navegando la barca.

Tan sólo les quedó el consuelo de implorar a Prajapaty, reunidos todos con las hembras refugiadas, en el albergue de las poseídas por Tuu, el Progenitor. Esta espiritual concepción había llegado a ser tan evidente y consoladora, que se hizo ceremonia cotidiana unida a una especie de danza para darle más fervor, a la hora de ponerse el sol, saltando alrededor de la hoguera:

—Pac... cha... camaty... — era el clamor jadeante del conjunto de rostros cobrizos y fosforescentes, con semblantes de horror, que terminaban dando saltos histéricos y lamentos desolados hasta caer rendidos, agotados.

Es seguro que estos ruegos fueron escuchados, porque Canoa, quien venía promoviendo una disidencia en el seno del clan de la desventurada Mujer a raíz de su muerte, aportó una idea novedosa; propuso a Inya tomar la barca y, dirigidos por Arbol y, especialmente, Piedra, salir a explorar los contornos de la isla, en pos de un nuevo manglar que les proporcionara la madera adecuada para construir una flotilla de chalupas y canoas de pescar, pues sólo ellos —conocedores de la navegación hacia el interior del mar— estaban en condiciones de llevar adelante la aventura.

La temporada era propicia, el mar sereno y, a la hora en que partieron, la resaca se extendía y regresaba suavemente como acariciando a Inya. Pasaron rasantes por un alto peñasco que emergía de las aguas para formar el promontorio de la sierra y, después de un trecho de filudos arrecifes que daban al bosque en la parte oculta de la isla, fondearon en un angosto arenal, en donde terminaba el estero por el lado opuesto de la playa del clan de la Matriarca Estrella.

El arenal era el remate sobre el mar de un frondoso palmar que se unía hacia el interior de una montañuela de araucarias y eucaliptus, densa e impenetrable. Para alimentarse, allí encontraron hongos, ñame y camarones y, de paso, cogieron en un nido a cuatro pequeños cachorros de dingo para engordar, que acomodaron en una especie de jaula de estacas, clavadas junto a la roca.

Comenzaron el trabajo al amanecer del día siguiente aprisionando fuego del aire, encendiendo la hoguera y

seleccionando los mangles apropiados para la labor, con raíces altas y retorcidas que facilitaran la quema y el desplome del árbol sobre el arenal, mientras Piedra regresaba a la playa de la sierra en la barca para transportar a todos los machos que encontrara con capacidad de trabajar. En pocos viajes lo consiguió, uniendo a Lagarto, Balba y Rayo, los más fornidos de los emancipados disidentes del clan de la Matriarca Estrella. También Arbol organizó un plan de pesca para alimentarse.

La primera chalupa fue terminada cuando Llama parió un machito rollizo que se llamó Pirú Fuego, junto a la cima del Trueno, adonde fueron a acompañarla Piedra y la Matriarca de su clan, la indomable Inya. Pirú Fuego vino a ser el quinto de esta dinastía, destinado por Tuu, el Progenitor, y Tañe, el Poderoso, para las grandes cosas que acaecerían en el mar.

☆☆☆

CAPÍTULO VI

Todos estos hechos habían venido siendo observados por la nueva Matriarca Estrella y por Aire desde lo alto de la Cueva del Viento. Inicialmente ellos no entendían lo que Inya y Piedra buscaban, pendientes de su venganza; mas, días después, bajando al estero por peces, vieron una nube de humo que se levantaba entre el manglar. Como el verano aún no había consumido el agua del estero, el Brujo Aire se lanzó a nado y, avanzando con sigilo, se acercó. Escondido entre las algas de la orilla, divisó los troncos de los árboles derribados para Canoa, Lagarto y Balba, parte de uno de los cuales estaba sumergida del lado del estero, fácil de empujar hacia el agua y, algunos otros, tendidos en la arena que daba al mar, estaban siendo vaciados con fuego por Balba, Lobo, Canoa, Piedra y un grupo de adolescentes traídos para ayudar. En el fondo del bosque, colgados de unas ramas de eucaliptus, había dos cuartos de cadera y tajadas de carne de un infante que se ahogó en la última travesía, puestos a secar. Himena, otra nieta de

Inya, entre las rocas tenía una fogata para hervir y extractar agua marina de hacer sal.

Evocando con una especie de nostalgia la antigua chalupa del viejo Brujo en donde él aprendió a navegar, podrida entre los arrecifes, Aire pensó en la hambruna y en la necesidad de imitarlos construyendo ellos también sus propias chalupas, acaso la única esperanza para huir a Tuamotú o salir a pescar.

El joven Brujo Aire miró alrededor del recodo donde se encontraba y evaluó la madera de que pudiera disponer para construir chalupas; mas, como advirtió que los pocos mangles que emergían del agua eran plantas con raíces ramosas que se descubrían sólo cuando bajaba la marea y era imposible derribar con fuego, regresó a la cueva con Estrella.

Desde este lugar las cosas resultaron más difíciles y optaron por ir a la meseta donde verdeaba el bosque. Pero en la meseta sólo había eucaliptus corpulentos y añosos, de madera dura y pesada, impropia para construir canoas.

La decisión a la postre fue la de usurpar el tronco que estaba semi-sumergido hacia el estero, para hacer creer a los de Inya que había sido arrastrado por la corriente de la marea. Reunieron a la gente disponible del clan y, nadando en silencio como ranas, se trasladaron al estero. Rodearon el tronco y, empujándolo, lo deslizaron por la superficie del agua hasta llevarlo a la playa, en donde lo ocultaron en un remanso, junto al palmar de espinos.

Ganado el tiempo que habrían gastado para derribar el árbol, bajo la experta dirección del Brujo Aire y la fogosidad de la Matriarca Estrella en relativamente pocas lunas vaciaron el tronco y modelaron la nave. Para ensayarla, la llevaron al estero y, después de dura brega, aunque era pequeña, le

acondicionaron flotadores. Pudieron pescar y consiguieron algunos mujoles. La Matriarca Estrella la destinó para Padre, buen pescador.

Este éxito los indujo a pensar en repetir la hazaña, apropiándose de una chalupa de las que ya se encontrasen construidas. Como toda determinación primaria, fue impulsiva, fruto y consecuencia de los imponderables.

Pasado el mediodía, la Matriarca Estrella y el Brujo Aire ataviado con su piel de lobo, se embarcaron en la chalupa de Padre y, para maniobrarla con facilidad, le retiraron los flotadores y la impulsaron con pagayas. Al fin y al cabo el trayecto iba bordeando la costa. Tomaron rumbo hacia donde muere el sol y, ya declinada la tarde, llegaron al arrecife del arenal que daba al estero. Aunque no vieron a nadie, sino el humo del fuego que hendía un gran tronco de los que estaban tendidos, observaron una amplia chalupa con flotadores situada a la orilla de un angosto atracadero, lista para botarla al mar. Sin vacilar se le acercaron y se aprestaban a empujarla, cuando fueron atacados por los hombres de Inya salidos del espeso palmar del frente, en donde se escondieron cuando los vieron llegar. Estrella y Aire corrieron a tomar su chalupa, pero una pica lanzada por Balba atravesó a Estrella por la espalda y la dejó tendida. Aire quiso perderse en el manglar y se enredó en la piel de lobo. Fue también interceptado y dominado a viva fuerza por Piedra. Respirando con fatiga, no opuso resistencia cuando fue amarrado de una palmera enmarcada en medio de dos rocas, con tiras de su piel de lobo desgarradas con raspador.

Aquella noche el Brujo Aire, espantado por la expectativa de que con su cuerpo fuesen a hacer lo mismo, vio cómo tomaban a Estrella, la descuartizaban y atravesaban sus miembros con varas para cocinarlos en la hoguera. El rito fue

fantástico, devorando la carne y saltando alrededor de la llama, cuyas sombras alargadas se fundían en la resaca del mar.

Cuando llegaron Inya y Llama con el infante Pirú Fuego aún de brazos, traídos por Arbol en la chalupa, gesticulando y emitiendo gruñidos de furor, se colocaron junto a Aire. Con ellos, prácticamente todo el clan de la sierra, desesperado por no hallar alimentos, se había trasladado al arenal en donde encontró lo que apetecía: pesca con las chalupas ya construidas. Inya ordenó que soltaran al Brujo para comunicarse con él. Temblando de pavor, con la imagen de lo acontecido a Fuego en la noche anterior, el pobre hombre sólo atinaba a indicarles con gestos que tenía hambre y a señalarles el mar, hacia el lado de la ruta por donde el Brujo, su padre, lo llevó a Tugula, en la infancia.

—¡Tuuu... guuu... laaa..!—, murmuraba Aire perturbado por el miedo.

Se golpeaba el pecho con una mano y, con la otra tocándose la boca, señalaba alternativamente hacia el mismo lugar:

—¡Tuuu... guuu... laaa..! ¡Tuuu... guuu... laaa..!

Súbitamente saltó a la chalupa que estaba a la orilla del atracadero, la golpeó con el puño y volvió a señalar el mar, llorando a gritos y gesticulando. Inya intuyó lo que quería expresar el Brujo Aire: vivo era para ellos más útil si los conducía a Tugula, que destruido y devorado para alimentarse.

☆☆☆

Las noticias que traían del arenal quienes llegaban del otro lado de la isla, los llenaban de alarma. La hambruna hacía estragos entre la población del clan de las fallecidas Mujer y su desventurada nieta Estrella, cuyos vástagos, especialmente los

infantes y adolescentes, mientras las madres deambulaban rebuscando comida sin abandonar a sus hijos mamones —siempre adheridos a sus pechos, como sanguijuelas—, se dispersaban en pandillas por los pantanos y recodos escarbando y engullendo lombrices, bichos y cunare, temerosos de los pocos dingos que aún se aventuraban hasta la meseta, transformados en fieras hambreadas. Con la pérdida de su Matriarca y del viejo Brujo, se sentían desorientados y condenados al desastre. Sólo el viejo Padre aún navegaba la chalupa que fondearon frente al estero ya menguado, recogiendo los mujoles que no huyeron al asedio de los adolescentes cuando se zambullían para aliviar la rasquiña que les causaba la peste, dejándolos inertes a la orilla de los lodazales.

En cambio los de Inya, aunque el arenal en donde se hallaban refugiados era un espacio estrecho, disfrutaban de los recursos del mar y por ello se sentían instados a trabajar con frenesí construyendo nuevas embarcaciones y saliendo a pescar. Esta ingente labor, siendo la síntesis de su creatividad, se convirtió en expectativa, especialmente desde cuando aprehendieron al Brujo Aire.

Nadie podrá determinar a ciencia cierta por qué y cuándo partieron hacia Tugula. ¿La hambruna y el temor a la violencia que surgió entre los dos clanes? ¿O el impulso natural del ser humano hacia lo desconocido, no suscitado por los grandes interrogantes científicos de hoy en día, sino por la conquista pragmática de nuevos espacios, estimulados por la necesidad y el embrujo que Aire les transmitió?

Lo único que tenemos en claro es que fue la consecuencia inmediata a la terminación de la chalupa de Piedra, la última de las catorce construidas.

Tampoco se detuvieron a reflexionar en peligros; aún no

existía esta concepción en su cultura. Provistos de algunos alimentos y armas (cocos, camote, hongos, koalas vivos, picas, conchas de tortuga y raspadores), se entregaron a la voluntad de los Poderosos del Mar y del Cielo, Rangui y Paapa, y partieron de madrugada con el reflujo, para dejarse llevar al impulso de las olas.

Iban conducidas: por el Brujo Aire la de la Matriarca Inya —poseída por Tuu, el Progenitor, lunas atrás—, con Llama y su pequeño infante Pirú Fuego, para quienes aquél se mostraba servil; las otras, por los machos mayores como Piedra —apareado con Tana—, Padre, Barba, Pez, Oso, Arbol y Balba, llevando cada cual dos hembras, preferiblemente las paridas con sus infantes entre los brazos y las que estuviesen poseídas, como Ola, Muslo, Hura e Himena. Las que no cupieron o quedaron esperando en las cuevas de la aldea, nadie pensó en ellas.

Navegando silencioso y atento a su chalupa, siempre misterioso y pendiente de Llama y de Inya, el Brujo Aire adelante, siguiendo las instrucciones recibidas de su padre cuando lo llevó consigo, mantenía el rumbo hacia el nacimiento del sol que a esa hora iniciaba su despliegue de luz detrás del mar, para extender paulatinamente en su superficie tonalidades violáceas y ambarinas sobre las que se deslizaba la flotilla como hojas brillantes, de cuyos perfiles sobresalían las cabezas de sus ocupantes, animadas por el impulso acompasado de sus pagayas. Al Brujo Aire lo seguía Balba con Hura y después Arbol apareado con Himena. Aunque descansaban la mayor parte del tiempo, a esa hora remaban para evitar dispersarse hacia un horizonte brumoso, que no los inquietaba con nostalgia u otro sentimiento relacionado con lo que dejaban atrás, sino que les causaba un leve temor por la sombra que comenzaba a ocultarlo y minimizarlo en la medida

de la distancia, hasta que se fundió entre los lejanos nubarrones, donde moraba Tawhiri.

La presencia de Ave, Hura y las otras hembras poseídas por Tuu, el Progenitor, los amparaba cuando se sintieron balanceados al impulso de la brisa que soplaba de barlovento. Al quinto día habían agotado casi todos los alimentos y el hambre comenzaba a asediarlos. Hubo retrasados y otros desaparecieron bajo la borda de sus chalupas, a algunos de los cuales se les rompieron los bejucos de amane y los flotadores se les desintegraron, prácticamente quedando al garete.

Entrada la noche, de una de las chalupas se escaparon lamentos; era Hura pariendo. Fue desventurada porque Tuu, el Procreador del Mar, quiso que amaneciera inmóvil, fría como su tatarabuela Mujer, con la. cabeza babosa de una criatura estrangulada en el sexo, cuyo cuerpo, sin expulsar, le inflaba desmesuradamente el vientre. Tendida en el fondo de la nave, estaba sin espíritu.

Durante la tarde siguiente el sol se hizo sofocante y los niños se mostraron decaídos. El infante Pirú Fuego lloraba sin cesar y Llama lo acariciaba y amamantaba angustiada. Como no lo pudo calmar, lo tendió en el fondo de la nave y, ayudada por Inya que tenía síntomas de parto, le dio el pezón haciéndole sombra con el torso asentado en las manos. Logró dormirlo sacrificando el koala para untarle su sangre entre los labios.

Como el cielo se oscurecía y la brisa comenzó a soplar con fuerza, retornaron las inquietudes. El mar se picó y cayó una llovizna menuda que, aumentando a intervalos, les rociaba el rostro y formaba depósitos de agua en el piso de las chalupas. Aunque lograron beber algunos sorbos, debieron afianzarse en la borda para resistir los embates de las olas que terminaron zarandeándolos en todas direcciones, destrozando los flotadores de algunas cuando las encaramaban sobre su

espinazo, haciéndolas escorar peligrosamente. La tormenta no arreció más, pero los relámpagos y truenos unidos al zumbido del viento enviados por Tawhiri, los mantuvieron atemorizados. Sólo la imagen serena del Brujo Aire, llevando el rumbo con sus pagayas, les inspiraba confianza. Algunas hicieron mucha agua y fue preciso aliviarlas con las manos; durante esta penosa labor la hijita de Muslo cayó al mar y ella se lanzó atrás. Posiblemente Tuu, su Progenitor, decidió llevarlas consigo.

La tormenta amainó, aunque el mar siguió agitado durante dos días más. La oscuridad y el murmullo de las olas aislaban las chalupas y sólo había expectativa y pavor en todas ellas. Muchos otros cayeron al mar y nada se volvió a saber de ellos.

Regresó la luz en una nueva alborada, radiante y cálida; reaparecieron entonces las chalupas que quedaban y, dispersos, restos de flotadores. Dos de ellas vacías sobreaguaban. Comenzaron a moverse suavemente las pagayas y la flotilla a reagruparse. El fuerte viento de sotavento los impulsaba y balanceaba en el lomo de las olas, cuando el Brujo Aire irguió su cuerpo delgado y seco en la proa de la chalupa y, los brazos en alto, comenzó a emitir su familiar alarido, con gestos de alegría:

—¡Tuu... guuu... la...! ¡Tuuu... guuu... laaa...!

Piedra despertó del letargo en que Se hallaba. Viendo la tierra al trente como un fantasma, tomó del brazo a Himenay, emocionado, comenzó a gritar también:

—¡Tuuu... guuulaaa!

La nueva isla, formando parte de un archipiélago, aparentemente solitaria, se levantaba en el horizonte; una sombra imponente que emergía del azul marino y de la bruma lejana en la medida en que el verde llenaba su perfil, precedido

por el ocre terroso de los arrecifes que la resguardaban.

—¡Tuuuguuulaaa! ¡Tuuuguuulaaa!

El primero en pasar por un cayo rocoso, formado junto a una barrera coralina llena de islotes y profundas ensenadas, fue el Brujo Aire. Batiendo suavemente las pagayas, bordeó la costa interior de una de las bahías que formaba el mar y atracó lanzando su chalupa sobre la arena blanca de la playa, cubierta por millares de tortugas marinas. Ayudado por Inya empujaron la chalupa hasta lugar seguro y, mostrándose vigoroso a pesar de las penurias, bajó a Llama y a su hijo apegado al pecho, visiblemente débiles. Inya, casi arrastrándose, les trajo cocos y tortuguillas.

En el mar aún navegaban Arbol, Balba y dos chalupas más, cerca del cayo. Piedra venía retrasado.

—¡Koren Kallán! —, gritó Tana mostrando a Piedra aletas de una “manada de tiburones” que surcaba la superficie del agua.

Los animales rodearon la chalupa, y Tana, impulsiva, tomó la pica de Piedra y de un golpe mató a uno pequeño. La manada, excitada por la sangre, rodeó la chalupa y, cuando Tana e Himena trataron de subir al animal muerto por la borda, la chalupa escoró bruscamente. Tana dio un grito de angustia y desapareció en medio de un remolino de aguas ensangrentadas. Piedra logró enderezar la embarcación y, asediado por los tiburones, pasó el cayo y llegó a la playa.

CAPÍTULO VII

De esta triste aventura, como siempre aconteció por aquellos tiempos tenebrosos, sólo doce emigrantes sobrevivieron: el Brujo Aire, quien terminó apareado con Llama; la Matriarca Inya, con su vientre poseído; Pirú Fuego, que ya gateaba; Arbol, Ave, Balba, Piedra e Himea, el viejo Padre y Pez.

En Tugula la comida abundaba —había tortugas marinas en la playa, pescado y crustáceos en la ensenada, ñame, hongos, palmas cocoleras y plátano silvestre— y no tuvieron dificultad para alimentarse, hasta quedar tendidos durmiendo sobre la arena, cerca de una vertiente de aguas sulfurosas y, distante, coronando la serranía que separaba el territorio, una loma muy alta y extraña en cuya cima se formaba una fumarola de gases blanquecinos que se fundían con las nubes. La bahía era regular y en el costado opuesto se observaba un claro en la selva, de donde surgía un humillo blanco en espiral, la pequeña aldea donde vivió el viejo Brujo en otros tiempos.

Durante los días siguientes, restablecidos por la comida y el sueño y explorados los alrededores, Inya dispuso tomar fuego del aire para encender la llama de la hoguera, misión asignada al Brujo Aire y a Llama. Entre tanto, el resto se dispersó, unos para reacondicionar sus chalupas y otros para internarse en el monte y buscar animales de caza; iban provistos de picas. De las chalupas quedaban solamente cuatro, con los bejucos de los flotadores destrozados, por lo cual fue necesario recorrer las orillas de la selva para recolectar el material indispensable en su reparación.

Todo resultaba satisfactorio y el ánimo del grupo se sentía estimulado para explorar el interior de la isla y viajar a la aldea. Pero antes, encendida la hoguera junto a las palmeras en donde proliferaban los Heléchos gigantes, como obedeciendo a

un sentimiento de conjunto se agruparon ante la llama y, con hondo recogimiento, evocaron el espíritu de los desaparecidos en el mar, posiblemente llevados por Tawhiri y Rangui a sus reinos del Aire y de las Tempestades. Mas, fiel a la tradición que conservaba desde los tiempos de Andamán y de su abuelo Pirú, la Matriarca clamó con un grito desolado y profundo:

—¡ Pachacamaty...! ¡ Pachacamaty...!

Venturosos transcurrieron otros días y se preparaban para marchar al interior, cuando los sorprendió una fuerte explosión seguida del estremecimiento del suelo y un balanceo como el del mar, que los llenó de pánico y los hizo correr hacia donde estaban las chalupas.

Era la cima de la loma de la fumarola que en una sucesión de estallidos lanzó gigantesca columna de humo oscuro y terroso, con fuego en la base y enormes piedras envueltas en llamas, caídas a su alrededor, para rodar con la lava por las pendientes, desintegrándose en trozos que volaban en todas direcciones. La erupción cesó sin mayores consecuencias, pero comenzaron a llover fragmentos de roca liviana, en medio de una bruma espesa de cenizas que en poco tiempo invadió todo y lo cubrió de polvo gris y hediondo.

Presas del pánico, mientras empujaban alborotadamente las chalupas, clamaron:

—¡Goorin makka...! ¡Goorin makka...! (¡Fuego Montaña!)

Nuevamente se refugiaron en el mar, alejándose de la costa a golpes de pagaya. Porque el mar era su obsesión de vida e inconscientes ante el peligro no se esforzaron por regresar y obedecer los clamores del Brujo Aire parado en su chalupa. Morir y nunca más volver, abandonar y cambiar, mas no recuperar, fue siempre la consigna que puso la naturaleza en

el espíritu de los primeros humanos que poblaron su mundo, pues eran imponderables los recursos con que Dios los dotó.

Menospreciaron a Aire y se entregaron por ello como siempre a la ruta que les señalaban el Sol y la Luna. Navegaron el resto del día, la noche y la mañana del siguiente entre cayos e islotes que formaban esteros profundos y, cuando el segundo sol declinaba, se acercaron a otra pequeña isla, hacia el oriente de Tugula, surcada de arrecifes y una pequeña playa de arenas oscuras.

Acogieron un refugio protegido del oleaje por una especie de huía coralina, un atracadero natural que daba a un bosque de helechos arbóreos y palmas cocoleras, al término del cual se despejaba una planada cubierta de vegetación frondosa y alegre, con un pozo o laguneta de agua dulce. A su paso, bandadas de palomas inemlaraces y murciélagos se levantaban revoloteando por los contornos.

Balba e Himena tropezaron con un cerdo salvaje y entre chillidos y gritos guturales lo rodearon y mataron lanzándole las picas. Todos se precipitaron sobre el animal para despedazarlo con los raspadores a ingerirlo vorazmente. Sentados entre hojarascas y Heléchos, quejaron ensangrentados cascando huesos, para terminar dormidos, acurrucados como siempre uno sobre el otro, roncando entre millares de ruidos y el murmullo del mar.

Iniciaba su ascenso cotidiano un sol desconsideradamente ardiente que agobiaba los cogollos de los helechales y bajaba el copete a los papagayos que buscaban la sombra en la hojarasca, cuando los despertó un grito desolado, un lamento de dolor venido de los lados del atracadero, en donde dejaron las chalupas amarradas con bejucos la noche anterior. Era Ave expulsando un niño en el interior de la chalupa del Brujo Aire buscada para albergue. Todos llegaron

en tropel y, al ver a la criatura llorando mientras Ave se esforzaba por triturar con los dientes el cordón umbilical, repetían señalando las alas de las bandadas de murciélagos que revoloteaban espantados:

—Varú... Varú...

Lo tomaron como buen presagio, pues las alas de los murciélagos siempre precedieron los grandes acontecimientos en sus vidas. Por otra parte, surgió un interrogante: si Tuu, el Progenitor, disponía acrecentar el grupo de Inya con un nuevo infante, ¿era signo de que debían asentarse en esa nueva tierra o seguir adelante? La respuesta vino de la propia Inya, la Matriarca, dos días después, pariendo también su varoncito, fuerte y rollizo.

Lo primero que decidieron fue tomar el fuego del aire; como en la ocasión anterior, lo encomendaron al Brujo, complacido de haber recuperado su poder. Después, se dispersaron para explorar la isla y buscar alimentos, unos en chalupas bordeando sus contornos y otros por tierra. Inya y Ave, instaladas en las chalupas de Balba y Arbol quienes tenían problemas en los flotadores, y Aire con Llama, se quedaron esperando y manteniendo viva la hoguera con el fuego que aprisionaron en un estrecho promontorio contiguo al atracadero, junto al helechal que proyectaban destrozar para convertirlo en albergue futuro. El humo de la hoguera los guiaría para el regreso.

Los de las chalupas lo hicieron al anochecer de ese mismo día trayendo peces tomados con las picas, mientras los de tierra, encabezados por Piedra y Balba, tropezaron con una rudimentaria aldea que daba al mar, frente a un playón levantado en el monte sobre palustres, techada con hojas de palma, contigua a una laguneta de agua dulce.

Ocultos entre los Heléchos, se detuvieron a observar a los habitantes: eran rollizos y fuertes, de color moreno y cabello rojizo, con el cuerpo cubierto de tatuajes y en las caderas envueltas bambalinas de pandanus entretejidas. Llevaban como armas hachas de pedernal con cabos de madera y para pescar pequeños garfios de hueso engastados en largas varas. Recorrían el lugar muchos perros gordos que se acercaban para recibir alimentos arrojados por mujeres en cuclillas, que cocinaban sobre fogatas trozos de carne y pescado, engarzados en palos con forma de garabato.

El grupo abandonó el sitio de observación para rastrear a una pareja de aquellos animales que andaba en celo, paseando de un lugar a otro, el macho con la acuciosidad propia de la misión de perpetuarse. Balba, quien iba adelante, dejó escapar un sonoro gruñido de alarma porque los descubrió copulando entre los matorrales. Todos se detuvieron. Con la maza en alto, Balba se acercó sigiloso y, de sorpresa, descargó dos certeros golpes sobre los indefensos animales, sin darles tiempo para emitir chillidos de auxilio.

Ayudados con las picas y un raspador que llevaba Himena, desgarraron parte de uno de los perros y la repartieron. Saciada en algo el hambre, Piedra y Balba se separaron para seguir un sendero que los llevó al playón, en donde encontraron escondidas bajo el palmar varias embarcaciones pequeñas. Empujaron una canoa que llevaba en la proa un murciélago grabado y emprendieron el regreso bordeando la isla, impulsados con las pagayas.

Malos vientos trajeron a los del atracadero las noticias de lo acontecido, pues aquella misma noche la hija de Ave, desde cuando la madre le regurgitó en la boca carne del perro de la que trajeron los de la excursión por falta de leche en sus senos, vomitó y le vino una diarrea verde y hedionda. Comenzó

a adelgazar y quedó en huesos, sin mollera ni ánimo de llorar. En la tarde ya estaba fría e inmóvil y no recuperaba las fuerzas ni con los alaridos desesperados de Ave llamándola para que no se fuera. Debieron llevarla todos tristes al mar en la chalupa traída por Piedra y Balba para devolver su cuerpo a Tuu, el Progenitor, como consuelo postrero.

Aire opinó que todo esto era consecuencia del tabú de la chalupa robada. Sin embargo, más tarde pasó rozando a Inya un enorme murciélago marino, para luego perderse en el helechal. En cierta forma, este hecho vino a tranquilizarlos momentáneamente.

☆☆☆

Sí. Fueron ciertos los presentimientos y malas predicciones del Brujo Aire. Ave siguió llorando inconsolable, repelándose y revolcándose. Inya la miraba con languidez mientras daba de mamar a su pequeño infante, sentada en una piedra. De súbito exclamó:

—¡Kutea tama..! (Yo ver hombre) —y haciendo gestos señalaba al monte, al tiempo que se colocaba a horcajadas sobre la cintura al infante y se paraba en una piedra para observar mejor a varios hombres escondidos bajo el follaje, armados con dardos y mazas.

Todos se sobresaltaron; era un grupo de nativos cobrizos y tatuados que los venía observando desde las sombras del helechal, parecidos a los que vieron la víspera en la aldea, en actitud hostil. Navegaban por el lugar y al reconocer su canoa perdida fondeada por Piedra en el atracadero, desembarcaron sigilosos y astutos, dejando sus naves escondidas entre los arrecifes. Inya, en su calidad de Matriarca, y Piedra como jefe guerrero, sin pensar en otra alternativa decidieron que era necesario pelear. Sus semblantes

feroces en ese momento y sus ademanes agresivos lo indicaron. Mientras Piedra saltaba donde Balba y Arbol para tomar posiciones, Inya miró al cielo ya casi oscurecido y, señalando a sus compañeros con el mentón levantado el disco en menguante de la luna, agregó dirigiéndose a Piedra:

—Inya ahí varú (Yo encender fuego) ...

Y, acompañando la acción a la palabra, con una mano anidó al pequeño entre los pechos y tomó de la hoguera un tizón encendido. Como si no estuviese recién parida, saltó sobre los arrecifes pasando junto a la chalupa, giró hacia donde estaban escondidos los nativos y, sin que lo advirtieran ellos, comenzó a soplar el tizón para encender la maleza.

Cuando culminó el crepúsculo, la noche cayó y la luna platinó la resaca de la pleamar, surgió una leve llama que luego cobró fuerza extendiéndose a lo largo del helechal. Los nativos salieron dando saltos y alaridos. Por intuición Piedra, Balba y Arbol, situados en el lugar, los repelieron a mazazos. El monte y los arrecifes se convirtieron entonces en escenario de un extraño combate, mezcla de quejidos y gruñidos guturales y gritos de machos y hembras renegridos y cobrizos, todos desnudos reluciendo a la luz de la luna con brincos como de simios sobre piedras filudas y troncos corroídos, golpeándose a mazazos y pedradas e hiriéndose los cuerpos con las picas que les penetraban y dejaban el campo ensangrentado.

El triunfo fue fácil; favoreció a los de Inya el error de los nativos de Ata (en donde estaban). Estos, al descubrir su chalupa robada por Balba y Piedra, confundieron a los emigrantes con los lejanos vecinos de Tikei, en el archipiélago de Tuamotú, con los cuales tenían pactados robos y enfrentamientos simbólicos para engañar a los espíritus maléficos y librar así a los cocoteros de ese lugar del tabú impuesto por el jefe de Tikei, de tiempo inmemorial. Cuando

comprendieron que el ataque era real y dos murieron en manos de Balba y Piedra, quienes les dieron con gran fuerza y ferocidad, se acobardaron, no supieron reaccionar y, para no caer masacrados, todos huyeron por el bosque en dirección a su aldea, dando alaridos y dejando abandonada la chalupa que los trajo.

Aquella noche celebraron el triunfo con suculento festín, después de evocar a Prajapaty en acción de gracias:

—Pachacamaty... Pachacamaty... —murmuraban, al tiempo que saltaban alrededor de la hoguera, en donde el Brujo Aire y Llama con Pirú Fuego mamándole sin cesar, a horcajadas en su nuca, depositaban diligentemente las presas que Arbol, Barba y Padre desgarraban con sus raspadores a los cuerpos de los jóvenes y gordos guerreros nativos fallecidos en el combate.

Fue aquello una especie de orgía en donde no mediaba el licor por serles desconocido; pero en cambio los machos más fuertes agredían a las hembras indiscriminadamente para violarlas, mientras otros, los más jóvenes, ahuyentados con las picas y gruñidos amenazantes, se encaramaban en las palmas con gran destreza para quebrar las ramas y derribar los frutos, empeñándose en un juego vital y agresivo, con los cocos lanzados entre sí para romperlos y consumir su contenido, en medio de ruidosas carcajadas.

Al día siguiente, mientras todos roncaban tendidos por doquier, Llama y Aire fueron al arrecife para trasladar al atracadero las chalupas abandonadas por los guerreros nativos y descubrieron que en una de ellas, la más grande, había cinco perros gordos amarrados entre sí y, en una especie de cesto, tres peces. Los animales los recibieron ladrando y gruñendo, pero cuando Aire les dio carne la engulleron y terminaron por someterse a su tutela. La nave mayor, con capacidad para unas

seis personas, era sólida, ajustados los flotadores con fuertes ligaduras de pandanus y bejuco entretejido. Llevaba un distintivo sobre la proa —grabada la figura de un murciélago—, circunstancia que indujo a Aire a apropiársela y, previsivo y astuto, almacenar en ella cocos de los que abandonaron los machos después del juego. La otra chalupa la tomaron Inya y Piedra, adonde llevaron carne asada revuelta con ceniza para comer en la noche.

☆☆☆

El incendio de la víspera despejó un ancho trecho de monte, quedando las palmeras y Heléchos arbóreos calcinados en el suelo cubierto de rescoldo, de donde aún brotaban intermitentes llamaradas que, al apagarse, dejaban el terreno salpicado de pequeñas humaredas.

Eructando la carne ingerida en la noche y la mañana siguiente, al atardecer de ese día aún no tenían apetito, cuando comenzaron a despertar de un sueño pesado, lleno de ronquidos y sonidos repugnantes expulsados por sus cuerpos. Mientras Aire con Llama y su hijo; Balba, Himena con Piedra e Inya y su hijo, dormían en sus chalupas bajo los efectos del sexo y el balanceo del mar, algunos de los que lo hacían acurrucados en la hojarasca a ratos se enderezaban para vomitar, evacuar sus vientres y volver a dormir, o se quedaban bostezando y rascándose los bichos anidados en sus cabelleras rebujadas, con la mirada perdida en la planada escogiendo un rincón para albergue, como lo tenían previsto.

Nuevamente el sol escondía su luz en el poniente; comenzaban a regresar las gaviotas y alcatraces al acantilado y las palomas a arrullarse entre las plataneras; las olas del reflujo se astillaban sin cesar contra las rocas, cuando a los que estaban despiertos los sobresaltó una horda de negros guerreros mirándolos con ferocidad desde el atracadero.

Eran los vecinos de la isla Tikei que llegaban en multitud de chalupas y canoas dejadas bajo el estero del monte, a cumplir su cita con los nativos de Ata y, al ver ante ellos el reguero de huesos humanos y las cabezas de los nativos devorados junto a la lumbre de la hoguera, comprendieron lo acontecido y, sin vacilar, se lanzaron a cobrar venganza. A la voz de sus jefes, saltaron de sus canoas y despiadadamente masacraron y destriparon con sus picas y mazas a los indefensos inmigrantes. A los que trataron de huir por el monte, los cazaron con dardos y flechazos y a las hembras las violaron y asesinaron después.

Se salvaron los de las chalupas porque no fueron vistos y, en medio del vocerío, los quejidos y alaridos, pudieron escabullirse a golpes de pagaya, mar adentro. El viento de barlovento que soplaba con fuerza los impulsó, circunstancia que les permitió alejarse sin riesgo de ser perseguidos.

Todo a la postre fue venturoso durante el día siguiente. Aunque el mar estaba picado y amenazaba tormenta, la calidad de las embarcaciones les ayudó a evadir el oleaje sin mayores problemas, guiados por Aire y, sobre todo, amparados por su tótem benéfico, la figura del murciélago en la punta de la proa.

Al anochecer amainó la borrasca y, como en la chalupa de Aire estaban hambreados, chuparon cocos y sacrificaron un perro. La oscuridad y el oleaje le impidieron a Inya participar, pero lo intentaron al día siguiente, cuando la situación mejoró. Como no podían acercarse las chalupas sin el peligro de trabar los flotadores, Piedra se lanzó al agua y recibió dos cocos y un perro que chillaba y manoteaba. El animal se le soltó y desapareció nadando. Balba, que estaba en la popa controlando el rumbo, vio tiburones y gritó:

—¡Mago...! ¡Mago...!

Desde la chalupa del Brujo Aire, Inya trató de ayudar a Piedra con las pagayas, pero la nave escoró y ella cayó al agua con su hijo en brazos. Los selacios giraron y le arrebataron a la criatura arremolinándose y destrozándola, mientras Piedra halaba a Inya de una pierna para alcanzar la chalupa de Aire, la más cercana. Desesperada, ella luchaba fieramente por regresar al mar para recuperar a su hijo. El rugido de las olas se tragó sus alaridos de impotencia.

Logró sosegarla Fuego sobándole con ternura la cabeza, mientras Pirú Llama chupaba sin cesar sus pechos, que comenzaban a menguarse. Inya, sumida en una especie de enajenación, lo representaba como su propio hijo y, movida de extraños celos, en un momento se lo arrebató y se extasió con la caricia de sus pequeños labios.

☆☆☆

La mañana siguiente los recibió con un mar sereno y, en la tarde, volvió a llover y a ventear con fuerza. Las naves se distanciaron, pero ellos se esforzaban por mantenerlas juntas, aplicando las experiencias adquiridas en los últimos días. El temporal se transformó en tormenta en las primeras horas de la noche y, a la distancia, se escucharon truenos sordos y prolongados y el cielo se iluminó con fugaces e inquietantes reflejos. La situación empeoró y, a la madrugada, se tomó crítica, pues las chalupas comenzaron a hacer mucha agua y fue necesaria toda la energía para evitar otro desastre. Perdieron dos perros y, al aclarar el día, se encontraron frente a un lugar desconocido. La angustia ante la oscuridad, más que la zozobra ante la incertidumbre que les inspiraba el mar, arrancó de la garganta de Balba gritos de alegría:

—¡Laaa...! ¡Laaa...!

Porque un sol radiante iluminaba el farallón que

emergía al oriente de la “tierra” que los esperaba.

Era Tikei, en el archipiélago de Tuamotú, de donde habían salido días atrás los guerreros que fueron a cumplir a los nativos de Ata su compromiso de efectuar un enfrentamiento simbólico, para librar a sus cocoteros del tabú que se les tenía impuesto.

Al fondo de la playa poseían una aldea construida sobre estacas de Heléchos gigantes y techos con hojas de cocotero, en donde sólo había muchas mujeres e infantes, altas y hermosas, adornadas con tatuajes y cubiertas con pampanillas anudadas con bejucos y cintas de pandanus. Vagaban por la arena comiendo cangrejos, bichos marinos con coco y, muchas de ellas, sentadas en el acantilado con largas varas hundidas en el agua, sacaban peces. Huyeron al monte con la prole cuando los vieron atracar las chalupas en la arena, sobre la que quedaba una canoa provista de flotadores y pagayas.

En el interior de la isla había pequeñas lagunas de agua dulce y se precipitaron a beber con ansiedad, para luego atrapar una gran tortuga, despresarla con los raspadores y comerla. Cuando terminaron, buscaron otras dos y las llevaron a las chalupas para dejarlas volteadas sobre sus conchas, al tiempo que dieron de comer a los dos perros que quedaban.

Mientras Inya corría de un lugar a otro devorando lo que encontraba, pendiente de Piedra que comenzaba a buscarle el sexo porque estaba en brama, Llama regresó adonde se hallaba la chalupa y se sentó en la arena a esperar, dejando a Pirú Fuego en el suelo junto a ella, después de darle de mamar, para que gateara y se arrastrara aprendiendo a buscar cangrejos.

Pasado el mediodía, curioseaba la forma de utilizar el maná de una vara de pescar que encontró, cuando divisó en el horizonte del mar la flotilla de los guerreros que los

perseguían.

—¡Walúa! (¡Canoa!), gritó para generar alarma y, llevando consigo la vara de pescar, cargó apresuradamente a Pirú Fuego y corrió a empujar la chalupa para ponerla a flote, al tiempo en que el Brujo Aire, encaramado en las palmas botando cocos en compañía de Inya, Balba y Piedra se descolgaba con gran agilidad y volaba a unirse a Llama, con quien saltó a la nave, tomó las pagayas y se alejó con el viento que soplaba de occidente a oriente. Sabía que así quedaban a sotavento los enemigos, casi imposibilitados para alcanzarlos. Inya y Balba los siguieron, pero los guerreros ya los habían descubierto y trataron de interceptarlos cambiando de rumbo, remando veloces en medio de enorme vocerío, mientras Piedra, retrasado, tomaba la canoa atracada en la arena y remaba en dirección hacia dónde venían los nativos de Tikei, para permitir a Inya, Aire y Balba distanciarse. Las hembras de la isla animaban a sus guerreros paradas en la playa, con su tropel de hijos alrededor de ellas mirando lo que acontecía en el mar.

Al ver venir hacia ellos a Piedra las chalupas de los guerreros de Tikei que iban adelante, nuevamente cambiaron de rumbo para embestirlo. Dos de ellos se lanzaron al agua con el propósito de abordarlo, pero Piedra sacó de combate al primero con violento golpe de pagaya en el hombro. El segundo logró subir el torso sobre la borda de la chalupa y se abrazó de las piernas de Piedra, pero éste lo agarró del mentón y le arrancó la nariz de un violento mordisco. Bañado en sangre, el hombre lo soltó y se dejó caer al mar. La chalupa escoró, Piedra fue tras él e intentó regresar, pero lo rodeó una turba de negros pelirrojos que se le vinieron encima braceando, con picas sostenidas en la boca. La lucha fue desesperada con Piedra utilizando los puños y los dientes furiosamente como un dingo para defenderse, sumergiéndose a intervalos para evadir

los golpes, a pesar de lo cual logró ahogar con la mano usada como tenaza en el cuello de uno pintarrajeado que lo atacó con lanza filuda y le desgarró el vientre. Sintiéndose herido, todo ensangrentado, terminó forcejeando hasta que le partieron la nuca de un mazazo.

Aunque la duración del combate permitió a Inya y a Balba alejarse del lugar, la falta de destreza comenzó a hacerlos perder distancia de nuevo. Así pasaron el resto de la tarde con el enemigo cada vez más cerca, haciendo ademanes grotescos y gestos de amenaza que los llenaban de espanto. Más la oscuridad de la noche los favoreció.

El Brujo Aire, entretanto, siempre adelante, no cesaba de batir las pagayas hasta donde el pavor se lo permitía, pero comenzó a desfallecer y optó por pedir ayuda a Llama. Turnándose y fortaleciéndose con un perro que degollaron cuando oscureció y pudieron descansar, en un alarde de audacia orientaron la chalupa a barlovento de los enemigos para que pasaran de largo sin verlos, protegidos por la oscuridad, y cuando aclaró el sol, como lo tenían previsto, los divisaron adelante, casi imperceptibles a la vista. Entonces cambiaron de rumbo y pudieron respirar tranquilos.

Lo que vino después fue obra de Tawhiri; se desató la tormenta cuando divisaron el perfil de una nueva isla, Akí, del archipiélago de Tuamotú. Vientos encontrados zumbaban y las chalupas salían despedidas como fragmentos de paja sobre las enormes olas que las zarandeaban, formando profundos abismos. Los guerreros fueron dispersados y transformados en diminutos puntos negros, cada vez más distantes y disminuidos, al tiempo que Inya y Balba desaparecían en los confines de Akí. La nave de Aire y Fuego, con Pirú Llama colgado de sus pezones, fue una de tantas. Al otro anochecer navegaba aún en mar abierto, ya tranquilos, rumbo al tiempo,

al sol y a la incertidumbre.

☆☆☆

CAPÍTULO VIII

La posesión de una gran chalupa, fuerte y espaciosa, de una tortuga adulta, un perro aún gordo, muchos cocos y la larga vara con una espina de pescado en la punta, recogida en la arena de Tikei, comenzaba a hacerlos sentirse seguros y confiados en el mar, a pesar de la tierra. Primero consumieron la tortuga porque Llama comprendió que su concha, apoyada en la borda de proa, atenuaría el sol que abrasaba la piel tierna de Pirú Fuego, con su sombra protectora; sumergida en el agua, sú carne duró algunos días para mantenerle leche en los pechos

y, sus restos descompuestos, tirados al mar, fueron devorados por los delfines que se los disputaron hasta consumirlos. Mataron a uno pequeño golpeado con la pagaya del Brujo Aire y lo devoraron. Después, el perro que quedaba, cuya sangre goteada en los labios de Pirú Fuego lo reanimó. El último recurso fue buscar la recolección de peces como lo hacían las mujeres de Tikei, acudiendo al secreto de la vara, sumergiéndola en el agua, pero resultó infructuoso.

Comenzaron a languidecer y a sentirse mal. Mitigaron momentáneamente la sed devoradora que los consumía, las lluvias pasajeras que les enviaron Tuu y Tañe recogidas en la concha. El agua les duró algunos días. Después, sólo el cielo azul, de nuevo el mar desesperadamente tranquilo, brisas encontradas ocasionales y el sol siempre quemante y atroz, cruel, pavoroso en el mar.

Llama insistía con la vara, más los peces se acercaban precavidos, la rodeaban y tomaban a alejarse indiferentes. ¿Por qué —se preguntaba—, por qué vio a las mujeres de Tikei sacar del mar peces que se agitaban en la punta de la vara? ¿Cuál era la brujería que encerraba? Si tuviese una pica o dardo filudo como en el estero de la ya lejana isla de Mujer, la vieja Matriarca, o los peces merodearan la chalupa para golpearlos con la pagaya... ¡Ah!, su vieja abuela Mujer, la de la Cueva del Viento, ¡cuánto la extrañaba!

No tuvo el Brujo Aire tampoco la respuesta, y el hambre y la sed los iban consumiendo. Encomendarse a Tawhiri para mantenerlo apaciguado fue su postrer pensamiento. A pesar de la ausencia de la hoguera para concentrarse ante su llama, uniéndolo a su hermano Tuu, el Progenitor, lo evocó con infinito fervor, viendo con horror cómo sus pechos se secaban, descolgados y flácidos, sin una gota de leche que mojara los labios de su hijo, entreabiertos y

pálidos como los de los peces...

Llama se quedó en suspenso: “entreabiertos los labios, ávidos y pálidos” ... ¿como los de aquellos peces que se precipitaron sobre la chalupa para devorar la carne de tortuga que ella botó al mar? ¿Engañarlos con comida en el garfio de la vara para que mordieran y se enredaran en ella, como en Tikei?

Ansiosa tomó la vara, pero sólo halló el recurso de su propio cuerpo. ¿Cómo desprenderse de un trozo de piel para engañar a los peces? ¿Mordiéndola o arrancándola con las uñas? Miró hacia la proa de la nave donde estaba el Brujo Aire, adormecido, sin fortaleza, escuálido. Observó alrededor... y allí estaba una astilla de la borda, fácil de arrancar.

Estuvo frenética cuando, con supremo esfuerzo, la desprendió. Casi arrastrándose se acercó al Brujo Aire y, sin vacilar, hizo acopio de energía para hundirle la astilla en el vientre. Aire dejó escapar una especie de mugido, un lamento prolongado, y estiró los brazos para defenderse, pero ya era tarde. Llama le removió una y otra vez la astilla en la herida hasta que su boca entreabierta gruñó, suspiró profundamente y se desvaneció.

La poca sangre de sus venas deshidratadas corrió por el fondo de la chalupa y, con diligencia, Llama la llevaba entre los dedos humedecidos con ella a los labios de su hijo para alimentarlo y mitigarle la sed. Mas, como el niño la rechazó con soplos de vómito, comenzó a desgarrar pedazos de carne con el raspador y a devorarlos. Terminó ella hundiendo la cabeza en la herida y arrancándolos con los dientes, feroz, templándolos como los buitres. Masticaba y tragaba casi entero y, a intervalos, regurgitaba el bolo en la boca de Pirú Fuego, que lo tomaba suavemente. Quedó desfallecida en el piso de la chalupa, sobre un charco de sangre, con su hijo sobre los pechos roncando profundamente, arrullado por el balanceo del

oleaje. Más tarde desolló el cadáver y secó la piel después de lavarla en el mar. Con ella tendida sobre la borda, protegió a Pirú Fuego de los rayos del sol...

☆☆☆

El tiempo latente, y sólo los movía leve corriente en el fondo del mar. Con la vista velada por la inanición, Llama percibió en los confines del sol naciente una fina línea oscura, cuyos perfiles progresivamente se fueron deformando, hasta convertirse en una sucesión de altitudes marinas, con una cima central de donde se desprendía leve nubosidad pardo oscuro, como el anuncio de lejana tormenta. El fenómeno duró todo el día. Con alguna inconsciencia, logró Llama arrancar con las uñas un pellejo de su talón y lo puso en el garfio de la vara. Debió repetir varias veces el intento de sumergirla en el agua, hasta que atrapó un pez. Lo devoró pausadamente y cuando caía la tarde, escuchó un ruido profundo, distinto de los frecuentes del mar, y muy cerca de donde ella estaba el aleteo y los graznidos fugaces en el aire de dos gaviotas salidas de los islotes y cayos que circundaban una isla mayor, de tierras aparentemente extrañas.

Llama, llena de ansiedad, tendió a su hijo en el piso de la chalupa y, tomando las pagayas, impulsó la nave suavemente, con el ánimo de acercarse a la tierra y buscar un lugar adecuado para atracar.

Se había internado en la caleta de un lejano mundo de islas6. Ancha faja de cielo se ensombrecía con espesa columna de humo gris rizado, expulsada como en Tugula por un cerro vecino incandescente, la cual se inclinaba como un brazo gigantesco amenazando cubrir el interior del lugar. Las bolas de fuego lanzadas alrededor caían al mar levantando una masa de vapor y picando la superficie con un oleaje intermitente. A pesar de las escasas fuerzas de que disponía, remó para bordear

la caleta y protegerse en el costado opuesto de la isla, al tiempo que pasaba por su imaginación agitada la idea de implorar a Prajapaty, posiblemente morador de ese fantástico país.

—Pachacamaty... Pachacamaty...—, musitaba para sí nerviosamente.

De súbito sintió la chalupa temblar, se llenó de pánico y, con la sensación de quien huye, bordeó la mole de un islote y pasó por el extremo sudeste de la caleta para encontrarse, como si hubiese llegado a otro mundo, ante enorme muchedumbre de nativos mirando aterrorizados desde la playa la columna de humo que se les iba encima y dejaba caer nubes de ceniza. Eran mujeres, hombres y niños semidesnudos, de piel morena y cabello liso, ligeramente rojo, adornado con plumas de pájaros todo el cuerpo, especialmente las orejas, alargadas en forma desmesurada.

—Ahi tasi... Moai... Moai...—, repetían inclinándose alternativamente en dirección al fuego que arrojaba el cerro y a la primera estatua de piedra traquita que iniciaba una especie de avenida de éstas, perdida entre la bruma de la ceniza que plateaba la pendiente.

Mas, como si obedeciese a un designio de los Procreadores, inesperadamente varió el rumbo del viento y la columna se desvió hacia el occidente, dispersándose progresivamente hasta descubrir ante la mirada llena de asombro de Llama los contornos boscosos de la nueva isla. Fue cuando los nativos advirtieron la presencia de la chalupa acercándose a la playa. La coincidencia de que apareciese en el momento en que cesaba la erupción, los hizo tomar a Llama como la transmigración de Hotu Mat'ua, el primer poblador de la isla, el Ariki Henau o Rey, cuya imagen venerada era la que se levantaba tallada en piedra traquita al final del arenal, antes del templo, y su descendiente, ataviado con los arreos del

guerrero, encabezaba la multitud allí presente. Llama, entonces, llegaba en el momento crítico para protegerlos de la furia de Tawhiri que pocos días atrás había devorado bajo abismos de agua el islote Mauga, arrastrando el torbellino a casi todos sus pobladores. Llama repetía en esta oportunidad la misión de Tu'u Ko Iho, otro antepasado ilustre, cuando vino en iguales circunstancias y les enseñó a limpiar la tierra y las plantas que cubrían los montículos formados por la lava en las faldas del volcán Rano Raraku, para tallarlos y transformarlos en los rostros cadavéricos de los Moais o descendientes fallecidos de Hotu Matu'a, alineados en los contrafuertes de la manía, protectores de las aldeas levantadas en sus inmediaciones.

De la última catástrofe se había salvado un joven hechicero que mostraron días después navegando en una pequeña canoa por el acantilado que bordeaba el volcán. Aprehendido, no fue incorporado Ha montonera de prisioneros tomados en otras islas del archipiélago v utilizados para llevar, empujados sobre rodillos de madera toromiro a las faldas del Rano Raraku, los bloques de piedra ya esculpidos i <>n la imagen de los Moais, sitio destinado para el sacrificio a los dioses, esa misma tarde.

Multitud de guerreros se lanzó a nado y otros tomaron sus canoas para remolcar hasta la orilla la chalupa de la diosa que llegaba. I lama, entre maravillada y atemorizada, creía haber descubierto el reino de Tuu, Tawhiri y el Poderoso Tañe. Con grandes deferencias fue recibida por el Ariki Henau, acompañado por un Tángata Manú, posiblemente brujo o sacerdote si tenemos en cuenta el gran túnico blanco con que iba revestido. La ayudaron a bajar de la nave con Pirú Fuego en brazos, la cual empujaron hasta colocarla sobre una estera tendida en la arena. Finalmente, se situaron en círculo ante ella,

en actitud orante:

—Tu Hotú Matu'a, Moai7 —pronunció el que parecía de mayor jerarquía, el Tángata Tapa Manú o Supremo Sacerdote, al tiempo que se inclinaba con las manos sobre las rodillas reverencialmente, ante la mujerdiosa.

Un Tángata Manú o Sacerdote de menor jerarquía se le acercó con una vasija de cerámica negra en forma de pájaro, llena de miel, e impulsivamente Llama se la arrebató y bebió ávidamente el contenido, no sin regurgitar parte en la boca de su hijo. El Tángata Tapa Manú ordenó al ayudante traer otra porción y, cuando Llama indicó estar satisfecha, nuevamente la hizo llenar y se acercó a una plataforma de granito pulido, grabada con figuras de pájaros, sobre la que había una gran piedra tallada en forma convexa, en donde sería sacrificado el prisionero ya tendido sobre ella y amarrado de pies y manos con delgados cables de maute8.

El Tángata Tapa Manú le derramó sobre los labios la miel y otro Tángata Tapa le pasó filudo cuchillo de nácar, después de mostrarlo a la multitud. El desgraciado lanzó un impresionante grito de dolor antes de expirar, cuando el Tángata Tapa Manú le abrió el pecho y le arrancó el corazón. Retiró la viscera y, llevándola en las cuencas de las manos, se acercó de nuevo adonde estaba Llama con su hijo en brazos:

—Mu haha Hotú matu'a matoi... —musitó conspicuo, indicándole que ella, "gran mujer, lo pusiese en su boca".

Llama, sin entender la frase, no vaciló y lo devoró, compartiéndolo con su hijo, siempre llevado en brazos.

Después de desollar el Tángata Tapa Manú el cuerpo de la víctima y cubrirse la espalda con su piel sangrante, el resto fue repartido entre los presentes, incluso Llama, y las visceras lanzadas al fondo de un pozo revestido de piedra, más tarde

presa de los buitres.

Se había diseminado entretanto todo indicio de erupción en el volcán Rano Raraku, a no ser los agudos graznidos y aleteos de centenares de pájaros que revoloteaban por doquier y los permanentes y profundos ruidos bajo tierra que conmovían a los nativos con presentimientos funestos.

Al caer la noche trajeron una parihuela cuatro Tángatas, distinguidos por un gorro rojo en la cabeza, y en ella trasladaron a Llama y su hijo, en medio de grandes consideraciones, al templo, la mayor construcción en piedra tallada del lugar, resguardada por la efigie en traquita de un Moai, coronado con enorme disco rojo. En su interior, la invitaron a descender junto a una fuente de agua hirviente, de la que emanaban vapores sulfurosos, especie de pozo enmarcado en piedra, en un costado de la edificación. Era un gran recinto umbrío y fresco con estatuas y tótems tallados en roca volcánica, colocados alrededor de la enorme imagen de un pájaro con las alas desplegadas. En un proscenio, al fondo, se encontraban agrupados Tángatas y sacerdotisas, todos revestidos con las usuales mantas tejidas en Bora hui gris oscuro, con un corte en el centro para el cuello. Por indicaciones del Tángata Tapa Manú, el mismo que la recibió en la playa, Llama debió sumergirse en el agua con Pirú Fuego y dos jóvenes mujeres, las mismas escogidas para que la atendieran. Era la ceremonia de la hospitalidad, especie de cuarentena, en previsión de los males del cuerpo que los asediaban, pues esas aguas contenían poderes maná. Entre temerosa y sumisa, Llama se dejó llevar a su albergue, pequeña construcción circular en piedra y toromiro sagrado, distante de la playa Hanagaroal, en las inmediaciones del templo y contigua a la aldea principal, que se extendía formando un conjunto de viviendas y huertos en las faldas del Rano Raraku,

por donde pasaba un riachuelo nacido en las estribaciones del cerro, para tributar en el mar. Quedaba cerca del recinto o palacio del ariki henau Hotu Matu'a y del albergue de las mujeres de los Tángata Manú, las encargadas de amamantar a los hijos engendrados por ellos, destinados para suceder en el poder religioso a sus padres. Las hembras, después de ser poseídas por el Hotu Matu'a, regresaban al templo como sacerdotisas para cuidar de la prole, de la cual resultaría el heredero del poder civil, y para mantener vivo el fuego eterno, el que abastecía a las casas de la aldea cuando se les apagaba la lumbre.

Llama estaba rendida y, cuando le señalaron un grato rincón cubierto con esteras de Bora hui y cueros emplumados de aves, se acomodó en cuclillas para amamantar a Pirú Fuego. En la medida en que éste se adormilaba, ella masticaba pescado, ñame con miel y huevos de aves, amontonados a su lado por las jóvenes asistentas.

☆☆☆

Pasaban los días y Llama se encontraba ahora más desconcertada y deprimida que maravillada, mientras se recuperaba de los estragos causados a su cuerpo y a su espíritu durante el fantástico viaje realizado y se esforzaba por conseguir que los Procreadores le permitieran llevar leche a la boca de Pirú Fuego, más débil y escuálido que ella.

Ese mundo que ahora la rodeaba, lleno de vitalidad y palabras que no entendía, de seres con orejas alargadas, de piel oscura y adornados con figuras de pájaros tatuadas en el cuerpo y plumas en la cabeza, reverentes y amables cuando le ofrecían lo mejor que poseían, pero temibles cuando recordaba horrorizada el grito de dolor lanzado por el hombre del sacrificio en la plataforma del templo, terminó por situarla ante una nueva realidad, más distante de su concepción original de

las cosas. Ni la idea de que estuviera en el albergue de Prajapaty y los otros Procreadores del Mar, como lo pensó cuando llegó a la isla, tuvo sustento en su ánimo. Un conjunto de situaciones que la hacían sentirse hundida en el fondo de un recinto tenebroso y estrecho, lleno de interrogantes que enajenaban su espíritu con temores y deseos fervientes de fugarse y regresar a su isla lejana, en donde aún vagaban libres y dueños de su destino Inya y Balba y la sombra de Pirú, su progenitor, a quien aprendió a venerar a través de su abuela Mujer.

Buscando entonces el hilo para regresar adonde ellos estaban, a falta de la llama de la hoguera aún no encendida en el seno de su albergue, se concentraba ante un rincón y musitaba, con el cuerpecito triste de Pirú Fuego levantado, la dulce palabra de donde podía esperar ayuda:

—Pachacamaty... Pachacamaty...

Mas, como el tiempo transcurría y de sus pechos ya casi no manaba leche, consiguió en la playa una piedra pedernal y en el bosque chamizas de toromiro y, refugiada en el huerto del albergue, aprisionó una leve chispa que se hizo llama, ya entrada la noche. La rodeó de hojas secas y más chamizas y encendió la hoguera junto a la entrada del albergue y, con profundo fervor, sin poder acallar a Pirú Fuego asediado por el hambre, evocó nuevamente a Prajapaty.

La presencia del fuego atrajo a un grupo de nativos con semblantes sorprendidos. Se acercaron y rodearon a Llama entre atemorizados y reverentes, al tiempo que susurraban palabras ininteligibles. Del grupo surgió el Hotú Matu'a, atraído de su augusto recinto y, con las manos tendidas hacia la gran boca del Rano Raraku, exclamó angustiado:

—Matoi aha goorin... (Grande boca montaña...).

El Tángata Tapa Manú que lo acompañaba tomó un leño de la hoguera y lo quebró a golpes contra el suelo, en tanto que miraba alarmado alternativamente a la hoguera y al Rano Raraku, tratando de hacer entender a Llama que debía apagar el fuego porque su luz usurpaba los poderes del volcán:

—Ahi ula... Ahi ula... (Fuego lumbre...) —repetía.

Llama intuyó el sentido de los temores que alarmaban a los nativos y trató de obedecer, pero el llanto insoportable y débil de Pirú Fuego se lo impidió. Miró asustada al grupo de hombres intercambiando frases que no entendía y al Tángata Tapa Manú que la observaba serio, sombrío; se sintió llena de pánico y, sorpresivamente, emprendió la huida con su hijo hacia donde estaba su chalupa, pero el Tángata Tapa Manú se interpuso. Con delicadeza y rapidez la despojó del niño y, seguido de Llama que lloraba a gritos tratando de arrebatárselo y del Hotu Matu'a, fuese de regreso al albergue de este y lo entregó ceremonialmente a una madre de pechos voluminosos que amamantaba a una pequeña infanta. Era la mujer principal del Hotu Matu'a, quien acercó al niño a uno de sus pechos. Viéndolo amamantar con delectación y a la mujer sonreírle dulcemente, se llenó de confianza, cesó el llanto, se acurrucó a sus pies y, mientras su hijo deglutía lo que chupaba, le acariciaba la cabecita con entrañable ternura, sin dejar de sollozar y sonreír.

Llama se resistió a regresar al albergue que le asignaron inicialmente y, dada la divinidad que le era atribuida, pudo establecerse por su propia voluntad junto a la nodriza de Pirú Fuego en el palacio del Hotu Matu'a, con quien compartió la lactancia de su hijo. Esta circunstancia, conforme a lo previsto en su ley, creaba un vínculo entre los dos infantes, convirtiendo a Pirú Fuego en una especie de ariki henau o príncipe, pues el poder supremo lo detentaba en el lugar el Hotu Matu'a; su

primera hija era la predestinada para aparearse con quien sería su sucesor, si Su Divinidad lo apetecía. De este modo perduraba el linaje, de origen omnipotente.

El establecimiento de Llama y su hijo en este regio albergue, en un recinto anexo, con huerto y acceso a la vía exterior o calzada, culminó la dignidad de la jerarquía que se le atribuía. Pronto recuperó su tranquilidad interior, su semblante apacible y la turgencia y flujo de leche a sus pechos se hicieron notorios.

☆☆☆

Con la reanudación de las lluvias y del viento vino un período de tranquilidad que, sin duda, acrecentó el prestigio y la fe de los nativos en Llama, desde el punto de vista de su altísima misión, pues conciliando su participación para calmar la furia del volcán Rano Raraku el día de su llegada, con la fecundidad y el reverdecer de las plantas, con el aumento del caudal de la quebrada y de la pesca, vieron una nueva intervención suya ante los Espíritus del Mar, lo cual confirmó una vez más su divinidad. Con el transcurso de los días, todo lo que de ella dependía o a ella concurría era exaltado y acogido con respeto y su albergue fue convertido en el lugar de convergencia humana, especialmente cuando había indicios de calamidades y conflictos.

Lo vino a consagrar la llegada a la vecindad de un artesano en traje de maute y gorra roja como los Moais, descendiente de Tu'u Ko Iho, el primer escultor que desenterró y talló las rocas traquitas que cubrían las faldas del Rano Raraku, formando las imágenes o Moais de los fallecidos Hatu Matu'a. Era el mismo que habitaba en la playa Hanagaroal rodeado de su prole, todos artesanos como él, con quienes llegó al albergue de Llama empujando sobre rodillos de toromiro un gran bloque de piedra traquita. El artista permaneció muchos

días biselando un nuevo Moai que sería unido al conjunto situado en las faldas del volcán para detener su lava cuando explotara. Sudaba manipulando una especie de cincel golpeado con grueso trozo de obsidiana engastado en cabo de madera, y sólo suspendía cuando aparecía Llama con Pirú Fuego para ir a la playa a nadar en medio de las chalupas y vakas pescadoras. El Tu'u Ko Iho se detenía a observarla reverente y risueño. Llama no entendía esta actitud, pero el hombre la atraía. El Maoi terminado quedó en el lugar original, días más tarde.

La chalupa donde Llama llegó, aún en la playa Hanagaroal, fue otro símbolo de su exaltación. Le atribuyeron poderes maná cuando descubrieron la imagen del murciélago en la punta de la proa, y el hedor repugnante que expelía lo tomaron como signo de protección impuesto por los Espíritus del Mar para impedir que fuese profanada. Por ello, la colocaron invertida sobre una plataforma de piedra tallada, contigua al albergue de las sacerdotisas, convirtiéndola en santuario. Lo mismo hicieron con sus casas; como la ceniza del volcán acumulada en los techos deterioraba la paja con que las cubrían originalmente, en adelante las construyeron en forma de canoa invertida, modelando las dos aguas o quilla con planchas de piedra traquita ensambladas. En cuanto a la imagen del murciélago, la redujeron dándole fisonomía de pájaro en trozos de makoi y en piedras que fueron colocadas en los contrafuertes del cerro para mitigar los efectos de sus constantes erupciones, las cuales suscitaban pánico cuando las precedían temblores y ruidos de la tierra. Acudían en tropel donde Llama para implorar su protección, dejándose caer al suelo entre gemidos y llantos lastimeros.

Así y todo, los días pasaban como el viento, las cosas volvían a su estado natural y Llama, aunque se acondicionaba al ambiente catastrófico del lugar donde moraba ahora,

mantenía muchos recuerdos que la inquietaban y la hacían sentirse extraña, hasta cuando su espíritu se llenó de fecundidad. Vino con la imagen amable y el cuerpo viril del Tu'u Ko Iho que talló la piedra para convertirla en Moai. Por ello, cuando emancipó a Pirú Fuego para que saliera por la isla y se aprovisionara por sí solo de alimentos, se sintió estremecida por la brama, la invadió la melancolía y, buscando sustituir la ternura y el calor de su hijo, fuese caminando lentamente hacia las laderas del volcán Rano Raraku, en donde el Tu'u Ko Iho cincelaba sobre otros bloques de piedra traquita réplicas de la efigie tallada frente a su albergue, enviado por el Tángata Tapa Manú. Fue una decisión sabia, pues en esta forma éste pensaba fortalecer la barrera sagrada que, si no mitigaba la furia del volcán, al menos protegería a la aldea de su lava ardiente. Se le acercó despacio, risueña, mimosa. El Tu'u Ko Iho percibió su olor y ella se dejó poseer sin la menor resistencia. Lo siguió frecuentando llevándole peces, miel y ñame, lo cual engullían sentados sobre las piedras, empujándose entre sí, tocándose el cuerpo y riendo antes de tenderse a copular.

☆☆☆

Siempre acompañado de Ocllo, su coetánea, Pirú Fuego no participaba de los mismos temores e inquietudes de su madre, porque en la medida en que se desarrollaba, asimilaba sin proponérselo el marco cultural que lo rodeaba. Por lo contrario, se alejaba de ella cada vez más y, unido a las pandillas de infantes nativos que deambulaban por la isla y se sumergían en el mar como los peces, crecía guiado por las mismas tendencias y costumbres, confortado por la divinidad que le daba la preeminencia con que fue ungido desde el momento en que llegó a la isla, captando la admiración que le dispensaban cuando se oía llamar Ataquiri (primogénito), o Te

Aquiri (el rey), pues para ellos, en unión de su madre, también era portador del mensaje de los Espíritus del Mar y de grandes poderes maná. Especie de príncipe heredero, Tángata Manú, poseedor de la fuerza y de la magia de los poderosos seres que avasallaban la isla y su actitud, decidida y a menudo rebelde ante ciertas costumbres nativas, le infundían aureola de severidad y misterio. Por ello, aunque desde muy infante la nodriza le rasgó las orejas y le enseñó algunas tradiciones sobre los pájaros y subterfugios de hechicería, influido por el comportamiento brusco y montaraz de su madre, la imitaba atrapando y engullendo con glotonería los alimentos que le ofrecían en artísticas cerámicas, o tirando al suelo los que le disgustaban, devorando vivos y emplumados los pájaros que cazaba con la honda o hundiendo cogidos del cabello a los otros jóvenes que jugaban con él en la resaca del mar, hasta casi ahogarlos. Esta etapa se desbordó cuando, llegada la pubertad, comenzó a asediar a las hembras, desplazando hasta a los adultos apareados, antes de participar en la ceremonia Manú. Muchas se dejaron poseer de él atraídas por la divinidad que representaba y quedaron embarazadas, menospreciando la norma de fidelidad que regía en el lugar para los nativos machos que convivían con ellas y defraudando a Llama cuando la rechazó con furia y ésta no pudo disfrutarlo como lo apetecía. El hecho pasó inadvertido entre los nativos, pero se hizo manifiesto cuando Pirú Fuego se apareó con Ocllo el día fijado por los horóscopos para la ceremonia Manú.

Muy de madrugada llegó al santuario donde residía Pirú Fuego un tropel de jóvenes hijos de los Tángata, coreando a gritos su jerarquía:

—Te Aquiri... Te Aquiri... —lo llamaban desde afuera.

En medio de una especie de mitin festivo fue llevado al templo, en donde lo reunieron con el grupo de compañeros

seleccionados para la ceremonia, esperando su llegada.

Después de la ablución en la fuente hirviente, les retiraron el taparrabo, los revistieron con largas túnicas de maute amarillo teñidas con raíz de púa y hojas porfirizadas de ti y les dibujaron tatuajes alusivos al sexo, bajo la piel de la ingle, para consagrarlos hombres. Luego los desnudaron, con un cuchillo de obsidiana les rasuraron las vellosidades y terminaron haciéndoles otro tatuaje en la espalda con la' figura de un pájaro. A Pirú Fuego le colgaron del cuello dos nueces de coco amarradas con un cordel de maute y lo llevaron ante l.i estatua de Llama pintada de rojo, para cortarle el prepucio, pero como no fue necesario degollaron una rata y le embadurnaron el lustro con su sangre.

La consagración vino enseguida; un forro de maute artísticamente bordado por Ocllo —quien se hallaba al lado de Pirú Fuego—, colocado en el pene por el Tángata Tapa Manú, signo de que a partir de ese momento los dos jóvenes compartirían los derechos que les permitirían asumir todos los poderes, el divino y el humano, cuando desapareciera de la isla el actual Ariki Henau, el Hotu Matu'a que gobernaba, para hundirse en el mar.

Llama, enfurecida, irrumpió y arrebató de las manos del Tángata el forro de maute, lo tiró al suelo y lo pisoteó. El gesto fue recibido con estupor mas, viniendo de Llama, ni el Tángata Tapa Manú ni el Hotu Matu'a se atrevieron a intervenir.

Pirú Fuego, mirando a Llama con rencor, recogió la prenda, se la colocó y corrió con Ocllo llevada de la mano a tomar de inmediato una hermosa chalupa con anchos flotadores, anzuelos y pagayas, que lo esperaba fondeada en el atracadero de Hanagaroal para iniciar la correría del reconocimiento, parte de la ceremonia.

Era una especie de luna de miel en viaje a todos los islotes y cayos del Te Muku Rapa, amigos y enemigos, comenzando por el santuario de los Moais, un islote cercano cubierto de estatuas erigidas en honor a las divinidades femeninas, en donde debían entrevistarse con el espíritu del volcán Rano Raraku y con la diosa de la maternidad. Su nuevo albergue, hasta cuando Ocllo cumpliera su misión de esperar un hijo, era una gruta oculta sobre el acantilado, junto a un bosquecillo de toromiros, palmas cocoleras y anchas y verdes hojas de púa.

Llama no opuso resistencia a la decisión de su hijo, pero se quedó mirándolo partir con Ocllo, hundida en una mezcla de desconcierto y amargura, parada en la arena de la playa.

En obedecimiento a las leyes que en adelante señalarían los actos correspondientes a la nueva jerarquía que ostentaba Pirú Fuego, a la mañana siguiente Ocllo lo indujo a escalar una roca muy alta, desde donde se divisaba todo el panorama de islas que integrarían sus dominios llegada la hora, coronadas por la mole inmutable del volcán Rano Raraku, aquella mañana con su vellón de humo espeso emergido del cráter, arrastrándose por sus costados con un rugido profundo y lejano.

Atemorizados, se miraron y descendieron veloces porque comenzó a lanzar piedras encendidas. De súbito los estremeció una explosión seguida de un corto y fuerte temblor de tierra que agrietó el cauce de una vertiente, por donde desapareció misteriosamente el agua. Tomaron la piragua y regresaron a la isla Rapa Noi, en donde los aldeanos, como de costumbre, se habían agrupado frente a la estatua de Llama para rogarle que los protegiera como en el día de su llegada, pues toda la noche se habían sentido leves sismos y

comenzaban a temer que se repitiera lo del islote Mauga.

Aunque el Hotu Matu'a y los Tángatas reunidos con Pirú Fuego ante los horóscopos no obtuvieron respuesta, dedujeron que de nuevo el Rano Raraku se encontraba embrujado por algún espíritu ofendido y era preciso tranquilizarlo y descubrir la causa. Hubo sacrificio de prisioneros y se enviaron patrullas de guerreros a los islotes menores para aprehender más y, el Tángota a Tapa Manú, después de consultarlos con sus Tángatas, fuese en corporación adonde Llama. El grupo se tendió ante ella y, el Tángata Tapa Manú, asumiendo la vocería, sin levantar el rostro, con voz espesa expresó a Llama, a la "Mujer Diosa", que las laderas del "Rano Raraku debían ser destinadas para lugar de oración".

—¡Mu whine Motu'a! ¡Rano Raraku haré púre! —fueron sus palabras.

Llama no captó claramente el mensaje, pero accedió ante el ademán respetuoso del Hotu Matu'a que le indicó sentarse en una parihuela, sobre la cual fue llevada en procesión como cuando llegó a la isla, por cuatro Tángatas y, unida al Tu'u Ko Iho y su grupo de ayudantes —quienes portaban cinceles y pequeñas mazas de obsidiana con otros utensilios—, ascendió por un sendero a las faldas del Rano Raraku, en donde se entregaron febrilmente a la tarea de reproducir su rostro modelando un conjunto de rocas volcánicas diseminadas a lo ancho de la ladera. Tras estas extrañas efigies así consagradas a Llama, quedaban las aldeas que se extendían hacia el mar protegidas de la furia demoledora del volcán, incapaz de profanarlas.

Empero, como las emanaciones de humo oscuro y espeso continuaron durante los días siguientes y los temblores se hicieron más fuertes y frecuentes, unidos a ruidos profundos del suelo, decidieron fortalecer su protección con sacrificios de

personajes notables, entre los cuales podría estar la causa del embrujo. Pirú Fuego, movido por la intuición y cierto temor a estas prácticas infundido a su espíritu por Llama, propuso hacer la guerra total a los vecinos rivales y tomar más prisioneros para cumplir el propósito. Por venir la idea de quien estaba ungido Te Aquiri, hijo de Llama, el entusiasmo cundió y, además, se lo consagró Tángata Manú o jefe guerrero con las orejas rasgadas como alas de pájaro, poseedor del huevo fecundo, símbolo del poder y de la fuerza vital que recibieron los más remotos pobladores de la isla, en cuyas tierras sin animales rastreros sólo pudieron subsistir saqueando los nidos de los pájaros. Recibió esta dignidad militar, dada su calidad divina. Fue revestido con manto de maute blanco y en la cabeza dos alas con plumas ostentosas. Se armó de bastón de mando labrado en toromiro y decorado con cabeza de pájaro. Así se presentó orgullosamente en la playa Hanagaroal.

Ya los guerreros se encontraban reunidos, el cuerpo todo pintado de negro y prestos a partir con sus armas listas para el combate. A Pirú Fuego le correspondió una piragua de flotadores con un pájaro labrado en la borda, semejante a un murciélago.

Los primeros días fueron de sorpresas y esta táctica los favoreció. Tomaron prisioneros que trajeron para encerrar en túneles revestidos con grandes piedras talladas, cavados en el suelo. Sin embargo, las cosas se tomaron difíciles cuando los enemigos contraatacaron por los lados del acantilado, en los contrafuertes del volcán Rano Raraku, amenazando asaltar la aldea. La defensa debió hacerse de sorpresa por el mar, desembarcando tras ellos. Pero, cuando la flotilla estuvo a la vista del enemigo, escondido entre las rocas listo a repeler el ataque, el Rano Raraku, enfurecido por la profanación de que estaba siendo objeto en su propio cuerpo, comenzó a expulsar

bocanadas de vapores sulfurosos, el mar se agitó porque tembló y el ruido bajo la tierra adquirió tonalidades aterradoras.

—¡Mu Llama matoi! ¡Mu Llama matoi! —, gritaba Pirú Fuego evocando a su madre y señalando el inmenso hongo que surgía del cráter del volcán, para convertirse gradualmente en densa nube de cenizas que comenzaron a llover sobre las embarcaciones y oscurecieron el sol.

Remaron con desesperación para alejarse de la zona de peligro, muchos horrorosamente calcinados por los grandes trozos de roca incandescente que chisporroteaban al chocar en el agua. Cuando llegaron de regreso, la comunidad estaba sumida en el terror, reunida en la playa Hanagaroal, rodeando a Llama y a los Tángata Manú, pues la tierra temblaba y rugía en forma casi permanente. A mediodía, la cascada que se despeñaba por las faldas del Rano Raraku se desbordó, las aguas cambiaron de color y, como había sucedido con la vertiente del islote, terminó sumergida en los intersticios de las rocas, profundamente agrietadas.

Los días siguientes fueron de zozobra; el olor a azufre impregnó el ambiente de toda Rapa Noi y los rugidos del Rano Raraku se sucedían sin interrupción. Hubo algunas casas que se desplomaron con el peso de las cenizas acumuladas. Los alcatraces atrapados por el torbellino caían aleteando y arrastrándose hasta morir. Sólo quedaron en pie los albergues en forma de canoa invertida construidos en Hanagaroal, en donde se refugiaron los ancianos y los niños.

Para neutralizar el embrujo, en aumento constante, desesperados se entregaron febrilmente a modelar pequeñas efigies de Llama en trozos de makoi, terminando en gran peregrinación a las dunas y al Rano Raraku, como en la ocasión pasada con ella en parihuela, para colocarlas en los salientes e intersticios de las rocas.

Mas, como inesperadamente se produjo una explosión que lanzó bolas incandescentes y masas de lava por los perfiles del cráter, todos salieron en desbandada —incluso Llama, quien saltó de la parihuela— y, abandonando a muchos que cayeron aplastados por las piedras, regresaron a la playa dando voces de espanto, mientras el Rano Raraku seguía detonando y expulsando emanaciones de humo y lava ardiente que avanzaba incontenible hacia la aldea.

A partir de ese momento todo se hizo confuso y dramático; al tiempo que las olas inundaban la playa y alcanzaban las dunas del litoral, el cráter del Rano Raraku estallaba por el costado del mar.

Dando escape a una colada gelatinosa y humeante que arrastraba bloques de roca y se abría paso en forma implacable por sobre los árboles, algunos monumentos de Llama, los restos de casas en forma de canoa invertida que quedaban en la aldea y parte del templo, para terminar, despeñándose sobre el acantilado, dejando una estela viscosa teñida de fuego y azufre color hierro viejo, cubierta de bombas que estallaban antes de caer al agua y levantar nubes de vapor.

La tempestad eléctrica y la fuerte lluvia que sobrevino después, le dieron al fenómeno carácter apocalíptico, originando corrientes espesas de agua y ceniza que se desbordaban estruendosamente, repugnantes para saciar la sed devoradora de las personas que corrían desesperadas dando gritos, de un lugar a otro, asfixiándose con la ceniza que inhalaban.

Algunos se salvaron huyendo a la playa Hanagaroal en donde todo estaba más tranquilo y embarcándose en las pequeñas piraguas, balsas, grandes troncos y canoas que encontraban para dispersarse mar adentro. Pirú Fuego y Ocllo,

quienes buscaban a Llama para llevarla consigo en su piragua, abastecida y fondeada junto a una duna alta del palmar, la vieron venir corriendo perseguida por los Tángatas y su séquito de mujeres, para sacrificarla con el fin de romper el embrujo del Rano Raraku, en previsión de que la profanación de que hizo objeto al templo, cuando pisoteó el forro de maute de Pirú Fuego, hubiese indignado al espíritu de la fuente hirviente. Llamándola con señas y gritos, ellos se adelantaron y pusieron a flote la piragua, mientras Llama se desviaba para alcanzarlos. Reunidos, a golpes de pagaya lograron internarse en un mar picado y tormentoso desde donde escucharon estruendosa explosión seguida de una nube ardiente expulsada por el cráter del Rano Raraku, la cual parpadeó con reflejos siniestros y, desplazado el aire con fuerza espantosa, lanzó hacia el mar convertidos en proyectiles a los árboles, los humanos y las construcciones que aún resistían. Las chalupas y otras embarcaciones atracadas sobre la arena fueron también arrancadas por el torbellino hechas astillas y los últimos nativos que quisieron salvarse volaron como briznas de insectos.

CAPÍTULO IX

Su nuevo entorno en adelante fue el espacio estrecho de una débil piragua con estabilizadores que navegaba ante un piélago sin fin, dependiendo su vida de utensilios inertes unidos a las cosas del mar: pagayas de madera labrada, anzuelos de hueso y varas de toromiro, dos cuchillos de obsidiana, una concha de tortuga y ceniza que les caía del aire,

mucha ceniza del Rano Raraku en el fondo de la nave, como testimonio de algo horrible cuya escoria les calcinaba los dedos de los pies y, a pesar de su ignorancia, se les entraba al corazón.

El plenilunio que iluminó las primeras noches iba dispersando las esperanzas de encontrar otras tierras cercanas, porque el mar era un cristal de luz. Del Te Muku Rapa ya nada aparecía y sólo el viento suave los arrastraba hacia el misterio, donde moraban la Luna y el Sol. Eran su única guía y, como nada quedaba atrás, el instinto les señalaba la ruta. Pirú Fuego tomó del fondo de la piragua un anzuelo de hueso liado a la vara de toromiro y lo sumergió en el agua; pasaron las horas y no cobraron nada. Para humedecer los labios resecos mojaban los dedos en el agua del mar. Así los sorprendió una noche más y la oscuridad contribuyó para que los venciera el sopor.

Cuando despertaron, la soledad era infinita y el mar apacible. Ningún viento agitaba la superficie, sólo rizada levemente por los reflejos de un calor sofocante que los mustiaba y por la estela imperceptible dejada al deslizarse la piragua junto a los delfines, impulsada por una corriente constante y profunda.

Al quinto día, una isla solitaria perfilada por altos arrecifes de coral surgió al amanecer. La bordearon turnándose la pagaya, casi exánimes, y sólo vieron acantilados y una densa selva en su interior; aves, muchas aves como en Rapa Noi, alcatraces y gaviotas que graznaban y revoloteaban y, hacia el poniente, el estuario de un pequeño río de aguas turbias y saladas represado por el flujo de la marea. Se hundieron en el túnel que se abría entre los árboles, cautelosos para proteger los flotadores de la piragua, y fondearon en un recodo cuando el túnel se estrechó, zambulléndose Pirú Fuego para arrancar de la maleza un bejuco y amarrarla. Mas, como los sorprendió la

noche, debieron permanecer en la piragua.

Al siguiente día fue poco lo que pudieron hacer, pues por efecto del reflujo bajó el nivel del río y la piragua encalló sobre una masa de líquenes y lodo. Como para quedar flote de nuevo debían esperar el flujo de la noche, optaron por explorar la selva, pero las serpientes y la espesura lo impidieron y debieron regresar. Sin embargo, aprovecharon para beber el agua fresca acumulada en las hojas de las plantas y llenaron la concha de tortuga. El hambre los asediaba y buscaron tubérculos y bichos; comieron serpientes, que abundaban. La situación empeoraba y pensaron en entregarse nuevamente al mar, pero una familia de nutrias marinas, que se deslizaba por la superficie del río, los detuvo; sumergiéndose lograron atrapar algunas que flotaban de espaldas adormiladas, recién comidas. Escarbaron y desenterraron bichos, lombrices, cangrejos y arrancaron matas de mandioca para almacenar en la piragua. Nuevamente saciaron sus vientres con agua dulce y, al salir al mar, vieron palmas cocoteras y arribaron a la orilla para desgajar cocos y cargar la piragua, la cual quedó flotando como las nutrias, pesada, fatigosa, lenta, buscando otro sitio para atracar. Comiendo algunos cocos y devolviendo los cortezones vacíos al mar, progresivamente se encontraron perdidos de nuevo, detrás de la bruma...

☆☆☆

Ocasionales golpes de pagaya ayudaban a la corriente profunda del agua a llevarlos siempre hacia donde moraba su destino, hacia el nido de la Luna y el Sol.

Pirú Fuego intentó golpear con la pagaya a los peces que se acercaban, pero ellos se escabullían. Puso coco en el anzuelo y nada obtuvo. Con la mandioca hubo mejores resultados; dos peces en un día. Los devoraron casi enteros, sin pensar en racionarlos. Insistieron los resultados fueron casi

negativos; sólo uno durante los días siguientes. Los vientres les ardían y Ocllo, tierna y cariñosa, remojaba la boca reseca de Pirú Fuego y la suya con agua de mar en los dedos, pero los labios comenzaron a agrietárseles hasta brotarles sangre. Entre amodorrada y lasciva entrelazaba su cuerpo con el de el, porque estaba en celo. Mas Pirú Fuego, esforzándose por sobrevivir, renovaba la mandioca en la punta del anzuelo para atraer a los peces y, entreabriendo los labios resecos para respirar, sólo encontraba, como cuando era infante, los labios amorosos de Llama regurgitándole en la boca el bolo de coco que masticaba, celosa de Ocllo.

Era como la fusión de tres formas emocionales de supervivencia en el seno de tres cuerpos para afrontar su recíproca atracción, presente en todos los actos de la sociabilidad y la familia, conductores de apetitos. Pero el sexo, siempre en ellas como un impulso vital, impuso su dominio. Era cuestión de instinto más que de conflicto. El silencio abismal y la quietud que los rodeaba excitaron sus carnes en la medida de su intensidad. Se atrajeron con este estímulo, buscando la fusión en la ternura, como la buscan las fuerzas primigenias de la materia en el abrazo, cuando no están cautivas.

El roce de la piel de Ocllo con la de Pirú Fuego y el olor a la brama que éste percibió en su sexo, más palpitante que el hambre, ante la soledad que los circundaba, los indujo a desearse. Ocllo lo intuyó, se acomodó y él la poseyó.

El acto impresionó las más vivas fibras emocionales de Llama, se encendió su apetito hacia Pirú Fuego, al tiempo que el hambre que la consumía la impelía desear comer el muslo carnoso de Ocllo, mientras Pirú Fuego caía en un sopor absoluto, profundo, con Ocllo siempre enredada en su cuerpo.

Un abanico palpitante de colores tendido sobre el mar

se rizaba al vaivén de las olas que formaba el viento, cuando el sol dejaba atrás sola a la luna, hacia cuyo nido seguían el rumbo, para que retrasara la atmósfera de sombras que se les venía encima. Era una noche voluptuosa y plateada, pero el hambre y la sed la volvieron sueño. Por fortuna, el tiempo se mantuvo sereno, propicio para subsistir.

De madrugada, el verde brumoso del mar se rasgó y quedó la estela; una filuda aleta negra de tiburón merodeaba la piragua.

—¡Atua mago! —clamó Llama.

Ocllo, que dormía con la mano descolgada por la borda, se despertó e instintivamente la encogió, pero Llama, como un felino, se le abalanzó feroz para impedirle defenderse del tiburón y lucharon en el fondo de la nave, casi hasta hacerla zozobrar. Ocllo le hincó los dientes en una oreja y le cercenó un fragmento de cutícula, que arrancó a Llama un grito de rabia y de dolor y la dejó quejándose y llorando con la mano en la herida sangrante, mientras Pirú Fuego se despertaba y, antes que Ocllo se tragara la cutícula, le hundió los dedos en la boca y se la extrajo. La fraccionó con sus dientes y la ensartó como camada en el anzuelo.

Llama quedó llorando lastimeramente con el hombro y el pecho ensangrentados; Ocllo la miraba entre recelosa y apesadumbrada, pendiente de ayudar a Pirú Fuego a sacar peces con la vara en el agua. Al filo del mediodía lo vio cobrar un enorme róbalo; abierto por el vientre, ávidos de agua, lo sumergieron en el mar y lo ingirieron masticándolo a templenes. Con el resto de la cutícula, al día siguiente tomaron otro; se sintieron mejor, pero la sed los doblegaba y, para humedecer la boca reseca, se ayudaban pasándose los dedos mojados por los labios, ya partidos y sangrantes. Después vino un calamar que apareció adherido a la piragua y otros peces

atraídos con callosidades del talón.

☆☆☆

¡Una ancha sombra a barlovento! Pero la debilidad de sus cuerpos les impidió impulsar las pagayas para acercarse y, como era su fe, se entregaron como siempre a la voluntad de los Procreadores del Mar. Sólo consiguieron dar un giro a la piragua y colocarla de popa al lugar de la visión, por donde solían salir de madrugada el sol y de noche la luna para enseñarles el sendero; esta constancia casi maternal a la postre los indujo a dar a estos astros contenido divino, mirándolos como el padre Sol y la madre Luna y ellos sus hijos. Pero al día siguiente, cuando el padre Sol sopló su luz y les despejó el mar, todo indicio de tierra se había esfumado.

No es que estuvieran sumidos en la desesperación, porque esta reacción no tenía cabida en su mente imprevisiva por naturaleza, sólo acondicionada para luchar hasta perecer, como las plantas. No obstante, desaparecida la visión, su última esperanza, en tomo a su piragua ya nada les quedaba como apoyo para subsistir; pues hasta la vara de pescar sumergida, sin camada para los peces, sólo vibraba cuando alguno se acercaba y al girar para alejarse la azotaba con la cola. Escurridos en el fondo de la piragua, ocasionalmente se movían porque no podían más, separaban los labios resecos, parpadeaban y volvían a aletargarse.

La piragua navegaba arrastrada por la corriente profunda de un mar que se había transformado en agua fría, en oleaje agitado y permanente impulsado hacia el norte y en bruma superficial, diseminada a ratos para tomar más densa y pesada. Insensiblemente se acercaban a una pequeña isla de rocas volcánicas, sobre la que se levantaba un farallón que descendía hasta un estrecho atracadero rodeado de dunas y un bosquecillo de palmas, mariguanos y pinos —su única

vegetación— que daban sombra a una lagunilla formada en un cráter con las escasas lluvias que caían en la región. Los peces comenzaban a saltar en la superficie del agua y bajo los acantilados había nidos de cangrejos y langostas.

La frescura del ambiente y los graznidos de los millares de alcatraces que revoloteaban por los alrededores atrapando peces y anidando en las dunas, los reanimaron, pues creyeron estar muy cerca del país de la Luna y el Sol. Con gran esfuerzo consiguieron sentarse y, al correr la vista alrededor, se llenaron de asombro y abandonaron la piragua para empujarla entre todos sobre las arenas de la duna, en el atracadero.

Mientras Llama con la oreja herida supurada se arrastraba como una foca y se quejaba de dolor, Pirú Fuego y Ocllo resbalaban y daban traspiés sobre el guano aceitoso que cubría la roca para acercarse a la laguneta rodeada de alcatraces y beber grandes sorbos con la cara hundida en el agua. Quedaron todos tendidos, inertes, entre el sopor y la debilidad. Cuando despertaron, se entregaron a escarbar las rocas y a consumir cangrejos y camarones.

Comenzaban a sentirse bien y amparados por las caricias cálidas del padre Sol y la madre Luna, recuperándose de las heridas, comiendo y bebiendo en abundancia, acurrucándose el uno contra el otro y cubriéndose con las hojas de mariguano para acondicionarse al frío que nunca habían sentido, cuando un violento remezón dría tierra los dejó atónitos, invadidos de pavor. No se habían recuperado, cuando vino otro más fuerte que agrietó el farallón y desplomo sobre la laguneta una pesada roca que lanzó chispas de agua alrededor.

Dominados por el pánico, recordando la catástrofe de Rapa Noi, tomaron la piragua y se abandonaron a la corriente del mar.

☆☆☆

Se dibujaba el novilunio despejado, abovedado en la cima de una cordillera hundida en un mar encrespado y espumoso que se estrellaba en los acantilados, cuando apareció la piragua de Llama y Pirú Fuego con Ocllo navegando al garete entre islotes y arrecifes chorreados de guano, en la desembocadura de un río caudaloso desprendido de la montaña, que deslindaba el mar con el país de la Luna y el Sol. Era el tiempo de la inmigración de los cucos y los chorlitos grises, unidos a las bandadas de alcatraces y gaviotas que abastecían sus buches lanzándose en picada sobre el mar, para surgir radiantes revoloteando con un pez en el pico.

Pero el mar no estaba solitario; aquella tarde llegó una enorme balsa fabricada con palos de ochroma empujando pilas de troncos para construcción que, como los chorlitos grises, se unió a multitud de hombres de piel oscura que atrapaban peces de los millares que saltaban entre las olas, cabalgando pequeñas canoas construidas con haces de juncos tubulares de zacate totora, impulsadas con pagayas dobles, para pagar con ellos el impuesto que les cobraba el Gran Cacique Guanuco —residente en Tiahuanaco, situado en lo alto de la cordillera—, por la parcela de tierra poseída para tener derecho a disfrutar la aldea que reunía a los habitantes de esa provincia, cuya autoridad regional representaba un gobernador.

Cuando los balseros divisaron la piragua balanceándose y golpeando el arrecife peligrosamente, dos de ellos pusieron a flote una canoa auxiliar que iba amarrada junto a la choza de la balsa y en ella se acercaron cautelosos. Eran jóvenes como los pescadores del mar y llevaban taparrabos amarrados a la cintura con chumbes o lujas de lana.

—Huarmi... Runa..., —repetían, al tiempo que

bordeaban la piragua, con temerosa curiosidad, indicando que eran “hombre” y "mujer”.

Miraban al cielo y, señalando con las manos extendidas a la luna que se desplazaba hacia las montañas del oriente y, hacia el ocaso, el disco del sol enrojecido descendiendo atrás del mar, añadían:

—Vira Cocha... Vira Cocha... —sospechando que fuesen la encamación de un personaje legendario que esperaba su pueblo, venido del mar.

Terminaron remolcando la piragua hacia la playa y la empujaron cuidadosamente sobre la arena, junto a una pradera surcada de palmas cocoleras, donde pastaba un grupo de llamas pastoreadas por una mujer vestida con larga falda y un manto tejidos en lana de alpaca, que amamantaba a una wawa*, sin dejar de masticar hojas de coca con cal. A su lado, acumulados había montones de guano para transportar y, a poco trecho, una construcción de grandes piedras talladas, especie de albergue de viajeros bajo cuya sombra dos mensajeros chasquis esperaban sentados el pescado fresco para partir de regreso a Tiahuanaco, por el camino del río Locumba.

En ese momento, bajando por el estero del río llegaron cargueros tiahuanacos en pequeñas canoas similares a las del mar, vestidos con taparrabo, camisón y faldilla de lana fajados a la cintura con un chumbe. Haciendo caso omiso de la presencia del jefe guerrero de la provincia, un hombre corpulento que se acercó donde los náufragos para observarlos, los cargueros acomodaron sus canoas en un rincón del tambo, regresaron al río y escupieron el bolo de coca que venían masticando, se enjuagaron la boca y, sacando más hojas de coca de entre el bolso que llevaban al cinto, se la llenaron de nuevo. Sin detenerse a tomar descanso, enlazaron las llamas que pastaban en la pradera para enjaezarlas y cargar el guano

que debían transportar de inmediato a Tiahuanaco, mientras los cuerpos inertes de Llama, Ocllo y Pirú Fuego eran sacados de la piragua por los pescadores y trasladados cuidadosamente al tambo, en donde los tendieron sobre pieles de llama, junto a la lumbre que ardía en el centro.

Sin demora, el jefe guerrero llamó a un médico Shamán que se encontraba masticando hojas de coca acurrucado en una piedra, para que examinara a los náufragos. El Shamán dispuso auxiliarlos con sorbos de aguamiel sin fermentar y mucha agua, papa seca molida o chuño y trozos de pescado con carne cecina. Mientras el guerrero chupaba un cartucho de hojas de tabaco encendido y soplaba humo sobre los cuerpos de los náufragos; Ocllo y Pirú Fuego se reanimaron y por señas pidieron más aguamiel. La pobre Llama, dando señales de mucho dolor en la oreja supurada, ardía de fiebre y se negaba a tomar lo ofrecido.

—Acapana ayapacha... —murmuraba repetidamente el Shamán con un gesto de asco y temor, refiriéndose a un mal de la región que los tenía consternados, y la volvió a examinar.

Aislaron a la enferma en un cobertizo a orillas del estuario del río y el Shamán le limpió la oreja con infusión de huayra huayra, mientras que el guerrero regresó con un trozo de resina molli y se la aplicó en la herida9. Mas como, a pesar de todo esto, la enferma seguía mal, fue despachado a Tiahuanaco, con un haz de cordones anudados, un mensajero chasqui para informar al Cacique Guanuco de lo acontecido, no sin observar la posibilidad de que los náufragos fuesen Vira y Cocha.

Como último recurso, el Shamán tomó la determinación de intervenir quirúrgicamente a Llama. Vino el guerrero y, concentrándose ante un cúmulo de piedras, evocó mentalmente a su dios, a Pachacamac. Fue suficiente el murmullo de esta

palabra, para que Ocllo y Pirú Fuego la asociaran con Prajapaty y, lentamente, repitieran:

—Pajchacamac... Pajchacamac...

Cumplida la ceremonia, el Shamán extrajo del gran bolso que llevaba al hombro, utensilios de oro en forma de pequeñas palas que dejó a su lado y una totuma llena de agua. Después un puñado de hojas secas de coca, las desmenuzó entre las manos y, remojándolas con el agua de la totuma, escurrió el zumo en los labios de Llama, hasta que la dejó adormilada.

—Tumi, surcuni quia chupu (Tumi, sacar pus tumor)—, musitó mientras se golpeaba la frente y miraba la jigra del jefe guerrero colocada a su lado. Extrajo de otra mochila llevada al cinto hojas de tabaco secas, huayra huayra y más utensilios metálicos. Escogió una especie de cuchilla o escalpelo y, sin otro miramiento, le abrió a Llama el tumor formado en la oreja para extraerle la maleza. Le lavó la herida con infusión de huayra y, con el apoyo del Shamán, la acostó cuidadosamente sobre la piel de ciervo rufo que le tendieron en el suelo, junto a la lumbre.

☆☆☆

La desventurada Llama expiró de madrugada, con la boca de Pirú Fuego pegada a la oreja enferma como una sanguijuela para aliviarle el dolor; estaba consternado de pena viendo a su madre sufrir hasta quedar inmóvil y fría, el cuerpo sin espíritu.

Aunque su muerte no mutilaba ningún grupo familiar del Cacique Guanuco —pues su espíritu debió volar a través del mar para reunirse con la abuela Mujer y con el Viejo Pirú en algún lugar de Tuamotú—, el Shamán asumió las funciones religiosas para despedirla al mundo de los que quedaban

inertes. Era preciso no disgustar su cuerpo para no incurrir en maleficio.

Lo primero era guardar luto; la mujer recién parida que los acompañaba con su wawa se cortó el cabello y los demás bebieron aguamiel fermentada y danzaron saltando alrededor del cadáver, mientras un grupo de pescadores cavaba la fosa, larga y profunda, a la orilla del estuario. El Shamán flexionó el cadáver hasta conseguir unir las rodillas a la barba, lo envolvió en una manta blanca de algodón liada con un chumbe y, ayudado por el jefe guerrero, fue depositado sentado en el fondo de la piragua y puesto en la fosa. Ocuparon el espacio libre con ollas llenas de aka o chicha, carne cecina, papa en polvo y mazorcas de maíz; la techaron con gruesos troncos de chonta y la cubrieron con tierra, arena y pedazos de roca, de roca.

Ocllo lloraba a gritos y se revolcaba en el suelo mientras Pirú Fuego presenciaba la escena con gran tristeza, intensamente mudo, hasta que de súbito rompió a llorar como un niño. Desde ese momento Llama pasaba a ser Huaca o espíritu y todos se concentraron ante su tumba sumidos en un arrobamiento profundo, con la mirada en las piedras, al tiempo que musitaban la palabra divina:

—Pajchacamac... Pajchacamac...

☆☆☆

Prácticamente prisioneros de los diez guerreros al mando de un Jefe Mayor, obedeciendo las órdenes de Guanuco venidas de Tiahuanaco como respuesta al mensaje enviado por el gobernador, siete soles más permanecieron Pirú Fuego y Ocllo en la costa comiendo en abundancia, recibiendo los cuidados del Shamán y aprendiendo a masticar hojas de coca con cal.

Con el brillo azul del planeta Venus, emprendieron la marcha siguiendo la orilla del río Locumba, formando parte de una caravana de arrieros y llamas cargadas con guano. La mujer con su wawa envuelto en manta de algodón fajada con chumbe llevado a la espalda, silenciosa seguía atrás de la caravana con un trotecito menudo y constante, hilando lana sin cesar.

Cuando llegaron a las primeras lomas de la cordillera, en previsión del frío y el soroche, detuvieron la marcha para enjuagarse la boca y llenarla con hojas de coca y llucta10. Después, como cumpliendo un ritual, abandonaron la orilla del río y tomaron una senda para iniciar el ascenso a los grandes cerros, por entre hondonadas cubiertas de vegetación frondosa y la fragancia hechizante del amancay. La senda era angosta, labrada a lo largo de una cadena de colinas rocosas, en los contrafuertes de la Cordillera Negra, con trechos difíciles, especialmente para las llamas que debían hacer un gran esfuerzo al saltar los barrancos con el peso de la carga.

Aunque antes de salir el gobernador les había dado gruesas mantas de lana de alpaca y un anaco para Ocllo, el escozor que la lana causaba a sus cuerpos acostumbrados a permanecer desnudos los obligó a rechazarlas; mas, a poco trecho, lejos del calor del mar, el frío arrastrado por el viento que soplaba de las cimas, novedoso para ellos, les dificultó caminar y debieron cubrirse. Tampoco tuvieron sosiego y, como se retrasaban y a menudo tropezaban y caían de bruces, terminaron refugiándose en un tambo de montaña, a pesar de no haber finalizado la jomada. Había patatas, maíz verde en abundancia y carne cecina colgada sobre el brasero, avivado con el estiércol seco de los cuyes que correteaban y roían pasto y cáscaras de papa dispersas en los rincones, formando tremenda algarabía con su estridente “cuí... cuí...”.

Provistos de los pasamontañas con que el jefe guerrero reforzó su indumentaria e instados para que masticaran más coca con lluctas, al día siguiente, cuando el sol calentó la comarca, reanudaron la marcha. Por una región de colinas sucesivas se enroscaba ahora el sendero y, después de mediodía, coronaron la cima y se detuvieron en el segundo tambo, última jornada para llegar a un puente de enormes cables colgados sobre el cañón del río Locumba. Este tambo dominaba un vallecito de alfalfa y cactus gigantes, junto a una vertiente iluminada con el rojo y blanco purísimo de las begonias crecidas en los contornos.

Escupieron la coca y se enjuagaron la boca, comieron papa seca molida con aguamiel, carne cecina y, sentados en círculos, con la mirada perdida en el horizonte, descansaron absortos. Fue la primera vez que Pirú Fuego y Ocllo contemplaron atemorizados montañas nevadas y peñascos hundidos en las nubes, fantásticos para su pensamiento.

Se preparaban para reanudar la marcha, cuando fueron sorprendidos por una manada de alpacas que pasó a la estampida agitando su hermoso pelambre castaña y desapareció en el interior de un cultivo de papa, de donde voló espantada dando alaridos una nube de periquitos copetones. Las nerviosas alpacas miraron alrededor, entornaron las orejas y se entregaron a pastar y pisotear las matas. La naturaleza agricultora propia del ancestro de estos nativos les infundió un impulso irresistible de abalanzarse a defender el cultivo y, sin vacilar, desaparecieron dando voces para ahuyentar a los animales. Quedaron las llamas cargadas con guano, al amparo de Ocllo y Pirú Fuego, circunstancia que éstos aprovecharon para desaparecer por la espesura y remontarse en dirección al mar. hacia donde huyeron del frío.

Se refugiaron en una casa de piedras, resto de un

antiguo tambo ya tragado por la maleza, en un meseta o vallecito cerca de la costa, contigua a una quebrada tributaria del río Locumba, a la vera de un antiguo camino abandonado, perdido en la manigua.

Arrancaron bejucos y matojos y acondicionaron un espacio, en donde se reclinaron a descansar y a tratar de pensar.

En los primeros días merodearon por los alrededores cosechando mandioca, maíz tierno silvestre, frutos y papa que hurtaron en el primer cultivo que encontraron; mas el frío y, sobre todo, la avidez de carne los indujo a regresar al tambo del camino, donde habían acampado con los guerreros, aprovechando que estaba solitario. Comieron toda la carne cecina que colgaba del zarzo, bebieron aguamiel fermentada y, sin dejar las totumas que la contenían, recogieron lo que hallaron, las mantas y los cueros de ciervo tendidos para dormir, formaron fardos que amarraron con bejucos y cargaron al hombro, alejándose del lugar con la lumbre en tizones encendidos tomados de los braseros. Se escabulleron por el monte adentro en dirección al refugio de la manigua.

La construcción de este refugio era adecuada para permanecer escondidos mientras los olvidarán los guerreros y ellos se recuperarán de las vicisitudes que aún los postraban, cansados y adoloridos. Sin embargo, cuando se aventuraban a alejarse, todo les era adverso: las víboras que infestaban la maleza, el puma que los acosaba sin cesar agazapado entre las ramas de los grandes árboles, las hormigas y lagartos venenosos que invadían sus cuerpos si se abandonaban rendidos por el sueño y el soroche. Regresaban muchas veces hambrientos, imposibilitados por falta de armas para atrapar animales que les dieran carne.

La solución la encontraron asaltando a un mensajero chasqui que subía trotando los desfiladeros para llegar al

puente colgante sobre el río Locumba; lo mataron por detrás con un garrotazo asestado en la nuca. Sólo pudieron tomar de los enseres que llevaba una maza con bola de metal en forma de estrella y la honda con piedras cargadas en la mochila entre hojas de coca y la pequeña totuma con llucta. Lo demás, el caracol y un bastón de chusque para llevar el haz de cordones o quipu portador del mensaje, lo abandonaron con el cadáver despeñado sobre el río, que ese día bajaba torrentoso, para que los arrastrara el mar.

Lunas después repitieron la hazaña por la noche, sorprendiendo dormidos en el albergue de la sierra a dos guerreros de Guanuco. Los despojaron de sus mantas, sus pasamontañas, sus mochilas, sus largas y filudas lanzas, sus chaquetas de algodón reforzado para escudar el pecho de los golpes en la lucha. Comieron hasta saciarse y, como de costumbre, llevaron consigo dos ollas de barro cocido, sal, hojas de coca y los cuyes que pudieron atrapar acorralados en los rincones.

Con el tiempo se transformaron en nómadas salteadores, conocedores de todos los tambos donde encontraban comida, temidos por los cultivadores de papa y de coca, por los mensajeros chasquis y los arrieros que subían a la costa llevando llamas cargadas con guano y hasta por las apacibles mitas habitantes del poblado contiguo al cañón del río Locumba, antes de iniciar el ascenso al Puno. Estas mitas tenían la misión de controlar el paso del puente a los viajeros y mantener en buen estado los gruesos cables de lana, fibras y algodón, pagando con este servicio al Cacique Guanuco el derecho de vivir en el poblado, explotar las tierras aledañas, criar llamas y cultivar coca, como las del tambo de la costa.

Así transcurrieron las cosas, hasta que un día Ocllo descubrió que su vientre crecía y a su ánimo llegaba una

pasividad inexplicable. Se encontró embarazada para huir ágil y vital cuando la situación apremiaba y le hastiaba Pirú Fuego cuando le buscaba el sexo. Permanecía en el refugio soñadora o iba a la cañada y bebía mucha agua, para regresar a dormir en un rincón o acomodarlo con paja y cueros secos, dejando para Pirú Fuego la misión de buscar los alimentos y matar animales montaraces.

Fue con una luna llena y una hermosa noche de estrellas, como aconteció en Saibay en los remotos tiempos de Mujer, la progenitora, cuando vinieron a unirse a la errante pareja los primeros wawas. Un par de mellizos, macho y hembra. Los distinguieron como Ayar —que es quina silvestre— al varoncito, y Ocllo como la madre, a la hembrita. A la usanza de los nativos, la madre Ocllo los envolvía en mantas de las hurtadas en los tambos, para llevarlos uno junto al otro a la espalda, fajados con chumbes urdidos por ella con lana de alpaca. Ya mayorcitos, los separaron y repartieron padre y madre, para enseñarles a vivir y a defenderse, siguiendo las tendencias del sexo.

Ocllo, la hembrita, creció llorona y robusta. Era tierna y, desde cuándo comenzó a gatear, mientras Ayar Manco aprovechaba su ausencia del regazo materno para chupar la leche del pecho a ella reservada, Ocllo se distraía jugueteando en el lodo y el polvo con las bolas de lana usurpadas en los tambos de los alrededores por su madre, con las que ésta, a imitación de las hembras nativas, tejía pasamontañas para abrigar sus cabezas cuando el viento arrastraba el frío de los cerros.

Ayar Manco, a su tumo, del brazo de su padre, crecía y vociferaba durante las correrías que éste hacía para cazar animales y robar alimentos en los cultivos, participando de una u otra forma en sus aventuras, con frecuencia azarosas cuando

enfrentaban a los guerreros. Entonces desaparecían como una exhalación monte adentro o cañada abajo. También aprendió a usar la honda y la pica, a olfatear a los animales cuando se acercaban y a conocer las plantas comestibles y las curativas.

Pero no sólo el entorno ambiental los absorbía; también concurrieron factores culturales que fascinaron su incipiente inteligencia. Aunque los gruesos cables del puente, algo así como enormes serpientes pitón colgadas, infundían a sus espíritus sentimientos de temor y, con el transcurso de los días, su imaginación los convertía en mitos embrujados y distantes, la presencia de humanos en el poblado de la otra banda siempre atrajo su interés y los condujo con frecuencia a sus inmediaciones, desdeñando los peligros que corrían si los descubrían. Se escondían en los montes vecinos y disfrutaban observándolos ejecutar sus faenas cotidianas, escuchando sus voces y sus gritos, mirando a sus hembras sentadas en las piedras amamantando a sus wawas y a las infantas juguetear con pedruscos y corretear por los contornos.

Ocasionalmente se aventuraban hasta los muros de roca que formaban los contrafuertes del puente y, acurrucados bajo su sombra, captaban sus palabras al pasar y se alejaban repitiéndolas. Al día siguiente regresaban y se acercaban más por entre el monte, tratando de descifrar el significado que tenían, apoyados en los gestos y ademanes con que las acompañaban. Así llegaron a entender muchas palabras sustanciales: a las mitas los llamaban “puric”, al puente de cables le decían “chaca”, a la aldea “marca”, a los pasamontañas "callas”, a la región donde vivían “ayllu” y a la carne cecina “charqui”. “Chuñu” era papa seca y molida, “yacolla” las mantas y ruanas de lana, "quipu” los cordones anudados para enviar mensajes con los chasquis o correos. A la miel y al maíz fermentado los denominaban “aka”, a la mochila

para llevar enseres “shigra”, a la falda de las mujeres “anacu” y a las doncellas “ñustas”.

***

En ese ambiente hostil, rodeados de dificultades y peligros, ladina y rastrera como los animales del monte, la pequeña familia tomaba contornos de tribu y se acomodaba cada día más profundamente al territorio donde moraba. Pero en esta especie de libertad encontraba una indeterminada ansiedad. En la intimidad de sus miembros había algo parecido al cansancio y la desolación, algo que ellos liberaban mirando absortos alrededor en pos de un espacio permanente y propio, sin guerreros de Guanuco y sin zozobra, como el cálido refugio del antiguo tambo escondido en el monte donde guardaba sus pertenencias, la recíproca y sensual atracción de la soledad, el deseo sincero y vital de abrazarse y poseerse y el dulce murmullo permanente del llanto de los wawas el día inolvidable en que parió la madre Ocllo y Pirú Fuego, el viejo padre, la auxilió.

Todo este haz de sentimientos se confundía con el juvenil corazón de Ayar Manco cuando le vino la pubertad con sensaciones extrañas y vellosidad en el sexo. Llegó un momento en que los sueños ocuparon su fantasía y su mente pura e ingenua lo condujo lejos de sus padres, porque quería explorar el país de donde venían la Luna y el Sol, o en donde nacía el Viento, o en donde se refugiaban las nubes para entregar el cielo al verano. Fue la forma de emanciparse, instintivamente justificada cuando tomó conciencia de lo que hacían las llamas cuando iban por parejas o sorprendió a su padre Pirú

Fuego, poseyendo a la madre Ocllo agachada, con las ubres colgadas sobre una mata de poa a la orilla de la cañada. Suspendieron de improviso cuando parado ante ellos, él los

miró sumido en una exaltación inexplicable y, alterado, se perdió en la manigua, dedicado a cazar y a comer.

Aquel día lo encontró la noche vagando como lo hacían sus padres por los alrededores del puente de cables y se quedó en el monte, junto a una vertiente que moría hecha cascada, despeñada en el Locumba, contigua a los muros del contrafuerte.

Despertó a la madrugada con un ruido en la vertiente. Era clara la mañana y vio por entre el rastrojo a una agraciada infanta, a una ñusta llenar con agua unas totumas que llevaba en la jigra. Colgadas de su cabeza en la espalda, regresó al poblado saltando alegremente por sobre las cenchas del puente. La fugaz escena lo subyugó y tuvo la virtud de poseer su mente bajo la obsesión de volverla a ver. Nunca había experimentado una sensación semejante y, desde aquella mañana, después de vagar buscando alimentos entre los árboles y cazando animales, regresaba a su rincón de monte, que se le hizo familiar.

Largo tiempo permaneció entre alisos, guindas y zarzas que se enredaban a su cuerpo, acechando el regreso de la ñusta. Aunque en varias ocasiones vio su figura ligera y vivaz surgir del poblado como en el primer día, cruzar el puente y caminar distraída hacia la vertiente, no se atrevió a acercársele, temeroso de los efectos perniciosos atribuidos por sus padres al puente y a los humanos que habitaban sus contornos.

Mas, todas estas impresiones que turbaban su voluntad se dispersaron cuando la ñusta reapareció días después. Como una fantasía; parada junto a la cortina de algodón que cubría la entrada a una vivienda del poblado, alineada con las otras casas a lo largo del sendero. Lo obsesionó por cortos momentos el conjunto de construcciones de piedra, como cuevas, sin ventanas, techadas con haces de paja torora, semejantes a los

tambos del camino, en medio de los cuales la ñusta volvió a desaparecer, como en otras ocasiones, dejando en su espíritu una dolorosa frustración.

Tuvo el impulso de huir del lugar, desesperado y rabioso, pero la ñusta reapareció detrás de un grupo de arbustos. A Ayar Manco le saltó el corazón cuando la vio caminar hacia el puente, cruzarlo como de costumbre y acercarse a la vertiente. Se inclinó y comenzó a llenar las totumas que llevaba y él se dejó conducir cauteloso hacia ella, inconsciente de sus movimientos. Hizo un ruido que le sobresaltó y ella lo volvió a mirar con sus enormes ojos negros, brillantes, asustados. Trató de huir y Ayar Manco la tomó de los brazos y la retuvo. Lucharon y se abrazaron sintiendo sus cuerpos evasivos, anhelosos, hasta que rodaron sobre el agua y los pedruscos, sin causarse daño. Ayar Manco se esforzaba con una mano sobre su boca para impedirle gritar y hacerla entender que nada malo le iba a hacer, hasta que fluyó a su semblante juvenil una sonrisa, el más bello signo del espíritu cuando lo enciende la ternura.

La ñusta cesó la resistencia y quedaron los dos inmóviles, mirándose con fijeza, con serenidad. Ayar Manco sólo acertó a soltarla y, sin levantar el cuerpo, le acarició el rostro, suavemente. Sin desearlo, con recíproca delicadeza se separaron y, de súbito, como quien despierta de un sueño, la ñusta también sonrió y huyó hacia el puente. Él se quedó inmóvil siguiéndola con la mirada.

Días después, el reencuentro fue inusitado. Temeroso, alimentaba en el corazón la idea de tomarla para sí y huir con ella a lo más lejano de la montaña. Fue sigiloso al tambo de sus padres y sustrajo un largo chumbe para fajarla a ella si se resistía y raptarla llevándola al hombro como un fardo.

Pero la ñusta, desolada junto a la vertiente, lo esperaba

también. Fascinados por el olor que emanaban sus cuerpos, se acercaron y sonrieron. No vacilaron en acariciarse. Se tomaron de la mano y se alejaron corriendo hacia una gruta en la manigua, que Ayar Manco había acondicionado como un nido.

Se le entregó por primera vez, cuando ella se arrepintió y trató de huir y él la alcanzó y la estrechó cálidamente para impedirlo. Sus cuerpos ardientes y sólidos enredaron sus ramas y se adhirieron con la sensualidad de dos bejucos.

Notas

Wawa: bebé.

CAPÍTULO X

Reanudada la persecución por los guerreros de Guanuco, apoyados con las mitas del puente desde cuando desapareció del poblado la ñusta Cuillar, el grupo debió desplazarse al interior de la montaña a abandonar su refugio del antiguo tambo, en donde corrían peligro ¿e ser aprehendidos. Cuillar los guío y se sentaron en un vallecito culto, de clima templado, a la orilla de un riachuelo afluente del río Moquegua, rico en alimentos y matas de algodón, papa y cebada, levando cuyes, una pareja de llamas apareadas y los enseres y tantas que tenían acumulados de tiempo atrás, producto de los aqueos a los tambos.

En este apacible lugar transcurrieron algunos años y la familia se multiplicó. De Ocllo, la madre, nacieron en partos diferentes las fainas —tres wawas hembritas más—. Y, de Ayar Manco en la ñusta Cuillar, tres machitos: Sinchi, Tocay y Lloque.

El destino de esta pequeña tribu estaba señalado en forma de una comunidad elemental, cuando comenzaran a aparearse machos y hembras como aconteció con la prole de Mujer, en la Cueva del siento, presas de una regresión cultural inexorable, cada día más ^riscos y feroces como las bestias, si acontecimientos, no por naturales y menos perturbadores, no obran en sentido diferente.

Hundidos en la naturaleza elemental de esta comarca, el crecimiento de la prole depredó los recursos para la subsistencia y, a imitación de los nativos, ensayaron cultivos de papa y maíz; mas, romo las papas no nacieron y el maíz brotó como incipientes hojillas de lento crecimiento, debieron emigrar. Durante la aventura una serpiente mató a Tocay y lo dejaron enterrado convertido en huaca, cubierto con piedras, mientras el rebaño de llamas que había engendrado la primera pareja, llevada a pastar a la orilla del riachuelo, terminó

remontándose también.

Sin proponérselo, cargando en sus hombros las jigras y enseres que tenían, emigraron hacia los lugares que les fueron familiares y, siguiendo el curso de un tortuoso cañón, llegaron nuevamente al río Locumba. Fue para ellos una emoción desconocida y grata encontrarse ante el puente de cables y el poblado donde vivían los padres de Cuillar, cuando exploraban el lugar para ascender a la parte alta del ayllu de Cundare, en momentos en que una sorpresiva borrasca de verano los obligaba a buscar refugio. Impulsivamente corrieron a cruzarlo para guarecerse en el cobertizo donde acampaban los chasquis, y un puma gigantesco les cerró el paso, agazapado en una rama, presto para atacar a Ayar Manco. Su padre se interpuso con la lanza apoyada en el suelo cuando lo vio saltar, quedando la fiera ensartada, rugiendo y revolcándose hasta morir. El suceso permitió al grupo reanudar su carrera sobre las cenchas del puente y, amparados por la lluvia torrencial que aún caía, deslizarse sin ser vistos y esconderse en el cobertizo, en donde encontraron totumas con aguamiel y papa molida.

Cuando cesó la tormenta, se vieron sin salida; por el puente no pudieron regresar porque en él las mitas del poblado examinaban el estado en que habían quedado los cables y las cenchas del piso y, hacia la cima, los amenazaban los vientos gélidos que soplaban de la parte alta de la cordillera. Optaron por escapar a la loma por entre el monte antes de ser descubiertos, desde donde tendrían amplia visión para orientarse. Mas, llegada la noche, durmieron acurrucados el uno junto al otro, ocultos en rastrojo de espinos, sobre haces de paja paramuna, después de devorar los restos del chuño que llevaban en sus jigras. Allí formaron un conjunto con gruesas mantas de lana de alpaca rebujadas moviéndose al ritmo de la respiración y del sueño, protegidos por una montañuela de

quinos silvestres que se perdían en un horizonte brumoso de heléchos y cactus gigantes, matizados a intervalos por los vivos colores de la flor de pluma.

☆☆☆

Despertaron sobresaltados por un grupo de guerreros del Cacique Guanuco, observándolos en actitud enigmática. Iban armados con maza, escudo redondo de madera forrado en cuero de tapir, honda, macana al cinto y grueso chaleco de algodón para protegerse el pecho. Pirú Fuego tuvo el impulso de defenderse con el apoyo de Ayar Manco, quien gruñía y arañaba como gato montés al jefe de los guerreros, un fuerte brazo negro que golpeó a Cuillar porque no se dejaba arrebatar al pequeño Lloque, pero terminaron siendo fácilmente dominados, mientras la madre Ocllo con su hija mayor y las Mainas temblaban de miedo apretujadas entre las mantas. Amarrados como fieras, a empellones fueron obligados a partir a Tiahuanaco.

El espectáculo que ofrecía esta extraña ciudad engastada en un valle desolado, cubierto de pantanos y helechales, pero maravillosos con su gran lago, sus cerros nevados y colinas dispersas, sus abismos a trechos y el volcán Tapia al oriente, humeante y tranquilo, era imponente a la mirada siempre absorta de Pirú Fuego y de la madre Ocllo cuando se detuvieron para descansar en el tambo de la primera jomada, en donde los guerreros que los custodiaban se presentaron ante un Guerrero Mayor que vigilaba el lugar. Después de ser éste informado de los pormenores de lo acaecido, tomó de su jigra un haz de cordones de lana iguales a los de los chasquis y, después de anudarlos en diferentes sitios y atravesarles palillos para escribir el mensaje la entregó el guerrero que parecía comandar el grupo.

Dos formidables guardianes armados con largas varas

de punta metálica les dieron paso, levantando con una especie de polea el pesado herrón de piedra que trancaba la puerta de bronce de un ancho pórtico, original estructura monolítica labrada en ruda tranquila, decorada con tallas en forma de picos de cóndores y de serpientes que rodeaban la figura deslumbrante de Inti, el dios Sol, sosteniendo dos cetros o bastones de mando para defender a la ciudad del constante asedio de sus consuetudinarios enemigos, los indomables pi cunches del Gran Jefe Auka, venidos del sur.

Por entre una serie de pequeñas pirámides y edificaciones escalonadas y cuadrangulares levantadas en traquitas y techadas con cúpulas pajizas, por cuyos vanos cubiertos con cortinas de lana semejantes a los que habían visto en la aldea del puente, se asomaban los rostros de los moradores, mientras avanzaba el grupo observado también por las escasas personas que transitaban la calzada, corpulentas, vestidas con grandes mantas y faldillas sobre las piernas, hasta llegar a la gran plaza en donde se levantaba el palacio de Kantalayik, morada del Cacique Guanuco. La rodeaban monolitos grabados y, como detalle central, la estatua rojiza, burdamente tallada en traquita de la diosa TaAtaKilla o Luna Menguante y su cortejo. Se detuvieron ante una plataforma con escalones a todo lo ancho del palacio.

Uno de los guerreros se desprendió del grupo y ascendió la escalinata saltando gradas, con el haz de cordones o quipu enviado por el Guerrero Mayor del tambo. Al poco rato se anunció la presencia de un alto funcionario que apareció acompañado de dos guardianes músicos, el de la flauta o antara de carrizo y el del tamboril de piel humana, cuyo sonido lánguido y penetrante se escuchó a través de la ciudad. Acudieron gentes de todas las condiciones, ansiosas de informarse de lo que estaba sucediendo y comenzaron a invadir

la gran plaza, al tiempo que el alto funcionario, un respetable traductor de quipus, un Quipu Camayoc, forrado en amplia túnica modelada con pieles de vicuña unidas, recibía del guerrero el haz de cordones anudados, el cual contenía el informe de los prisioneros y la autorización para que los guerreros los llevaran a Tiahuanaco.

En forma inmediata, como autómatas, los guerreros subieron a los prisioneros a lo alto de la escalinata y los situaron con vista al sol, ya casi en el cénit, con las Mainas, Sinchi y Lloque abrazados y tiritando de frío y de miedo, envueltos en sus mantas. Tres ancianos sabios se les acercaron cariñosamente para llevarlos consigo, pero las madres Ocllo y Cuillar se interpusieron llorando con angustia. Fueron rechazadas bruscamente y colocadas al lado de Pirú Fuego y Ayar Manco, obligándolos a tenderse en el piso como toda la multitud congregada al pie de la escalinata, cuando habló el traductor de quipus en tono ceremonial. Dirigiéndose a la imagen del dios Sol que decoraba la especie de ático donde remataba la fachada del palacio de Kantalayik, pronunció una advocación: “Aquel que todo lo puede”.

—¡Can tucui... Tucuni! —fue su excelsa frase.

Todos se pusieron de pies y, sin considerar la posibilidad de que los prisioneros pudieran alegar algo en su defensa, el traductor entró al palacio durante cortos minutos para entrevistarse con el Gran Guanuco y, al regreso, deteniéndose ante el grupo de acusados, les transmitió la sentencia: “¡Vosotros sois!”.

—¡Canqui! —les dijo, declarándolos culpables.

Cumplida esta ceremonia, nuevamente fijó la mirada en la imagen del Sol y, volviéndose al grupo, enunció los principios violados: “No robar, no matar, no holgazanear”.

—Ama sua... Ama Hulla... Ama cheklla...

El procedimiento dispuesto para la ejecución de la sentencia vino en seguida: los prisioneros se habían burlado de los guerreros, habían profanado la memoria de Tici Viracocha simulando su misión, habían robado los tambos, habían asesinado chasquis, eran enviados por el abominable Auka picunche. Los cánones morales consuetudinarios de Tiahuanaco los condenaban a duros trabajos en el volcán Tapia, dedicados a tallar bloques de lava que debían transportar a Tiahuanaco y levantar con ellos las murallas para la defensa de la ciudad. En esa tarea permanecerían hasta cuando la luna menguante entrara en su inicio y los prisioneros pudieran ser ofrendados a la diosa TaAtaKilla desollándolos vivos en presencia de sus hijos y botándolos a los buitres. Su piel, secada al sol, sería utilizada para fabricar tamboriles ceremoniales.

Pirú Fuego y su pequeña tribu no comprendieron el significado de lo que acontecía a su alrededor; más cuando Cuillar, llorando, les tradujo la sentencia y, por señas, les explicó que TaAtaKilla era la representación de la luna menguante, Pirú Fuego creyó confirmar sus sospechas. Sí, se dijo, se encontraban sin duda en el país de la Luna y el Sol. Entonces se sintió conmovido y, en una crisis de arrepentimiento, se postró en el suelo para implorar a la diosa su perdón. Los guerreros no comprendieron el sentido de este comportamiento y, de un brutal golpe en la rabadilla, lo obligaron a pararse y a seguirlos cojeando.

En la madrugada siguiente se dio comienzo al cumplimiento de la sentencia. Las tres Mainas, la infanta Ocllo y la madre Cuillar fueron concentradas en una gran balsa de oshrona semejante a la que conocieron sus padres en el mar, atracada en la playa del gran lago, contigua a un río corrientoso

que desaguaba por un amplio delta. Una vela cuadrada tejida en zacate la impulsaba suavemente hacia los bancos cubiertos de peces para enseñarles el arte de la pesca, bajo el cuidado de mujeres ancianas dedicadas a la formación de las infantas que por alguna causa, como la orfandad, quedaban con ellas ocupadas en tejer los trajes del Gran Guanuco, que los cambiaba a diario. A los pequeños hermanitos Sinchi y Lloque, los condujeron a una chacra de propiedad de Guanuco para que aprendieran a aplicar guano en unas faldas contiguas a las murallas, que estaban siendo sembradas con papa y avena. Al tiempo en que a Pirú Fuego y la madre Ocllo, a quienes fue posteriormente unido Ayar Manco, cuatro gigantescos guerreros mano negra los llevaron amarrados como a fieras a un planchón que navegó bordeando el Titicaca hasta un lugar denominado Junguito, en la península que formaba un angosto istmo con el costado norte del lago, contiguo a las laderas del volcán Tapia, en donde se moldeaban las piedras que dejaba la lava.

Fue triste el desembarco; de la balsa pasaron a un enorme tambo construido al final de la ladera, fuera de la zona pantanosa, y una turba de hombres y mujeres cubiertos con mantas roídas, tiritando de frío, con los ojos enrojecidos y nublados por una costra blanquecina, avanzaba a encontrarlos, clamando con voces llenas de aflicción:

—Matee llu... Matee llu...

Estiraban los brazos en dirección al lago y, señalando las plantas que abundaban en la orilla, dejaban escapar un murmullo desolado, un llanto por el dolor que agobiaba sus ojos.

Eran los prisioneros picunches del Gran Jefe Auka. Los guerreros los hicieron retroceder a empellones, mientras instalaban a Ayar Manco, a Pirú Fuego y a la madre Ocllo en

un rincón del tambo, para entregarlos después a órdenes del enorme y fornido Gran Guerrero, comandante de la patrulla de cien guerreros del Tapia, todos de aspecto feroz, distinguidos por llevar un brazo negro y un cuero lanudo de alpaca formando hombrera, para protegerse del frío.

Sin miramientos los trasladaron adonde se hallaba el resto de prisioneros, provistos de palancas, especie de barras de bronce, que dos de ellos introducían entre las rocas, hasta lograr arrancar de los moldes abiertos de antemano en la ladera por donde corría la lava cuando el volcán erupcionaba, bloques petrificados que eran colocados de inmediato sobre parihuelas y trasladados a los planchones que esperaban fondeados a la orilla del lago.

Los bloques de gran tamaño recibían otro tratamiento: por un costado del molde chaflanado los palanqueaban con las barras y, sacados a la superficie, los empujaban sobre rodillos de madera. En ocasiones los partían aprovechando alguna grieta o labrando una incisión en la que hundían a golpes una cuña de madera seca, la cual mojaban con agua para hidratarla e hincharla; la presión rompía el bloque. Para embarcarlos, eran pasados al planchón sobre puentes de vigas tendidas.

Tenían necesidad de acelerar los trabajos y utilizar a todos los prisioneros de que pudieran disponer, pues como el volcán por entonces había disminuido actividad, el material de construcción escaseaba en Tiahuanaco, lo cual preocupaba al Gran Cacique Guanuco y a los ancianos sabios que formaban su Consejo, especialmente interesados en acelerar los trabajos en el sector sur de las murallas, cubriendo algunos sitios vulnerables del palacio de Kantalayik, en previsión de un posible asalto de las hordas picunches que permanecían acechando por los lados de la quebrada Llica, en las estribaciones del pico Callinsani.

Aquel día, terminada la faena, cuando la luz moribunda del sol dejó sumida en tinieblas a la región, los prisioneros fueron conducidos de regreso al tambo, en donde varias mujeres cocinaban grandes ollas con maíz, sal y pescado del lago, para ser distribuido entre ellos en pequeños mates que tomaban de un acervo formado junto a cada fogón. Los enfermos de los ojos se mantenían separados quejándose, hambrientos porque no trabajaban.

—Matee llu... Matee llu... —se quejaban sin cesar, con las manos extendidas pidiendo agua y comida.

El Gran Guerrero golpeó duramente en la cara a uno que se acercó demasiado y lo dejó llorando de dolor; era un paco o médico del país del Chimú, caído prisionero cuando atendía las enfermedades de los picunches. Los otros se retiraron torvos, llenos de odio. Aprovechando la oscuridad, Ayar Manco se deslizó y compartió su alimento con el ofendido, estableciéndose una recíproca comunicación con palabras balbucientes y señales de las manos. Al cabo, Ayar Manco se escabulló sigiloso hacia el lago y, entre líquenes y murmullos de ranas, regresó llevando su mate lleno de matee llu y agua. Los picunches lo recibieron con alborozo cuando Ayar Manco entregó el medicamento al paco. Agrupados a su alrededor llamaron la atención de los guerreros, los cuales acudieron e, informados de lo sucedido, reaccionaron dando golpes al paco y a Ayar Manco. Pirú Fuego intercedió en favor de su hijo y sólo consiguió empeorar las cosas; los dos fueron aislados del grupo y amarrados de las manos al tronco de un árbol. Hubo intento de reacción por parte de los picunches guiados por el paco, pero saltaron de todos los rincones otros guerreros, de los que masticaban hojas de coca, que se hallaban alejados del conjunto, para tenderles un cerco de lanzas y mazas amenazantes, apuntando a sus vientres.

A partir de este episodio, el intercambio de sentimientos e intereses entre los picunches y Ayar Manco unió sus adversidades e, instintivamente, sus miradas se llenaron de comprensión. Por ello cuando vino de Tiahuanaco una flotilla de balsas para llevar a algunos prisioneros seleccionados a Tiahuanaco y reforzar con ellos las cuadrillas que adelantaban los trabajos de ampliación de las murallas y, entre los prisioneros picunches más vigorosos que escogieron, incluyeron a Pirú Fuego y a Ayar Manco, al lado de ellos de algún modo se filtró el paco.

CAPÍTULO XI

Tiahuanaco obedecía a normas urbanísticas, más rituales que administrativas, siguiendo el diseño de la comunidad que la concibió. Estaba formada por imponentes construcciones para los poderosos servidores de los grandes caciques y por templos erigidos al culto de sus dioses en forma de colinas y pirámides artificiales colocadas en círculo, apoyadas sobre enormes y pesadas rocas traquitas, posiblemente generadas en el volcán Tapia, utilizadas en sus lugares de origen por los constructores para tallarlas, grabarlas con figuras geométricas y animales y, sobre ellas, acondicionar otras de menor volumen transportadas de regiones distantes. Tomada la medida del lugar en donde serían colocadas, utilizando las cuartas, los dedos, los codos y varas de madera, las tallaban a golpes con una especie de martillo y cinceles o

escoplos metálicos. Ya así acondicionadas y reducido su peso, eran transportadas y colocadas en el lugar de destino, en donde se perforaban para unirlas con varillas y ajustarlas abrazándolas con herrajes de bronce.

Levantado el conjunto de monumentos a través de largos años, siguiendo la línea del paramento de los muros que los sustentaban, cuando comenzó el asedio de los Aukas picunches, emprendieron la construcción de altas murallas en los sectores descubiertos entre uno y otros edificios, con el fin de dotar a la ciudad de una fuerte línea para su defensa.

En uno de estos sectores, el que separaba el templo de la diosa Calasasaya y el Pórtico del Sol, ordenaron al grupo de los picunches prisioneros trasladados esa mañana del volcán Tapia, entre los cuales

iban Pirú Fuego, Ayar Manco y el paco, integrarse a una cuadrilla dedicada a la tarea de empujar desde el atracadero vecino del lago las piedras transportadas en planchones para la obra, montadas sobre anchos rodillos asentados en largas vigas para colocarlos al pie del sector de muralla en construcción. En esta forma, puestas las piedras en su lugar, las acondicionaban pasándoles por debajo y amarrándoles gruesos cables para ser soliviadas por dos grupos de trabajadores que las halaban afianzados en los extremos del espacio destinado para la nueva piedra, al tiempo que los más fornidos, entre los que quedaron Pirú Fuego y Ayar Manco, situados bajo la piedra, la empujaban con el hombro y la iban apuntalando con gruesas vigas para impedirle desplomarse, todo a la voz rítmica de un experto o guía, quien, desde el frente, dirigía la operación apoyado por un jefe guerrero seguido de su patrulla de treinta guerreros veteranos.

La labor era cruel y peligrosa; las manos, los hombros y hasta las callosas plantas de los pies que recibían el peso, les

quedaban ensangrentadas. Trabajaban por parejas sumando las fuerzas y, para empujar las piedras, lo hacían tantos cuantos daba cabida su espesor. Si alguno desfallecía, era castigado con un zurriago de piel de cerdo sin curtir y, si se lo acusaba de holgazán, era condenado a muerte de inmediato.

Ello aconteció al compañero de Pirú Fuego cuando comenzaron a soliviar el bloque, un fornido picunche sobre cuya rodilla éste se le desplomó. Pirú Fuego apuntaló rápidamente la piedra con vigas de madera y trató de ayudarlo, pero el compañero no pudo resistir estar de pies y cayó al piso. El del zurriago se abalanzó sobre ambos y los cruzó a golpes hasta dejarlos con el rostro y el cuerpo llenos de heridas. Sin darle tiempo al paco para detenerlo, Ayar Manco, ciego de ira, le arrebató el zurriago y le dio hasta cuando lo dominaron los guerreros que acudieron.

Teniendo en cuenta que la extinción de los prisioneros más fuertes y peligrosos era la filosofía del sistema, por orden del guerrero a los rebeldes se los llevaron arrastrados y golpeados a la terraza de Kantalayik y los amarraron fuertemente a una columna de piedra cuadrada. Allí permanecerían hasta cuando el Gran Guanuco diera la orden de ejecutar el acto supremo de la sentencia, la muerte, el cual no podía ser antes de la luna menguante, la espiritualidad celeste de TaAtaKilla, inmóvil, enigmática, idiotamente depravada frente a ellos, al pie de la terraza en donde aparecería por vez primera ante sus súbditos el Gran Guanuco.

Entretanto, fueron concentradas en Tiahuanaco todas las personas que de una u otra forma debían participar en el sacrificio, como la madre Ocllo, la madre Cuillar, Ocllo la infanta, las Mainas y los infantes Sinchi y Lloque.

Por coincidir la celebración de la sentencia con el anta situwa o temporada de las siembras y el comienzo de la luna

menguante, para darles más solemnidad a los actos se seleccionaron otras víctimas tomadas de entre los esclavos picunches enfermos, pues siendo las enfermedades manifestaciones de la ira de los dioses, era la oportunidad de aplacarlos.

Desde cuando el sol comenzó su descenso se escucharon en todos los confines territoriales de Tiahuanaco las notas de las antaras y tamboriles convocando a la ceremonia y, por los senderos aledaños, se vio pasar a una multitud de mitas de aspecto triste, de todas las edades y sexos, con sus grises pasamontañas y gruesas yacollas, masticando hojas de coca y trotando acompasadamente en dirección al Pórtico del Sol, abierto de par en par aquel día para darles fácil entrada al interior de la Plaza Central, frente al palacio de Kantalayik, en donde se fueron congregando silenciosos para esperar el comienzo de los actos cuando apareciera en el oriente la Madre Luna con un costado claramente disminuido, semejando el vientre de una madre después del parto.

Precedido de los notables que se colocaron a la derecha de la terraza, era cerca de la medianoche cuando apareció el Gran Guanuco pasando bajo el imponente portal de su palacio, llevado en parihuela forrada en lámina de oro y rematada con la imagen de Inti en el alto espaldar de un osño o trono, en donde iba reclinado, en hombros de ocho fornidos rúcanos, especie de escoltas, todos guerreros del brazo negro, con largos batones o anacos azules de algodón. El Cacique Guanuco era un corpulento mongoloide engalanado con

gran copete de plumas multicolores rematado en dos cabezas de águila, talladas en obsidiana y, sobre la frente, ostentosa borla roja, símbolo del poder. Exhibía también enormes orejeras de oro y cayado de dividivi traído de la costa, maza de bronce al cinto y, sobre los hombros, pequeña capa

peluda de vicuña, para completar su abominable atuendo. Cuando se detuvo en el centro de la terraza, ya situada la parihuela sobre un muro de piedra, acudió a su lado un guerrero brazo negro, especie de edecán, con una mochila llena de hojas de coca y un recipiente de fina cerámica negra colgada del pecho como peto, en donde ocasionalmente Guanuco escupía el bolo de coca y lo renovaba con hojas secas tomadas de la mochila.

Guanuco paseó los ojos por el grupo de prisioneros, entre los que se destacaban por la forma del rostro la madre Ocllo y Pirú Fuego, amarrados unos junto a los otros con delgadas sogas alrededor de la columna cuadrada de piedra traquita, frente a la estatua de TaAtaKilla. Observó a las Mainas, a la madre Cuillar, a los infantes Sinchi y Lloque y detuvo la mirada en la figura juvenil y fornida de Ayar Manco, todos situados distantes entre sí, en un sitio desde donde pudiesen presenciar la ejecución de sus padres, conforme lo ordenaba la sentencia. Levantó la cabeza destacada por la borla roja y fijó los ojos en el cielo, en la luna menguante coronada por una aureola amarilla, para terminar irguiendo su hercúlea humanidad, esputar la coca y, con voz sonora y profunda, confirmar la sentencia:

—¡Canqui..!

La respuesta inmediata del pueblo congregado en la Gran Plaza fue la ovación seguida de una danza menuda al ritmo de los patotos y las ántaras; una danza progresiva que era la esencia de la alegría contenida, de la religiosidad, de la excitación y del fanatismo, hasta terminar en un rito desenfrenado.

Durante toda la noche en Tiahuanuco sólo hubo gritos guerreros, saltos rítmicos variados y consumo de hojas de coca masticadas con cal y aka en abundancia servida en mates y

pocillos de barro cocido con patas de puma, por mujeres viejas que la tomaban de grandes ollas colocadas sobre piedras junto a la hoguera. Los guerreros, armados con macanas, hondas y mochilas llenas de piedras colgadas del hombro, formaban un conjunto aparte; giraban proyectando sus sombras alargadas y móviles alrededor de la gran columna en donde se encontraban amarrados los condenados recibiendo en sus ingles, desnudas y palpitantes, pedradas que les cubrían de hematomas los órganos genitales hasta hacerlos saltar sangre y bañar con ella sus muslos temblorosos de frío y dolor. Sucesivamente iban quedando extenuados por la anemia en medio de contracciones y conmovedores gemidos.

Cuando los guerreros se habían excedido en el consumo de hojas de coca y aka, se separaban de la fila de danzantes y caían a un lado vomitando, para ser reemplazados por otros que llegaban con renovada ferocidad.

Un insigne Sabio ordenó tender a los prisioneros, ya doblegados, en la piedra de los sacrificios para darles muerte, como lo determinaba la sentencia. Dos sacerdotes de aspecto grave descendieron de la escalinata, los tomaron pasándoles los brazos por sobre los hombros y los arrastraron de regreso a la terraza hasta tenderlos de espaldas en la piedra de los sacrificios, una mesa de superficie convexa en traquita, decorada con calaveras humanas y figuras geométricas. Con largos cuchillos de obsidiana les hirieron el pecho hasta que expiraron. Les rajaron el vientre y, las entrañas extraídas y liadas con delgados chumbes, las bajaron al pie de la estatua de la diosa TaAtaKilla, de cuyo cuello las colgaron.

Correspondió el tumo a Piró Fuego, todo cubierto de sangre y llagas. Era más allá de la medianoche y la luz lunar debilitada comenzaba a esfumar lentamente los contornos del Titicaca y a dar a los muros grises de Calasasaya, que

remataban por el oriente la Gran Plaza de Tiahuanaco, una fisonomía siniestra, en donde las siluetas de la multitud, enloquecida por la embriaguez y el fanatismo, seguían saltando y danzando incansables, como una invasión de demonios.

A Piró Fuego le arrancaron los ojos para ser ofrendados al Gran Guanuco entre las cuencas de las manos del sacerdote oficiante, quien observaba el macabro espectáculo con un raro contraste de alegría y pavor en el semblante.

Ayar Manco, viendo a su padre desplomarse con el rostro ensangrentado, dejó escapar un alarido espantoso y, sin dar tiempo a los guerreros para detenerlo, pues lo sostenían de los brazos, se lanzó como una fiera sobre el sacerdote. No alcanzó a llegar, porque un golpe de macana dado en la cabeza por otro guerrero lo lanzó contra la base de la estatua de TaAtaKilla, en donde quedó tendido sin conocimiento, con enorme hematoma en la frente. Un guerrero quiso rematarlo con el pilum, pero el propio Guanuco desde lo alto de la escalinata se interpuso:

—¡Amatac! —gritó, salpicando saliva con coca en el rostro del guerrero mano negra que lo servía.

La madre Ocllo, con el vientre destrozado, lista para ser llevada al sacrificio, se arrastró hacia su hijo gimiendo, pero la degollaron de un lanzazo en la garganta.

Rodeados por guerreros y los Sabios que los protegían, los infantes de Cuillar y las Mainas lloraban a gritos.

Al amanecer, con los cabellos enredados por la sangre de las vísceras que colgaban de TaAtaKilla goteando en su cabeza, Ayar Manco recobró el conocimiento y, queriéndose parar, se tambaleó y cayó de bruces, abrazado a la base de la estatua. Con el golpe había quedado poseído por el espíritu de la luna menguante, porque pronunciaba palabras incoherentes y

sus ojos estaban apagados y blancos. Nadie se atrevía a separarlo de la estatua temiendo profanarlo mientras TaAtaKilla lo mantuviese en estado de enfermedad, pues esta profanación podría alterar las lluvias y destruir las siembras. De todos modos, el destino de Ayar Manco quedaba reservado a la voluntad de la diosa.

Todas estas consideraciones terminaron por confundir el ánimo de Guanuco, crepuscular por los efectos de la gran cantidad de aka y hojas de coca consumidas durante aquella noche. No obstante, antes de retirarse al interior de Kantalayik y dar por terminadas las ceremonias de la luna menguante, ordenó a su Gran Guerrero atender a Ayar Manco, ayudado por un Shamán.

Fue cuando apareció de entre la multitud el paco del Chimú y se les unió para transportar a Ayar Manco tendido en una parihuela a un tambo distante de la población, a la orilla del Titicaca, en donde le provocaron náuseas con un emético salino que le dieron a beber y, después, lo sometieron a una serie de pases mágicos, amuletos y soplos de humo de tabaco sobre la zona afectada, ingestión de pócimas y hierbas curativas suministradas por el Gran Guerrero. Ayar Manco obedecía como un wawa, ausente de lo que le hacían.

Mas, como nada de esto sirvió, la sabiduría del paco se impuso y se preparó para buscar en su propio espíritu la intuición del mal. Tomó de su mochila unas ramas de ayahuasca y las puso a hervir en una callana. Aislado en el monte vecino, bebió la pócima y se sumió en la gran crisis; evocó a su dios Pachacamac concentrando su conciencia con fervor y se sumió en un sueño profundo. Cuando recobró la normalidad, regresó al tambo, palpó la tumefacción localizada en la zona frontal izquierda de la cabeza de Ayar Manco y transmitió el diagnóstico infundido por el sueño: para extraer el

espíritu que perturbaba su mente, era preciso abrir un orificio en el cráneo y el resultado de la intervención expresaría la voluntad de la diosa TaAtaKilla.

Consultado el Gran Guerrero, la operación fue autorizada y, el paco, ayudado por el Shamán, asumió la responsabilidad. Preparó el instrumental: pequeños objetos cortantes de bronce, oro y obsidiana, semejantes a escalpelos, palitas, estrellas, puntas de flecha, pinzas, martillos, agujas para suturar que colocó en polícroma cerámica redonda con asas en forma de medialuna puesta sobre un banquillo, junto a un arrume de motas de algodón recién cosechado.

A Ayar Manco lo tendieron en el suelo sobre un cuero peludo de llama hembra, le recostaron la cabeza en un banco curvo acolchonado y, con cierta ternura, le hicieron masajes en el cuerpo y la cabeza, con belladona, para aliviarlo. Le dieron a beber un poco de aka y, a continuación, infusión de coca, con hojas de la misma planta para que chupara sin cesar. Mediante el uso de algodón lavaron la tumefacción del cráneo con ayahuasca y otras plantas hervidas y le rasuraron el cabello con afilada cuchilla de bronce, asentado sobre una tablilla curva de raíz petrificada.

Cuando Ayar Manco, sin la más leve resistencia, cayó en estado de sueño, le extrajeron de la boca el bolo de coca masticado y comenzaron la intervención.

Con un cuchillo o bisturí de bronce tomado del recipiente que le pasó el Gran Guerrero, el paco cortó el cuero cabelludo y abrió

una incisión en la tumefacción, de la que manó sangre espesa y negra, que el Shamán enjugó con algodón y lavó con infusiones de huayra huayra, mientras el paco lo hizo con sus manos, acudiendo a la vertiente. No había inflamación y,

ampliando el corte, despejó el centro del espacio interesado. Tomó un raro escalpelo que, golpeado por el Shamán con diminuto martillo de oro, formó una pequeña perforación por donde comenzó a drenar más sangre, de un hematoma subdural, en donde parecía encontrarse la causa del mal. Cuidadosamente limpiado con algodón entorchado y lavado con infusiones permanentes de huayra huayra, terminó tomando un largo hilo de pecho de alpaca y, pasado con una aguja, unió y suturó el cuero cabelludo. Lo dejó reposar y, al cabo, le colocó un emplasto de resina molli para producir la hemostasis.

Ayar Manco quedó perfilado, cadavérico.

☆☆☆

CAPÍTULO XII

La juventud de Ayar Manco fue la que triunfó. Su convalecencia, al cuidado del Shamán y del paco, quienes le lavaban la herida con aguas curativas llevadas de la fuente del volcán Tapia y con infusiones "de huayra huayra, hojas de coca y belladona para mantenerlo aliviado, a pesar de todo vino lenta y penosa. Demoró muchos días. Con todo, gradualmente se animó y fortaleció, las carnes y el brillo de la piel volvieron a cubrirle el cuerpo, hasta recuperar la conciencia, moviendo la cabeza con ansiedad cuando le entreabrían los labios para escurrirle jugos nutritivos de cereales y caldo de peces del mar con pato silvestre. Emplastos de resina molli y huayra huayra removidos con bolas de algodón terminaron por recuperarle todas las facultades, don que vino a concederle TaAtaKilla, no obstante el poderoso Guanuco y su Consejo de Sabios no mirar tranquilos esta decisión divina.

De todos modos, el prodigio fue proclamado en Tiahuanaco cuando Ayar Manco pudo caminar por sus calzadas apoyado en su hermana Ocllo, designada por el Gran Guerrero para ayudarlo, pues no eran frecuentes esta clase de curaciones y los pacientes solían morir en forma dramática. La misma presencia del paco de Chimú fue tomada como la de un misterioso mensajero de la diosa, de tal manera que, ya recuperadas la plenitud de sus fuerzas y la conciencia de sus actos, comenzó a ser mirado por el común de la gente con cierta veneración.

Entonces sintió la necesidad de indagar por la suerte que hubiesen corrido Cuillar, sus hijos y las Mainas, a raíz del sacrificio de sus padres. Su ausencia era para él la soledad y la añoranza del monte.

No tuvo mayores dificultades para recibir noticias de lo

acontecido; desamparados después de las matanzas en Kantalayik, huyeron de Tiahuanaco sin rumbo conocido, haciendo pensar que se habían ido a refugiar en la aldea de sus progenitores, confundidos entre los nativos que pagaban la mita en el mantenimiento del viejo puente de cables sobre el río Locumba. Aunque un extraño sentimiento, semejante a la nostalgia, despertaba toda la fuerza emocional que había en su corazón adolescente y lo instaba a acudir sin demora a buscarlos, algo aún inmanifiesto, más poderoso que su propia ansiedad paternal, lo hacía vacilar reteniéndolo en Tiahuanaco. Algo que enajenaba los intersticios de su memoria aún perturbada y, en la medida en que recuperaba la plenitud de sus facultades, se transformaba en rencor. Digiérase que, a pesar de su juventud, las adversidades comenzaban a reflejar en su semblante los estragos que habían ocasionado a su conciencia, como acontece con ciertos frutos cuando se los arranca aún tiernos de su árbol y se los somete al calor del sol y a la inclemencia de la tierra.

Mas, cuando se aprestaba a marchar, un acontecimiento inesperado se interpuso y transformó todo su panorama emocional. Una explosión del volcán Tapia seguida de un fuerte sismo que causó serias fallas en la meseta y agrietó el Pórtico del Sol en forma espectacular, tomada por los Kalpa Ricoqs o adivinos de Calasasaya como un mensaje de la diosa TaAtaKilla, pues el retorno de la luna menguante se mostró luminoso aquella noche y la erupción del volcán suministró grandes cantidades de bloques para las murallas, llenando los moldes abiertos en las laderas en momentos en que se comenzaba a temer el esperado asalto de las hordas picunches del Gran Jefe Auka, ahora sitiado en las inmediaciones de la quebrada Llica.

☆☆☆

Por todas estas razones, pasada la conmoción, Guanuco pensó en Ayar Manco, cuya imagen rencorosa no se alejaba de su mente, tomado como enemigo. Lo tenía previsto desde el momento en que ordenó el sacrificio de sus padres y escuchó el grito de indignación y horror que salió de su garganta, cuando los vio ensangrentados. Con todo, lo respetó, por temor a la diosa TaAtaKilla, su protectora, y para resolver el problema que le creaba su enemistad, concibió la idea astuta de convertirlo en su aliado. Simuló una correría en parihuela por todo Tiahuanaco con el propósito de informarse de los efectos del sismo entre sus pobladores.

En medio de un cortejo de notables, cargado en su fastuosa parihuela por insignes guerreros de la Mano Negra, hizo que lo llevaran al tambo del lago, en donde sabía que aún vivía Ayar Manco con su hermana Ocllo, a inquirir por su salud. Al verse éste observado por los ojos mongoloides enmarcados en el rostro hipócrita de Guanuco, sintió deseos de agredirlo. Mas, consciente de la debilidad que lo afligía aún, aunque lo tenía muy cerca, lo contuvo su corpulencia; simuló no inmutarse, pero se negó a tenderse en el suelo en señal de sumisión. Era la primera vez que lo veía frente a frente y una sombra de rencor empañó su mirada. Guanuco lo percibió, en cierta forma disgustado por el desacato. No obstante reanudó la correría, dejando a Ayar Manco junto al tambo con su pesada manta cubriéndole los hombros, decidido ahora más que antes a conquistar su simpatía. Digiérase que ese episodio transmitía a la mente confundida de Ayar Manco la dimensión real del crimen de Guanuco hacia sus padres y, de la enajenación en que se había mantenido desde cuando fue golpeado por los guerreros, surgió un sentimiento difuso de ira que buscó su expansión hacia el odio, porque no podía más.

Nuevamente se alejaron de sí las imágenes de Cuillar y

sus hijos y, como un monstruo que emergiera del fondo de un abismo, las reemplazó la figura de Guanuco. Ninguna misión distinta de su destrucción podría suplir la magnitud del conflicto. De él, vino su postura ante la comunidad, buscando apoyo a sus propósitos en la generosidad que le era propia.

Se hizo enigmático, paseándose por las calzadas de la ciudad y sus alrededores, dando libertad a sus impulsos en bien de los menesterosos, animando a los nativos tristes que hallaba arrellanados en sus anchas mantas para el frío o buscando a los grupos de prisioneros picunches que trabajaban en las murallas para aliviar sus males con plantas curativas que se acostumbró a llevar a la usanza de los brujos tiahuanacos, en dos mochilas colgadas de los hombros.

Con el transcurso de los días se aficionó al uso del yagé que bebían los adivinos, a la coca masticada y al tabaco, al apasionante enigma de los horóscopos guardados en el templo de Calasasaya para conocer a los hombres; a navegar el lago en balsa o en ligeras canoas de zacate; a la observación de las entrañas de las llamas negras para descubrir al enemigo y hasta a la lectura en el cielo de los mensajes del Padre Sol y la Madre Luna para determinar el tiempo de las siembras y la guerra.

Mas, como se mantenía aislado y silencioso, enigmático, deslizándose a través de los intersticios de las murallas, paseándose por las terrazas de Kantalayik y Calasasaya o atalayando junto al averiado Pórtico del Sol el momento en que Guanuco pasara en su parihuela con su cortejo para saltar sobre él y destruirlo, en la concepción popular de Tiahuanaco, a pesar de su juventud, comenzó a ser mirado como un personaje misterioso, un iluminado hijo del Sol y de la Luna, como Viracocha, el legendario mensajero emergido de las aguas del Gran Lago unido a su hermana Ocllo un atardecer, con el sol majestuoso vibrando ante el perfil del

volcán Tapia.

☆☆☆

Informado del comportamiento sospechoso del extranjero y preocupado por la imagen que de él comenzaba a formarse, Guanuco insistió con mayor empeño en seducirlo, pues, en cierta forma, hallándolo divinizado por los Mitas y los Purics y convertido en enemigo peligroso, no se atrevía a asumir hacia él una actitud diferente que disgustara a la diosa, cuyo poder temía. No obstante, designó a un guerrero Brazo Negro de confianza para vigilarlo y con él trató de ganar su voluntad ofreciéndole un topo o parcela de tierra de la mejor calidad en las orillas del Gran Lago, propio para el cultivo de la cebada y la papa, con suave pradera de poa en la ladera, llena de vicuñas y llamas. Ayar Manco nada respondió. Igual cosa hizo cuando le llegó la propuesta de dirigir un depósito de hojas de coca frescas o matuhuasi, traídas de las plantaciones de clima cálido para procesar su secamiento y controlar su distribución.

Sólo cuando fue informado de que Guanuco lo había incorporado en el grupo de adolescentes hijos de notables que participarían en la ceremonia de la pubertad, algo así como la consagración en el servicio guerrero, su semblante cambió de expresión porque comprendió que con ello adquiría una jerarquía que le permitiría burlar la vigilancia de los guerreros y tener acceso al lugar donde podría sorprender solo a Guanuco, para así poder cumplir la sentencia de la voz que guiaba sus pensamientos.

Se sometió al entrenamiento riguroso exigido como labor preparatoria para la ceremonia, aprendiendo el manejo de las armas de guerra y practicando ejercicios para adquirir agilidad y destreza, como carreras, saltos y lucha cuerpo a cuerpo. En esta ocasión exhibió su radiante juventud y, esta

circunstancia, unida a la habilidad lograda en los montes de la cordillera desde su más temprana infancia, lo hizo destacarse entre los mejores del grupo.

La ceremonia se llevó a cabo en la misma terraza del palacio de Kantalayik en donde sacrificaron a sus padres, presenciada por el Gran Guanuco lujosamente ataviado, por el Consejo de Sabios y los notables, quienes ostentaban la jerarquía de Jefes Guerreros del Brazo Negro, todos vestidos con los atuendos militares que los distinguían, portando orgullosamente sus armas.

Se sacrificó a un grupo de llamas hembras atadas del cuello a la columna de piedra traquita, junto a la diosa TaAtaKilla. Las subían una a una de tiro por las gradas de la terraza y, junto a la piedra de los sacrificios, les daba muerte un sacerdote, que luego se acercaba por tumo a los jóvenes engalanados con finas pecheras y yacollas decoradas con plumas de pava, para ungirles el rostro con la sangre del animal, mientras otro sacerdote anciano les colocaba llamativos taparrabos de lana de vicuña tejidos por las ñustas que vivían en las balsas de oshrona del lago.

Los actos finales culminaron entre los sones marciales de las antaras y tinyas ejecutados por un grupo de músicos situados al final de la terraza, al tiempo que eran consagrados guerreros los jóvenes con la imposición solemne de los arreos militares, el escudo de madera forrado en piel de tapir, el pilum o larga lanza de chonta, la mortal macana con maza de bronce, honda de cuero con cordón de lana y sendas orejeras de oro.

Cuando le correspondió el turno a Ayar Manco, quiso Guanuco sentar un precedente ante los Sabios para demostrarles su asentimiento con la decisión tomada por ellos: descendió de su parihuela después que el Gran Guerrero edecán suyo calzara sus regios pies con abarcas y él se acercara

al joven Ayar Manco para hacerle personalmente entrega de las armas. Sintiendo su respiración acelerada y su vaho hediondo a la coca que masticaba y ennegrecía su dentadura, Ayar Manco pudo haber descargado la macana sobre su cabeza orlada con la borla roja que se agitaba en su frente. Mas, ahora, al contrario del día en que lo visitó en el tambo, su espíritu estuvo fascinado por los honores recibidos y, fugazmente, se apagó el ardor de su corazón e intuyó que no podía arriesgarse a morir, como lo deducía de las narraciones relacionadas con sus progenitores Mujer y Pirú, los de Andamán, y su descendiente Pirú Fuego, predestinados por los Procreadores del Mar para guiar al pueblo que resultara de esta estirpe. Esta aparente sumisión fue interpretada por Guanuco como un triunfo, que sembró en su conciencia vestigios de confianza y simpatía hacia el joven consagrado.

☆☆☆

Dada la jerarquía adquirida, Ayar Manco no era un simple guerrero, sino jefe de diez guerreros equipados con todos sus arreos, destinado por el propio Guanuco para integrar su guardia personal, con residencia frente al palacio de Kantalayik. Solamente cuando Guanuco iba de visita a la ciudad, se reunían dos jefes guerreros al mando de veinte guerreros más, que iban bajo la dirección de un superior, un Gran Guerrero, el encargado para asignar las funciones de los subalternos, generalmente colocados en el grupo, al final del cortejo que acompañaba al Gran Cacique.

Esta organización no le permitía a Ayar Manco tener acceso directo a Guanuco, frustrándole la posibilidad de tramar cualquier conspiración en contra suya en el interior del palacio, la obsesión que ocupaba su voluntad. Como hecho útil para este propósito, tan sólo logró, después de algún tiempo, observar ciertas costumbres y sitios en donde Guanuco se

aislaba con sus concubinas, o cuando se dirigía al atardecer a una especie de templo muy amplio rodeado de estatuas de piedra, que conducía al lugar en donde se reunía con los Sabios y los notables, en el interior del palacio.

Cada cierto número de lunas también salía de Kantalayik con fines diferentes, relacionados con sus funciones y necesidades. Estuvo de visita en la provincia de Tapia para inspeccionar la extracción de los bloques de piedra formados por la lava de la reciente explosión del volcán y, en esta oportunidad, Ayar Manco afrontó nuevamente a Guanuco cuando vio a los prisioneros picunches enfermos, quejándose y arrastrándose como gusanos con los ojos supurados y blanquecinos, dando lamentos de dolor. Con menosprecio del riesgo que podría correr, enajenado por el impulso interior que suscitaba a su espíritu el sufrimiento ajeno, como en la ocasión pasada se alejó de la escolta que comandaba y arrancó un manojo de hojas de matee llu en la orilla del lago, para llevarlas a los enfermos que le abrazaban las piernas en señal de gratitud. Guanuco, con gesto hosco, lo desaprobó mirándolo fijamente, pero sólo se limitó a vigilarlo.

Días después fueron en una flotilla de canoas de zacate totota a la balsa escuela del lago, en donde las ñustas los recibieron con alborozo, pues se trataba de escoger a una nueva favorita que debía residir en Kantalayik para deleite y reproducción de Guanuco. De regreso pasaron por un matuhuasi en cuyo patio tenían extendidas secándose al sol grandes cantidades de hojas frescas de coca recién llegada de lo caliente, oportunidad que aprovechó Guanuco para renovar el bolo que masticaba. Dirigía a los Mitas, que regaban y empacaban las hojas, un flamante Brazo Negro, cargo de alta confianza que Ayar Manco había menospreciado.

Pero fue después de una ceremonia en el templo de

Calasasaya, de paso por el sector de las murallas en construcción, cuando Ayar Manco mereció nueva exaltación y muestras de confianza por parte de Guanuco. Recorrido el sendero por donde los prisioneros picunches empujaban los bloques para trasladarlos del atracadero del lago a la muralla, la comitiva de Guanuco se detuvo para inspeccionar los trabajos.

En ese momento los artesanos apoyados por los prisioneros sudaban tratando de nivelar un bloque de piedra traquita que no ensamblaba en el soporte. Lo acuñaron con pequeñas piedras, lo cual no sólo degradaba la presentación desde el punto de vista arquitectónico, sino que no ofrecía la estabilidad requerida para la solidez de la muralla. Como Guanuco se trabó con los artesanos en un diálogo buscando mejores alternativas, impulsivamente Ayar Manco entregó sus armas a su edecán guerrero, tomó su calabaza llena de agua y, ayudado por uno de los artesanos que comprendió la idea, comenzó a frotar los dos bloques entre sí, remojándolos con el agua que el otro guerrero renovaba. Sorprendido inicialmente Guanuco, entendió lo que hacía y terminó mirándolos complacido. Cuando los bloques quedaron pulidos y ajustados a la perfección, pues ni una paja cabía en las junturas, lanzó un gruñido de aprobación y río a carcajadas.

A una inspiración divina, posiblemente de la diosa TaAtaKilla, atribuyó Guanuco la intervención de Ayar Manco y, olvidando su comportamiento sospechoso durante la visita a los picunches, lo ascendió a la categoría de Brazo Negro, de los que custodiaban la muralla, para que impulsara los trabajos.

Es posible que este ascenso militar indujera a Ayar Manco a buscar una mayor convivencia con los prisioneros picunches que trabajaban en las murallas, para acrecentar su gratitud e influir en ellos. Pensaba que en un momento dado podría convertirlos en aliados para la lucha. Aunque sabía que

en caso de un asalto a Tiahuanaco por las hordas del Gran Picunche él no quedaría mal librado, no incurrió en el error de retrasar los trabajos convirtiéndose en sospechoso y hasta cómplice; por lo contrario, fue tan astuto que los impulsó sugiriendo a los artesanos ideas propias y estimulando a los guerreros a su mando para que los apoyaran y activaran. En cambio, fue extremadamente comprensivo con los prisioneros, hasta conseguir entenderse con los que parecían pertenecer a la mayor jerarquía a través de su lenguaje, que con el tiempo aprendió a hablar. Conoció el origen de la mayoría de ellos y las causas de su aprehensión, casi todos por haber sido sorprendidos espiando en los alrededores, enviados por Picunche desde sus campamentos. En cierta ocasión le manifestó a uno su deseo de conocer a su Gran Jefe y unirse a él; el Auka se entusiasmó y le expresó su voluntad de ayudarlo, si le facilitaba la fuga.

Por aquellos días Ayar Manco fue sustituido provisionalmente por otro jefe guerrero. Creyó haber sido delatado por el prisionero con quien tuvo las confidencias, posiblemente un espía de Guanuco, y preparó su corazón para la venganza; mas, de nuevo fue sorprendido. Se le ordenó una misión que venía a constituir nueva manifestación de confianza en él; debía trasladarse a la Balsa del Lago en compañía de una anciana en una canoa de zacate torora lujosamente acondicionada, para conducir a la hermosa ñusta escogida por Guanuco cuando estuvo de visita y llevarla a Kantalayik para integrar su grupo de favoritas. Esta ceremonia se repetía todos los años, cuando comenzaban las lluvias de verano.

Fue la oportunidad que tuvo Ayar Manco para conocer el interior del palacio, como lo venía deseando. Guanuco recibió a la joven en el salón donde despachaba sus asuntos de gobierno rodeado de notables, ascendido en alta peana

construida en piedra tallada unida al muro lateral, toda tapizada con cueros lanudos de alpaca y vicuña intercalados, con uno en el centro, de puma, sobre el cual él se encontraba tendido. Allí llegaba de sus correrías en parihuela, de donde pasaba a la peana, desocupándola para que los cuatro guerreros que la portaban la bajaran < la posaran en el piso sobre dos cueros unidos de llama y se situaran a sus lados, listos para volverla a utilizar.

Así lo hicieron cuando llegó la ñusta caminando por el centro del salón entre Ayar Manco y la anciana. Iba primorosamente ataviada con su juvenil y bello rostro mirando hacia la peana, el cabello abundante y suelto con mantilla de vicuña formando lazo sobre la nuca, manta de alpaca bordada con dibujos azul y rojo, unida sobre los senos con topo de oro y brillante esmeralda, anaco todo azul con cintillos amarillos en los bordes, ancho chumbe blanco y rojo y usutas con capellada de piel de tigrillo. Otra ñusta púber iba atrás del grupo llevando un largo palio de plumas. Con delicadeza la ñusta escogida ocupó la parihuela y fue ascendida a nivel de la peana. Entre tierna y medrosa se le acercó a Guanuco y se reclinó en su regazo en señal de entrega. Guanuco la abrazó. Fue una especie de matrimonio que culminó con Guanuco seguido sumisamente por la ñusta para pasar a otro aposento a través de un vano en cuadro decorado con láminas de oro, en donde solía reunirse con su grupo de mujeres, ñustas escogidas y concubinas.

CAPÍTULO XIII

Ayar Manco se reintegró a sus funciones de la muralla con la información suficiente para urdir un plan contra Guanuco; comprendió que si lograba burlar a los guerreros de la guardia que permanecían en la terraza, con el apoyo de los prisioneros podría entrar de sorpresa durante la noche al aposento de Guanuco y quitarle la vida o secuestrarlo, para huir con él al campamento del Gran Jefe Auka de los picunches, en el alto de la montaña, hacia los lados del pico Gallinsani. Para todo lo cual era necesario prevenirlo con el envío de un chasqui y conseguir que les diera apoyo con un grupo de guerreros

armados, para que estuviesen listos al pie del boquete de muralla en construcción cuando llegasen llevando a Guanuco secuestrado, en donde se reunirían para organizar la huida.

Cuando todo estuvo concertado para la última noche de menguante, Ayar Manco facilitó la fuga de dos de sus prisioneros llevando el mensaje al Cacique Picunche, los cuales fueron mal amarrados en la columna junto a la estatua de TaAtaKilla, para simular un castigo. Mas, al soltarse por la noche y correr hacia la salida escogida de antemano —el boquete de la muralla contigua a Calasasaya—, fueron vistos y retenidos por los guerreros que hacían guardia en el Pórtico del Sol. Llevados ante el Jefe Gran Guerrero, éste comprendió la gravedad de la retención y los hizo comparecer 'ante el propio Guanuco. Sometidos a los peores suplicios, terminaron confesando.

—¡Ayar Manco ta Aukas Picunche champi tuta puninqui!—, fue la frase tajante ante el Gran Consejo de Sabios con que Guanuco, descompuesto y enfurecido, inició el informe de lo acontecido aquella noche.

Sin pérdida de tiempo, salió de Kantalayik una patrulla de guerreros veteranos comandados por un Gran Guerrero Brazo Negro de la guardia de Guanuco, llevando la orden perentoria de aprehendíi a Ayar Manco para someterlo a juicio y, si la diosa TaAtaKilla lo aprobaba, sacarle los ojos, arrancarle el corazón y las entrañas y colgarlos de su estatua, el mayor castigo contemplado para los trai dores. Guanuco temblaba de ira.

Ayar Manco, aún ignorante de lo acaecido, se encontraba reunido en el tambo del lago con el grupo que conocía sus planes, a quienes había logrado sustraer de la vigilancia de sus propios guerreros. Alistaban las armas para la defensa personal llegada el caso y discutían los pormenores de

lo que harían al regreso del chasqui picunche cumplida su misión ante el Gran Jefe Auka..., cuando el prisionero colocado de vigía les dio la voz de alarma. Sin dudar, porque lo tenían previsto, se dividieron en dos grupos y, de sorpresa, fueron ellos los que arremetieron contra los guerreros de la patrulla de Guanuco para abrirse paso. Lucharon con sus macanas y pilum fieramente en medio de los matorrales, algunos fueron muertos, pero Ayar Manco y los sobrevivientes lograron escabullirse y, como la noche estaba oscura y lluviosa, desaparecieron por la estepa de pinos, saúcos y musgos que los conduciría a lo alto de la montaña, en donde acampaban las hordas del Gran Auka, jefe de los picunches.

La noticia de la fuga fue destrozada, desde ese momento se tomó caótica la situación en Tiahuanaco. Guanuco comprendió con inquietud que debía aprestarse para la defensa de la ciudad, pues la toma que quería llevar a cabo el feroz Auka Picunche tenía por objeto apoderarse de Tiahuanaco, pasar a cuchillo a sus habitantes como lo había hecho en otras partes y establecer el centro de un imperio sobre las tierras del norte, para compensar su provincia de origen en tomo de los lejanos nevados andinos del cerro Illampú, las cuales habían perdido a manos de sus congéneres los mapuches.

Guanuco sabía todo esto y, aunque en distintas ocasiones lo había combatido sin dejarlo pasar de la quebrada Llica, el Gran Jefe Picunche era conocido por su astucia y no cabía duda de que aprovecharía la información de sus guerreros sublevados y el apoyo de un caudillo como Ayar Manco, para llevar a cabo el asalto y tomarse a Tiahuanaco a sangre y fuego.

Empero, no sospechó que las cosas se precipitasen en el Urna Raimar o mes de octubre, cuando las lluvias eran torrenciales y las plantas de la reciente siembra comenzaban a reventar en las cementeras; pensó que sería en el plenilunio, en

el Inti Raimi o Festival del Sol, cuando los guerreros por tradición se aprestaban para combatir. Por ello, se limitó a convocar al Consejo de Ancianos para escoger a los Jefes que comandarían las agrupaciones guerreras de las diferentes tribus, tomados de entre los más valerosos combatientes. Con éstos, llamados de inmediato para integrarlos al Consejo, designaron a los encargados de todo lo concerniente a bastimentos, suministro de coca en rama y fabricación de nuevas armas, y fabricación de nuevas armas.

Los días que siguieron fueron de expectativas, despliegue guerrero y toma de muchas otras precauciones: les fue dada muerte despiadada en sacrificio para la diosa TaAtaKilla a los desventurados prisioneros picunches; se aprehendió a Ocllo y se la llevó a Kantalayik para tenerla como rehén en caso necesario; se reforzaron las guardias en el Pórtico del Sol y en el boquete de muralla en construcción y, para que los dioses —particularmente los Supremos Inti y Pachacamac— dieran protección a los bastimentos y armas nuevas de combate y a los guerreros, se destinaron los templos de Acapana y Jumachuca, en donde establecieron especie de guadarnés en su interior, en tanto que en el de Calasasaya los sacerdotes sacrificaban llamas negras para leer las predicciones de sus vísceras y los chamanes, laykas y adivinos clamaban a Pachacamac y consumían desaforadamente ayahuasca o yagé para intuir el porvenir.

El Cacique Guanuco, siempre soberbio y silencioso, esperaba confiado, como en otras ocasiones similares, en el poder de su gran montonera de guerreros y de sus murallas, paseándose a lo largo y ancho de Tiahuanaco en parihuela, sobre los hombros de sus cuatro cargueros, sentado orgullosamente en su hermosa silla de oro para inspirar confianza a la comunidad. Había recuperado la serenidad y se

sentía seguro porque las lluvias torrenciales del Urna Raimi desbordaban los ríos e hinchaban el Titicaca, cuyo oleaje encrespado por la vitalidad que Inti le infundía, condensaba las masas de nubes y palpaba las bases del Pórtico del Sol. Y hasta los flameantes relámpagos que iluminaban el horizonte del Puno y se alejaban retumbando con un rugido profundo del Tapia, fueron tomados por los Adivinos como signos de triunfo, venidos del seno de Pachacamac.

Mas, sorpresivamente, todo cambió; fue lo inesperado, lo imprevisto y desconcertante como era Ayar Manco. Ya de tarde, el fondo de la extensa planicie, hacia los lados de la quebrada Llica, por las estribaciones del Pico Callinsani, se llenó de gritos desordenados y de entre la neblina que emblanquecía la estepa salpicada de cactus colosales y espinos arbóreos, surgieron millares de puntos móviles como hormigas y, en la medida en que se acercaban bajo la lluvia incesante y torrencial, comenzaban a perfilarse los semblantes feroces y hambrientos de los temibles picunches chapaleando por el pantano en dirección a Tiahuanaco. Era una horda de miles de salvajes negroides y corpulentos, con rostros pintarrajeados envueltos en gruesas mantas de algodón y armados de mazas, lanzas y calaveras humanas colgadas de la cintura, cubriendo el horizonte en medio de vocerío espantoso.

Un guerrero del Brazo Negro, parado en la muralla, fue el primero en dar la voz de alarma con el sonido bronco del caracol. Todos los Jefes Guerreros volaron adonde Guanuco, mientras las diferentes agrupaciones de combate acantonadas en Tiahuanaco con sus armas y equipo preparados de antemano, empapados por la lluvia, corrían en tropel hacia la Gran Plaza de Kantalayik para presentarse a sus jefes y ocupar sus puestos. Un gran grupo se dirigió al Pórtico del Sol y otro a la parte exterior de las murallas, junto al sector en

construcción, demasiado vulnerable.

Parecía reinar la confusión, hasta cuando apareció el Gran Guanuco enjaezado con sus arreos y armas de combate, esgrimiendo su larga pica con estrella de oro y su hacha de guerra. Vino precedido de gran estruendo musical surgido de los caracoles, los pororós, los tamboriles o tinyas y las antaras. Su sonido lo apagó la ovación estruendosa con que fue recibido por la multitud y, cuando se dirigió al Pórtico del Sol rodeado por gran séquito de Sabios, brujos y guerreros del Brazo Negro que lo custodiaban armados, toda esa masa humana se encauzó tras él formando fila por el callejón para salir a la planada. Como obedeciendo a un plan, se fueron repartiendo en dos alas en tomo de su caudillo hasta formar un gigantesco círculo de combatientes que se detuvo a corta distancia, para recibir el choque de los picunches cuando se les vinieron encima.

En medio de enorme griterío, saltando por sobre los musgos pantanosos, con el Gran Jefe Auka Picunche a la cabeza, corpulento y de piernas musculosas, cubierto con pieles de llama y puma sobre grueso manto de algodón y un lanudo pasamontañas que le cubría hasta el cuello, esgrimiendo en sus potentes brazos desnudos el cayado de oro —símbolo del mando— y una enorme y pesada cachiporra con maza de piedra, rodeado de una escolta encabezada por Ayar Manco y los más veteranos combatientes, la horda de picunches se trenzó con la poderosa montonera de los tiahuanacos en feroz combate cuerpo a cuerpo. A todo lo ancho de la brumosa planada se entremezclaron y confundieron sin retroceder ni avanzar los dos bandos, en un forcejeo mortal de lanzazos y mazazos, golpes secos sobre los escudos de cuero unidos a quejidos, alaridos, gritos de angustia y gruñidos al caer una pareja de guerreros revolcándose para matarse con las uñas, con los dientes o con un golpe certero. El Gran Jefe Picunche

era un guerrero formidable y adonde llegaba se abría paso haciendo saltar cráneos despedazados a mazazos y degollando gargantas con la punta de su cayado de oro, un arma temible. Los que se replegaban eran alcanzados por Ayar Manco y el grupo que lo rodeaba, en tanto que los costados de la horda Picunche seguían avanzando hasta tomar contacto y abrazar en media luna al círculo que formaban los defensores de Tiahuanaco, acercándose amenazadoramente a las murallas.

Aprovechando la caída de la tarde, Guanuco se replegó con su séquito hacia el Pórtico del Sol a fin de hacerse fuerte en el interior de las murallas, temeroso de seguir la pelea por la noche. Fue grave error. Su horda lo siguió y, como los espacios por el Pórtico del Sol y el boquete de la muralla fueron insuficientes, se apretujaban los que trataban de entrar y los empujaban los que venían atrás, llegando un momento en que los invadió el desconcierto porque los picunches los presionaron con mayor ímpetu presintiendo lo que acontecía, no dándoles tregua y comenzando a romper el círculo hacia el extremo que se apoyaba en los muros de Calasasaya.

Guanuco encaramado en su parihuela se hizo llevar hasta Kantalayik, desde cuya terraza, dando grandes voces, trataba de reanimar a sus guerreros ya casi presas del pánico, quienes a su tumo, para entrar con más rapidez a la ciudad, ampliaron el boquete de la muralla derribando las piedras. Llegó un momento en que los guerreros de Guanuco se hallaban en el interior y los picunches en la planada tratando de entrar. Aquellos lucharon durante largo tiempo para impedirlo y, a medianoche, viéndose copados se replegaron, al tiempo en que Guanuco, con lo más granado de sus áulicos, se refugió en el salón de recepción, en el alto de la peana, en donde se reclinó como de costumbre a esperar el desenlace de los acontecimientos, rodeado majestuosamente del grupo de

hermosas ñustas y concubinas. A Ocllo, la hermana de Ayar Manco, la situaron amarrada al pie de la peana, junto a la parihuela.

Desde este lugar Guanuco impartió las últimas órdenes; envió a los guerreros Brazo Negro de su guardia a vigilar la defensa de los sitios críticos de la ciudad, especialmente el Pórtico del Sol, el boquete de la muralla derribado y la terraza de Kantalayik.

Pero ya era tarde; más de medianoche y, como los picunches traspasaron las defensas, las fuerzas de Guanuco debieron replegarse al interior de la ciudad. El lugar de la batalla, desde las planadas del Puno encharcadas por la lluvia que no cesaba, hasta el callejón del Pórtico del Sol, estaba cubierto de cadáveres de ambos bandos y, este macabro espectáculo, crecía en la medida en que los picunches avanzaban a saltos incendiando las casas después de saquearlas, violando a las mujeres que encontraban y masacrando a los guerreros de Guanuco acurrucados en los rincones de las murallas para esconderse.

El asalto a Kantalayik fue demoledor. Dirigido por el propio Ayar Manco, seguido por el Gran Jefe Auka de los Picunches. Se trabaron en lucha cuerpo a cuerpo con los guerreros Brazo Negro de la defensa, pero la montonera de los atacantes los copó y acuchilló hasta lograr doblegar la resistencia y traspasar sin obstáculos al edificio, llamando a gritos a Guanuco y derribando las estatuas, las columnas votivas e invadiendo el salón de la peana, todos embarrados y ensangrentados.

Guanuco había descendido de la peana cubierto con vistosa yacolla, orejeras de oro, la borla roja colgada de la frente y la enorme masa de estrella, el escudo acolchonado y la pesada macana entre las manos. Al verlo venir, Ayar Manco se

le abalanzó con fiereza esgrimiendo la maza y se empeñaron en un duelo a muerte, lanzándose golpes, eludiéndolos y rodeándose como felinos. Ayar Manco le tiraba tremendos mazazos sobre la cabeza y Guanuco lo embestía voleando la macana. El corpulento Auka de los Picunches en la mitad del salón sonriendo, soberbio presenciaba la lucha. Hasta cuando un certero golpe dado por Ayar Manco sobre la espalda de Guanuco lo obligó a inclinarse vomitando sangre. De otro mazazo le quebró la rabadilla y lo desplomó. Lo remató astillándole el cráneo, del cual saltó un chisguete de masa sanguinolenta que cayó en el muslo enlodado del Auka Picunche. Sin inmutarse, éste se limpió con los dedos y los llevó a los labios para relamérselos.

Se encaramaba a la parihuela de Guanuco para hacerse ascender a la peana, cuando una fuerte erupción del volcán Tapia, seguida de un remezón de la tierra, los llenó de pánico.

CAPÍTULO XIV

Era el gesto de furor de los dioses de la Tierra; pero el Jefe de los picunches no le temía a nadie, a pesar de que todo en Tiahuanaco con sus edificios de piedra y sus murallas le era extraño, pues venía de un mundo abierto en donde vivían en refugios cubiertos con cueros y paja. Parado junto a la peana, cascando un hueso carnudo con sorbos de aka, su mirada tropezó con el semblante juvenil de Ocllo y, sin detenerse a indagar el significado de su presencia, impartió órdenes de llevarle a todas las concubinas y a las ñustas de la balsa del lago para distribuirlas entre sus jefes subalternos tomadas como botín, en previsión de que los rugidos que seguía lanzando el Tapia los obligara a abandonar a Tiahuanaco, proseguir su migración hacia el Norte o descender a las tierras del Mar.

Fue cuando Ayar Manco reparó en su hermana Ocllo y, al observar que el Auka Picunche se le acercaba, de un salto se colocó a su lado:

—Can warmi ñusta...—, dijo, para expresar que era doncella, al tiempo que asentaba su pesada maza en el suelo.

El Jefe Picunche eructó y lo miró sorprendido. Para él, Ayar Manco era un brujo y esta concepción lo convertía en una especie de mandamás, con poderes sobrenaturales como lo había demostrado desde cuando se le presentó en su campamento de la quebrada Llica y lo guio durante el asalto a Tiahuanaco, culminado con la derrota y destrucción del invencible Guanuco. Observó a Ocllo y, adivinando por el parecido la afinidad que los ligaba, sonrió paternalmente y cortó las amarras que la inmovilizaban.

—Ayar Manco, Brujo... Cangui Capac... Cangui Intip Churin... (Ayar Manco, Brujo... Tú eres rico... Tú eres hijo del Sol), le dijo para reconocerle sus poderes de Gran Brujo y Jefe Picunche, al tiempo en que le colocaba en tomo de la cabeza la fina cinta tejida en algodón, con la borla roja que ostentaba Guanuco como símbolo de mando, después de retirarla de la frente del cadáver que yacía en el suelo.

—Cangui Intip Churin...— repitió como un ecomo en un interior la voz que siempre guio a Ayar Manco, quien se volvió hacia el Gran Picunche para recibirle también su cayado de oro y con ello asumir la misión de partir hacia el mundo de dónde venían los vientos del septentrión, en donde hallaría nuevos pueblos y tierras puras y fecundas. El cayado de oro hundido en estas tierras hasta la empuñadura, le señalaría el lugar donde debía fundar su albergue.

El Brujo Ayar Manco tomó sus mochilas y, al día siguiente, con la luz verde de Venus en el cielo, asqueado de ese mundo, partió con su llama de tiro cargada de chuño, maíz y hojas secas de coca con llucta, para masticar a lo largo del viaje. En las mochilas iban tabaco, amuletos, ayahuasca, sal, hierbas curativas y, apoyándolo en el suelo unido a su fuerte brazo, el cayado de oro. Ocllo, silenciosa y tierna, lo seguía con su trotecito menudo y acompasado, hilando sin cesar el arrume de lana que iba en su jigra para urdir mantas y pasamontañas que los protegieran del frío.

El primer impulso fue el de tomar el camino del atracadero para cruzar el Titicaca en una canoa de zacate totora y perderse en las montañas, lejos de tanta adversidad; mas, cuando llegaron a este sitio y vieron el agua pura y rizada y, por instinto, miraron hacia atrás, divisaron los muros de Tiahuanaco hundidos en masas de horror y devastación. Humo y llamaradas que surgían de las murallas y, a la distancia, filas

de guerreros como gigantescas serpientes regresando hacia el sur por sobre los pantanos del Puno, apenas visibles por la neblina que flotaba a ras del suelo y la luz mortecina del crepúsculo.

Entonces se sintió desolado y cambió de rumbo. Ocllo, como siempre, lo siguió sumisa. En dirección al mar, a la pequeña aldea donde moraban refugiados Cuillar y sus hijos, siguiendo el camino por donde los llevaron arrastrados a Tiahuanaco los guerreros de Guanuco, cuando comenzó su desventura.

Dos lunas le bastaron a la pareja para llegar, ya entrada la noche, a la loma contigua al poblado habitado por las mitas del puente y, al día siguiente, desde muy temprano se internaron en el poblado. En esta ocasión las casas se le semejaron a las de Tiahuanaco, situadas a corta distancia unas de otras, en medio de pequeños huertos o topos de tierra densamente cultivados.

De uno de estos huertos ocasionalmente vio salir a Cuillar con una callana llena de papas y arvejas y entrar a la casa contigua. Su memoria le representó una escena semejante, cuando era ñusta y él la observaba escondido en el monte del frente. Sin vacilar la siguió y, al cruzar la cortina de entrada, se encontró ante una mujer de edad madura que atizaba la lumbre para hervir el contenido de la olla, puesta sobre las tres grandes piedras que enmarcaban el fogón. En torno del aposento, con piso de tierra, aún dormían sobre cueros de llama las Mainas, junto a Sinchi y Lloque. Cuillar se le acercó mimosa cuando lo vio y rompió a llorar amargamente, mientras los infantes se le fueron enredando alrededor de la cintura, buscando su protección.

En el poblado no había hombres; habían acudido con sus armas al llamado de Guanuco en defensa de Tiahuanaco.

Durante la batalla el padre de Cuillar, Uchú, como había acontecido con todos los guerreros que lo acompañaron, murió y, aunque sus restos no habían sido encontrados, Cura, la madre, ya tenía cavada con sus hijos y nietos en el huerto la huaca en donde sería depositado con sus armas y enseres personales. Ella misma pensaba unírsele para el viaje, del Gran Jefe Picunche y por ello, cuando se hubo reabastecido de bastimentos, reanudó su peregrinación seguido de la pequeña tribu. En el poblado sólo se quedó la madre Cura; no quiso seguirlos, pendiente de que en su ausencia viniese el espíritu del padre Uchú a ocupar su lugar en la huaca y su deber era ir con él.

Cuando regresaron al atracadero del lago, evitando acercarse a Tiahuanaco para no ser embrujados por los espíritus errantes de los muertos, espantados por los buitres que descendían en espiral desde las nevadas montañas de los Andes, para el Brujo Ayar Manco fue triste la soledad del lugar y sólo encontró canoas flotando junto a la balsa de las ñustas amarrada a la orilla, con su choza y sus dos velas tejidas en zacate, al vaivén del oleaje. Sin vacilar tomó la balsa y organizó el embarco de la tribu; primero las tres llamas, que fueron amarradas a los palos de las velas; después las Mainas, cargadas por Sinchi y Lloque. Finalmente, Cuillar y Ocllo. El subió de último, silencioso, concentrado, con su cayado y sus mochilas colgadas de los hombros.

Tres soles duró la travesía del lago, sin contratiempos. Sólo una leve y constante llovizna. Desembarcaron en el río Asangaro, por la orilla de cuyo cauce tomaron rumbo al norte. El crudo invierno aún los atormentaba haciéndolos enterrar hasta la rodilla en el fango, por donde avanzaban trabajosamente uno tras otro, silenciosos. Las noches y las tormentas las pasaban bajo albergues levantados con palos,

cueros y las velas de zacate de la balsa. Hasta cuando comenzaron el ascenso a la cordillera donde termina el Puno, para internarse en las estribaciones del cerro Vilcamota, cuya cima cubierta de nieve les causó temor y los indujo a desviarse al occidente. El paraje era inhóspito y por él vagaban sin rumbo cierto, entre la neblina que los envolvía con su frío y las empinadas alturas que la rasgaban con sus filudos picachos, transitados solo por bestias paramúnas.

Fue este un largo y cruel peregrinaje rodeados de soledad, frío y hambre que saciaban con Ja caza, hasta cuando cayeron al río Urubamba. Siguieron su curso y, de manera imprevista, un tributario suyo, el Huatabay, los guio por la senda de una serranía, posiblemente paso de dantas y guanacos, hasta cuando se despejaron maravillosos y excitantes panoramas que morían en una extensa llanura abrazada por los ramales en que se bifurcaba la serranía.

Aquella tarde el padre Sol estaba radiante, orgulloso, y la madre Luna en creciente, juvenil y tierna, con su arco pálido por la luz del día, lo seguía sumisa como Ocllo al Brujo Ayar Manco. Acamparon en este lugar, a la orilla del Huatabay.

Los amparaban árboles adornados de orquídeas y doseles de caprichosas figuras formados por el musgo. Todo estaba apacible y silencioso porque había ausencia de viento y las adormiladas llamas y otros animales silvestres sesteaban echados sobre las escasas praderas de poa despejadas en medio del bosque.

Era el Valle de los Quechuas, de cuyos cerros hacia el occidente se veían elevarse tenues humaredas blancas. Aprovechando el tronco caído sobre el cauce del Huatabay, atraído por el humo, el Brujo Ayar Manco dejó las mochilas colgadas de un árbol, se separó de su tribu y lo cruzó para explorar los alrededores, aparentemente inhóspitos, hasta

cuando se encontró con un cultivo de papa recientemente cosechada. Avanzó hasta una pequeña colina y escuchó intermitentes gemidos provenientes de un conjunto de grutas abiertas en los barrancos salientes de las rocas, que servían de contrafuerte al cerro. Pequeñas fogatas en las bocas de las grutas para proporcionarse calor y cocinar alimentos en grandes ollas de barro, avivadas por humanos parecidos a los tiahuanacos, de piel oscura, cabello desordenado y abundante, de aspecto fornido pero escuálidos y hambrientos, muchos de los cuales se encontraban acurrucados en los rincones envueltos en pieles de animales y pesadas capas de paja torora tejidas con hilo de cabuya retorcida, temblando por la fiebre y quejándose lastimeramente por la rasquiña que les causaban las verrugas y la sama sanguinolenta que invadían sus cuerpos. Se consolaban con el sexo y con ídolos de barro colocados a trechos a lo largo del sendero. Eran los pacras y los lares, llegados al Valle de tiempo inmemorial.

Indiferente ante la presencia de nativos armados con pesadas mazas y tizones, reunidos junto a las grutas que daban al manantial, posiblemente guerreros, con su aspecto severo y paternal Ayar Manco caminó hacia ellos. Entre sorprendidos y respetuosos los guerreros se movieron para darle paso y él fuese de nuevo al campamento, recogió las mochilas, llenó dos totumas con agua del río y regresó adonde los enfermos, acompañado de Ocllo.

Con infusiones de huayra y matee llu, animados por la bondad y la ternura, vertieron el líquido en las partes afectadas de los enfermos y los tendieron sobre hierbas frescas para aliviarlos, les dieron a masticar hojas de coca seca con llucta, y el cadáver de uno fallecido la víspera lo depositaron en una huaca que cavaron sobre el collado, con frente al sol. Así pasaron el resto de la tarde y, entrada la noche, se reunieron

nuevamente con su tribu en el campamento.

Dejando a Cuillar al cuidado de los infantes, varias lunas permanecieron entregados con devoción a esta labor, hasta cuando los enfermos comenzaron a sanar y a salir a recibir el sol. Se dispersaban por los alrededores buscando alimentos y, al ver regresar al Brujo con Ocllo por el sendero, todos se tendían en el suelo para abrazarles las piernas:

—Can canqui tucui... yachan (Tú eres aquel que todo... lo sabe)—, musitaban agradecidos, entremezclando los sollozos y voces inciertas con que trataban de expresar sus sentimientos.

Ante su labor concluida y sosegado su ánimo, retomó al espíritu del Brujo Ayar Manco, el impulso de reanudar su peregrinación desapareciendo en forma inesperada y silenciosa como había llegado, pero ese llanto desolado conmovió sus sentimientos y lo llenó de dudas. Buscando una respuesta, conducido por el anciano mandamás de la tribu, escaló la cima del cerro para explorar los contornos.

Digiérase que, ante el porte majestuoso que le daban la gruesa capa de lana sobre los hombros y el pasamontaña de piel de puma que le abrigaba la frente, se despejaba ante sus ojos un panorama fantástico de montañas inaccesibles; un horizonte umbrío de serranías y nevados ocultos a intervalos bajo la neblina que surgía de los abismos por donde discurrían ríos caudalosos y cascadas que se astillaban al despeñarse, para ascender y transformarse en blancos copos de nubes arrastradas por el viento del sur, desvanecidas con el sol del ocaso y desprendidas en forma de llovizna menuda y brumosa que caía acariciando las hojas del bosque.

El anciano mandamás que, embelesado, lo había estado observando, exteriorizó todo el caudal de la seducción que lo

embargaba: Tú eres el Hijo del Sol...

—Cangui Intip churin...—, murmuró quedamente.

Ayar Manco halló en todo aquello algo del mensaje de Inti, de aquel Padre Sol, recibido en Tiahuanaco a través del Gran Jefe Auka Picunche después de su triunfo sobre Guanuco, y comenzó a descender, al tiempo en que el anciano Mandamás, siguiéndole sus pasos, no cesaba de repetir con arrobamiento:

—Cangui Intip churin... Cangui Intip Churin...

Los recibió el susurro agradecido y sollozante que brotaba de las grutas, como un zumbido de abejas:

Can canqui tucui yachan... Can tucui yachan...

☆☆

Tendido como estaba sobre el nido, ya recuperado su cuerpo de los efectos del yagé o ayahuasca con la caricia tibia de la luz del nuevo día, Ayar Manco despertó y retiró la callana vacía que había quedado sobre su pecho y, después de estirar sus brazos nudosos y morenos y de acomodarse la manta de lana de alpaca, pausadamente salió de la gruta a la intemperie y descendió al valle apoyado en su cayado de oro para unirse a su tribu, a la orilla del río Huatabay.

Mas, la incertidumbre, que es la orfandad del corazón, mientras caminaba poseía su voluntad. Solo y pensativo vagó toda la mañana y a mediodía llegó a otro cerro, al Huanacauti. Entonces recordó que sólo el cayado de oro que fortalecía su pesado cuerpo a cada paso contenía la respuesta. Por ello, cuando se detuvo en las inmediaciones y se recostó en su empuñadura para descansar, sintiendo que se hundía en el légamo espeso que fecundaba el lugar, decidió cumplir allí su misión, y establecer su albergue.

Con fragmentos de roca astillados recogidos en los alrededores, cuidadosamente acuñados y moldeados con pedruscos como lo aprendió en Tiahuanaco, construyó la primera vivienda para su tribu, transformada con el tiempo en Santuario del Padre Sol, adonde acudieron silenciosos y reverentes los nativos que él había sanado y los que en el futuro conocieron sus bondades y su sabiduría, para rendirle vasallaje. La llamó Curicancha porque terminó de tarde cuando el Padre Sol la doró como si fuera de oro.

CAPÍTULO XV

En armonía con todo lo grande que se desprende de la vida humana, las cosas en Cuzco, como llamaron al lugar, tuvieron un comienzo triste y humilde, porque cuando el Brujo Ayar Manco quiso iniciar la posesión del territorio concedido por el Gran Jefe, el Auka de los picunches, sólo encontró miseria y desolación en los contornos. Y más aún cuando comenzaron a llegar los sobrevivientes de Tiahuanaco que habían seguido sus pasos, porque unidos a las otras tribus que merodeaban el valle donde vivían los quechuas en estado deprimente, formaron conjuntos humanos andrajosos y enfermizos. Entre estos emigrantes, con su jigra llena de hierbas curativas, tabaco, hojas de coca y amuletos, en una madrugada apareció por la orilla del Huatabay, encabezando un grupo, el paco del chimú.

Guiadas por la sabiduría de éste, Ocllo y Cuillar

cuidaron a los enfermos con ternura como lo habían hecho días atrás con los pacras y lares que habitaban las grutas. Les sobaban dulcemente la panza inflada como a pequeños wawas para aliviarlos de los vómitos ocasionados por los desperdicios espumosos que los rodeaban, los inducían a asearse como lo hacían los del lago Titicaca y, mientras el Brujo Ayar Manco les enseñaba a no vagar por las selvas y a no dormir como mandriles holgazanes, a abandonar las grutas fétidas y construir viviendas como Curicancha, ellas, las coyas, guiaban risueñas los dedos de las ñustas nativas para que aprendieran a hilar lana de alpaca y vicuña en el haguanás12, a hacer anacos y chumbes, serenar papa para moler chuño y, llevando de tiro la llama que ya amamantaba a la cría, atrajeron a las que pastaban en los alrededores para que los siguieran también.

Halagado por la forma sumisa y reverencial como fue acogido su mandato y por la fecundidad de Cuillar y Ocllo, Ayar Manco condujo a las dos mujeres a Huanacauti y les dijo:

—Paniqui Caylli Llapi (vosotras dormiréis en este lugar).

Y, mientras se alejaba hacia Curicancha, en tono profundo, añadió:

—Cani Hanán Cusco... (Yo soy el Ombligo del Mundo).

De este modo consagró su propia exaltación. Los más notables jefes huallas, ahora aseados con el agua purísima del Huatabay y adornados con penachos de plumas y mantas multicolores tejidas por las ñustas adiestradas por Ocllo y Cuillar, se disputaron con los laykas venidos de Tiahuanaco el honor de llevarlo sobre sus hombros en parihuela como a Guanuco, para merecer lo cual todos construyeron sus casas en torno a Hanán Cusco, dotándolas en las inmediaciones de un templo a Inti^, el Sol, sobre una pirámide trunca planeada por

el propio Ayar Manco y biselada por los talladores de piedra del Tapia, que inmigraban sin cesar con sus armas y utensilios de trabajo.

En esta forma Curicancha fue semilla de la Gran Ciudad de Cuzco, sede sagrada con el tiempo del Tahuantisuyo o Imperio poderoso levantado al amparo de Inti, el Sol, por el Brujo Ayar Manco y los vástagos que le siguieron en la dinastía, concebidos y gestados en los vientres de las mamas Ocllo y Cuillar, estimuladas por las porciones de sasawaikunura que les daba el paco para encenderles la fertilidad. Siguiendo a Sinchi Roca y Lloque Yupanqui, nacieron en Curicancha Mayta Capac y Capac Yupanqui. Después vinieron Inca Roca, Yahuar Huaca, Viracocha Inca, Pachecuti, Topa Inca y Huayna Capac, troncos de la clase sagrada, sangre del dios Sol, Curacas de orejas alargadas con aros de oro.

Sólo éstos y sus hijos y los hijos de sus hijos habitaron la ciudad, en tanto que los nativos, denominados purics, se agruparon en poblados cercanos, retribuyendo a su benefactor con su trabajo y protección guerrera, convertidos en Mitas como en Tiahuanaco.

Mas todo esto no bastó al Brujo Ayar Manco y se encontró defraudado. Ascendió entonces nuevamente al cerro de las grutas para dialogar con Inti, el Sol, y con la voz que el ritual del yagé o ayahuasca había dejado en su espíritu.

Aquel día encontró el horizonte despejado y abierto. La neblina desganada por el viento de verano desnudaba el vientre de las alturas y la espalda de los valles, sobre cuyos contornos se levantaban fabulosas ciudades de piedra y de oro, campos cultivados surcados de terrazas y canales de agua, caminos que serpenteaban por las breñas de la cordillera, puentes de cables colgantes sobre los grandes ríos y figuras de animales y líneas

demarcadoras de las llanuras.

Maravillado ante ése mundo de insospechada existencia, con las manos en la frente protegiéndose los ojos, el Brujo Ayar Manco divisó también a lo lejos chasquis veloces cruzando los caminos como lo hacían en Tiahuanaco y legiones de hufnanos trabajando esos campos con plegarias a Killa, la Luna, apacentando rebaños de vicuñas y llamas, explotando esmeraldas y oro en las minas y los ríos. Eran seres venidos como ellos del mar, acaso descendientes de Balba y de Inya la Matriarca desaparecida en las aguas de Tikei o de los Tángata Manú de la isla de Pascua que, salvados del holocausto, habían olvidado a los Moais y a Matu Matu'a para seguir tras la memoria de Pirú y Prajapaty.

Con su espíritu iluminado Ayar Manco descendió y, en unión de sus hijos, dividió el Tahuantisuyo en cuatro regiones cuyos caminos se cruzaban en la Plaza Central de Cuzco, denominada de la alegría o Huaycapata, de donde se desprendían el Collasuyo hacia el sur, el Contisuyo al oeste, el Antisuyo al este y el Chinchasuyo al norte.

☆☆☆

Fue Lloque Yupanqui quien rompió el hechizo. Encendida su ambición a través de las fantásticas leyendas narradas por el paco de Chimú, unidas a la visión de su padre, con sus hermanos Sinchi Roca y Mayta Capac salió a recorrer la ruta que los condujo de las tierras donde corrieron sus años tempranos. Seguidos de los pacras y huallas guerreros y cazadores fuertemente armados y entrenados a la usanza de Tiahuanaco, llegaron al país de los hatún collas, pobladores de la costa norte del Lago Titicaca y, conducidos por viejos chasquis, lo rodearon con un camino que trazaron a partir de Chuncara. Lo dotaron cada jomada de confortables tambos y, antes de seguir avanzando y tomando posesión de las tierras del

sur, en donde sostuvieron bravos enfrentamientos con las hordas de Caopolikán, el gigante Rengo y Tokapel, dejaron establecido el Collasuyo con el primer servicio permanente de comunicación a Cuzco.

Esta fugaz campaña les dio experiencia, fortaleza y decisión para que sus hermanos Capac Yupanqui, Inca Roca y Yahuar Hueca siguieran su ejemplo saliendo a enfrentarse con los contis para buscar la ruta del mar, las tierras del guano y de la pesca. La idea era aclimatar los productos, en la medida en que ampliaran sus dominios. La orden vino del propio Ayar Manco, Inca del todo el Tahuatisuyo.

Partió la caravana de la Plaza de Cuzco con su montonera de guerreros pacras y lares seguidos de una recua de llamas de carga y se internó en la cordillera. Llegando a los profundos cañones del alto Apurimac, sostuvieron su primer combate con las avanzadas de los contis. Estos venían protegidos por gruesos trajes acolchonados con varillas de chonta en la espalda, todos tatuados con figuras de pájaros y rayas rojas a lo largo de los brazos desnudos, armados con lanzas y mazas y un pequeño escudo de piel humana para cubrirse el rostro. El choque fue inevitable, en un desfiladero. Yupanqui, implacable con su gran fuerza, levantaba en vilo a los enemigos y los lanzaba por el peñasco en medio de gritos tenebrosos. Aunque salió triunfante y las predicciones de la Luna, aquella noche coronada por un arco luminoso eran favorables, el asalto a Nasca e Ika, en la misma ruta, lo llenó de precauciones. Vadearon el Apurimac por el Yuarí y, llegados a los grandes cultivos de algodón y maíz que cubrían los valles, surcados en toda su extensión por líneas y figuras de animales totémicos trazadas con arena para reemplazar el capote y deslindar el territorio de las tribus, asaltaron a Ika por la noche lanzando hachones encendidos por sobre las cubiertas de las

casas sin techo y rematando a sus moradores cuando salían a buscar refugio. En Nasca aconteció algo semejante. Regresaron a Cuzco con buena provisión de esclavos hanaconas sentenciados por su rebeldía, atadas las manos y el pescuezo a largas sogas.

Llevando un refuerzo de estos Hanaconas para que cargaran vituallas, apoyaran a los cazadores de alimentos, rompieran trocha y purgaran su soberbia a Inti, Pachecutec unido a sus hermanos menores Pachacuti y Topa, decidió reanudar la campaña por las tierras donde habitaban los yayahuas y los ahuarunas, antropófagos cazadores de cabezas. Avanzaron hacia el bajo Apurimac. cuyo profundo cañón los separaba de las vastas serranías selváticas del oriente. Debieron detenerse para planear el paso del profundo cañón y, con la inspiración de Inti, Pachecutec decidió construir un puente de cables, aprovechando las salientes de roca propias para acondicionar los muros de apoyo sobre las dos bandas. El propio Pachecutec parado imperialmente en lo alto de una roca dirigió la empresa. Mientras cuadrillas de ñustas y guerreros junto al campamento retorcían febrilmente enormes arrumes de lana y algodón traídos de Nasca para trenzar los cables, grupos de Mitas venidos de Cuzco, en un acto de obediencia ciega, se amarraron de la cintura largas sogas de cabuya que dejaron afianzadas de las rocas y, enviando por delante a una cuadrilla de hanaconas, descendieron el peñasco hasta el fondo del abismo. A los hanaconas los obligaron con zurriagos y amenazas a lanzarse al agua torrentosa y fría para pasar las sogas a la orilla opuesta. La mayoría desapareció, arrastrados por el torrente. Unos Mitas corrían a recuperar las sogas de los hanaconas ahogados, mientras los que lograron ganar la orilla opuesta escalaron como micos la pendiente y llegaron a la cima, sobre una de cuyas rocas enlazaron un par de ellas e instalaron un andarivel, el cual fue utilizado para trasladar

colgados de garabatos los gruesos y pesados cables del puente, halados por brigadas de soldados y mitas de los que vadearon el río, para dejarlos templados entre las rocas de los dos costados. El último esfuerzo fue el de labrar y perforar los extremos de las cenchas, para colocarlas fuertemente unidas a los cables. Los trabajos duraron quince lunas llenas y Pachecutec estableció en el lugar un poblado para las familias de los Mitas encargados del mantenimiento del puente.

Sin demora desfilaron el ejército y los cazadores. Fueron centenares de purics armados. La enorme y pesada estructura apenas se balanceó. Después, Pachecutec y sus dos hermanos llevados en parihuela por la cuadrilla de rúcanos que los rodeaba, y finalmente, los curacas, las mitas y una recua de llamas de carga arreada por los sufridos hanaconas, vigilados y amenazados para que trabajaran, por los guerreros más corpulentos.

La sorpresa derrotó inicialmente a los yayahuas. Mas, reagrupados con los ahuarunas salidos de la selva, menospreciaron los movimientos envolventes con que trató de cercarlos el ejército de Pachecutec y, después de causarle a éste muchos muertos, desapareció en la manigua. Empero, Pachecutec tomó numerosos prisioneros yayahuas que hizo hanaconas, a los cuales obligó a transportar hasta Cuzco un gran botín de objetos de oro, plumas de aves, pieles de animales y lanzas de chonta para reforzar sus huestes.

El último de la dinastía fue Huayna Capac, nieto del Brujo Ayar Manco, hijo de Yupanqui, nacido en la aldea quiteña de Tumebamba cuando su padre iniciaba la conquista del Chinchasuyo. El Tahuantisuyo a la sazón se había engalanado con hermosas ciudades engastadas como joyas en medio de los abismos o en las llanuras. Paucartambo, Rimacpampa, Ollantaytambo, MachuPicchu, Pisac y Chan

Chan, entre otras, ya eran monumentos de piedra que aún perduran. El mismo Cuzco se hallaba transformado en un inmenso palacio de andesita negra y de oro, con sus templos a Killa, la Luna, y a Pachacamac, el dios de los huacas; con sus monumentos donde se alojaban las ñustas y los Incas, Curicancha, las cien fuentes rituales que alimentaban la ciudad con agua pura y fresca conducida bajo tierra desde la montaña y su imponente representación de Inti, el dios Sol, con la llama sagrada que ardía eternamente en su templo esplendoroso.

En medio de este mundo de fausto y riqueza, el Brujo Ayar Manco, el Inca de todo el Tahuantisuyo, padecía la más venerable ancianidad. Cuando comprendió que su final estaba cerca y su nieto Huayna Capac se aprestaba para marchar con su padre de nuevo a la región de los mochica, convocó a sus hijos, a los curacas y al Consejo de' Amautas, su asesor cuando requería consejo. Sobre la tibia lana de cueros de llama y vicuña en el interior de Curicancha, expresó su voluntad dirigiéndose a Huayna Capac, cuyo rostro juvenil se destacaba entre sus tíos, ya severos y cansados. Huayna Capac, que era melancólico, se le acercó y él le tomó la mano: Yo soy el Inca... El hijo del Sol... El hacedor del mundo...

—Can tucui ru cuc (Aquel que todo lo ve)—, fue su última frase.

Y, volviendo el rostro con una sonrisa dulce hacia la ñusta Pillcu Huaco, la hizo acercársele también y unió sus cuatro manos. Huayna Capac retiró bruscamente las suyas, sin poder ocultar el disgusto que le causaba el contacto con su hermana. Sin advertir la reacción, Ayar Manco añadió con voz vacilante:

Tu... colla doncella... Aqueste... tu Inca... de todo el Tahuantisuyo...

Expiró poniendo en el corazón de Huayna Capac la conciencia de ser él la cabeza del Tahuantisuyo y, unido a la colla Pillcu Huaco, el poseedor de la misión de guiar a su pueblo a través de su descendencia, para que la sangre de Inti, el dios Sol, que ambos llevaban en su cuerpo, perdurara por todos los tiempos.

☆☆☆

Antes de asumir los poderes concedidos por su abuelo, asesorado por los amautas más sabios y su Consejo, por los Quipu Camayoc y sacerdotes de Cuzco, Huayna Capac se sometió al estudio necesario para el cumplimiento de las elevadas funciones que correspondían a su dignidad. Rodeado desde el primer momento de gran pompa y pleitesía, amplió sus conocimientos de la lengua quechua, la de los primitivos pacras y lases, establecida por Ayar Manco como la oficial del Tahuantisuyo. Un grupo de sacerdotes o Villa Unu lo guio para que se familiarizara con los rituales a Inti y a Pachacamac, que él por derecho presidía. Se adiestró en la lectura y pormenores de los quipus para descifrar mensajes y obtuvo de los amautas información sobre la historia de su pueblo y sus conquistas recientes. Tampoco descuidó los conocimientos relacionados con los secretos del Cielo y de la Tierra, el manejo y mejoramiento de las armas y la dirección de la guerra.

Considerándose capacitado, tomó la decisión de asumir el poder. Lo hizo, como estaba establecido, en el Templo del Sol ante la imagen deslumbrante de Inti, desposándose a pesar de todo con la colla Pillcu Huaco como su abuelo lo dispuso, ante la llama sagrada. Mas, antes de ocupar la parihuela que los esperaba, toda forrada en plata y tapizada con blandos colchones de plumas y lana de alpaca, llevada en hombros por cuatro cargueros rúcanos escogidos, el Villa Unu, sumido en su túnica blanca sacerdotal, se le acercó ceremonialmente y le

impuso en la frente la borla roja y entre las manos le colocó el cayado de oro que su abuelo Ayar Manco recibió en Tiahuanaco del Gran Jefe Auka Picunche, enviado de Inti, símbolos del poder.

Unido a la colla ocupó la parihuela y, después de dar un largo recorrido por Cuzco, seguido de su gran cortejo de Curacas, Amautas y otros funcionarios, ovacionado por la multitud que se postraba a su paso y repetía: ¡Can tucui ru cuc! (Aquel que todo lo ve), se internó en su monumental palacio construido para él en andesita negra forrada en láminas de oro, situado en la gran Plaza de la Alegría, contiguo al Acclahuasi o templo de las ñustas. Descendió de la parihuela seguido de la colla junto a un vano en forma de arco falso cubierto con pesada cortina decorada con figuras lineales entrelazadas, que semejaban el sol y la luna. Una ñusta muy bella se le acercó entonces a Pillcu Huaco y le ofreció en un pocillo de oro sin asas una porción líquida de sasawaikunura para estimularle la fecundidad, que ella bebió.

Cuando los amautas y rúcanos que lo acompañaban se retiraron y se unieron a la comitiva que esperaba en la calzada su llegada para disolverse, Huayna Capac quedó solo detrás de la cortina con Pillcu Huaco a su lado despojándose del topo de oro que le ajustaba la yacolla sobre los senos. Fue cuando tomó conciencia del acto que se disponía a realizar y lo invadió un sentimiento de estupor. Instintivamente retiró de ella la mirada en una mezcla de pudor y repugnancia. Se sobrepuso empero cuando la vio acercarse al brasero donde ardía la llama sagrada que iluminaba y calentaba el recinto, para dejar deslizar el anaco y ofrecérsele desnuda.

☆☆☆

Días después, depositada en el vientre de Pillcu Huaco la semilla de su estirpe divina, Huayna Capac recibió de su

padre Yupanqui el mando del gran ejército que se hallaba alistado para reanudar la campaña del Chinchasuyo. Con el paco del Chimú llevado en parihuela, unido a un grupo de asesores amautas y los jefes guerreros marchando a su lado, salió de Cuzco hacia las tierras del mar. Lo seguían centenares de guerreros equipados para combatir, familias de Puric que reemplazarían a los pobladores de aldeas rebeldes hechos hanaconas, llamas de carga llevando vituallas y la brigada de cazadores para proveer alimentos.

En la medida en que avanzaba al noroeste, se acercaba a la costa por una región desconocida, desértica y cálida, surcada de ríos que se desprendían de la cordillera y formaban especie de oasis cubiertos de vegetación frondosa.

En uno de estos oasis tropezaron con una populosa y extensa población, la capital de los chimú, la ciudad de Chan Chan, construida en adobe y tapial, de casas revestidas en piedra y cubiertas con teja. Por sus calzadas deambulaba multitud de purics vestidos con prendas livianas, arreando recuas de llamas cargadas con bultos de guano y algodón.

La intervención del paco hizo que las autoridades de la ciudad recibieran con alborozo al ejército de Huayna Capac, con quien acordaron una alianza, antes de reabastecerse y tomar la ruta de la cordillera para ascender a Teocajas, en el reino de Quito. Los Chimú aceptaban la autoridad del Inca, el culto a Inti y a Killa y el uso de la lengua quechua para todo lo que se relacionase con el gobierno de Cuzco, conforme lo habían venido haciendo con todos los pueblos vencidos y sometidos al incanazgo.

De Chan Chan comenzaron el ascenso de la cordillera para llegar a Teocajas. En Teocajas los adolescentes celebraban la ceremonia de la pubertad y se hallaban reunidos frente al templo a Killa con los sacerdotes. Para darles solemnidad a los

actos, había venido de Quito el Scyri Cocopamba, gobernante del país, con su hija Paccha. Interrumpió la ceremonia la llegada intempestiva de un chasqui nativo para anunciar a gritos que por el desfiladero del mar avanzaba hacia Teocajas un gran ejército de hombres desconocidos, cubiertos con gruesas mantas de lana y escudos para protegerse el cuerpo, seguidos de una recua de llamas y hombres de la costa. Por orden del Scyri Cocopamba aprestado a la defensa, todos corrieron a tomar sus picas y hondas guardadas en sus casas y se organizaron para detener a los invasores, despeñando sobre ellos enormes piedras que cubrían las alturas. Nada consiguieron, porque Huayna Capac, que era astuto, cambió de rumbo, rodeó a Teocajas y la ocupó por asalto en la noche. Las poderosas armas tomadas a los Conti les dio el triunfo.

Viéndose perdido, el Scyri Cocopamba huyó a Quito dejando en poder de Huayna Capac a muchos puric hechos hanaconas por no haberse entregado, entre los cuales se hallaba la ñusta Paccha, la hija del Scyri, que era hermosa y ardiente. Consecuente con su concepción religiosa, Huayna Capac la tomó para sí, como un trofeo del dios Inti, para engendrar en ella al futuro gobernante del Chinchasuyo, quien así llevaría en su sangre la misma estirpe divina que animaba el espíritu de Inca.

Acompañado en la parihuela por la hermosa Paccha, hacia quien Huayna Capac desde el primer momento sintió una profunda atracción, en el transcurso de dos lunas nuevas asaltó a otras poblaciones hasta llegar a las cercanías de Quito, en donde libró otra batalla sangrienta. Su desenlace fue también triunfal. El Scyri Cocopamba vino a su encuentro en busca de la paz; mas, al ver a su hija unida al Inca, no dudó en aceptar someter su reino a la alianza del Tahuantisuyo, instituyendo el Chinchasuyo.

Transcurridos muchos soles y lunas, iniciaba el Inca la construcción de su fortaleza militar en Ingapirca, cuando fue informado de que los quiteños que habitaban las regiones del norte se habían sublevado ante la claudicación del Scyril y se aprestaban a atacarlos. El Inca suspendió los trabajos y, dejando a Paccha, que estaba embarazada, al cuidado de su padre en Tumebamba, pequeña aldea cerca de Quito, marchó contra los rebeldes y los cercó en las inmediaciones de la laguna Cotachi. El combate fue violento y prolongado y el Inca implacable y cruel. Cuando los jefes quiteños fueron doblegados, no se tomó la molestia de hacerlos hanaconas, sino que ordenó destrozarlos y sus cuerpos inertes botarlos a las aguas profundas en la laguna, que quedaron tintas en sangre. Fueron centenares de guerreros degollados. La posteridad recogió el genocidio, llamando el lugar yahuarcocha, que significa Sangre en el Agua.

Fue para el Inca Huayna Capac triste el regreso triunfal a Quito, porque Paccha, por quien mantenía una gran pasión, nunca sentida por Pillea Huaco o por cualquiera de las ñustas que formaban su cortejo de mujeres en Cuzco, había fallecido en Tumebamba durante el parto de un wawa varón, rollizo y vital, cuyos horóscopos lo señalaron con el nombre de Atahualpa. Una nodriza de Quito, amante del Scyri, lo tomó para amamantarlo, al lado de su propia hija, CUSÍ Cuillar. Para mitigar la pena, Huayna Capac decidió interrumpir su campaña en el Chinchasuyo y regresar a Cuzco, en donde encontró al heredero del Tahuantisuyo, a Huáscar, parido en forma feliz por la colla Pillcu Huaco. Mas, no pudiendo soportarla a su lado, atormentado por la añoranza de Atahualpa y la representación permanente de Paccha en su imaginación, algunas lunas más tarde abandonaron nuevamente a Cuzco para establecerse en la fortaleza de Inga pirca, terminada por los

artesanos de Cuzco y una cuadrilla de hanaconas de los que se salvaron en la matanza de la laguna Yahuar cocha.

CAPÍTULO XVI

Tomando la fortaleza de Ingapirca para sede de sus campañas sobre el Chinchasuyo, alejándose cada vez más de Cuzco en donde la coya Pillcu Huaco atendía a la crianza de Huáscar —el heredero del Incanazgo— y le servía de enlace para gobernar el Tahuantisuyo a través de la red de chasquis que se cruzaban por todos los caminos, Huayna Capac fue extendiendo su poder hacia el norte, al mando de sus aguerridos combatientes, cuyos jefes subalternos eran de la estirpe del Sol, distinguidos con un tatuaje rojo a lo ancho del rostro. Profundamente leal a la memoria de Paccha, había transmitido la veneración que aún sentía por ella a su hijo Atahualpa, siempre a su lado viajando en su fastuosa parihuela, para inculcar en su corazón el sentido de la guerra, la conciencia del mando y la sabiduría recibida a través de los amautas y las tradiciones de Cuzco.

Con los años y la vida azarosa en que discurrió su infancia junto a su padre, batallando contra los quillacingas, de los nevados de Monopampa a los abismos de Juanambú, Atahualpa llegó a ser un mozo corpulento y despierto, capaz de alternar su mundo espiritual con el arrojo y la fortaleza de su cuerpo. Cuando no sostenía en la lengua quechua fogosas controversias ante los amautas, poniendo en duda sus sabias enseñanzas, de cacería con su padre durante las treguas que les permitía la guerra recibía en la punta de su lanza, como lo hizo su progenitor en otros tiempos, a un enorme y feroz jaguar que los atacaba saltando de la espesura o atrapaba de las patas a las llamas silvestres cuando pasaban en desbandada ante él, huyendo del hostigamiento de los cazadores. Fue también admirable su comportamiento durante las justas celebradas

para conmemorar la pubertad el Wara Cicuy con sus contemporáneos de Quito. Corriendo como un chasqui, saltando o luchando cuerpo a cuerpo supo siempre superar con su astucia y agilidad a los más fornidos. La madurez mental del joven Atahualpa era sorprendente también y la apreciación que demostraba tener, cuando le era permitido intervenir en los problemas políticos, indujo a su padre a asignarle en forma prematura el mando sobre el Ayllu de Cajamarca, una población situada entre el desierto y la sierra, en el país de los mochica, sobre el camino central que conducía de Cuzco al Chinchasuyo.

Más las cosas se complicaron cuando el Scyri Cocopamba para interferir el romance de CUSÍ Cuillar, su hija, con el joven héroe de las campañas con los quillacingas, el Jefe Guerrero de Raya Roja Rumiñaui, aprovechando la ausencia del Inca Huayna Capac, en campaña en el valle de Atriz y Juanambú, decidió construir en Quito un acclahuasi como el de Cuzco e internar en él a las ñustas escogidas para ser desposadas con los curacas de la estirpe del Sol. Como CUSÍ Cuillar estaba entre ellas, Rumiñaui se sintió defraudado y organizó un asalto al acclahuasi para raptarla. Fracasó en la aventura y, para no ser castigado con la muerte por Cocopamba, debió huir a Cuzco, en donde la coya Pillcu Huaco, poseedora de recónditos celos para todo lo que se relacionara con Atahualpa y el inca, vio en Rumiñaui y su prestigio como héroe a un posible aliado suyo y de su hijo Huáscar contra los proyectos que pudiera tener Huayna Capac en beneficio de Atahualpa, y le dio su protección. El Scyri Cocopamba, en previsión de que Rumiñaui persistiese en su intento, después de consultarlo con el inca, ordenó trasladar secretamente, a CUSÍ Cuillar al acclahuasi de Cajamarca.

La intuición de la coya de Cuzco fue oportuna porque

por aquellos días regresó el inca a Ingapirca de su campaña con los quillacingas, tendido en su parihuela, ardiendo de calentura, cubierto de llagas todo del cuerpo. Su leal hijo Atahualpa apesadumbrado iba a su lado cuidando del enfermo con ternura y vigilando el comportamiento de los pacos y chamanes llamados para que lo atendieran con hierbas, infusiones, humo de tabaco y hojas de coca masticadas y llucta para mantenerlo fuerte.

Mas, ante la posibilidad de que se agotara el humor que animaba a su cuerpo, como había acontecido en días pasados con el Scyri Cocopamba de Quito, envió a un chasqui a Cuzco requiriendo la presencia en Ingapirca de su hijo Huáscar, el heredero del Incanazgo. La coya Pillcu Huaco no lo acompañó porque sabía que el inca no la soportaba, pero se quedó preocupada por lo que pudiera acontecer cuando fue informada de una norma promulgada por él desde su lugar de reclusión, prohibiendo la unión de madres con hijos, de hermanas con hermanos y entre parientes inmediatos, so pena de recibir la muerte y la extracción de los ojos.

El joven Huáscar, obedeciendo al llamado de su padre, se presentó en la fortaleza de Ingapirca en medio de un cortejo de ñustas, guerreros de escolta y fuertes rúcanos vestidos con sus amplias túnicas azules, llevado pomposamente en parihuela. El Inca, con Atahualpa a su lado, salió a recibirlo sobre un lujoso tapiz de cueros lanudos de llama y vicuña colocados en la angosta terraza donde convergían las gradas de acceso a la edificación, monumental, de forma cilíndrica, construida en piedra tallada de las canteras de Quito. Desde cuando un chasqui le anunció el arribo de Huáscar al lugar, convocó a los guerreros Raya Roja, a sus ancianos y prudentes amautas, a los curacas y, después de recibir el saludo reverente de Huáscar postrado a sus pies, indicó a Atahualpa que se le

acercara también. Con grandes dificultades por el dolor que el movimiento causaba a las llagas de su cuerpo, se colocó entre los dos jóvenes. Tendiendo los brazos ya enflaquecidos sobre sus hombros, con palabras pausadas, pero recias para que fuesen oídas por todos, expresó su última voluntad: Cuando se cumpliera el designio de Inti de extinguir su vida, su hijo en la coya Pillcu Huaco sería el inca del Contisuyo, el Antisuyo y el Collasuyo, con sede en Cuzco, y Atahualpa sería Scyri del Chinchasuyo, con asiento en Quito. Después, se despojó de la borla roja que enaltecía su frente y la colocó sobre la de Huáscar y, entregando el cayado de oro a Atahualpa, musitó:

—Cancuma canguichic Intip churin... (Vosotros sois los Hijos del Sol...).

Huáscar, débil de carácter, acató la decisión de su padre, y Atahualpa, tomando de su jigra un puñado de hojas secas de coca, las dio a su hermano. En señal de amistad, ambos las llevaron a la boca y, agregándoles una brizna de llucta o cal, las estuvieron masticando hasta cuando se separaron.

El cuerpo inerte y sin espíritu de Huayna Capac, después de ser despojado de sus vísceras y embalsamado por el Villa Unu del templo del Sol y un grupo de chamanes curacas para transformarlo en malquis o momia, en procesión animada por los conmovedores lamentos de las lloronas y sus deudos, fue depositado en el interior de una gran chulpa funeraria construida en Ingapirca, junto al fuerte, acompañado por todas las ñustas, concubinas predilectas y sirvientes portando alimentos y bebidas embriagantes en preciosas fuentes de oro y de nácar.

Cuando el Inca Huáscar regresó a Cuzco y se presentó con su madre ante los amautas para informarlos de lo acontecido en Ingapirca, la coya Pillcu Huaco expresó abiertamente su disgusto y se opuso a que su hijo se sometiera

a la voluntad de su padre, expresada cuando se encontraba moribundo e incapacitado para hacerlo en el templo, como era la costumbre, en presencia de Inti. Lo cual venía a ser grave desacato a su divinidad, pues el Tahuantinsuyo dependía de la voluntad del Dios y no de las intrigas de Atahualpa. Tales fueron las palabras ardientes de la coya, y agregó: Si el bastardo Atahualpa logró convencer al Inca, era atinado deducir que ahora, dueño del gran poder que le daba el Chinchasuyo, no vacilaría en llevar su ambición hasta Cuzco, doblegando militarmente a Huáscar y usurpando todo el Incanazgo.

Se hacía, por tanto, urgente tomar las medidas para evitarlo, la primera de las cuales era la de conseguir que Atahualpa se sometiera a lo acordado en el consejo de los amautas. Se convino por ello enviar sin demora a Quito un chasqui acompañado por un Quipu Camayoc Raya Roja para llevarle el mensaje.

Atahualpa estuvo cordial cuando llegaron los enviados del Inca a Quito. Su respuesta, llena de astuta zalamería, colmó las pretensiones de la coya. Prometió trasladarse a Cuzco con su consejo de amautas, presentarse ante el Dios Inti en el Templo y consagrar su dependencia del Tahuantinsuyo. Por orden de la coya se comenzaron los preparativos para la gran ceremonia, la cual culminaría en la plaza de Huaycapata.

Pero Atahualpa tenía otros planes. Sin pérdida de tiempo, apoyado en los guerreros de su escolta personal, convocó a todos los curacas del Chinchasuyo y, en una prolongada reunión, coordinó su estrategia. De cada ayllu partirían grupos de quinientos guerreros, agricultores que debían cambiar de oficio para empuñar las armas.

En Cajamarca, de donde Atahualpa fue Apo de su padre en vida, ya este poderoso ejército contaba con más de catorce

mil hombres que lo ovacionaron llenos de fervor cuando extendió sus fuertes brazos para presentarse cubierto con enorme yacolla multicolor, de pies en su parihuela tachonada con apliques de oro en forma de sol y tapizada con pieles de alpaca y vicuña.

En Cuzco fue recibida la noticia de la marcha de Atahualpa cuando éste había pasado el puente sobre el cañón del río Apurimac y avanzaba para entrar al valle de los quechuas y rodear la ciudad. La coya Pillcu Huaco, alarmada, comprendió cuáles eran los propósitos de Atahualpa y de inmediato previno al inca. Este, vacilante y medroso, convocó a su Consejo de Amautas, a los Curacas Raya Roja y, como estaban en el Urna Raimi y era luna menguante, a instancias de la coya envió hacia todos los confines del Tahuantisuyo, del Titicaca al ayllu quiteño de los Cañari, a los más veloces chasquis para que llevaran la orden a sus curacas de interrumpir las siembras y marchar a Cuzco con los puric de sus ayllus que estuviesen en capacidad de pelear, para integrarse al ejército encargado de repeler al usurpador Atahualpa. A falta de otro caudillo, la coya propuso al Gran Jefe de Raya Roja Rumiñaui para comandar estas fuerzas. Mas Rumiñaui, quien no por hallarse refugiado había abandonado su dependencia del Chinchasuyo y su esperanza de recuperar a CUSÍ Cuillar, eludió el ofrecimiento y, en forma subrepticia, huyó al campamento de Atahualpa. Fue oportuna su llegada porque Atahualpa, siempre astuto y previsivo, no vaciló en reconciliarse con él y designarlo jefe de una parte de las fuerzas de que disponía, cerca de diez mil hombres, listos para atacar a Cuzco en coordinación con el Jefe Raya Roja Colicuchina, pues el ejército enemigo ya avanzaba a su encuentro, al mando del propio inca Huáscar, seguido de la coya, su consejera.

Los ejércitos chocaron desde donde el valle de los quechuas se ensancha y aleja las altas cumbres de la cordillera que lo circundan y dan paso al caudaloso Urubamba. El encuentro fue estremecedor, confundiéndose puric guerreros de todas las comarcas, distinguidos por sus pintorescas indumentarias y los tótems de los escudos. Con la montonera comandada por el jefe Rumiñaui, adelante de todos abriéndose paso con tremendos mandobles de sus picas de estrella, era la más veterana, inició el\ combate lanzando pedruscos con las hondas, dando gritos amenazadores y apuntando sus pílum al vientre de los contrarios que, no pudiendo retroceder o eludirlos en medio del tumulto que se apretujaba cada vez más, debían cubrirse con el escudo o agacharse para evitar ser ensartados. Esta táctica de Rumiñaui —quien iba adelante abriéndose paso con su descomunal hacha de guerra— fue certera porque, desde el primer momento del combate, las avanzadas de los cuzqueños se sintieron desmoralizadas y, viéndose copadas, trataron de desviarse hacia las montañas, por el sector donde los esperaban el gran Colicuchina y la escolta de Atahualpa, en medio de la cual éste iba como de costumbre parado en su parihuela con una enorme lanza punteada en bronce en una mano y el cayado de oro en la otra, animándolos con gestos de furor y gritos vigorosos. Se formó una especie de remolino en donde los combatientes de ambos bandos, sin proponérselo, cumplían una función de apoyo mutuo, que a la postre definió el combate. Al tiempo en que los chinchasureños de Colicuchina apoyaban el avance de los diez mil escoltas de la guardia de Atahualpa, acaudillados por Rumiñaui, los cuzqueños sin sospechar lo que acontecía en sus primeras filas presionaban y empujaban, aumentando la confusión. Eran dos enfurecidas masas de miles de humanos peleando a zarpazos y mazazos como grandes simios, vociferando y mugiendo, enardecidos cada vez más los unos, aterrorizados y menguados

los otros, forcejeando incansables y ardorosos durante todo el día, entre el pantano y el monte.

Al crepúsculo, inquietante y umbrío, aún se veían oleadas de cabezas de hombres sobre las que sobresalían y se agitaban como espinas de erizo toda clase de armas y de donde se escapaba un tenebroso vocerío.

El Scyri Atahualpa coronó el triunfo ante un campo cubierto de cadáveres y millares de heridos, mientras un destacamento de su escolta perseguía a Huáscar y a la coya por los montes de la cordillera. Sólo al día siguiente, empantanados en un recodo del río Huatabay, fueron sorprendidos y trasladados como prisioneros a Cuzco.

El desastre fue completo para el inca Huáscar y la coya Pillcu Huaco y, muchos de sus Curacas Raya Roja, todos de la estirpe del Sol, se quitaron la vida, anticipándose con ello al exterminio de que fueron objeto los restantes, días después. Dándoles una luz de esperanza a través de la coya, Atahualpa hizo saber a Huáscar que, de todos modos, su deseo era la paz y cumplir su palabra ante el templo del Sol, en presencia de todos los curacas, para determinar, allí reunidos los dos, los límites de sus respectivos dominios. Mas, terminada la ceremonia del sacrificio de llamas en el templo del Sol, cuando salieron a la huaycapata, Atahualpa ordenó a sus soldados de escolta, como lo hizo su padre Huayna Capac en Yahuarcocha, sorprender a los curacas cuando se hallaban tendidos en el piso para rendir su homenaje a la comitiva del Inca Huáscar, y lanzar sobre ellos un escuadrón de guerreros para degollarlos indefensos.

☆☆☆

Dueño y señor del resto del Tahuantisuyo, Atahualpa se preparaba para distribuir sus fuerzas al mando de los jefes

Colicuchina y Rumiñaui por las regiones en donde debía desarrollar una campaña de pacificación y sometimiento, cuando llegó a su presencia un chasqui enviado por el Homo Curaca de Cajamarca. Traía el alarmante mensaje de que el ayllu costanero de Tumbes, de tiempo atrás venía siendo invadido por hombres gigantes venidos del mar en grandes y misteriosas balsas como las que navegaban el Titicaca, de rostros peludos y pecho metálico, que andaban sobre el lomo de briosos cuadrúpedos cuyos cascos chisporroteaban en las piedras, dejando a los puric, cuando intentaban enfrentárseles, con las nalgas ensartadas en sus lanzas, tendidos por un rayo mortífero y sonoro lanzado a través de un tubo o con los muslos despedazados a dentelladas por los colmillos de pequeños y enfurecidos tigrillos que los atacaban ladrando.

Atahualpa descifró con atención el contenido del mensaje que llevaban los nudos del quipu entregado por el chasqui, asesorado por su Quipu Camayoc edecán

Aunque fueron muchas las conjeturas que consideró, tomó la más posible tomó la relacionada con la llegada de Viracocha, conforme lo anunciaban los horóscopos desde la más remota antigüedad. No se arredró empero y envió al jefe de Raya Roja Colicuchina, quien, por su edad madura, su arrojo y sabiduría era el más indicado para ponerse en comunicación con los invasores y traerle un informe más real de lo que estaba aconteciendo en Tumbes.

En Tumbes, Colicuchina, ayudado por un puric de Cajamarca que había logrado establecer comunicación con el jefe de los extranjeros, a quien ellos llamaban Francisco Pizarro, comprendió que se trataba de seres como ellos, posiblemente venidos de un país poderoso que habitaba al otro lado del mar, acaso de aquellas comarcas de donde, según las tradiciones de Cuzco, vino con el progenitor del Brujo Ayar

Manco, con Pirú Fuego, o el legendario Viracocha o Inya, la hija predilecta de Killa, la madre Luna.

No le fue a Colicuchina difícil ponerse en comunicación con el jefe Pizarro y, sirviéndole de intérprete el Puric de Cajamarca, comprendió que los extranjeros deseaban establecer amistad con el gran jefe Atahualpa, quien se encontraba en Cuzco, aclarando que cuando mataron a los puric que los atacaron frente a Cajamarca, obraron sólo buscando la defensa. Ponían por ello, una condición para la entrevista; presentarse ambas partes sin guerreros, únicamente con escoltas personales.

Fue para Atahualpa este mensaje de los extranjeros halagüeño y favorable respecto a la ejecución de sus planes, pues el poder que parecían poseer si manejaba las cosas con serenidad y astucia, podría utilizarlo para sustentar su dominio sobre Cuzco y conseguir la pacificación de todo el Tahuantisuyo. Le envió la respuesta concertando una entrevista en Cajamarca, adonde se trasladó sin demora, dejando al gran jefe Colicuchina en Cuzco con la mitad de su ejército y marchando él apoyado por Rumiñaui al mando de su escolta personal, reforzada con diez mil guerreros más. Cuando llegó a Cajamarca, ordenó a Rumiñaui acampar cerca de la ciudad, llevando la consigna de tomarla a sangre y fuego, ante cualquier eventualidad que pudiera presentarse en la entrevista.

Con el propósito de impresionar a los invasores, Atahualpa se atavió con la más lujosa indumentaria, toda tachonada con piedras preciosas y aplicaciones de oro, haciéndose llevar por los amautas de su Consejo personal en la fastuosa parihuela destinada para las mayores ceremonias ante el dios Inti, rodeado por un grupo de guerreros Raya Roja provistos de largos pílum, con punta de plata, penachos de plumas y gruesos escudos de cuero tostado, con la figura del

tótem del ayllu de Cajamarca —una llama hembra—, precedido por una larga orquestación de patotas13, piroros, tinyas, quenas y ántaras y las más hermosas ñustas del acclahuasi del lugar que avanzaban danzando al ritmo de la música y las sonajeras que pendían de sus tobillos y cintura. Entró a Cajamarca por la calzada que conducía al camino del Chinchasuyo, seguido de una muchedumbre de puric y mujeres con wawas embuchados a la espalda e infantes que lo ovacionaban estruendosamente:

—¡Cam Atahualpa Intip churin..! ¡Cam Atahualpa Intip Churin..! (¡El es Atahualpa, el Hijo del Sol..!).

En mitad de la plaza, con el acclahuasi de las ñustas a un costado, lo aguardaba firmemente plantado un destacamento de caballería y su jauría de perros de presa llevados con sogas al cuello por soldados, ante el cual el reluciente grupo formado por los jefes Francisco Pizarro y su hermano Hernando, los lugartenientes De Soto y Sebastián Moyano y los capellanes de las huestes invasoras, cubiertos el pecho con pesadas corazas de hierro, malla en los codales y faldillas, rodilleras y grebas en las canillas embarradas, pequeños escudos metálicos colgados de la silla sobre los ijares de los caballos, larga lanza en una mano asentada en el escarpe, yelmo con visera y cota ta de malla llevado sobre un costado del pecho, los observaban llegar, en actitud arrogante.

Al detenerse frente a ellos el cortejo de Atahualpa en súbito silencio, Francisco Pizarro conferenció brevemente con su hermano Hernando y el Capitán De Soto. Este se volvió al Capitán Sebastián Moyano (de corta estatura, pero corpulento, el pelo encanecido sobre las patillas) y le ordenó desplazarse a la llanura vecina con la pequeña agrupación de caballería que formaba parte de su cortejo, para que amedrentara a los nativos con un duelo simulado, dándose mandobles con los sables y

lanzazos que se estrellaban contra el escudo. Terminado el espectáculo, hizo señas al capellán, Fray Francisco Val verde, para que leyera el Manifiesto de cajón en representación del Rey de España.

Con su hábito roído y manchado, se adelantó el sacerdote seguido de un puric ya bautizado en Piura y, con voz lenta, sonora, leyó el manuscrito invitando a Atahualpa a someter su país a la autoridad de Su Majestad o, en caso contrario, vendrían severas represalias. El documento terminaba con temibles amenazas:

"... yo entraré poderosamente contra vosotros, y os haré guerra por todas partes y maneras que yo pudiese, y vos sujetaré al yugo y obediencia de la iglesia y de Su Majestad, y tomaré vuestras mujeres e hijos y los haré esclavos, y como tales los venderé y dispondré de ellos como Su Majestad mandare; y vos tomaré vuestros bienes y vos haré todos los males y daños que pudiere, como vasallos que no merecen ni siquiera recibir a su Señor y le resisten y contradicen"

El puric monaguillo, después de hacer una respetuosa reverencia al inca, tradujo con voz recia a Atahualpa el contenido de la lectura, al tiempo en que Fray Valverde se le acercaba para hacerle besar el breviario. Atahualpa, soberbio, arrebató el libro de entre sus manos y lo lanzó furiosamente a sus pies.

El desplante rompió las hostilidades. El grueso de la caballería previamente escondida tras los muros del acclahuasi de las ñustas, cargó contra la multitud que trató de huir en desbandada, seguida de los perros de presa que les desgarraban la pantorrilla a mordiscos, de los arcabuceros que cargaban y disparaban sus armas a diestra y siniestra aumentando el pánico y la confusión y de los piqueros que con sus sables y lanzas apoyadas en el escarpe o el ristre se les fueron encima como

una tromba y, sin consideración con las mujeres y sus wawas que vociferaban y lloraban a gritos, fueron abriendo vientres, cercenando orejas y degollando gargantas sin compasión. Por todas las colinas y montes vecinos a Cajamarca se dispersó el tumulto como hojas al impulso del vendaval, mientras Francisco Pizarro y los lugartenientes que quedaron a su lado rodeaban la parihuela de Atahualpa y, menospreciando la respetabilidad de los amautas que sustituían a los rúcanos y degollando a sablazos a los valientes escoltas que trataron de protegerlo, lo tomaron prisionero y lo obligaron a empellones a desocupar la parihuela e internarse con ellos en el acclahuasi, utilizado para sede o cuartel de sus actividades. Ya había sido con anterioridad asaltado por los soldados y arcabuceros, quienes en forma brutal y sordos a las voces de los capellanes que trataban de aplacarlos, cogieron a la fuerza a las ñustas y violaron en el suelo a las que no pudieron huir hacia el monte.

CAPÍTULO XVII

A la hora del crepúsculo de aquel día tormentoso,

cuando el gran Rumiñaui traicionaba al Scyri Atahualpa y se alejaba con su ejército hacia Quito para apropiarse del tesoro y asaltar el acclahuasi en donde presumía encontrar recluida a CUSÍ Cuillar, el Capitán Moyano con su caballo llevado de tiro se dirigió a las afueras de Cajamarca por donde pasaba el río, para tomar un baño, lavar la bestia y darle de beber. Se despojaba de su armadura metálica, cuando de súbito se detuvo al observar unos ojos negros que brillaban en los matorrales. Se acercó cauteloso y sorprendió a una ñusta, a CUSÍ Cuillar, que había logrado fugarse del acclahuasi durante el asalto, acurrucada llena de temor entre los pedruscos y zarzas que balanceaba la corriente.

Risueño, el Capitán Moyano quiso tomarla de la mano, pero ella se defendió arañándolo. El le infundió confianza y consiguió que viniese a su lado a la orilla del río. La ternura con que se le dirigía y la sensación de impotencia la mantuvieron paralizada esperando que el invasor terminara su faena. Entre temerosa y asombrada, ella lo vio despojarse de su armadura, sumergirse en el agua del río, desenjaezar al caballo, lavarlo y darle palmadas amistosas en el cuello y las ancas, como lo acostumbraban hacer los puric con sus llamas.

Regresó a Cajamarca de noche, silencioso, despacio, con ella de un brazo, apesadumbrada, llorosa, la armadura y los ameses de montar en el hombro y el caballo de la brida.

Después de entregar para su custodia el caballo y los ameses a los soldados centinelas y de recibir una cerilla encendida, entraron al acclahuasi para buscar un lugar de descanso. Esquiva, ella no dejaba de observarlo asombrada por la forma como la trataba, cautivada por la barba espesa que cubría su rostro, sus brazos fuertes, su pecho poderoso y peludo y la seriedad y respeto como actuaba. Con cierta reserva, le recibió dulces y galletas que compartió con él. Un pequeño

espejo le causó curiosidad y sonrió levemente. No mostró recelo tampoco cuando sintió que la amarraba de la cintura con una soga a su cuerpo, para luego tenderse sobre un cuero de llama a la intemperie y, cuando ella se sentó a su lado, cruzó los brazos en la nuca e, inmóvil, se quedó mirando el cielo estrellado, con su espíritu en las áridas campiñas de Extremadura, en su lejana España.

Vinieron entonces a su memoria los gritos infantiles de alegría ante los nidos de codornices, confundidos con el sonoro crujir de los añosos molinos de piedra y de viento y los rebaños de ovejas lanudas dispersos en la planada, animando la mañana con sus desentonados balidos. En aquella comarca de las castañas y los pastores, junto al destruido castillo de los Hidalgos Belalcázar, discurrió su niñez arreando los cerdos que hozaban bajo las encinas, aplastando aceitunas para extraer aceite, ayudando a su hermano Fabián a preparar jamón y cargando por las tardes el viejo asno con leña para llevarla al panadero del burgo o al Bachiller Nicolás Pérez, recolector de los diezmos.

—Moyano, buen recado llevéis a vuestro hermano Fabián—, le dijo una mañana cuando pasaba frente a la iglesia descortezando un pan negro, con los calzones rotos.

No le respondió aquel día, porque iba de huida dejando atrás al asno sobre el fango, muerto de un garrotazo que le propinó en el cogote, la pobre cabaña de los paletos Moyano hundida en el olivar entre cultivos de centeno despidiéndolo con el humillo blanco de su chimenea y, a su hermana, la moza Anastasia, haciendo calceta y llamándolo angustiada a comer el gazpacho.

Así vino al Caribe enrolado en Sevilla para la última expedición de Cristóbal Colón, en una carabela, con el tormento de la pubertad en su cuerpo aún frágil y, después de

muchas privaciones, sufrimientos y humillaciones, ya maduro cruzó con Balboa el istmo de Panamá y conoció por vez primera el Mar del Sur. Fue su destino, porque unido a Francisco Pizarro, emprendió la aventura del Perú...

☆☆☆

De madrugada, absorto con el lejano murmullo del río Cajamarca, confundido en el sueño con el del Guadalquivir, miró a su lado donde dormía la ñusta y quedó impresionado por su gran belleza. Con la oscuridad de la noche anterior, no lo había advertido. Despojada del gesto brusco y montaraz del primer momento de temor, con la placidez del sueño, delicada y tierna, cuando despertó e instintivamente sonrió para alejarse de él, el calor de su cuerpo junto al suyo encendió su apetito. La atrajo suavemente hacia sí. Ella, aunque recelosa, se dejó acariciar el rostro. Mas, cuando sintió sus manos gruesas y cálidas, se estremeció y trató de separarse. No pudo, empero, sustraerse de la inevitable complacencia y la abandonó la voluntad.

Cuando terminaron, él no tuvo el impulso de menospreciarla con hastío como siempre lo había hecho ante las hembras que atrapó durante las rancherías de la manigua, de senos escurridos como pellejos plegados sobre un vientre voluminoso y sucio; lo enajenó en esta ocasión una pasividad inefable, un placer desconocido y pleno, se sintió más fuerte y varonil que nunca y, estrechándola en su pecho, se quedó adormilado sintiéndola respirar.

El Capitán Moyano no era un hombre mozo, en la plenitud de su poder corporal, como cuando llevaba su adolescencia y juventud por las tierras del Caribe y Nicaragua. Habían transcurrido muchos años desde entonces, había conocido tierras y mares, padecido derrotas y coronado grandes triunfos. Sus cabellos comenzaban a blanquear, sin ninguna

satisfacción emocional. Mas, inesperadamente, venía la renovación de sus impulsos juveniles al calor sensual de una adolescente tierna, de ojos hermosos y vital. Recuperaba ahora, estando con ella, sensaciones que con frecuencia vinieron a su cuerpo al impulso de la necesidad, quedando siempre insatisfechas. Por ello, albergada dentro de sí una pasión desenfrenada y tardía, se vio conducido a su verdadera dimensión. Descubrió inusitadamente, desde el punto de vista humano, una seguridad en sí mismo que nunca había sentido. Por primera vez su corazón dejó de ser el del guardador de cerdos y paleto buscón de Extremadura, para tomar conciencia de derechos y poderes en que ni siquiera había soñado. El De de Hidalgo que había recibido del Rey de España en premio a sus hazañas en la isla Gorgona antes de llegar a Tumbes, que no se había atrevido a asumir, se apresuró ahora con orgullo a usar, reemplazando su Moyano de pila por el De de Belalcázar.

El cambio culminó días después al salir del acclahuasi, en donde se había reunido con el Capitán Francisco Pizarro, su socio Diego de Almagro y los lugartenientes de la Expedición, para discutir la liberación de Atahualpa. Accedió Atahualpa a recibir el bautizo católico de manos de Fray Valverde y a pagar, como rescate, lleno de oro hasta el tope el aposento donde se encontraban.

Pensando en la cantidad que de este oro a él correspondería, parado con CUSÍ Cuillar a su lado en la terraza del templo, contemplando el horizonte de llanuras y cordilleras que se abría ante sus ojos, vino a su mente una visión más amplia del poder que poseía. ¿Por qué él, Sebastián de Belalcázar, no podría segregarse de la autoridad de Francisco Pizarro para conquistar su propio imperio, como lo detentaba Atahualpa y lo usurparía el mismo Pizarro, ya nombrado por el Rey gobernador del Perú? ¿Por qué no podría ser él también

gobernador del país que conquistara? ¿Pizarro no fue, acaso, también un buscón, guardador de cerdos y, además, hijo bastardo?

Fue una idea nacida en su espíritu atribulado, transformada en obsesión.

A esta especie de conflicto se unió una nueva concepción de las cosas, cuando la soldadesca de Diego de Almagro entró en Cajamarca llegada de Panamá para reforzar a Pizarro. Belalcázar se presentó ante ellos acompañado sumisamente de su ñusta, ataviada con delicado arnaco de vicuña decorado a rayas rojas y azules, fajado a la cintura con precioso chumbe bordado en cuadros y, para anudar sobre los senos la yacolla, un topo de oro rematado en brillante turquesa, símbolo de su rango Curaca.

Unos Puric quiteños que venían arreando a las llamas cargadas con el oro y la plata ordenados traer de los Ayllus Oehicas por el Scyri Atahualpa para el Capitán Pizarro, la reconocieron y se hincaron para adorarla:

—Palla cangui coya (Mujer, sangre del Sol, tú eres reina)—, repetían con hondo arrobamiento, viendo en ella los vestigios de su Scyri cautivo.

Mas ella, sabiéndose indigna y mancillada por el extranjero, reclinó el rostro avergonzada:

—Cani palla runape Rumiñaui (Yo soy reina del hombre Rumiñaui)—, musitó suavemente y rompió a llorar.

Conmovido, sin poder entender sus palabras, el Capitán de Belalcázar la atrajo afectuosamente y la besó en la nuca.

El gesto, que llenó inicialmente de asombro a los Puric, desencadenó su ira al recordar la traición de Rumiñaui. Se lanzaron sobre la ñusta con intención de lincharla, pero

Belalcázar desenfundó la espada para defenderla. Apoyado por varios soldados que corrieron a su lado, los Puric agresores fueron aprehendidos y como escarmiento colgados de los pies a las ramas de los árboles.

El episodio, lejos de desconcertar al Capitán de Belalcázar, le trajo un nuevo aliento. Por ello, cuando recapacitó y tomó conciencia del rango de CUSÍ Cuillar, se colmaron sus ambiciones y decidió hacerla su mujer. Así se lo comunicó a Fray Valverde. ¿A qué más podía aspirar un paleto buscón, que a una princesa auténtica?

☆☆☆

Con la caballería de Almagro al fondo y la tropa provista de yelmos y lanzas formada a lo ancho de la plaza, vino el Capitán Pizarro con los otros jefes de la expedición llevando al Scyri Atahualpa en medio del grupo, para detenerse ante el altar levantado en la terraza del templo, despojado de antemano de la esplendorosa representación del dios Inti, en donde ya se encontraba el Capitán Sebastián de Belalcázar con la novia junto a Fray Valverde revestido para la ceremonia, y el monaguillo tumbeño con el breviario, esperando a su lado.

Con los pies protegidos con finas usutas de lana y algodón, gravemente inclinado ante el sacerdote, Atahualpa recibió el agua bautismal. Lo propio hicieron CUSÍ Cuillar seguida de tres ñustas y cinco jóvenes Puric.

—Yo te bautizo Catalina, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo...

El Capitán de Belalcázar se mostraba tierno y risueño con su hermosa princesa a su lado cuando Fray Val verde tomó sus manos y los hizo marido y mujer.

Radiante salió con ella del brazo para dirigirse seguido

de los demás españoles y del Scyri al palacio del Homo Curaca de Cajamarca, en donde se llevaría a cabo el festín con que Atahualpa conmemoró el acontecimiento, para congraciarse con sus captores. Pizarra, buen político, lo dejaba dar órdenes a los curacas que lo acompañaban en el cautiverio, aunque lo vigilaba estrechamente temiendo una sorpresa a través de Rumiñaui, cuyo paradero desconocía. Informado de los antecedentes de este jefe quiteño con la ñusta CUSÍ Cuillar, recelaba de la reacción que pudiese tener cuando tuviera conocimiento de su unión con Belalcázar.

En cuclillas sobre blondos cueros de alpaca y vicuña tendidos en el fondo de un gran salón a la entrada del palacio, especialmente decorado para el agasajo, ataviado con vistosas prendas nuevas colocadas con reverencia por hermosas ñustas de ChanChan venidas para reemplazar a las de Cajamarca en poder de los soldados, el Scyri Atahualpa presidió la ceremonia. Un curaca orejón, el Quipu Camayoc, se le acercó para colocarle entre las piernas una bella fuente de oro con la representación de Inti en el fondo y rebordes decorados con cuerpos de rana, para tomarle con gran solemnidad los órganos genitales y ayudarlo a orinar. Cuando el Scyri Atahualpa terminó, incineró con sus sagradas manos las prendas de vestir de desecho, en un brasero en donde ardía la llama sagrada, colocado bajo la descomunal imagen de Killa, también en oro, que (así como la fuente de orinar), Pizarra tenía destinadas para enviarlas a Su Majestad con el Quinto Real. A continuación, ordenó a través de su Quipu Camayoc atender a los jefes españoles ya reclinados a su diestra sobre cueros de llama.

Portando grandes fuentes de cerámica del Chimú, oro y plata de Potosí, llenas de pifias, guayabas, chirimoyas, papayas y jugosas guanábanas abiertas como vientres de pavas rellenos que dejaron en el centro del salón, coronando rollizas llamas y

venados asados rodeados de aguacates, patatas dulces y sachapurutos cocinados en aguasal, las ñustas chanchaneñas se acurrucaron a su lado para enseñarles a mezclar los alimentos, dejándolos tocarles los senos y levantarles el anaco bajo el efecto del aka y la chicha fermentada que bebían en abundancia, tomada de una gran fuente de tumbaga colocada junto al asado. Fray Valverde se retiró indignado cuando sus amonestaciones fueron recibidas por los españoles con chistes obscenos. Vinieron luego vasijas de tres patas y platos con asas de oro, llenos de pescado fresco traído del mar, revuelto con papas cocinadas, chuño y maní que masticaban sin cesar con agua, miel de abejas y chicha. Remataron con tórtolas y cuyes rodeados de choclos, todo asado y servido en platos policromados y una olla de fondo redondo llena de coca y llucta.

Atahualpa masticaba con delicadeza, arrancando con los dedos pequeños trozos de carne de llama y cuy para llevarlos a los labios, haciendo contraste a la voracidad con que los españoles cascaban lo que atrapaban y lo pasaban con grandes sorbos de aka y eructos, dejando las piedras del piso cubiertas de huesos roídos, sus barbas untadas con grasa y el ambiente hediondo.

El agasajo terminó en la plaza con orgía desenfrenada al son de los patotos y las ántaras, cuyo ritmo era seguido por las ñustas borrachas bailando con sus sonajeras en caderas y tobillos. Confundidos los soldados de Pizarra y de Diego de Almagro, arrastraban a las ñustas semidesnudas a los rincones en donde caían de bruces en medio de fuertes riñas y disputas apresuradamente apaciguadas por sus jefes, mientras los capellanes sustraían a las ñustas de la voracidad sexual con que las perseguían, aislándolas en el interior del acclahuasi.

☆☆☆

Con el reparto del oro reunido por Atahualpa para cumplir la otra parte del acuerdo, el Capitán Francisco Pizarra llegaba a un punto difícil en el desarrollo de los planes concebidos con su socio Diego de Almagro, con quien pensaba marchar sobre Cuzco y tomarla por las armas. Para ello había reunido en Cajamarca a un ejército de arcabuceros, lanceros, perros de presa y ciento ochenta de caballería, sobrepasando los cuatrocientos soldados. Mas, ¿cómo iniciar la conquista, al tiempo en que concedía la libertad ya ofrecida al Scyri Atahualpa, el jefe inca más temible?

La oportunidad vino de Cuzco a través de un chasqui que entró a Cajamarca resoplando como vicuña y, en obedecimiento de la autorización del Capitán Pizarro, se presentó ante aquél para informarlo de que el inca Huáscar y la coya, prisioneros del gran jefe de Raya Roja Colicuchina, habían sido asesinados en Cuzco. Para el Capitán Pizarro la grave noticia vino a inspirarle la solución de su conflicto. Acusó a Atahualpa de ser él el gestor de la orden de asesinato, impartida a través de un chasqui, para evitar que el inca Huáscar pactara con los invasores y, unidos, ocuparan a Quito para recuperar el Chinchasuyo. Sin demora convocó Pizarro a sus lugartenientes y, con ellos de jurado, adelantó un juicio contra Atahualpa por el asesinato de su hermano, el inca Huáscar. El fallo fue adverso y Atahualpa condenado a muerte.

Pizarro, con el carácter de gobernador, y su socio Diego de Almagro, en esta ocasión obraron impulsivamente; partieron de inmediato para sorprender al Gran Jefe Colicuchina. Después de presenciar la ejecución de Atahualpa en la plaza de Cajamarca, ante el grueso de su ejército formado en cuadro, como correspondía a la alta dignidad del ajusticiado, emprendieron la marcha al sur, por el camino del Contisuyo, dejando en Cajamarca con el rango de Teniente Gobernador del

ayllu de Piura y la misión de cubrirles la retirada, al Capitán Sebastián de Belalcázar, para lo cual éste debía reclutar un nuevo ejército con los españoles que a diario desembarcaban en Tumbes, venidos de Panamá, atraídos por las noticias fabulosas que llegaban del Perú y transportados a través de la flotilla de carabelas que ya navegaban a lo largo de las costas del Pacífico.

Aunque Belalcázar (y su mujer, la hermosa coya Catalina), quedaba prácticamente desprotegido con sólo seis soldados y un arcabuz, aceptó aparentemente sumiso porque en ello encontraba la oportunidad de segregarse de la autoridad del gobernador, don Francisco Pizarro, para lo cual debió trasladarse de Cajamarca a Piura, en donde estableció su campamento y organizó el reclutamiento de soldados. Al fin y al cabo poseía gran caudal de oro con la cuota que le correspondió en el reparto del rescate de Atahualpa. Mientras se esforzaba por darle forma a esta empresa, enviando a dos soldados a Tumbes para que aceleraran el alistamiento de españoles con armas y pertrechos, buscaba información sobre el paradero del gran Rumiñaui, a la sazón en campaña en tierras de los cañaris, más allá del ayllu Zoropalpa, quienes se encontraban sublevados contra él cuando fueron informados de que se había proclamado Inca, a raíz del asesinato de Huáscar.

Cuando se consideró suficientemente fuerte para marchar al encuentro de Rumiñaui, a quien sabía que debía vencer no sólo para conquistar el territorio de Quito, sino para proteger a su mujer Catalina que se hallaba en estado de embarazo, envió a un chasqui cedido por el Homo Curaca a las tierras de los indios cañaris, con un mensaje de paz y ayuda en la lucha, antes de abandonar a Piura. A su mando iban ochenta soldados lanceros y ballesteros, ciento veinte de caballería, muchos provistos de armadura, arcabuceros y perros de presa,

tomando como señuelo encontrar en Quito el tesoro de Atahualpa. Con ellos y la coya Catalina en parihuela, llevada por cuatro puric hanaconas del centenar cedido como obsequio por el Homo Curaca de Piura utilizados para apoyo, avanzó hacia el interior del país.

El plan del Capitán de Belalcázar era sorprender a Rumiñaui, quien se encontraba al otro lado de la cordillera amenazando asaltar a Zoropalpa, para derrotarlo y entregarlo aprehendido, como lo fue Atahualpa, a sus presuntos aliados los cañaris.

Cuando pisó las tierras del ayllu de Zoropalpa, salió a recibirlos el Gran Jefe Chaparra, seguido por una comisión de notables y un cortejo de ñustas portando en amplias jigras, cerámicas redondas con aka, chuño y abundante carne cecina de venado y de llama, para así corresponder su mensaje y confirmarle su decisión de luchar hasta morir a su lado en defensa de su ayllu, codiciado por el traidor Rumiñaui.

Mientras Catalina era conducida con todos los cuidados en su parihuela a un cómodo albergue construido en piedra y tapial, para recibir los auxilios de una anciana comadrona, a la sombra del humo de tabaco que Chaparra le ofrecía sin cesar al Capitán Belalcázar. en cuclillas frente a frente los dos hombres comenzaron a planear su estrategia consultando un mapa bordado en rojo sobre un tapete blanco de alpaca.

A los pocos días el Capitán de Belalcázar se desprendió de su princesa Catalina, dejada al cuidado de la comadrona de Zoropalpa y, reforzado su ejército con mil guerreros cañar, indios hanaconas de los venidos de Piura, ascendió la cordillera para ir en pos de Rumiñaui. La alternativa era perecer o triunfar.

La batalla comenzó a los pocos días, en un desfiladero

de los confines de Purúha, por donde debían pasar los españoles necesariamente. Con gran astucia, Rumiñaui había horadado el piso enterrando filudas estacas en el fondo de los huecos, que luego cubrió con ramas y Heléchos, para inutilizar la caballería de Belalcázar, a la que los puric temían con horror. Mas, cuando los primeros hombres del ejército se aprestaban para internarse en el desfiladero, se presentaron ante Belalcázar dos soldados de la caballería de avanzada llevando cogido de los brazos a un puric hanacona con el rostro desfigurado y la cabeza sin orejas como castigo aplicado por Rumiñaui, por lo cual se había escapado de su campamento. El Puric, repetía:

—Cani chapac... Ñuca tzecnicuni Rumiñaui... (Yo soy espía... yo estar aborreciendo a Rumiñaui...).

Se dejó caer al suelo y, mientras le hacía profundas reverencias a Belalcázar, con grandes dificultades para hablar, los previno del plan de Rumiñaui:

—Ñuca pusac muyui urcu, Purúha... (Yo ser guía, voltear monte Purúha...).

Sin otra alternativa, Belalcázar se dejó conducir del Puric, rodeando la serranía de Purúha para sorprender a mediodía a las fuerzas de Rumiñaui, a las cuales no pudo doblegar después de dura brega, a pesar de su arrojo, los arcabuces y la caballería. Como Rumiñaui comandaba a más de catorce mil guerreros veteranos, al atardecer, aconsejado por el Cacique Chaparra, Belalcázar se desvió hacia la fortaleza de Teocajas, construida en los contrafuertes de la cordillera, frente a una planada rodeada de un bosquecillo de achiras y guayabos y cubierta de arenas movedizas que inutilizaban la acción de los caballos, quedando prácticamente cercados. Su única salida era aprovechar la oscuridad para escabullirse. Lo salvó la llegada de la noche, que vino inesperadamente de los montes arrastrando la neblina. Protegidos por el croar de las ranas y los

grillos se escabulleron por el bosquecillo hasta llegar a un campo cercano arrastrando a los heridos, con el dilema de vencer o ser exterminado por un Rumiñaui envalentonado atacándolo en los desfiladeros.

Con pronósticos inquietantes vino el día siguiente. Se hallaban frente a frente dos jefes formidables, de culturas diferentes, el uno de un país civilizado y el otro calificado de salvaje, pero ambos bravos, fuertes, tenaces y ambiciosos. Lo que los enfrentaba era una bella ñusta que se hallaba embarazada en Zoropalpa, pero en el fondo luchaban por la supervivencia y el predominio territorial.

Comenzaban de nuevo a tomar posiciones de combate, moviéndose con sigilo en el seno de sus campamentos, cuando se iluminaron inusitadamente las montañas de occidente y se dispersaron las nubes que blanqueaban las cimas. Un resplandor rojizo, seguido de profunda explosión, hizo estremecer la tierra. Todo se balanceó. Los charcos de agua tiritaron y los barrancos dejaron caer pedruscos, como si estuvieran vivos. Los guerreros cañaris clamaban aterrorizados:

—¡Chucchui..! ¡Chucchui..! (¡Tiembla...! ¡Tiembla...!).

Era el Tunguragua que, hallándose inactivo, sorprendió el espíritu supersticioso de los nativos vomitando lava y bocanadas de humo espeso que fue inclinándose amenazador sobre los combatientes y dejando caer una densa lluvia de cenizas.

Presas de pánico, las montoneras de Rumiñaui huyeron en desbandada, dejando el campo libre para que Belalcázar volara a ocupar la fortaleza de Teocajas y las alturas vecinas.

Restablecido, pocos días después, con el conocimiento que tenía de la región el Cacique Chaparra, para consolidar la inesperada victoria y buscar el camino de guerra que lo llevara

a Quito, en donde esperaba encontrar el fundamento de su imperio soñado, Belalcázar salió nuevamente en persecución de un Rumiñaui invisible, abriéndose paso ante un contendor inclemente y silencioso, cada vez más sinuoso y hostil, que atacaba desde el monte en forma de flechazos sorpresivos surgidos de entre los árboles y el fuego inesperado que consumía las chacras con comida. La lucha se balanceaba entre la astucia primitiva y la superstición que poseía Rumiñaui, y el razonamiento político, matrero y la fuerza de las mejores armas y ambición propia de Belalcázar. Aquel se escabullía con su enorme ejército de puric por entre las estribaciones de la cordillera, al tiempo en que el otro marchaba cuidadosamente arrastrando heridos y enfermos, en medio de poblados absortos ante los resoplantes caballos y el reflejo mágico de los pequeños espejos que recibían canjeados por el oro de sus ídolos y sus vasijas, la comida y las piedras preciosas.

Flechas, soledad y hambruna los cercaron y, por ello, a pesar de su tesón, fue necesario suspender la persecución de Rumiñaui y regresar por Purúha a Zoropalpa.

☆☆☆

El reencuentro de Belalcázar con su hermosa princesa Catalina fue profundamente emocionante. La encontró tejiendo chumbes y bayetas en el ahuanás mientras arrullaba a su Wawa para que durmiera en una pequeña hamaca balanceada con el pie. Una oleada de energía y seguridad en sí mismo fue la expresión de la inmensa alegría que sintió cuando levantó a su hijo que se retorcía y lloraba a gritos entre sus fuertes manos. Era el símbolo de sus sueños hechos carne. Lo bautizó él mismo con el nombre de Sebastián y, como obedeciendo a una consigna, decidió dejar como señuelo en Zoropalpa ante Rumiñahui parte de las fuerzas de Chaparra y él se desvió al occidente y prosiguió su campaña hacia Quito, llevando a su

mujer y a su hijo, para establecer allí la sede de gobierno de todo el Chinchasuyo en cabeza de Chaparra, asumiendo así la vieja disputa entre Huáscar y Atahualpa.

Quedaba el Gran Rumiñahui hundido en la selva, aislado como un felino hambriento listo a saltar, con su ojo de piedra blanco y sin vida, como la nieve, fijo en el vacío. Decidido a defender hasta la muerte el dominio del Chinchasuyo y a impedir que el invasor poseyera a Cuci Cuillar, sin él tomar su venganza. Por ello, cuando Belalcázar ocupó a Quito sin la esperada resistencia y Rumiñahui comprendió la burla de que había sido objeto, se llenó de ira, destrozó furiosamente las fuerzas de Chaparra, se unió al nuevo Scyri y se le vino encima a Belalcázar. Mas, lo detuvieron los caballos. Los caballos de Belalcázar eran su obsesión.

¿Inutilizar los caballos en alguna forma... de noche? ¿Asaltando el campamento de Quito sin dar tiempo a Belalcázar para reaccionar? ¿Dispersarle los caballos antes de montarlos? Esperó algunos días en las inmediaciones de la ciudad dedicado a observar y a meditar.

Era noche de luna, cuando su pueblo solía afrontar los combates. El Capitán de Belalcázar descansaba dormido apaciblemente en su campamento de Quito, con su hermosa Catalina acurrucada en el vientre. Permanecía confiado porque tenía centinelas apostados y los caballos debidamente encorralados y cercados en el centro del campamento.

Cuando lo despertó el llanto del wawa Sebastián acostado en su hamaca junto a ellos, ya los guerreros del Scyri corrían por las calzadas matando y destrozando lo que les salía al paso, dando gritos y disparando flechas y dardos con fuego en la punta para incendiar los albergues empajados y las toldas. En medio de los reflejos y llamaradas chisporroteando por todos los costados, los relinchos de los caballos que daban

patadas al cerco y los latidos de los perros de presa, Belalcázar saltó del lecho y corrió dando órdenes mientras se fajaba los calzones:

—¡Mierda, los caballos! ¡Los caballos! ¡Impedid que se suelten los caballos!

Aunque todo parecía perdido, pues por las lomas brotaban más guerreros enardecidos, Belalcázar recuperó el control de la situación y terminó dando cargas de caballería, utilizando a los ballesteros y arcabuceros y soltando a los perros de presa que se lanzaron sobre los puric fieramente.

Hubo una montonera que apareció por los lados del Pichincha, llevando antorchas encendidas, dando grandes gritos y disparando flechazos. Iba comandada por el propio Rumiñahui. Con una orden de Belalcázar, un grueso escuadrón de su caballería volvió grupas y dio una postrera carga que destruyó esta última ofensiva, dejando guerreros destripados, algunos tratando de incorporarse para huir a la ferocidad de los perros de presa que complementaron la acción, sacudiéndose el hocico con pedazos de carne. Los que no murieron degollados, fueron aprehendidos.

Viéndose perdido y cercado Rumiñaui, seguido de su leal compañero Shamán, con gran astucia y rapidez se separó de sus guerreros y regresó sobre sus pasos para internarse en las primeras estribaciones del volcán cubiertas de vegetación y neblinas intermitentes. Ya entrada la tarde se guareció en una gruta formada por piedras volcánicas y, en la mañana siguiente, vagó por un desfiladero con el propósito de buscar la cumbre y, bordeando la cima, desaparecer por el costado opuesto. A pesar del viento gélido que arrastraba olores sulfurosos y de las piedras traquitas cubiertas de nieve, su rostro embarrado sudaba en abundancia y su gran pecho se hinchaba angustiado al tomar resuello para avanzar. Cuando llegó a la cumbre, más

allá del mediodía, siempre seguido por su fiel Shamán, resbalando por sobre la nieve, asiéndose de las grietas y aristas para no despeñarse, inesperadamente se halló ante un cráter gigantesco del que escapaba un permanente rugido. Su espíritu supersticioso lo sobrecogió de estupor y se detuvo para mirar al fondo. Los bordes agrietados y negros contrastaban con la blancura y tersura de la nieve a lo ancho de la falda y servían de marco funesto a una llama azul que brotaba de una fumarola grisácea en medio del trepidar intermitente del suelo. Trató de avanzar y, desorientado, perdido en las alturas del cerro, dio un traspiés y quedó al borde del abismo. El Shamán lo miró y, casi dulcemente, se le acercó y le ofreció unos sorbos de infusión de yagé o ayahuasca llevada en una totuma de calabaza que tomó de su jigra. Rumiñaui comprendió que debía unir su espíritu con Pachacamac para vislumbrar su destino y se concentró en oración ante el cráter rugiente tomado como huaca, antes de beber. El efecto del ayahuasca y el ambiente umbrío que lo rodeaba, lo hundieron en un delirio y todo ante él asumió contornos crepusculares.

Una mutación esplendorosa, alucinante, se extendió hacia los confines del Tahuantinsuyo y vio cómo de los vestigios del ayllu dispersos sobre la tierra brotaron como plantas la Encomienda y el Resguardo; el chuño y el maíz se canjearon por el trigo y el aka y la chicha por la vid; el paco y el Shamán dieron paso a la sanguijuela y al barbero, los puentes de cables a la mampostería, el Inca al Virrey, los Consejos de Amautas a la Real Audiencia y el quipu al escribano; el puric y los curacas al hidalgo de capa y espada y la efigie depravada de TaAtaKilla se desplomó a los pies de un Gran Amauta Dios que llamaron Jesucristo...

Mas, cuando con el oro de que estaban hechos los dioses y los templos fundieron doblones que llevaron en

piraguas de viento al otro lado del mar para atizar la codicia y la violencia; cuando pulverizaron la coca para enajenar a los puric y la mujer con su prole desbordada cambió la fecundidad por el placer y, para acondicionar el sexo y subsistir, desplazó al hombre del poder y la sabiduría; cuando de los trazos de Nazca tomaron la inspiración para domesticar águilas capaces de desafiar a los dioses y llegar a las estrellas y, con los excrementos del vientre de la tierra, hicieron luz y fuerza para que los brujos transformaran las selvas por cartón, desintegraran el aire con un soplo mortífero y perforaran en la cima del mundo una tronera letal, se perturbó el ordenamiento de las nubes, se mezclaron las aguas del cielo con las de la Tierra y Pachacamac comenzó a llorar sin cesar. Un llanto perenne que fue arreciando con el transcurso de los días hasta convertir las lágrimas en aguacero torrencial.

Aterrorizados ante el clamor de los puric y los curacas unidos porque se hundían las lomas y se desmoronaban las casas, con su Ojo de Piedra Rumiñaui vio reunirse a los Caciques y Apos de todos los Ayllus y Suyos con los Consejos de Amautas, quienes decidieron mandar al espacio una gran Águila Voladora con el último vástago del Brujo Ayar Manco y otros brujos sabios para que indagaran lo que acontecía detrás de las nubes, en el palacio del Dios.

Todo lo encontraron oscuro porque su espesor era denso y sólo el Padre Sol y la Madre Luna les señalaban el sendero. Perdieron la comunicación con los Amautas del Tahuantinsuyo. Pasaron muchos días vagando por los espacios y girando alrededor de la bruma, alimentándose con cuyes y chuño, hasta cuando Pachacamac abandonó su pesadumbre, rasgó una nube y, por la grieta, conducidos por un rayo de luz, regresaron suavemente.

El Tahuantinsuyo permanecía cubierto por las aguas y,

aunque perdieron altura y pasaron por los aires oscuros de Cuzco, sólo vieron filudos picachos de nieve como astillas de vidrio. Empero, a la distancia apareció un vasto conjunto de mesetas muy altas, separadas por cañones rocosos, por donde desaguaban ríos impetuosos que a su paso aún desmoronaban las últimas ruinas de antiguas construcciones. En una de aquella mesetas cubiertas de pantanos y lagunas, el águila descendió buscando un espacio apropiado para posarse, junto a un monasterio contiguo a un conjunto de toldas y albergues que amparaban a seres de cabeza calva, famélicos, de piel cobriza, ojos desorbitados con pliegue mongoloide, venidos en sonoros halcones del vecino archipiélago del Sol Naciente, cuyas islas habían sido destrozadas por la cima sagrada del Fuji Yama transformada en fuego, antes de que la tierra terminara sumergida en las aguas que caían del cielo.

Una turba de estos humanos emergidos de las toldas, cuando vio descender al último vástago del Brujo Ayar Manco se precipitó a su recibimiento como al del amauta padre de todas las estrellas.

NOTAS:

1. "Yagé o Ayahuasca" (STRICCHNOS CREVOUX). "Tomado en infusión produce una sobreexcitación nerviosa que los hace ver mejor y vaticinar el futuro con toda lucidez", (Genaro Herrera, Ethnia, Centro Antropológico Colombiano de Misiones, noviembre de 1955, enero 1976, Números 45.36, p. 13).

2. En la Filosofía Dravida "el mundo está concebido como un gigante más o menos humano: Perusha o Prajapaty, que es a la vez el creador y creación. Los dioses lo descuartizan o sacrifican; todos los seres son producto de esta creación. (Historia de las Religiones, Denis Saurat, Editorial Zig Zag. Buenos Aires. 1948, p. 255).

3. Nombres de plantas con poderes mágicos o “maná” en las islas de Andamán: Ocre amarillo, Hibiscus, Anadendro, etc.

4. Son voces malayo polinesias. Los orígenes del hombre americano. Paul Rivet, Colección Popular, Fondo de Cultura, México, 1960. pp. 101, 102, 103, 126, 127, 168, 169.

5. Yo nariz, fuego tú, ibid.

6. TeMukuRapa. Archipiélago de Pascua.

7. Tú eres encamación de Hatú Matu'a, eres el Moai.

8. Plantas originarias de la isla de Pascua (RapaNoi): Maute o Tapa, parecida al papiro, utilizada para confeccionar vestidos y otras prendas. Makoi, arbusto para fabricar utensilios. Ti, pertenece a las liliáceas esparagíneas, arbusto que crece en los cráteres. Púa, cuya raíz produce un jugo utilizado para teñir y tatuar. Hua, planta de hoja ancha. Toromiro, arbusto sagrado, leguminoso, papilonáceo. Burahui, arbusto textil semejante a la morera.

El eterno viaje del Brujo Ayar Manco

9. Huayra huayra, matecllu, reciña molli sasawaikunura (para la fecundidad de la mujer), son plantas curativas en la medicina de la cultura inca.

10. Llucta, nombre quechua de la cal viva que se mastica con hojas de coca para estimular el organismo y quitar la sensación de hambre.

11. Calendario Inca:

Capac raimi Diciembre

Huchuy pocoy Enero

Hatun cocoy	Febrero
Paucar warei	Marzo
Airiway	Abril
Aimuari	Mayo
Inti raimi	Junio
Anta situwa	Julio
Capac situwa	Agosto
Coya raimi	Septiembre
Urna raimi	Octubre
Ayamarca	Noviembre

12 Haguanás, nombre dad

12. Instrumentos musicales de los Incas: Patoto, trompa sonora de caracol; Piroro, flauta de hueso; Tinya, tamboril; Quena; flauta de junco; Antara, caramillo de junco o al huso.

Esta novela no tiene parangón, ni antecedentes, dentro del movimiento narrativo colombiano. El autor. Diego Castrillón Arboleda, nos lleva de la mano, paso a paso, hasta las más lejanas y escondidas raíces del hombre; hasta los momentos en que éste iniciaba su carrera hacia la vida; hasta los primeros pensamientos y las primigenias reacciones frente a las fuerzas desatadas de la naturaleza, frente a otros hombres y a otras formas de vida, y frente a sí mismo. Y luego de aventuras y desventuras, de transiciones y de evoluciones, llega hasta los momentos culminantes del imperio maravilloso de los Incas, que poco a poco va derrumbándose ante los españoles, cuyo escaso número no les impide arrasar una de las civilizaciones más inquietas y más misteriosas en toda la historia de la humanidad.

No es una novela más: es una obra totalmente distinta, extrañamente diferente. El lector se estremece de angustia porque en esos seres vacilantes y extraños, va reconociendo a sus más remotos y distantes abuelos. Un libro para leer una y varias veces, acompañando el paso vacilante y miedoso de esos aprendices de hombres. Una novela que nos muestra cómo el hombre, pese a los avances de la ciencia y a los logros agigantados del progreso, sigue siendo solo, irrepetible, único, y sigue estando tan asustando y tan indefenso